
Sara de Mingo Fernández
El desequilibrado hechicero morboso

EL DESEQUILIBRADO
HECHICERO
MORBOSO

Sara de Mingo Fernández

Agradecimientos:

En primer lugar a Behiál, por robarme el argumento de este libro. De no haber sido por su inestimable "colaboración" puede que hubiera tardado unos cuantos años más en decidirme a escribirlo. A Sofía, por animarme a intentarlo. Y por supuesto a todos los profesores que durante las clases fingían no enterarse de que lo que en realidad hacía no era "tomar apuntes", y aún así no me dijeron nada. También a los que no me lo decían porque efectivamente no se daban cuenta (intuyo que a éste último grupo pertenecían la gran mayoría). A Kalyra (en letra de condimento xD), por sus pequeñas y no tan pequeñas críticas y aportaciones; y a Alain Perdomo Perez, por realizar el boceto -o montaje fotográfico- de la imagen central de la portada.

Nota sobre los personajes:

Algunos de los personajes de este libro están en mayor o menor medida basados en personas reales, otros son "caricaturas" de personas reales y el resto no llegan ni a eso. Confío en que cada cual pueda reconocerse a sí mismo si tiene el ~~dudoso~~ privilegio de aparecer en las siguientes líneas.

PRÓLOGO

Voy corriendo por los oscuros pasadizos del castillo. Siento que gradualmente desciendo bajo tierra, pues la atmósfera se oscurece aún más, enrareciendo el entorno. Me veo obligado a parar, puesto que comienzo a jadear y Él podría escuchar mi agitada respiración. Separando los brazos, alcanzo a palpar con ambas manos las paredes que me rodean. El tacto me indica que el musgo surca los sinuosos dorsales agrietados de las rocas, aunque también puede tratarse de repugnante moho.

Sigo caminando, siempre arrastrando los dedos por la pared, hasta que ésta se acaba y es sustituida por el vacío, a continuación se extienden unas rejas. Posiblemente esta zona constituye las mazmorras subterráneas. Sin querer piso algo, que al resquebrajarse expulsa un crujido que resuena entre los estrechos laberintos.

Ante mí puedo divisar un haz luminoso, procedente de las calaveras que permanecen inmóviles en el interior de las prisiones. Una cabeza humana ya podrida está atascada entre dos barrotes. Sus cuencas vacías y negras parecen fijas precisamente en mí. La expresión demacrada de ese desgraciado proporciona la suficiente información para suponerse que la Bestia ha practicado canibalismo con su cara prendida entre las rejas, o cualquier calamidad parecida.

La luminiscencia desprendida por los cadáveres me otorga mayor visión, pero al mismo tiempo la omnipresencia de tanto esqueleto y multitud de cavidad ósea sumada a los restos de entrañas, sesos y vísceras, produce la expulsión de un tufo nauseabundo que impregna el ambiente.

Sin poderlo evitar, comienzo a temblar y a sentir escalofríos. Supongo que es por el aire gélido que traspasa mi piel; y para colmo a medida que voy descendiendo, más se intensifica el frío. Pero por otro lado, tengo miedo del cruel castigo que me podría infligir mi Amo si me descubre aquí. No obstante, y a pesar de todo, mis ansias de libertad son más fuertes que todos los hechos que intentan ofuscar mi huida, y por lo tanto sigo adelante.

Avanzo unos pasos, al doblar la esquina y a lo lejos, avieso una luz brillante, hacia la que corro con ilusión y fe pensando que es la salida. Tal es mi ímpetu que mientras me acerco no puedo evitar el tropezarme. Es como si me hubiesen drogado a la fuerza. Me siento tan extasiado que camino dando tumbos y apoyándome en las paredes para no caerme al suelo. La luz me llama y la necesito a toda costa. Es como si formase parte de mi cuerpo, de mi sangre. La siento como algo interno a mí, que me otorgará libertad cuando la alcance: sin esa claridad no soy yo mismo. Parpadea al mismo tiempo y de la misma manera que late mi corazón y desestabiliza mis huesos.

El olor se hace más hediondo a medida que me acerco; pero deseo tanto unirme a esa luz, considerada ya como mi propia alma, que poco me importan las espirales de pestilencia. Cuando por fin llego hasta ella, con el espíritu frenético rebosante de alegría, me tiro de cabeza para envolverme por entero en ese encuentro con mi libertad.

Pero para mi asombro es la luz la que se abalanza sobre mí.

El olor es repugnante, totalmente irrespirable. Estoy rodeado de un material duro y resbaladizo, unas veces esférico y otras alargado. De pronto lo comprendo todo, me encuentro nadando a través de un mar de cadáveres; aquella luz procedía de la fosforescencia desprendida por los esqueletos, que habían sido barridos y se encontraban apilados al fondo del pasadizo. Poco a poco me hundo en esa miseria antaño humana, pero sigo intentando frenéticamente escalar y emerger a través de los huesos para alcanzar la superficie.

Todo esto es demasiado y no lo soporto mas, necesito oxígeno, el hedor se está apoderando inexorablemente de mi mente, aturdiendo mis sentidos. No tardaré en perder el conocimiento. Pero antes de que mis ojos lleguen a cerrarse del todo, noto como cuatro cuchillos se clavan profundos en mi tobillo y me arrastran y sumergen aún más entre los esqueletos.

No sé cuantos metros me habré deslizado, pero antes de caer puedo observar cómo los huesos se acaban y el vacío se extiende ante mis pies. Me intento sujetar a los cadáveres, pero la

Bestia, que sigue acuchillándome el tobillo y tiene más fuerza que yo, consigue que se me escurran las manos. Unos metros de caída libre y choco estrepitosamente contra el suelo golpeándome la espalda. El dolor impide que me pueda mover.

Mi Señor se eleva ante mí, bien tieso, con toda su arrogante altanería. La capa de seda gris oscura, casi negra, que cuelga a su espalda, se encuentra enlazada al terso y ancho cuello de mi Amo. Unos pantalones violetas que le quedan bastante ajustados cubren sus poco arquitectónicas piernas. Observo sus ojos verdes.

Me mira con tanto odio que hace que me sienta como una rata insignificante, y que piense que Él puede hacer conmigo lo que quiera. Un brillo fugaz de crueldad en su mirada me hace pensar que si lanzase rayos por los ojos ya estaría muerto desde hace algún tiempo. Por otro lado reina un vacío profundo que avisa sobre su insatisfactoria existencia...

LEYDEN

Oigo el estridente chasquido de un látigo y me despierto. Una película de sudor rodea mi cuerpo, y además estoy mareado, pero me incorporo rápidamente, empujo la destartalada puerta de lo que el Amo denomina mi habitación -en verdad no alcanza a dos escasos metros cuadrados de dura piedra, rodeados por paredes de pura roca cuyo suelo está cubierto por una manta raída- y bajo corriendo a través de los sinuosos y enrevesados pasillos de escaleras, para llegar lo más pronto posible a la sala de entrenamientos.

Allí me espera mi Amo, igual que todos los interminables días de mi absurda vida. Soy consciente de lo que lo que debo hacer para que la Bestia no me haga daño, y a ello me dispongo. Me encuentro en un lugar oscuro y siniestro, en el que ni siquiera escasea la luminosidad para recrear mi espíritu. A simple vista parece un espacio infinito, pero en realidad forma una circunferencia. Visto a partir de cierta altura es como un flotador, cuyo centro es el vacío a saltar y donde se encuentran los distintos objetos suspendidos en el aire. Si caigo en ese abismo me estrello contra el suelo cien metros más abajo.

Cojo carrerilla y cuando llego al borde del precipicio tomo impulso y salto.

Atravieso justo por el centro el aro flotante prendido en llamas, encogiendo el cuerpo para no abrasarme vivo. Seguidamente me amarro a la cuerda que pende de la nada. La fuerza del tirón al sostenerme en la soga al vuelo hace que mis manos ardan al resbalar un metro sobre su costra, revestida en astillas. A pesar de la quemazón consigo columpiarme desde la cuerda unos dos metros, logrando de esta forma alcanzar la primera estalactita, que cuelga en el vacío. Me agarro con fuerza a ésta, abrazándola, enroscando profusamente las piernas, palpando su rugosa cáscara con la mejilla izquierda. La segunda es bastante más pequeña, pero lo suficientemente grande como para que mis curtidas manos la enlacen con fuerza.

Sin embargo el tercer cono, regido en un maligno objetivo, se halla tan exquisitamente repasado, que por su forzado tamaño ni los cuatro dedos de mi mano derecha caben. Me dejo el alma mancillada en sujetarme al estrecho y puntiagudo saliente vertical, pero como las mil veces que la Bestia me ha “propuesto” el reto, mis manos sudorosas no consiguen adherirse y resbalo, estampándome contra el suelo tras cien metros de caída.

Pero continúo vivo.

Lo normal tras desplomarme desde tan pronunciada altura sería que me ocurriese algo bastante grave, pero lo único que siento es un dolor insufrible en el lugar donde me he golpeado. Hace unos años, y tras comprender que es mejor la muerte a esa vida que injustamente me ha sido destinada, intenté suicidarme.

Para ello salté de cabeza desde este mismo precipicio, y tras desnucarme contra el suelo permanecí semanas inconsciente, pero no fallecí. También me clavé un cuchillo en el pecho, pero aunque se derramase toda la sangre estancada en mi cuerpo, no me desangraba. Muy brusco fue el tirón de la soga al ahorcarme, mis nervios y venas crujieron y mi cuello se desgarraba, pero el hueso no cedía. Pensé en cercenar mi cuello, pero de no morir, mi asediada vida sería aun más desastrosa, portando mi cabeza bajo el brazo a todas partes.

Abandoné la vía del suicidio, pues lo único que conseguía era auto-torturarme e infligirme más dolor. Tuve que aceptar mi existencia y con resignación complacer a la Bestia en aquello que quería, para así no ser castigado y quitar algo de sufrimiento a mi vida.

El Amo me mira con expresión taciturna.

-¡¿Qué haces, niñato torpe e inútil?!

- La próxima vez lo haré bien –contesto, mirando al suelo y con voz trémula.

- Más te vale que sea verdad, porque a la siguiente vez que resbales te abraso con hierro al rojo, para que espabiles.

Me levanto rápidamente, tambaleándome debido al dolor de la caída, mientras la Bestia murmura entre dientes “la vida que me ha dado Dios a última hora, menudo hijo tan necio ha parido esta mujer...” y demás sandeces.

Pero hoy es uno de esos contados días en los que a mi Amo le hace ilusión ilustrarme con sus batallas hacia su malcriado pueblo, según dice él.

- Ya tienes diecinueve años. Así que te voy a contar el por qué de tu excitante vida, -suelta sarcásticamente, pues él conoce mis numerosos intentos de suicidio -con el propósito de concienciarte respecto a que nunca saldrás de aquí hasta mi nuevo aviso.

Decido que es más conveniente callarme para evitar un castigo. Mi Señor empieza a narrar su historia.

- Mi nombre es Rodolfo, especificando más, Rodolfo II. Este es el castillo donde he vivido desde el gratificante día de mi portentoso nacimiento –repite, como cada vez que me "ilustra" sobre "sus batallas hacia su malcriado pueblo".

- ¿Viviste desde pequeño aquí sin ningún problema en la vida, y sin embargo, torturabas a los seres que te rodeaban?

- ¡No tengo ningún motivo para contarte los problemas de mi más tierna infancia, por lo que no lo haré! -me contesta enfurecido.

Al concluir la pregunta me doy cuenta de que no debería haberla formulado, pues la respuesta podría haber sido mucho peor. Quizá el miedo, miedo a revelarme algún hecho de su vida y sentirse humillado, es lo que le ha hecho a mi Amo olvidarse de mi exceso de confianza para preocuparse tan sólo de su dignidad.

- Continuaré -anuncia -Hace más de veinte años reinaba la paz, se respiraba tranquilidad. Incluso los niños y ancianos salían a la calle sin ningún temor. No había nadie que infundiese terror en sus corazones, hasta el "trágico" día en el que mi padre Rodolfo murió.

-¿Podría saber por qué falleció?

-¡No sé la enfermedad que provocó la muerte de mi padre y como supondrás no voy a indagar sobre ese tema a estas alturas de mi vida! Continuaré siempre y cuando me lo permitas, y como me vuelvas a interrumpir seguirás con tu entrenamiento.

"Algunos de los criados a los que mi padre había rebajado el sueldo en reiterativas ocasiones -gracias a mis hipócritas intervenciones- hasta que devinieron básicamente a la esclavitud, se negaron a que yo heredase la corona. También lo intentó impedir un cocinero sobre el que había vertido un cazo de agua hirviendo. Pero la mayoría de las víctimas, accidentados, y aldeanos que me conocían, tenían miedo de mis amenazas porque sabían que las cumpliría y finalmente cedieron a mis chantajes".

"A los pocos días de mi noble llegada al trono ya envolvía al pueblo un ambiente irrespirable. Cada cosa estaba en su sitio: multitud de prisioneros en las mazmorras del castillo y mi palacio a rebosar de esclavos indispensables en mi servidumbre. Y lo más importante, las calles relativamente desiertas. De noche o durante el día, daba igual. La gente se plantaba en sus casas y ahí se consumía, con tablas de madera empotradas ante las ventanas y puertas".

"Los pocos individuos que salían de su hogar se plasmaban en una silla de la taberna más cercana y ahí permanecían anclados, emborrachándose hasta que aquella viscosidad que lograba fluir por sus venas se transformaba en alcohol. Así, pensaban ellos, quitaban algo de peso a sus vidas, pero a la larga les convertía en personas más hurañas y sin ningún propósito. Así, llevé a cabo mi estudiado plan: quitar la ilusión a los habitantes de mi pueblo, y así poder matarlos de hambre y manipularlos sin ninguna muestra de rebeldía por su parte, actuando como el Rey déspota que era".

"Por esos tiempos, se presentó cierto día en el que me sentía excitado y me apetecía fornicar, para ya de paso obtener descendencia. Llamé a mis guardias para que me trajeran una bella doncella con la cual satisfacer la necesidad. La necesidad de sexo quedó satisfecha, la de la descendencia no. Y aquella mujer no sé cómo lo hizo pero un día logró escapar del castillo. Tres años después la encontré y la rapté de nuevo, y de nuevo la violé. Solo se diferenciaba de ti por sus ojos marrones".

-¿Cómo dices? -pregunto.

- ¡Silencio, impaciente! Todo llega, pero no hasta que yo lo decido -me contesta mi Amo, con su habitual prepotencia.

- Fue tan fácil y placentero hacerle el amor aquella segunda vez como lo había sido la primera. En esa última ocasión ella ya tenía treinta y seis años… Y seguía siendo débil, como tú. Cuando unos meses después supe que la había dejado preñada –ésta vez no logró escapar del

castillo, a pesar de que también lo intentó -decidí que de ahí surgiría mi linaje. Él sería el heredero de la corona. Continuamente le exigía a aquella mujer el nacimiento de un niño, le decía "¡por tu bien que no salga niña!". Ella lloraba y decía que no podía elegir el sexo de la criatura que iba a nacer; la muy estúpida quería inducirme sus falsos conocimientos.

- Pero -reprocho yo -ella tenía raz...

-¡¿Cómo se atrevió a replicarme?! -me corta la Bestia bruscamente, quien por suerte no me ha oído -¡Quería hacerme pensar que si paría una niña no sería su culpa! ¡**ESTÚPIDA E IGNORANTE MUJER... YO SOY UN SER DIVINO, SI QUIERO UN NIÑO, SERÁ ESO LO QUE ME DEN!**

"Aquella nefasta mujer hizo bien en dar a luz a un varón, porque de lo contrario hubiese sido duramente castigada. Ciertamente, puede quedar eternamente agradecida y alabarme desde el Infierno, pues tuvo la maravillosa suerte de tener un hijo conmigo. Y no sólo eso, además le di cobijo en mi esplendoroso palacio durante los nueve meses de embarazo. Le proporcioné un mullido colchón donde recostarse, y no se vio obligada a parir en una desconchada chabola. (En verdad la tuvo encerrada los nueve meses en una habitación del castillo, aunque por lo menos la alimentaba correctamente para aumentar su resistencia el día del parto. Todo esto lo hizo Rodolfo así porque suponía que la mujer partiría lejos y criaría sola a su hijo de no impedírselo, por ello decidió obrar de esta manera para impedir que ella huyera)".

"Unas horas después de dar a luz, ella murió. -sigue narrando la Bestia -El mayor problema lo constituía la duda de cómo criaría al bebé y quien le daría de mamar. Pero todos los problemas se solucionaron cuando unas esclavas fueron ascendidas a cuidadoras, y asunto zanjado, como si se tratasen de su verdadera madre".

"Poco tiempo después llegó el día en que me convirtieron en Bestia. Tenía yo entendido que los aldeanos se reunían secretamente para conspirar contra mi persona. Ahora te voy a contar con alto grado de exactitud cómo ocurrió mi transformación, pues recuerdo al detalle aquellos memorables segundos y cada palabra que pronunció aquel mago inútil".

RODOLFO II

Son mis unánimes y traicioneros espías quienes me informan de que el pueblo va a recompensar a un chaval que dice ser mago de gran poder, siempre y cuando obre algún hechizo contra mí, y en consecuencia huya despavorido para no regresar jamás. Yo no sé si debo creer la información de mis espías o no, pues bien pueden estar confabulados con los aldeanos, quienes obviamente les pagarían más que yo por los servicios prestados.

De todos modos no siento ningún miedo. Es prácticamente imposible infiltrarse en mi palacio, pues mis oficiales están repartidos en todos los lugares por donde se podría acceder al interior: cinco hacen sus rondas en el portón, y también los hay dispuestos por los pabellones y tengo a unos cuantos encerrados en las almenas claves, para que no descuiden su labor. En mi dormitorio no necesito escoltas, pues ninguno de los torpes paisanos podría esquivar a todos mis centinelas, y por si alguna vez alguien consiguiera escatimarlos a todos -esto sería una vaga coincidencia, realmente incierta -escondo una afilada espada bajo el colchón de mis aposentos.

Unos días después, mientras descanso tumbado sobre mi cama, pensando que debería "cobrar a mis esclavos por trabajar", veo aparecer ante mi ventana una figura negra. Con la ayuda de una ballesta, había lanzado una cuerda atada a un ancla, que se había amarrado a una ventana del tercer piso del castillo. Trepando por la soga aquel imprudente llegó hasta mi ventana, situada en el segundo piso.

Pero aún tiene que atravesar el impenetrable cristal que mis siervos han clavado para que no se atente contra mi vida, menester que no conseguirá, independientemente del arma que utilice -ésta es otra de las razones por las que no tengo a mis secuaces en mis aposentos- por lo que me siento sobre mi mullida cama para entretenerme un rato; en poco tiempo, si el mago es lo suficientemente arrogante -la mayoría lo son -su aversión y vergüenza serán tales que quizá salte directamente desde mi ventana hasta el suelo con temor porque algún centinela de la torre le haya visto hacer el ridículo ante el cristal.

Sin embargo, observo asombrado cómo el hechicero, ya ante el cristal, mueve la boca y aparece un Libro ante sus manos. Lo coloca abierto detrás de la nebulosa ventana, y realiza un gesto con su mano derecha para indicarme que me acerque hasta él. A continuación señala el Libro, acerco la cabeza para poder leer con esfuerzo aquellas runas a través del opaco cristal. En ese momento, el chico pronuncia unas palabras. La ventana comienza a agrietarse. Tengo tiempo para parpadear justo antes de que una ola formada por millones de diminutos cristales se abalance contra mi rostro.

Mi imprudencia me va a costar cara, debí considerar que el cristal no es impune a la magia. Con la cara herida y la retina ocular inyectada en sangre, trato de abrir los ojos. Vislumbro a un muchacho de unos dieciocho años, bastante anoréxico y de piel oscura -muy moreno -el cabello negro y largo lo lleva recogido en una coleta. Viste un poncho* (* Especie de capote de forma triangular, sin mangas y con una abertura por donde se saca la cabeza) blanco sobre una camisa de color azul claro, de la que sólo se ven las mangas, y lleva unos pantalones de cuero ya gastados.

Enseguida le reconozco. Apenas puedo mover un músculo de la cara mientras Rudolph de la Iglesia me humilla.

-Rodolfo II -dice a modo de capitán -no creas que te he olvidado. Recuerdo perfectamente el día que ordenaste mi arresto, incrustándome en aquella penitenciaria, avisando de que debía ser torturado durante unos mesecitos. Me encomendaste a esos sádicos, que por lo visto con lo que más disfrutaban era con los métodos más rústicos: fustigándome y abrasándome con hierro al rojo. Estoy repleto de tatuajes. Puedes agradecer a esos maníacos -dice forzando su voz hasta que toma un tonillo sarcástico, y exagerando cada vez más sus desproporcionados gestos -que no me hicieron mucho más. Aquel resplandor majestuoso, irradiado por las letras que forman el apodo con el que has denominado ese antro "**PENITENCIARIA MONSTRUOSA PARA ANIMALES QUE EL REY NO DOBLEGA"** no se corresponde al contenido que proporciona su interior. No me refiero sólo a las condiciones infrahumanas en las que trabajan

esos psicópatas. Aparte de eso, en ningún momento he sentido el peso del látigo sobre mi espalda. (Ciertamente, aún le dolía. Lo que sí era verdad era la suciedad y el desorden en el que se encontraban inmersos; se podían topar con cualquier clase de criatura viviente: ratas, escorpiones...).

"En estos momentos me estoy regocijando con tu sufrimiento, y tengo la certeza de que es similar al que tú me proporcionaste estos dos meses" -me dice con satisfacción- "Pero no rellenaré mi contento hasta no recrearte esas escenas en las cuales yo reconforté tu templo con mis sabias palabras, y que fueron la causa de mi encarcelamiento, una vez entraste y descubriste que me estaba haciendo pasar por ti, el "Rey" –pronuncia con asco-. "Llegué, me instalé en el altar y les solté mi sermón. Aquellos benditos ingenuos con sus cerebros reblandecidos, movían siempre la cabeza en gesto afirmativo -dice Rudolph riéndose -confirmando todo lo que yo decía, fue gracioso":

"Mis devotos seguidores, sé que moriríais por mí" -me recuerda el mago lo que les dijo – "Yo soy el Rey, quien os aconseja y alimenta. Sé que he sufrido un cambio físico trascendental desde la última vez que me contemplasteis boquiabiertos, pero estad tranquilos, súbditos míos, moralmente soy el mismo" -imita Rudolph en tono grandilocuente, repitiendo las mismas palabras que dijo a mis adoradores – "Sólo os voy a recalcar los siguientes puntos, que debéis cumplir si queréis complacerme".

"Primero: tened en cuenta vuestra tontuna".

"Segundo: quien observe vuestros alelados y taciturnos rostros durante unos instantes, tendrá la inequívoca sensación de que os han trepanado* (* Horadar el cráneo u otro hueso con fin curativo o diagnóstico) el cerebro y a continuación no han cosido vuestras carnes flácidas y lánguidas como es debido. Esta desunión abierta en vuestras cabezas es el lugar por donde se os escapan las ideas" - a todo esto prosiguieron sus afirmaciones con cara de ensueño, me aclara Rudolph – "En conclusión, acudid a un experto, pero en otro momento porque ahora viene el punto tres".

"Tercero: orad por el solemne mago Rudolph, porque viva siempre libre. Rezad diez veces durante el día y otras diez en la noche. Es mi gran amigo y creedme, él se lo merece".

"Cuarto: a partir de ahora no seguiréis mi desestructurada doctrina ni santificaréis mis detestables fiestas".

"Quinto: yo soy el Rey, vosotros lactantes indefensos; ahora bien, yo os permito mamar de mis pechos y sorber mis jugos, pero a cambio debéis hacerme un favorcillo" -al ver que asentían con la cabeza continuó hablando, me cuenta el mago – "¡Quemad mi castillo, arrasadlo, amotinaros con todo lo que podáis, y lo que sobre, destrozadlo! Os preguntaréis el motivo de mi desconcertante deseo. Pues bien, escuchadme atentamente porque sólo lo explicaré una vez. Una presencia extraña, compuesta por espíritus y elementos sobrenaturales, se está apoderando de mi palacio. Prefiero que mi mansión sea destruida antes que ver cómo la habitan esas fantasmagóricas ánimas. Os lo confieso ahora, soy cobarde y tengo miedo de esas frías almas. ¿Alcanza vuestra mente?" -El mago me cuenta que los descerebrados asentían, pero al fin y al cabo era eso lo que hacían siempre, por lo tanto el mago no podía saber si le habían entendido o estaban automatizados en todos los aspectos de sus vidas.

"A todo esto continué hablando" -me dice Rudolph, que no para de hablar. Si pudiera no solo me conformaría con hacerle callar a golpes. Además le mataría.

"Sexto: repetid el punto primero infinitas veces". -sigue Rudolph –"Ahora, partid raudos a saquear mi castillo".

"Impresionante es lo que ocurre después" -me cuenta el mago – "Aquellos dementes, que me habían comprendido y se creían que de verdad yo era Rodolfo, o sea tú, se dispusieron a sacar sus armas. Algunos cogieron varas de madera o de hierro que iban a usar como bastones. Otros arrancaron las rocas de las paredes o el suelo. Ciertos sujetos incluso agarraron largas astillas que pretendían clavar con piedras, desempeñando con ellas la función de estacas".

"Hasta que llegaste tú, dispuesto a deshacer el entuerto" -continúa narrando Rudolph –"El resto ya lo sabes. Fue cuando entraste en el templo y cometiste el imperdonable error de arrestarme y conducirme a aquellas mazmorras infernales. Así que ahora, si me lo permites… Y si no también, por supuesto; debo vengarme de aquello y ya de paso cumplir mi promesa con los aldeanos, para retirarme asquerosamente rico a mis aposentos de Escocia".

Rudolph se planta ante mí y pronuncia nuevamente esas palabras que hacen aparecer el Libro. Seguidamente, lo apoya sobre mi pecho y conjura un hechizo. Una fuerza sobrecogedora y escalofriante invade mi cuerpo inerme.

Mis tejidos se tuercen y los músculos se hinchan. Mis piernas y brazos son revestidos por venas que se entrecruzan en senderos intransitables, cuyo destino finaliza en aquella sustancia de la cual beben, y hasta ese punto de mi cabeza conducen, atravesando todo el cuerpo. El espeso bello, que brota de los poros de mi pecho, lo siento apuntalándome la piel como agujas afiladas, que topan con las crujientes venas y las estallan, salpicando de sangre al mago. Mis colmillos crecen y se alargan, clavándose en el labio inferior. De las manos y los pies, que bullentes laten, surgen terribles uñas como garras afiladas, de aspecto degradante y que podría usar como zarpas para atizar a mis víctimas como lo haría un león.

Pero lo normal es que tanto sufrimiento depare gloria. Enseguida siento cómo cicatrizan los cortes que han provocado los cristales en mi cara, y las formas se vuelven visibles otra vez en mis reparados párpados íntegros. Sin embargo, prefiero dar a entender al mago que me encuentro irremediablemente avergonzado de mi aspecto físico. Oculto mi rostro bajo los peludos brazos. Cuando Rudolph se cerciora de lo desolado y desamparado que yo finjo que me hallo, vuelve la espalda plenamente satisfecho. Pero yo me siento fuerte, vivo y extraordinariamente enérgico.

"La verdad -le confieso a Leyden, el chico que me escucha fingiendo ilusión para no tener que entrenar -cuando el mago me puso el Libro sobre mi cuerpo para embrujarme, sentí pánico. Pensaba que las hojas me devorarían, o me inundaría una jauría de sanguinarios insectos. Imaginaba cualquier cosa excepto lo que el ingenuo de Rudolph me hizo. Creí que perdería la batalla e incluso la vida, que el mago completaría su venganza y mi tiranía desaparecería. Pero ocurrió lo que debía suceder, todo se hallaba previsto".

El hechicero camina hacia la puerta, con porte firme y excesivamente erguido, queriendo restregarme por la cara su "victoria". Empuja el picaporte, este no cede. El mago piensa "necesito la llave, le obligaré a entregármela". Se vuelve hacia mí. Su expresión amenazadora se transforma radicalmente al observar que enarbolo una silla con ambas manos. Retrocede, puedo atisbar el miedo en sus ojos negros. Sin pensarlo una vez le lanzo la silla, que sacude su pecho, destrozándoselo. Rudolph cae de rodillas y a horcajadas lucha por respirar.

El oxígeno, que trata vanamente de avanzar hasta sus pulmones, se pierde y desorganiza por los surcos recién abiertos en los resquebrajados bronquios, produciendo en sus intentos de aspiración grotescos y descompuestos silbidos. Sin esperar a que se reponga me abalanzo hacia él y comienzo a rasgarle el cuerpo con mis garras y colmillos. Enseguida quiere negociar.

- ¡Ahhh, ya basta, te aaahh... te daré lo que quieras! -grita casi llorando.

- Un muchacho inteligente, me conmueve tu propuesta. -soy generoso y le permito recuperarse unos instantes -Quiero el Libro con el que me has transformado.

Veo que se lo piensa.

- El Libro de la Sabiduría... te... te lo entregaré -me contesta aún temblando, trastornado porque va a perder su querido objeto -Pero el Libro necesita cierto espacio para planear y aterrizar. Retírate unos metros en dirección a la puerta, no nos agobies –dice como si el Libro también fuese un ser vivo.

Ejecuto sus órdenes.

Y entonces Rudolph hace un último esfuerzo: con asombrosa agilidad, constatando el lamentable estado físico en que se encuentra, corre hasta la ventana y salta. Como cabe esperar, la cuerda por la que llegó hasta mi dormitorio sigue tal y como la dejó. Con gran presteza enrosca la soga a su pierna derecha y la agarra firme con ambas manos, para comenzar a descender. Al principio va bien, pero pronto empieza a jadear como consecuencia del desconcertante nerviosismo y dolor que le atrofia.

Su desesperación y angustia es tal, que apenas puede mover los brazos y las piernas correctamente, pues no para de temblar. Por cada palmo que recorre en su bajada, Rudolph alza la cabeza una o incluso dos veces para poder adelantarse a mi próximo movimiento, de forma

que no cesa de mirar hacia arriba para verme, y luego hacia abajo para apreciar a cámara muy lenta como la distancia que le resta para llegar al suelo va disminuyendo de una manera tan larvadamente rezagada que me provoca hastío. Poco después, al mago se le nubla la vista debido al dolor, sus músculos se relajan unos segundos, pero vuelve en sí justo antes de perder el sentido.

Apenas tres metros me separan del mago. Inclino la cabeza con parsimonia para rasgar la cuerda con los dientes.

-¡No lo hagas...! -le traiciona la aflicción al hechicero, pues en estos momentos el orgullo para él es algo secundario.

Gradualmente se deshilacha la soga conforme la mordisqueo y humedezco. Entonces Rudolph, ya sin levantar la vista para observarme, se limita sólo a descender a grandes trancos, casi sin mirar en dónde o cómo se sostiene; sus gigantescas zancadas exclusivamente tratan de darle un margen de caída de tres metros en vez del de cuatro metros, al que ya está predestinado.

Finalmente, la cuerda se parte. En sincronía a la pesada caída del hechicero, me dedico a contemplar el temor en los ojos de Rudolph. Son cuatro metros aproximadamente hasta el forzado aterrizaje con la espalda. Desde el ventanal, situado a nueve metros sobre el suelo, logro escuchar el ruido seco que produce su cuerpo al impactar contra el duro terreno, acompañado de un grito de dolor. Pero la angustia del hechicero puede con todo lo demás, y puesto que no puede levantarse -se ha tenido que romper más de un hueso -decide arrastrarse, pero esta vez sí pierde el conocimiento.

Mientras tanto, yo me siento perfectamente capaz de conseguir todo aquello que se me antoje gracias al extraordinario poder que me ha otorgado el mago. Necesito algo con lo que demostrarme si realmente puedo en un futuro confiar mi vida a esa opulenta fuerza. Y ante mí lo tengo, el reto perfecto: nueve metros de caída libre.

En condiciones normales, en ningún efímero momento de mi vida se me hubiese pasado por la cabeza la absurda idea de saltar desde dicha altura (teniendo en cuenta que Rodolfo sufría ataques de vértigo), pero en estos instantes me parece la cosa más natural del mundo. Así que me arriesgo a saltar.

Ya flotando, noto la inconfundible brisa recorriendo mi cuerpo; sentí que volaba por primera vez. Cayendo a esa velocidad sólo oigo silencio. Mejor dicho, sólo escucho el rugido emitido por el viento al golpearle yo con mi ancho cuerpo. Su furioso bramido de dolor que apaga cualquier otro sonido. Aterrizo livianamente sobre la zona, sin provocar ninguna clase de terremoto ni derrumbamiento sísmico… Aunque tampoco habría estado mal.

Rudolph me espera yaciente en el suelo, aún no ha recuperado la "razón", en ambos sentidos de la palabra. Decido llevarle hasta algún remoto lugar donde nadie pueda presenciar la tortura que me dispongo a someterle. Le agarro por las piernas y comienzo a arrastrarle, caminando lentamente. Juntos atravesamos terrenos pedregosos, rocas mohosas, charcos de lodo y maizales espinosos. Por supuesto, las víctimas de todos estos trances son la espalda y la cabeza del mago. Por fin encuentro el lugar idóneo para reanimarle. Sumerjo su abollada cabeza en las frías aguas del lago. Pronto empieza a convulsionarse intentando emerger. Es entonces cuando le suelto y corro a esconderme rápidamente.

Rudolph tose repetidas veces procurando desprenderse del estanque que atesora su pecho. A continuación lanza sus miradas empedernidas, tratando de desvelar mi escondite. Tras la larga búsqueda, y de acuerdo con mi plan, pronuncia las palabras adecuadas para la aparición del Libro de la Sabiduría. Asombrado, contemplo cómo cura todas sus heridas y sus huesos rotos. El rostro del hechicero se muestra complaciente ante la placidez de la renovación corporal.

Enseguida me obligo a regresar a la realidad e inicio la persecución. Corro hacia él, a cuatro patas para aumentar la velocidad. Cuando me ve, hace desaparecer de nuevo el Libro y sale huyendo. Yo soy más veloz que él, y poco a poco le doy alcance. A veces el mago vuelve la mirada, aterrado, para comprobar cómo se reduce la distancia que nos separa. Con habilidad salta las abruptas raíces, las cuales se han desviado (para mi beneficio, por supuesto. Todo lo que existe es para ser aprovechado por mí, todo se reduce a mí y se mueve para cumplir mis propósitos) de las profundidades de la tierra justo en ese tramo para cumplir con su último fin, que es el de zancadillearle. Además de las raíces esquiva los voluminosos troncos de los árboles, y se agacha para evitar rebanarse el pescuezo con las ramas que sobresalen.

Ya puedo engancharle con las garras si estiro lo suficientemente el brazo, pero opto por abalanzarme sobre la presa y caer encima, que queda más bonito, para así atraparla y paralizarla. Pero entonces Rudolph se agacha repentinamente y toma la dirección opuesta. El incontrolado salto desproporcionado al espacio a recorrer, y la suerte del mago al reclinarse justo en el momento oportuno, le regalan a este unos inmerecidos segundos en la carrera. Velozmente se introduce por una estrecha abertura entre las rocas, por la cual sólo entra mi desarrollada cabeza. El necio del hechicero me suelta una patada en los morros y se arrastra para continuar por los pasadizos, buscando una salida.

Pero yo conozco el bosque en su totalidad. La cueva en la que el mago ha penetrado se ensancha gradualmente, desembocando en seis posibles salidas; no es excesiva la separación entre todas ellas, pero prefiero esperarle en el único camino en el que afluyen unos metros después: un sendero ancho y repleto de árboles.

Inesperadamente, y en ese mismo sendero, diviso un árbol fuerte y gallardo. Definitivamente, la lucha por acaparar los rayos del sol la ha ganado ese ejemplar, cuyas retorcidas raíces se incrustan en las entrañas de la tierra para succionar y probar de todos los acuíferos. Su rudo tronco se halla recubierto por una multitud de hileras de hiedra espinosa, ásperas costras de agujas pinares resecas, afiladas enredaderas, y cortas pero agudas ramas punzantes.

En su interior anidan enjambres de insectos y larvados anélidos. Las estructuradas moradas que hay en el interior del árbol, formadas desde la época más rudimentaria, se encuentran ventiladas por surcos y recovecos podridos, planificados con gran técnica, y usados por las diversas especies de bichos para llegar hasta el exterior y volver al lugar de origen, portando sus presas con absoluta libertad. Considero interesante el hecho de despedazar el tronco a dentelladas, para derrumbarlo cuando el hechicero camine bajo su sombra, despreocupado.

Y cruelmente, aplastarle.

Debo darme prisa en serrar el tronco. El mago se acerca progresivamente, avanzando por los pasajes de la cueva, mientras yo me dedico a dejar la corteza lo suficientemente roída.

Si para mi infortunio al mago le pareciese conveniente el retroceder, para así huir por donde ha venido; enseguida me enteraría al ver que tarda en llegar más tiempo del necesario, y correría en su busca, de tal forma que no tardaría en redoblar de nuevo mi ventaja sobre él. Pero antes, entraría en la gruta por la parte por la que debe salir Rudolph (pues por donde se metió el hechicero inicialmente la Bestia no cabía) para asegurarme de que el mago no se ha detenido en ella, esperando por si acaso me marcho sin mirar.

Al cabo de un tiempo, y tal y como yo esperaba que sucediese; Rudolph resurge por una de las salidas y escudriña el exuberante paisaje. Hasta que logra mentalizarse equivocadamente de que no hay ninguna trampa esperando su llegada -o de que no le he tendido ninguna emboscada- pasa un buen rato; pero finalmente se decide a continuar, encaminándose directamente hacia la trampa.

Cuando el hechicero por fin se sitúa debajo del árbol, comienzo a empujarlo y golpearlo con el hombro. En algunas ocasiones me proporciono el impulso necesario apoyando los pies en un árbol contiguo y abalanzándome así hacia el que quiero derribar. Por fin el tronco cede y al tercer golpe inicia su desprendimiento. Tal y como mis exactos cálculos indicaban, el árbol se desploma sobre el mago, que cuando quiere darse cuenta, ya lo tiene inmediatamente encima. Me incorporo sobre el tronco y camino hasta hallarme sobre Rudolph.

- Podrías entregarme el Libro y te ahorraría sufrimiento.

-¿Y... qué harás? -me pregunta con voz trémula debido al desmesurado dolor que siente.

- Tengo mis métodos -le espeto, saltando del árbol para poder deleitarme con su rostro compungido y hablarle cara a cara.

-¿Acaso piensas acampar sobre el tronco eternamente? -me contesta, al mismo tiempo que yo me limito a comprobar si el árbol es lo suficientemente pesado como para que los huesos del mago rechinen al ser escabrosamente partidos.

Desgraciadamente, el grosor del tronco es tan solo aparente. Su interior hueco ha sido lentamente marchitado por los avatares del tiempo. Por lo tanto, ni siquiera servirá para desgastar su ajado esqueleto. El extremo padecimiento que le hace estremecerse viene a ser por el seco y punzante entramado de la corteza del tronco.

-Aquí hay suficientes ramas para conservar una hoguera, mientras que la omnipresencia de frutos me garantiza una correcta alimentación. Tú comerás orugas, lombrices y gusanos, para que veas que te ofrezco variedad. De ese modo os sentiréis muy afines. Tú y esos simpáticos bichitos comprenderéis que habéis nacido para saciar las necesidades del otro, teniendo en cuenta que os devoraréis mutuamente.

-¡No intentes robarme la razón! –exclama, furioso.

- Además, ten en cuenta que el alimento que te ofrezco tiene muchas proteínas. Y encima, dormirás calentito en tu propio charco de vómito.

- Si piensas que vas a convencerme tan fácilmente te equivocas -me contesta.

-¿Ah sí...?

- Ya puedes plantarte junto al árbol y comenzar con ese largo proceso purgativo y vegetativo. Créeme, al cabo de un periodo semanal en fraternal unión, terminarás cogiendo cariño a la planta.

Decido no continuar con esta burda discusión, el mago ya me ha hecho perder bastante tiempo. Vuelvo a subirme sobre el tronco y empiezo a saltar sobre su superficie, espachurrándole aún más. A pesar de que Rudolph intenta contenerse, no puede reprimir los gritos mientras es triturado. A medida que crecen mis botes, la sangre vertida tiñe aún más el suelo de rojo. El reiterativo contoneo al que se encuentra sometido el árbol y el delicioso olor a sangre aún caliente, produce la conmoción de los arácnidos y subtores alojados en las grietas, que comienzan a emerger en sincronía con el jaleo y continuado movimiento.

Las ramas cortantes y hiedras capeadas de espinas desuellan la carne del mago, e instantáneamente aquella legión de picadores rodea su cuerpo. Enseguida se posan sobre sus miembros y los más hambrientos inician la absorción. Rudolph no puede ver cómo le inyectan el veneno, pues los viscosos mordedores se acoplan entre él y el árbol, pero los siente húmedos y nota la mucosidad que desprenden los anélidos cuando se restriegan en su piel. Paro de saltar un momento para dar al hechicero la oportunidad de contemplar, impotente, cómo una araña absorbe su brazo derecho, el cual no ha quedado atrapado en el tronco, y no contenta con esto, se pone a segregar sus desechos encima. El mago sopla reiteradas veces procurando con sus torbellinos hacer volar al arácnido, pero este ni se inmuta.

Sigo botando.

Y así, mientras las larvas se nutren con su carroña hasta empacharse, yo continúo estigmatizándole con mis brincos. (Todo esto ocurre en menos de un minuto, si el tiempo hubiese sido más prolongado Rudolph no hubiese sobrevivido).

Segundos más tarde desciendo del tronco y me agacho para observar la cara del mago. Le agarro por los pelos y alzo su cabeza, en ningún momento ha perdido el conocimiento. Sus párpados entornados tiemblan al levantarlos. Resulta extraño admirar la acusada palidez que ha tomado su rostro en estos últimos segundos, acostumbrado como estoy a encontrarme con su piel de color.

-¿Me entregas el Libro, o continuamos con el martirio?

-¡**DÉJAME EN PAZ**! -contesta furioso, casi llorando de rabia y dolor.

- Está bien... -me incorporo y vuelvo a subirme al tronco -No pienses que detendré tu tormento al verte moribundo, prefiero que perezcas aquí y el Libro no sea ni tuyo ni mío; aunque el secreto de su utilización se vaya contigo a la tumba, antes que dejarte vivo con el Libro. Así que si no me revelas sus misterios antes de que sea demasiado tarde para ti, morirás.

Tras informarle bien, me dispongo a torturarle de nuevo con mis saltos.

-¡Espera...! -exclama con voz desgarrada.

-¿Siiii...?

- Te... te daré el Libro -me dice con voz de tristeza infinita.

Por fin se dispone a pronunciar las palabras que lo hacen surgir.

- Guirijisagden -repite el mago como tantas veces atrás. Entonces el Libro de la Sabiduría brota ante su mirada. El problema es que aunque yo pronuncie estas mismas sílabas, a mi no se me aparece.

Con esfuerzo, vuelve las páginas ayudado por su mano derecha y va hojeando aquellas indefinibles runas hasta encontrar lo que busca.

- Te advierto -le amenazo - Como hagas por curar tus heridas o lanzarme cualquier maleficio te allanaré hasta que termines absolutamente mancillado.

Rudolph no me responde, sólo se limita a decir algo así como "**EUQOTEUQOLLEUQAESEREGILA",** al mismo tiempo que tuerce su brazo hasta rozar el tronco con los dedos.

- He tenido que hacer esto para condicionar adecuadamente el quiebre de las barreras defensivas a las que la portada del Libro hace gala, condición infranqueable para garantizarte el hecho de que dicho objeto te atribuya con fe el menester de actuar como su fiel portador. -me explica el hechicero, aunque he de admitir que no entiendo palabra.

- Bien, pues ahora entrégamelo -le contesto.

Lo agarro sin su permiso. En cuanto poso las manos sobre las doradas tapas, el rostro del mago se contorsiona y arruga. Mucho le duele desprenderse de ese objeto tan valioso. Arranca el goteo de sudor sobre sus sienes, y empalidece aún más, si es que cabe esa posibilidad. Me alerto mediante la cara demacrada del mago de que su sufrimiento es considerablemente mayor al padecido mientras le aplastaba. Su rostro se ensombrece a medida que acaricio las suaves hojas.

La ausencia de confianza hacia el hechicero infundada desde antaño me coacciona a ejecutar la comprobación de si el Libro está ya a mi servicio. Encuentro un hechizo para desencadenar una débil tormenta (facilito, los que hechizos que en realidad servían para algo estaban escritos en la lengua de los magos) y concentrándome en mi mente, procedo a la pronunciación de las palabras.

No ocurre nada.

-¿Por qué el cielo no está relampagueando ni centelleando en truenos? -interrogo al hechicero.

- Mmnnn... Se lo preguntaré -se burla.

- Grimoso mago embustero, te daré la oportunidad de enmendar tu error. ¿Por qué no está dando resultado mi sortilegio?

No contesta. Le hace ilusión que le instigue con mis amenazas. Pobre desgraciado, con sus vanas esperanzas. Me hace perder el tiempo y mientras tanto se dedica a rezar porque un alma perdida -ya que nadie se aventura por este bosque a no ser que se haya perdido en él- acuda en su ayuda. Me encamino hacia el árbol otra vez, pero antes de subir sobre el tronco Rudolph ya está defecando en todo lo que se menea (esto lo deduzco yo) y diciéndome que espere.

- Debes conceder al Libro una contraseña. Cuando lo hagas sabrá que eres tú el individuo que lo controlas.

-¿Y cómo lo hago aparecer cuando yo quiera, del mismo modo que haces tú?

- Con esa misma palabra, le ordenas acudir al lugar estable donde te halles en ese preciso momento.

Sujeto el Libro con ambas manos para adjudicarle una contraseña "**¡LAXANTE DEL MAL!"** -pronuncio entonces.

-¿Pero cómo sé que si tú dices mi contraseña el Libro no se va a manifestar ante ti?

-Sólo puede tener un dueño. Ahora que me lo has arrebatado, solamente cumplirá tus deseos. Aún así, es un riesgo que tendrás que correr.

- Una situación por la que no me importará pasar, diría más bien. Considera el contradictorio hecho de que aún te encuentras introducido entre el árbol y el suelo, y todos tus inalterables llantos e incontrolados excrementos aquí siempre echarás.

-¿Qué te hace pensar que no puedo salir de aquí?

- Muchacho... Admite que estás sofocándote en este crudo dilema. Si osas engañarme respecto al asunto del Libro, me moveré hasta aquí sin ningún deparo en hacerte más daño.

-¿Me estás diciendo que si sigo vivo es por la desconfianza que te merezco?

- Siiii... Y además quiero que sufras durante un tiempecito antes de morir de hambre. Para hacerte el favor de recompensarte con la misma moneda con la que tú me quisiste pagar a mí al convertirme en bestia en vez de matarme.

- Ohhh... por favor... Me halagas. No hacía falta que te molestases.

- Supongo que para hacer desaparecer el Libro sólo tengo que repetir la contraseña.

Silencio.

- Mmnnn... No me vas a contestar. Lo averiguaré yo mismo. "**LAXANTE DEL MAL"** -y el Libro ya no está.

Lo hago mostrarse otra vez y decido probar su poder. El terreno repleto de piedras sueltas, hierbajos arrancados y ramas partidas me seduce en la magnífica idea de desatar un tornado. Busco las palabras plasmadas entre las hojas. Tras memorizarlas, apunto al suelo con el Libro abierto y comienzo a moverlo describiendo circunferencias para transmitir el sentido que la materia desprendida debe imitar. Todo lo que me envuelve empieza a girar y revolotear en un mar flotante de hojas, espigas y rocas. Cuando el vendaval topa con un árbol hace que sus raíces se estiren y desmiembren; poco distante está de acabar también anillando en el cielo. No hay nada capaz de vencer a mi huracán, que últimamente se esfuerza en llegar alto, crece hasta igualar la muchedumbre nubosa y de ellas chupa y paladea su inagotable algodón (en realidad lo mucho que hizo fue levantar un soplo de viento, pues los hechizos que merecían la pena estaban escritos en la lengua de los magos).

-¡**IDOLATRADME TODAS LAS CRIATURAS QUE NO ME HACÉIS SOMBRA**! ¡Soy vuestro Rey Divino, veedor de las nuevas leyes de la naturaleza. Orinaré sobre vuestras caóticas viviendas, os atiborraré con mis toxinas internas hasta reventéis!

- Ohhh... por favor... Nadie te está escuchando.

- Di mi contraseña. Es para estar seguro de que el Libro no te reconocerá como su dueño.

- "**LAXANTE DEL MAL"**

No ocurre nada malo.

- Has tenido suerte, repelente embustero. Si me hubieses mentido también esta vez ahora estarías averiguando lo que es pasarlo mal de verdad.

-¡Silencio! ¡Desacte de esas sucias tiras de enfermo regresivo que te coronan!

- Adiós, hechicero mermado. Por tu bien muérete pronto y cuídate de no sufrir mucho.

Tras decir esto me sitúo en el sendero de vuelta a lo que será "mi moderno palacio", sin volver la espalda.

LEYDEN

- Y ésta es la suculenta historia de “la magnífica bestia y el mago idiota” -dice la Bestia.

-¿Qué le sucedió después a Rudolph? -pregunto.

-¡¿Tú qué crees?! ¡Deja de ser tan ingenuo y borra toda esperanza! Ese desgraciado no duró mucho tiempo ¡Y tú no eres más que un niñato imbécil y mimado, no me vuelvas a preguntar tales necedades!

Es mejor que guarde silencio.

- Proseguiré con mi inquietante historia, siempre y cuando me lo permitas.

LA BESTIA

Todo lo que te haya contado anteriormente sobre aldeanos melancólicos y acongojados, no es comparable al caos que reina en la posterioridad a mi mutación en bestia. Todo el mundo recluido en sus hogares, pero ya podían protegerse y colocar la más ingeniosa de las trampas, -obviamente no era el caso -que del mismo modo me adentraría en sus fríos refugios para violar a las mujeres y niñas.

En algunas casas incluso me encontraba unos frascos con la inscripción "**VENENO PARA MONSTRUOS".** Cabía dos posibilidades: o pensaban que era irremediablemente analfabeto, o bien que estaba tan muerto de hambre como ellos, y en consecuencia de esto, ingeriría el primer producto que me pasasen por delante de las narices. Y es que no se enteraban de que la Bestia hace en cualquier momento lo que se le antoja.

Por otro lado, de analfabeto nada, pues estaba incluso progresando en la comprensión del idioma de los magos gracias al libro de estudios del Libro de la Sabiduría.

No obstante, aún no se habían fundido todos los corazones rebeldes de la plebe. Había una chica, de unos diecisiete años, que animaba a las mentes cobardes de la chusma a revelarse contra mí. Sus domados espíritus a mi servicio, fueron inexplicablemente alterados por aquella muchacha. Enseguida ordené ser informado de su nombre.

Lorian, que así se llamaba ella, se comprometía en intolerables deseos de paz y libertad con los paisanos. Estos desgraciados y astutamente chantajeados por mí, se inspiraron nuevamente en la ilusión, y esto fue lo que les condujo a la perdición. Tengo entendido que les juntaba durante horas para lavar los cerebros que anteriormente yo había depravado, soltándoles incontables redundancias como "venceremos", "lograremos la victoria", "ganaremos", y demás mentiras.

Hasta que cierta noche impactante atacan mi renovado castillo (lo había modificado ligeramente con la magia; de todos modos, como ese castillo fue construido por los líderes de una comunidad de magos, tenía unas medidas de 3000 metros cuadrados por planta, y había tres en total; mas las cinco torres). Unos 150 guerreros marchando, arrasando todo lo que pisan y portando antorchas prendidas en fuego, cuyas llamas encendidas soportan incluso las cortinas de lluvia sin ahogarse. Algunos enarbolan sus hachas, mientras que otros blanden espadas, cuchillos o palos. Lorian encabeza la tropa dirigiendo a su voraz ejército.

Los primeros hombres cargan un grueso tronco sobre sus hombros, que enmarcan una y otra vez contra el portón del palacio. Y yo, que nunca pensé que se aliaría todo el pueblo contra mí, despedí a la mayoría del personal patrullero cuando fui convertido en bestia, pensando que si alguien se infiltraba en mi palacio no tendría ningún problema para derrotarle con mis extraordinarios poderes. Por lo que los guerreros de ella no tardan en vencer a mis únicos cuatro guardias, que velan en la entrada.

Me siento apabullado ante tal multitud de luchadores, pero simultáneamente, mi estado de furia es alentado ante esa incontrolable depredación en mi morada. Sin embargo, la inalterable presencia de tanta gente unida, impone bastante. Me veo obligado a huir por la ventana, mientras aquellos ignorantes de mi poder ultrajan mis aposentos y hacen un botín con mis riquezas. Pero la responsable de esta revuelta no saldrá ilesa ante tal calamidad.

Regreso al castillo unas horas después. Todo está destartalado, nada ha sobrevivido a la invasión. Ningún objeto preciado ha quedado impune a las acciones erosivas -ya que todo ha volado entre las manos enemigas –y hasta en las paredes se abren varios boquetes, como consecuencia del adosado rayado. Mis cuidadas tejas de porcelana legendaria y antigua, se muestran espolvoreadas por la habitación. En todo el castillo se respira el humo del cemento, que aún revolotea, y un olor corrosivo capaz de desintegrarte los pulmones, que además me recuerda a la inminente derrota.

Espero un día, el cual aprovecho para meditar sobre mi descontrolado reinado; para llevar a cabo mi venganza al amanecer del siguiente. Le doy a aquella muchacha una lección que jamás olvidará. Pero a pesar de todo, ella no admite mi superioridad y no acepta la rendición.

Esta situación no debe proseguir. De este pueblo ya no puedo obtener beneficios, pues la gente salta las verjas para introducirse furtivamente en mi palacio y llegar hasta las mazmorras, donde liberan a los prisioneros, se revelan ante la ausencia de alimentos y postulan por la libertad y la justicia. Todas estas contrariedades me inducen para destruir el poblado, sin dejar ningún superviviente.

Mis exploradores particulares, con anterioridad instruidos en la búsqueda de fuentes destructivas, me informan sobre la cercanía de un volcán. A medio día, inicio la extenuante subida -cien metros de vertical cuesta -mientras los plebeyos celebran lo que imaginan su victoria. Los gritos desbordantes, risas desmadradas, petardos multicolores, melodías de gaitas y cantares llegan hasta el punto donde me encuentro. A medida que asciendo se apaga el sonido al ir quedando atrás. Una hora después, llego a la boca del volcán.

En lo más hondo del cráter, chorrean lagos y ríos pequeños de magma burbujeante. Ahora debo despertar a las llamas. Invoco al Libro de la Sabiduría y busco en el índice "**MAGIA DEVASTADORA"** (este ya sí era un hechizo complicado, escrito en la lengua de los magos, que Rodolfo había tenido que aprender a leer, chantajeando a magos muy mediocres y haciendo tratos con alguno más poderoso). Tras memorizar el embrujo, apunto sus páginas escritas mirando hacia el interior de la cavidad volcánica. Y pronuncio las palabras.

Para asegurarme de que el hechizo es realizado correctamente (en verdad era porque le apetecía lucirse), suscito al Dios del fuego, si es que existe, a deleitarse en la destrucción que se llevará a cabo, siempre y cuando acceda a darme su real consentimiento, pues de lo contrario, lo conjuraría y retaría, sobornándolo con importunar su descanso, hasta que apartase tal restricción.

-¡Yo te cito hasta mi, Señor del Azufre, llena los odiosos corazones de la plebe con tus incandescentes llamas, que sufran y deriven a ponzoña y carbón, para procurar el calor achicharrante que debe calcinar a los condenados de tus Infiernos! -cuando termino con el sagrado ritual, inicio el descenso de la montaña, veloz como una fiera, corriendo a cuatro patas.

Me establezco en la base de las caras del volcán, no hace falta decir que en el exterior, pues no es mi intención que la lava me abrase en su emersión. Observo atentamente la colina de fuego. De pronto, comienzo a escuchar ruidos extraños, se trata de los retortijones vibrantes producidos por los estratos de las entrañas del cuerpo rocoso chocando y reverberando entre sí, tañendo fuerte para dar forma y consistencia a esos inquietantes ruidos.

El suelo tiembla ante mi divinidad, y se separa dando lugar a profundas grietas. Los líquidos y ácidos de las entrañas que componen el mundo, se encuentran almacenados en las hendiduras volcánicas. El organismo de tierra ha devorado un exceso de mi poder, y ahora el estómago volcánico deberá descomponerlo y vomitarlo junto con sus jugos gástricos magmáticos. Soy tan ilimitadamente superior y perfecto que mi persona es sobradamente capaz de revolver los intestinos del planeta.

En la cima cónica se concentra una columna de humo cuando el mar de lava acomete contra ella. Se ponen en marcha las estridentes explosiones, que refulgen en la cumbre, debido a que la gigantesca abertura final de la chimenea se encuentra saturada, y es necesario dinamitarla. Los gases corrosivos, ya evaporados, inmigran hasta mí, haciendo que tosa y casi me intoxique, pero por suerte tengo el Libro para remediarlo.

El magma ya empieza a descender la montaña, barriendo el terreno a una velocidad vertiginosa. Por supuesto, el sortilegio ya estaba condicionado por mi parte para que ni una sola gota de viscosa lava se perdiese en otra dirección que no fuese la que debía seguir para llegar al aún intacto poblado. Un momento después, montones de bombas y estallidos adornan la inmensidad del cielo; son como fuegos artificiales para mis ojos.

Me recreo alucinado en el Tártaro que he desplegado. Fragmentos de lava solidificados son expulsados hasta el solitario firmamento, donde danzan y ondean hasta caer y precipitarse contra el bosque. Los árboles arden en llamas. Ásperas capas de fuego perduran por los alrededores, pervirtiendo a los asustados animales. Corro y corro a cuatro patas sobre el suelo caliente o brincando entre las ramificaciones arbóreas marchitas, -que a veces se terminan de partir justo al completar mi salto -avanzando siempre junto a mi creación, que se va replegando para ampliar su finalidad abrasiva.

En apenas cinco minutos me hallo sobre una colina, desde aquí puedo contemplar la destrucción del pueblo. Para cuando la población vislumbra el río de material piroclástico y la lluvia de fuego chispeante, ya es demasiado tarde. El tumulto descontrolado chilla y corre en vano, buscando una salida.

Me sobrecojo al saberme el Profeta de Satanás, el Enviado del Demonio, el Elegido para derretir a las desalentadas ánimas. Este es el nacimiento de mi propio Inframundo, milimétrica imitación del escenario verdadero. Me reconforto ante el calor sulfúreo y los chillidos que me revelan hechos del excitante suburbio en el que se encuentran sometidos. Personas y animales, rezando con esperanza para no perecer en la hoguera.

Oscuridad, tinieblas, miedo, las brasas escabrosas hacen que se ase toda construcción, natural o artificial; y yo en medio de tanto fluido ardiente, entre sangre hirviendo, savia de árbol cociéndose, miembros que hieden a la tenue luz de las llamas, caos total, gritos y gemidos agonizantes, lloros y ruegos desconsolados y sollozantes... Desde mi posición, se oyen sin ninguna clase de interferencias los chillidos esquizofrénicos de la gente.

-¡Oohhh... los meteoritos chocarán contra nosotros, nos extinguiremos como las especies que vivieron antes que nosotros y seremos parte de la historia! -exclama uno muy entusiasmado, tan tranquilo.

-¡Cállate, loco! -contradice otro.

Mientras tanto, una roca de fuego se estrella contra una vivienda. Cristales, tejas y baldosas se desalojan y emprenden contra los desgraciados que se hallan cercanos.

-¡Todos acabados, todos acabados, todos acabados, todos acabados...! -repite alguien a quien los nervios le juegan una mala pasada.

-¡**CÁLLATE**! ¡Asustas a los niños! -dice una mujer.

-¡**MAAMMAAAAAAAAAAAAA**! -dice una niña de cuatro años con una voz que va derivando a un tono agudo, capaz de romperte el tímpano con su estrambótico pitido -¡¿**VAMOS A MORIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIR**?!

- No, hija mía, tranquila, no pasa nada -responde la mujer para no preocuparla. Sin embargo, está llorando.

-¿Tú crees, hija? -pregunta una vieja, seguramente la madre de la mujer -¡no le creas niña! ¡**NO LE CREEEEAS**! -intenta convencer a su nieta -¡**ES EL DÍA DEL APOCALIIIIIIIPSIIIIS**! -grita desgarradamente con su cascada voz.

-¡Cállese madre! ¿No ve que está asustando a la niña? -exclama la madre de la niña.

-¡Por favoooor! ¡**QUE ALGUIEN ME AYUDE**! -grita alguien sobre el que se ha desplomado una pared.

-¡Socorro!

-¡Ayúdenos!

-¡Por favor...!

Estas y demás incoherencias son emitidas por los futuros churrascos fritos. Aproximadamente, la mitad del pueblo está ya bañada por el magma hirviendo. Entre todo el tugurio destaca un niño pequeño, de unos dos años, que llora traumatizado sentado en el suelo. Su perrenque se desenvuelve en hipidos y moqueos que me recuerdan inconscientemente que mi hijo, de tan sólo un año, se encuentra entre las paredes del castillo y acabará como guarnición a la plancha si no hago nada por evitarlo.

Corro a toda velocidad hasta mi palacio y trepo sobre su pared rocosa -el portón ya está fogueando -hasta llegar a la ventana de mi habitación. Las infieles criadas ya se han marchado, abandonando a mi vástago, que continúa gimoteando, tumbado en la cuna (más bien se trataba de un improvisado lecho sobre el que la Bestia depositó de mala manera un revoltijo de espigas y un manojo de ramas). Le cojo con cierto asco y desprecio, salvándole de una muerte segura entre el incendio, que ya se ha prolongado hasta esta misma habitación. Creo que esta es la primera vez que sujeto al repugnante niño entre mis brazos.

Salgo por la ventana y me alejo de la espumeante lava, saltando por los tejados de las casas que aún no han sido arrasados. El magma humeante acarrea todo a su paso y prácticamente me va pisando los talones. Sólo puedo correr a tres patas, pues una de ellas la necesito para agarrar al maldito crío. Hay tramos en donde se ensancha la distancia entre los tejados recalentados, y mi salto no es lo suficientemente largo, entonces debo agarrarme con una mano al borde del

tejado, clavando las garras a la piedra para no caer a las llamas, que esperan refulgiendo y crepitando unos metros debajo de mí. Rechino con los colmillos cuando mis zarpas engastadas en la roca van resbalando. Mis fijadas uñas de hierro se empiezan a fundir por la elevada temperatura a la que está expuesto todo producto.

Por supuesto, no voy a arriesgar mi idolatrada vida para salvar la del insignificante niño. Le coloco encima del alféizar de una ventana situada a mi derecha. El tonto del niño, se encabezona en la idea de balancearse y acunarse sobre la delgada barandilla. El ritmo acompasado de sus bailecitos equilibra la balanza, que pende indecisa entre el calorcito del fuego o la cubertería -tenedores, cuchillos... -que los inoportunos inquilinos de la vivienda han dejado bajo la ventana.

Cojo impulso para subir, poco a poco el fuego bulle más alto. Por fin logro ascender, y solo entonces cojo al insignificante crío. Bombas de fuego impactan por todas partes, a veces me veo obligado a esquivarlas apartándome precozmente hacia algún lado. Las cenizas se pegan al pelo de mi cuerpo, y lo agujerean y golpetean incesantes.

Por fin el efervescente magma deja de avanzar y me encuentro a salvo de morir horneado. Decido dar un paseo por el pueblo cocinado para visitar a las víctimas. Algunas personas han evolucionado a objetos decorativos. Ahora son estatuas compactas y solidificadas, que podrían funcionar como adorno en mi amueblado castillo. No obstante, sus cuerpos empedrados en roca viva están recubiertos en ampollas y bultos, las estrafalarias expresiones que identificaban sus rostros y sus cuerpos entre todos los demás, han sido borradas y sustituidas por la deformación, de forma que solo se puede intuir meramente en ellas una figura mal tallada, en apariencia humana.

Toda edificación ha sido corroída por el ácido de los materiales piroclásticos. No hay línea ni bifurcación en todo el pueblo que no haya quedado desvencijada.

-¡Ahora, sufrid las consecuencias de vuestra irresponsable conducta, aldeanos ingratos! -grito.

Tras esa cruel masacre en el día más glorioso de mi sobrehumana vida, me planteo el entrenar e instruir a ese menguado niño en el gozo del asesinato; en la guerra, la dictadura, la mutilación, el despotismo, la explotación, el poder del respeto y el miedo...

LEYDEN

-¡¿Estás diciendo que eres mi padre?! -le pregunto a la Bestia con gran enfado contenido.

- Muy bien, muchacho alelado. Por fin lo has entendido, tú eres mi hijo... mi vástago -responde mientras exhibe una sonrisa perversa.

-¡Algún día te mataré! -exclamo encolerizado, y en sincronía me incorporo furioso del suelo.

-¡**VUELVE A SENTARTE AHORA MISMO**! -me ordena Rodolfo enfurecido.

-¡**TÚ HAS VIOLADO A MI MADRE; Y NO HA MUERTO AL DARME A LUZ, TÚ LA HAS MATADO**! -chillo, totalmente fuera de mi mismo.

La Bestia se precipita sobre mí, con su descomunal brazo derecho levantado, amenazando con abofetearme con su zarpa. Me tropiezo del susto, y una vez en el suelo me arrastro aterrorizado, alejándome de él.

-¡**NO TE ATREVAS A ALZARME LA VOZ NUNCA MÁS, INSOLENTE ATONTADO**! -grita mientras continúo retrocediendo, esta vez por el asco, debido a que unos hilares tejidos con su pegajosa baba ondean colgantes bajo sus colmillos. Entre tanto bufido apestoso, estas cuerdas blanquecinas vibran ante los malolientes resoplidos, y se acercan febrilmente a mi cara. Por eso me debo alejar discretamente, para que sus emblemas no me rocen ni se enlacen en mi rostro.

-¡La dura verdad es que yo no he matado a tu madre! ¡Única y exclusivamente la he violado! ¡Murió al parirte, yo no la toqué!-exclama mi Amo.

- Quiero saber cómo se llamaba -exijo.

-¡No preguntes estupideces! ¡¿Crees que yo conocí su nombre?! ¡Pues no, no me preocupaban esas nimiedades! ¡¿Acaso por conocerla mejor iba a sentir más placer haciendo el amor?! ¡La respuesta es: no!

- ¿Y mi nombre? ¡¿Porque tendré nombre?! -pregunto enfadado.

- Tu nombre es Leyden. No sabía cómo llamarte. Había pensado en Rodolfo III, pero no me apetecía manchar mi nombre contigo. Una vez escuche a tu madre mencionar a un tal Leyden, y así te denominé -explica Rodolfo.

"También yo me alegro de que no me hayas bautizado con tu nombre, no creas que eres el único" -pienso mientras la Bestia habla.

- Ahora sabes cuáles son mis verdaderas intenciones desde el principio, así que ponte a entrenar inmediatamente. Piensa que cuanto antes vea que tu personalidad es una réplica exacta a la mía y observe el odio en tus ojos hacia todo lo que aún no conoces, antes te transformaré en una Bestia con el Libro para que podamos salir juntos a hacer el mal, y cuando yo muera continuarás con mi legado.

Han pasado cuatro días desde que Mi Señor me lo ha revelado todo. Espero sentado en mi penosa "habitación" a que Rodolfo me llame a entrenar, pero los gruñidos de impaciencia propios de la Bestia no llegan.

Ya es muy tarde, quizás el Amo se haya quedado dormido y por eso no me llama para la sesión de adiestramiento, como suele hacer rutinariamente. Nunca he estado en su cuarto de dormir. Además, ignoro si tengo permiso para entrar. No aguanto más. Me incorporo, salgo de mi dormitorio, y me encamino hacia la habitación de Rodolfo.

Ya me encuentro ante la entrada, decido poner coraje al asunto. La puerta defectuosa chirría cuando la entreabro. Asomo la vista por la rendija cautelosamente. La Bestia se ha quedado traspuesta en su sillón aterciopelado; durmiendo, tal y como sospechaba.

Su habitación es considerablemente más grande y cómoda que la mía. Se trata de un cuarto donde los exuberantes rayos de luz no escasean, -dentro de lo que cabe -quizá sea el único lugar algo iluminado en todo el lóbrego castillo. En la pared de enfrente se halla la ventana de amplio tamaño por donde no sólo se infiltró Rudolph, sino que también entró y salió la Bestia en más de una ocasión. Esta abertura se halla tapizada por una especie de estera bastante gruesa, que si la descorriese para saber cómo es el mundo fuera de aquí podría emitir cualquier estrepitoso sonido. Por lo tanto, he de conformarme con familiarizarme en el contenido de estos menguados

trazos de luz que deja este excepcional colador; apenas un vestigio de lo que es la luz del sol a ciencia cierta.

En la esquina superior izquierda, justo al lado de la ventana, se encuentra la cama de Rodolfo, de inmensas proporciones, embalada en un estuche de seda blanca. Ahora mismo está desocupada, pues Rodolfo se ha mostrado propenso al cambio. Se puede decir que ronca igual, sólo que deformando otra superficie diferente, ya que finalmente se ha inclinado por estrenar su "sofá", otro nuevo armatoste que obviamente ha hecho surgir -como un presente de él y para él - mediante el Libro de la Sabiduría, como ha hecho anteriormente con tantos de sus otros regalos de él y para él.

Me percato de que la Bestia tiene suavemente agarrado el látigo en su "mano" derecha. Me instiga con fuerza la tentación de "tomar prestado" su flagelo y probarlo. Algo me llama, convenciéndome de que se lo quite. "No se va a enterar; y además, el saber no ocupa lugar, y nunca sabes cuándo te podrá resultar útil saber manejar un látigo", pienso para animarme a cogerlo.

Penetro en la habitación y me encamino sigilosamente hasta Rodolfo, prácticamente conteniendo la respiración. Le saco con temor el látigo inherente a sus "dedos", y salgo del cuarto. Apenas me atrevo a cerrar la puerta. Opto por practicar en la sala de entrenamiento, mi dormitorio es demasiado pequeño.

Al principio, simplemente pretendo izarlo a través de la fuerza implícita en el golpe, para luego estrellarlo contra el suelo. Las primeras veces castigo mi cuerpo sin querer cuando me fustigo personalmente, pero la carencia de dolor resulta plausible si comparo estos palos con los crueles azotes de mi Amo. Después de probarlo repetidas veces, empiezo a dominar y obtener el ondeado golpe que quiero conseguir.

Es increíble cómo con excelente prontitud el látigo se menea hacia donde indican mis pensamientos, virando en torno a mi cuerpo según mi conveniencia. Yo mando y él obedece, acatando mis instrucciones como nunca nada lo había hecho. Me siento fascinantemente libre, creo que por primera vez actúo sin coacción. Encadeno sutilmente y sin dificultad el contoneo sublime del flagelo, cuyos danzares expresan la maestría del conductor.

Después de un par de horas, todo esto derrocha facilidad, me aburro. Elijo un punto en la pared rocosa. Con atinada puntería envisto con el látigo en ese preciso lugar. Algunos granos de arena caen tras el estacazo. Compruebo que he dibujado una fina marca, visible a simple vista siempre y cuando uno repare en el ligero hundimiento.

Es entonces cuando me percato de que todavía no he intentado enroscar el látigo a un objeto. El aro prendido en llamas me espera. Calculo la distancia exacta desde la que debo lanzar el flagelo para que se enganche correctamente. Tiro un latigazo, que se anuda sobre el brazo curvilíneo de hierro al rojo. Lo dejo enlazado un rato, observando cómo se torrefacta y flamea entre el calor. Sin embargo, en ningún momento se deshilacha o parte en dos, su fortaleza es indiscutible. Tras esperar unos minutos para criticar o galardonar definitivamente la resistencia de la vara, impulso mi brazo en un tirón acertado para desenredar el zurriago.

En ese momento una figura macabra irrumpe violentamente en la sala.

Es la Bestia: por unos segundos me había olvidado que existe.

Se precipita hacia mí.

-¡Aparta tus raquíticas manos de mi látigo! -exclama.

Retrocedo espoleado por la maldad que mi Señor imparte. Agarro el flagelo con más fuerza que nunca.

-¡Suelta inmediatamente mi fusta! –grita, histérico.

No conozco el motivo de mi acción, pero un estímulo inconsciente hace que levante el brazo.

-¡Ooohhh... no te atreverás. Tú golpéame y el castigo que recibirás será el más lento de todos los suplicios! -me dice con voz temblorosa.

Aunque no lo quiera admitir y pretenda disimularlo, me tiene miedo. Por una vez en toda mi vida, le tengo a mi disposición. Recuerdo todo lo que me ha hecho pasar. Me pega e insulta a su capricho, quiere utilizarme para hacer el mal, y lo peor de todo, ha violado a mi madre.

Ante todo esto me muestro implacable. Le tengo sometido y no puedo reprimir los fragantes deseos de zurrarle. Esta vez voluntariamente, y con todos los sentidos puestos en el trallazo,

tuerzo el brazo brutalmente, latigueando con fuerza y ganas el hombro del monstruo. La Bestia chilla, sin remedio ni control. Sus pelos se encrespan y erizan hasta un punto que yo no creía posible. Un escalofrío recorre toda mi espalda.

-¡**ÉSTA ME LA PAGAS, RENACUAJO SABIONDO. TE VOY A DESLOMAR A VARAZOS**! -vocifera.

Se precipita hacia mí como si su vida dependiese de ello, poseído, inmune a los golpes. Tales turbulencias nunca se habían dado en él. Suelto el látigo y corro despavorido. La Bestia agarra el flagelo en plena carrera y emprende la persecución. Es mucho más rápido que yo, y finalmente, me caza. A empellones me tumba en el suelo y me quita la camisa, mientras yo intento enderezarme para no terminar siendo su víctima. Toma su látigo y me atiza con él en la espalda. Yo me zarandeo espasmódicamente, convulsionándome con cada azote, a veces lucho por levantarme pero Rodolfo apoya uno de sus “pies” sobre mi cuerpo y me empuja de nuevo.

-¡**ESTO PARA QUE NO VUELVAS A TOCAR MIS ENSERES O MI PIEL NUNCA MÁS**! -exclama.

El látigo, que no se ha enfriado desde que lo até a través del aro llameante, restalla una y otra vez sobre mi carne ajada. Los quemazones son casi intolerables, debido al calor que desprende el flagelo. La Bestia se está esforzando mucho, nunca me había golpeado tan fuerte. Mi piel se abre y la sangre se propaga. A pesar de todo no grito, ya casi ni me muevo. La frustración y la tristeza pueden con todo lo demás. Apenas siento el tacto trenzado del látigo, pues me hallo sin fuerzas, sin energías, sin ilusión... sin vida. El verdugo no para de fustigarme hasta que mi sangre se desliza por el azote.

-¡Analfabeto iletrado, has tenido suerte de que hubiese condicionado el zurriago con un hechizo del Libro para hacerlo invulnerable (el Libro sólo permite hacer esto con objetos, no con seres vivos), pues si lo hubieses fundido, aplicaría ahora mismo el cuero derretido sobre tu espalda molida! -me amenaza antes de marcharse.

Me quedo tirado en el suelo, no me apetece moverme, tampoco puedo. Pasadas bastantes horas, me levanto contoneándome por el dolor y me dirijo a mi habitación tambaleándome, con la espalda lacerada aún ardiendo.

Recapacito sobre mi vida. Me encuentro viviendo en un castillo encantado, entrenando a todas horas y sometido al juicio de una bestia maléfica y motivada en el asesinato, que para colmo resulta ser mi padre.

En este lugar, modificado por el Libro de la Sabiduría, da igual a cuánto dolor me someta Rodolfo, por ninguna causa moriré, excepto cuando me oxide la vejez. Puedo caerme de sueño por falta de energías, pero no será mi fin. Ni siquiera me pasará nada aunque no coma durante meses, sólo permaneceré sin fuerzas y en constante agonía hasta ser alimentado. Lo mismo le ocurre a la Bestia, y a cualquier inquilino que habitase en este castillo, le sucedería esto mismo (todo esto se puede establecer así mediante la magia del Libro, pero sólo es capaz de hacerlo en lugares. Es decir, no se puede hechizar a una persona o animal para que viva sin cumplir con sus funciones vitales).

Mi Amo, hace surgir con el Libro distintas variedades de comidas suculentas y deliciosos manjares, según sus apetencias momentáneas, y los deposita en su almacén secreto -o por lo menos así era hasta que hace ya tiempo seguí a la Bestia y descubrí su ubicación -para continuar con el exquisito plato otro día. A mí me nutre diariamente con las sobras, contaminadas con los infectos líquidos bucales que sueltan sus gelatinosas encías. Para castigarme, a veces me tortura sin dejarme probar bocado durante más de una semana, y no puedo comer nada del almacén secreto porque siempre se da cuenta de que lo he hecho por el color que adquiere mi cara...

De pronto, una idea empieza a medrar en mi cerebro, permanezco encerrado en mi cuarto unas horas, rumiando el plan.

Han transcurrido ocho días desde que robé el látigo de mi Amo. Me espera en la sala de entrenamiento, bajo corriendo.

- Ohh, Su Eminencia ¿Me llevaría Su Ilustrísima Majestad a contemplar el étnico volcán con el que Su Señoría provocó la apoteósica masacre? -le pregunto a modo de ruego, condecorando sus “hazañas” para que acceda a cumplir mi petición.

- Mnnn... Interesante propuesta. Pensaba prohibirte salir del castillo hasta que fueras un clon idéntico a mí, pero te llevaré a ver el fuego con el que arruiné y triunfé ¡Laxante del mal! -tras decir esto el Libro de la Sabiduría se estampa sobre sus “manos”.

Ojea sus páginas y dice unas palabras. Entonces, aquel muro que yo había inspeccionado minuciosamente tantas veces para hallar una salida, se desplaza hacia la derecha, permitiendo a la luz del sol explayarse en todas direcciones, mostrándome el camino hacia la libertad. La Bestia sale por fin del castillo, yo le sigo. Rodolfo, que peca de todo y de vago, no cierra el muro de nuevo, y pone como excusa que el exuberante paraje que le circunda está literalmente deshabitado.

Ésta es la primera vez desde que fui encerrado que siento la naturaleza. No puedo abrir los ojos debido a la deslumbrante luminosidad. Tengo la sensación de que están martilleando mis párpados, y sin embargo los despampanantes rayos y la brisa fresca me arropan cálidamente. Emprendemos la ardua subida, pronto distingo el monte de fuego.

Una hora después llegamos a la cumbre del volcán. Asomo la cabeza para saber si los ríos en llamas se han disecado. Aún corren caldeados e ígneos. Es ahora o nunca. Mi Amo mira, íntegramente entusiasmado, el magma con el que redujo a su pueblo. Está colocado en el filo del cráter como si no corriese ningún peligro, tan seguro de sí mismo... Sin pensarlo dos veces, me dispongo a empujarle, corriendo hacia él con resolución. En el último momento la Bestia reacciona, apartándose con audaces reflejos, para que sea yo quien caiga sin ponerme siquiera la “mano” encima.

Intento mantener el equilibrio, pero finalmente me precipito hacia el interior del cráter; no sin antes haber lanzado la mano hacia la Bestia, intentado tomarle por cualquier parte, para así llevarle conmigo hasta el sima. Pero sólo he conseguido agarrar el aire, pues con un diminuto salto mi Señor ha vuelto a eludir mi intento.

A medida que caigo se incrementan los grados de la temperatura y el nivel de gases tóxicos, impidiendo hasta cierto punto mi respiración y haciéndome resollar.

A los cinco metros de vuelo vertical, me desplomo contra una prominencia rocosa que frena mi caída. Pero la inercia del movimiento, hace que ruede unos palmos por el estrecho bulto y quedo suspendido, sujeto al borde. Clavo las uñas y me abrazo a su contorno. Pienso que aún me queda mucha vida por delante, y que no debo descuidarme si no quiero perecer en este preciso momento. Al fin consigo subir, haciendo estragos para darme el impulso necesario.

Una vez que me hallo sobre el saliente, me pongo tieso contra la pared, intentando que ésta me trague para pasar desapercibido ante Rodolfo y que me tome por muerto. El se limita a mirar acusada y prolongadamente, quiere distinguir entre el vapor y el polvo mi figura difuminada y desdibujada. El saliente se halla resentido ante tanto peso y empieza a agrietarse. La roca emite un sonido apenas audible para mí, no obstante, sí es perceptible para el fino tímpano de mi Señor. En ese momento, señala con su escéptica mirada mi posición y consigue verme.

Al saber que no me desparramado sobre la lava, inicia la bajada con ahínco, sujetándose en las hendiduras fácilmente y sin ningún esfuerzo por su parte, descendiendo con alucinante velocidad; y no precisamente para ayudarme. Cuando se encuentra a una altura desde la que él calcula que me puede azotar con su flagelo, se dispone a sacarlo.

Me agacho como puedo, en ese espacio que me bloquea por ser tan pequeño, con el fin de esquivar el golpe. Por ello me desestabilizo, rajando aún más el cabo, y encima no logro librarme del latigazo. La sangre comienza a manar del corte. Embravecido, arranco una de las esquirlas del suelo resquebrajado, que ha quedado en lamentable estado después de mis movimientos. Lanzo la pedrada, que atiza a la Bestia en la “mano” con la que empuña la fusta. Rodolfo suelta el látigo aullando de dolor. Yo me dedico a hacer equilibrios forzados sobre el desbaratado saliente y a estirarme como puedo para coger el látigo en sincronía a su caída.

-¡**VOY A DESPEDAZARTE, BASTARDO GORRÓN Y MISERABLE**! -grita la Bestia rezumando ira.

Mientras tanto yo ni me digno siquiera a reprochar su ofensivo comentario. Me dedico simplemente a lanzarle un latigazo que se enreda meticulosamente alrededor del tobillo de Rodolfo.

En estos momentos agradezco de buena gana el hecho de haber sido inducido en la idea de mi adiestramiento particular del manejo del látigo, hecho del cual me arrepentía cuando recibía mi escarmiento.

A pesar de que la Bestia es un excelente escalador capaz de mantenerse sujeto a una pared prácticamente llana, aunque de cierto entramado rugoso; no puede adherirse a ésta cuando tiro del látigo hacia mí con ánimo de arrojarle al vacío. Rodolfo casi se abre de piernas sobre la superficie vertical con tal de no desmenuzarse en el magma, pero no aguanta en esta posición tan difícil y se precipita al vacío soltando chillidos, aunque nada comparables con las exclamaciones que profiere al ser arrastrado e inundado por la lava.

Tan fuerte he tenido que tirar del látigo para empujar a Rodolfo que la pequeña prominencia en la que me apoyo se ha convertido en una roca de diminuto tamaño; como de un palmo aproximadamente, en la que sólo cabe uno de mis pies.

Rebusco una salida con la mirada. El tétrico cráter es escasamente alumbrado por el fogueo de la lava, que produce entre las estrías y sombras pinceladas rojizas en pleno ajetreo. Observando detenidamente la cueva me invade la sensación de que están captando las llamas del magma con un espejo, para luego reflejarlas en las paredes y conducirlas por todos los rincones. Los haces luminosos a veces aparecen y desaparecen, o chocan dos y tres, sangrando colorados cuando se enfrentan para superar a los trazos pintados en ocre de los dibujos enemigos, y apropiarse de parte de las láminas ajenas. Tanta variedad de tonos y estratos de luz en continuo tránsito emborronan la silueta rocosa. Esta creación fantástica de luceros rojos enfocados cada uno a distinto ángulo que todos los demás, y corriendo a la misma velocidad que la lava, provoca en mí un extraño mareo cuando reproducen este contorno difuminado y fantasmagórico del cráter.

De pronto distingo una abertura entre las rocas, en la pared situada justo enfrente de mí, de la cual me separan unos diez metros aproximadamente. De la superficie empedrada que me rodea formando un cono, brotan estalactitas inclinadas, por donde con muchas dificultades podría salvar la distancia. Probablemente hayan surgido mediante el goteo tortuoso del escaso magma que hace 18 años no llegó a emerger de la chimenea volcánica, y en su declive formó estas curiosas barras de lava consolidadas diagonalmente y tan próximas entre sí.

Es entonces cuando el bulto en el que me sujeto, comienza a temblar con desasosiego. Impulsivamente salto, soy consciente con mi situación, y por ello se que la prueba que me aguarda es similar a la de los entrenamientos propuestos en la sala del castillo, por lo tanto no podré cruzar. No obstante, y gracias a mis ansias de supervivencia, me agarro con todo mi afán a la columna colgante.

Para mi asombro y felicidad, las manos no me sudan y se adhieren sin complicaciones a la costra uniforme. Quizá este inexplicable acontecimiento se deba a que estoy haciendo algo por mí mismo, sin que la Bestia me lo haya mandado con anterioridad. Por eso me impregno en mis esperanzas e ilusiones de libertad, tan solo concentrado en la idea de que ahora que me encuentro tan cerca de ella no pienso acobardarme.

Avanzo poniendo toda mi voluntad, columpiándome entre las estalactitas de piedra, que arden debido al sofocante calor que hace aquí abajo. Por lo tanto, tengo que darme prisa en soltar el anterior pico para después tomar el siguiente con la otra mano, casi sin tiempo que alivie el dolor. Miro hacia abajo para obtener una certeza sobre los metros de caída.

Diviso el mar de lava rompiendo contra la esponjosa plataforma de abrasión, cuyas rocas inferiores del último peldaño social, pelean para evitar el poder inquisitivo de las clamorosas mareas. Estas rocas marginadas para beneficio egoísta de las demás, y pulidas por el magma esclavista, combaten por la igualdad suprema. Desean trepar por las estrías de las piedras afortunadas, y encumbrarse en el trono sobre sus pulidas bases, del mismo modo que las más altas hacen con ellas al ensamblarse sobre sus socavados cuerpos; y así dejar de ser abrasadas y moldeadas por las olas y mareas friccionantes, para que este peso recaiga sobre otros entes. Algunos fragmentos de bajo escalón no aguantan el mortificante choque, y mueren debido a esta presión erosiva, otros enloquecen ante los continuados recortes y optan por suicidarse, uniéndose a los otros muchos pedazos solventados entre la lava, por lo que se hace más densa, volviéndose más dañino el tormento de las rocas que no han tenido la suerte de nacer un poco más arriba. Muy pocos cabos son los que prevalecen con aplomo a los constantes remodelados

magmáticos, preservando con honor y fuerzas revolucionarias ese carácter idealista, rebelde, indomable y constitutivo que jamás perderán, por muchas cascadas dominantes que chorreen por sus superficies jabonosas –pienso, comparándolas conmigo mismo para no aburrirme.

Gradualmente me acerco al entrante, avanzo tembloroso, sudando y jadeando, pero con un milagroso control sobre mis manos. Finalmente, llego a la cueva y me implanto en su boca, introduciéndome por la pequeña ranura.

Camino agachado por el serpenteante pasadizo. En algunos tramos incluso debo gatear o reptar para poder escurrirme entre las estrechas rampas. Empiezo a preocuparme. No encuentro señal de estar emergiendo. Por fin siento cómo el pasadizo comienza a ascender. La calurosa temperatura se amansa, y las paredes que me rodean se humedecen a medida que continúo, para culminar desprendiendo hilillos de musgo.

Si por algún inexorable motivo este no es el camino adecuado, sería mi inmediato fin, pues no he hallado ninguna otra escapatoria -pienso mientras una cantidad venerable de arena de los techo aterriza sobre mi cabeza.

Al final llego a la salida, y la alegría hace presa todo mi cuerpo al saberme por fin libre. No obstante, una vaga intuición invade mi alma, y es que presiento que si Rodolfo no murió al mínimo contacto con el magma, puede que haya sobrevivido, y sé que me perseguirá hasta saciar su venganza, por lo que debo estar siempre alerta.

Me encamino hacia el castillo, aún debo adueñarme de ciertas cosas. La puerta forjada en roca maciza, permanece cerrada y encallada desde la última vez que mi Amo la utilizó, hace ya mucho tiempo, pues en cuanto dispuso del Libro, no sé por qué, encontraba más práctico entrar y salir por las paredes. Sobre la puerta, ha mandado esculpir una copia feroz de su dentadura, para recordar a los forasteros despistados que en ese lugar no encontrarán precisamente una acogida.

Por suerte, el desprevenido de mi Señor, dejó el muro por el que salimos confiadamente abierto. Me englobo en la abertura y voy hasta el cuarto de la Bestia, atravesando los oscuros y angostos pasadizos. Tomo unos mapas y Libros útiles de sus refinadas estanterías. También me contemplo en su burocrático espejo, colgado de la pared.

Es la primera vez que admiro mi imagen. Hasta ahora, no he sabido nada acerca de mi aspecto, tan sólo lo que me aventuraba a imaginar. Mis ojos son verdes azulados, totalmente diferentes a los de mi padre, quien los tiene de un color verde oscuro que si observas durante un rato te percatas de que es idéntico al color de los excrementos. El cabello, más bien largo que corto, y recortado a capas, es reacio a permanecer en su sitio, por lo que adopta una posición rebelde y algo encrespada. Su tono marrón oscuro contrasta con la extrema palidez de mi rostro, debida a los largos años que he estado prisionero entre estas paredes.

La figura esbelta y musculosa a la vez, debido a los ejercicios diarios, está vestida con una camisa naranja sin mangas que cae sobre un pantalón pirata, de color verdoso. Calzo sandalias algo rotas, mi Amo nunca ha querido abastecerme con unas botas, aún diciéndole que podría ejecutar mejor los entrenamientos. Me encuentro bastante decente, considerando la triste y horrenda vida que he llevado.

Después, me encamino hacia el antiguo almacén de los alimentos de Rodolfo. Me apropio de unas cuantas frutas de distinto tipo, verduras, carnes y otras formas de nutrición. Ya estoy preparado para partir. Según el mapa, hasta el pueblo más cercano hay casi cien millas (unos 160 kilómetros), atravesando la aldea que fue destruida por la Bestia, en la cual me encuentro pasados quince minutos.

Todo está en ruinas. Algunos muros derrumbados entre las encrucijadas, cubiertos de polvo y ceniza, ofrecen un ambiente aún más desolador. Toda huella humana de fraternidad, floreciente desde antaño, ha sido borrada por los vientos del olvido. En algunas de las zonas del terreno que ha solidificado la lava, se encuentran huesos humanos disecados, incrustados entre el magma corrompido. Me doy prisa en atravesar el solitario desierto, cuyos corroídos derrubios afligen a mi vista.

Después, prosigo mi camino.

LA BESTIA

Caigo y caigo, al mismo tiempo que observo la cara de satisfacción del cargante crío. Aterrizo sobre el magma como una viruta de chocolate en una aristócrata taza de café efervescente. No quiero darle al endeble y repugnante fulano un incentivo de radiante placer al oírme chillar, pero el indescriptible dolor que siento hace que no pueda evitarlo.

Chapuceo y me agito gimiente, tratando de salir de esta olla a presión, cuyas corrientes de convección me revuelven y sacuden, sumergiendo mi aporreado cuerpo por entero. Se me acaba el aire, manoteo y pataleo asustado cuando trago y respiro bocanadas de magma, que se agita en mi interior picando y batiendo mi organismo. El suplicio de ahogarse en el fuego es indemostrable, sobre todo cuando esnifo la lava que tapona mis orificios nasales. Por fin llego hasta una protuberancia rocosa, subo y me desplomo moribundo sobre ella. Toso estrepitosamente hasta escupir todo el magma que incendia mis pulmones, enriquecidos con azufre de las montañas.

Estos hechos tan humillantes nunca llegarán a oídos ajenos. Sólo el haber sido dotado con esta resistencia específica, que conlleva el ser una Bestia, me ha capacitado para resistir tal sacrificio. Enseguida invoco el Libro de la Sabiduría para sanar mi cuerpo escocido y llagado. Inicio el proceso de escalada, que tardaré en completar bastantes días debido al agobiante calor y a las empinadas rocas. Por suerte, tengo el Libro para hacer surgir el alimento requerido para tal heroicidad.

LEYDEN

Llevo caminando más de cuatro días sin ningún percance. Atisbo desde la lejanía lo que me constan signos de un poblado habitado. Por fin cruzo las puertas de la aldea. Afortunadamente, consigo pasar desapercibido entre los habitantes, que me miran como a uno de los muchos extranjeros que frecuentan sus hogares. Pronto me acomodo en una casucha harapienta y abandonada, hasta ganar el suficiente dinero para poder instalarme en una morada más pulcra y cálida.

Busco trabajo durante dos días. Finalmente, me acogen en una humilde panadería denominada "**EL HOGAR DEL PAN**", y la dueña me instruye en el arte de trabajar la masa.

Ella tiene los ojos azules claros, el cabello pelirrojo y rizado cae sobre su espalda. Debe tener unos treinta y cinco años aproximadamente. Viste una blusa veis de manga ancha y pantalones de color azul marino, bastante arrugados. Es muy hermosa, pero lo que más me llama la atención, sin lugar a duda, son las cuatro cicatrices señaladas en su mejilla izquierda, un distintivo que la identifica entre todas las demás mujeres.

Mi corazón da un vuelco cuando me dice que su nombre es Lorian. Probablemente, es ella la mujer que hace dieciocho años se enfrentó a la Bestia. Pero no le digo nada acerca de eso. Pronto descubro que detrás de esa presencia arrolladora, embriagante e imponente que ella ofrece a primera vista, hay un carácter cariñoso y comprensivo.

Los días que Leyden vive en esta apacible aldea, transcurren sin altercado alguno. Por lo tanto no voy a hacer perder el tiempo al lector contando "lo que no ocurre".

En vez de eso, voy a narrar lo que le ocurrió a Rudolph tras su retención bajo el tronco.

No obstante, Leyden intuye que la Bestia ha subsistido ante el fuego del volcán, y algún día tendrá que contarle a Lorian su secreto, para saber si cuenta con su ayuda en la encarnizada lucha contra su padre.

RUDOLPH

...

-¿Me entregas el Libro... o continuamos con el martirio? -me instiga la Bestia.

-¡Déjame en paz! -contesto furioso.

- Está bien... -camina hacia el tronco, el muy cretino; y luego dice algo que es demasiado largo y por lo tanto no me molesto en escuchar.

-¡Espera...!

Ya no puedo ganar más tiempo, estoy obligado a darle lo que me pide si no quiero morir desangrado.

- Te... te daré el Libro...

Pronuncio mi contraseña, por lo que el Libro se posa ante mí. Con esfuerzo paso las páginas.

De pronto, una idea ronda por mi cerebro. Algo que no se interpondrá entre Rodolfo y el Libro, pero al menos me mantendrá hinchado y vivo.

- Te advierto -me chantajea la Bestia -si haces...

Cuando termina su discurso -del cual no atiendo a ninguna puñetera palabra, sólo finjo interés para que se calle antes -pronuncio "**EUQOTEUQOLLEUQAESEREGILA**" (leído en sentido contrario: aligérese aquello que toque) y simultáneamente flexiono mi brazo libre hasta palpar el tronco con los dedos.

- He tenido que hacer esto para condicionar adecuadamente el quiebre de las barreras defensivas a las que la portada del Libro hace gala, condición infranqueable para garantizarte el hecho de que dicho objeto te atribuya con fe el menester de actuar como su portador -le suelto a Rodolfo esta parrafada, como explicación del hechizo realizado.

Me cercioro de la incertidumbre frenética que perturba a la Bestia, quien mueve los ojos de un lado a otro mientras se sofoca por comprender mis rebuscadas mentiras. Finalmente, no consigue traducir mi frase, y la desazón que ha hecho mella en él no mengua. A sí que olvida el acertijo y coge el Libro. No aguanto el presenciar cómo ese objeto, hacia el que siento tanto aferro, es manoseado por las zarpas repugnantes de ese vomitivo ser.

Desgraciadamente, es consciente del odio prácticamente carnal que me estimula cuando cruzamos las caras, por lo tanto no se olvida de las mutuas discrepancias, y decide comprobar la fiabilidad que puede depositar en el Libro. Le seduce la idea de desenvolver una tempestad. Como no ocurre nada me sigue acosando hasta que doy respuesta a sus interrogantes. Al final debo revelarle que debe inventar una contraseña. Entonces procede con otro hechizo: esta vez se decanta por airearnos con un tornado. Cuando termina de mostrar su fingida superioridad, vuelve a proferir sus insultos, mientras yo le contesto con mis sutiles e ingeniosas frases, hasta que Rodolfo se aburre y se marcha.

Todavía no me lo puedo creer. Años y años –en realidad habían sido meses- de práctica y sacrificio hasta que me concedieron el Libro de la Sabiduría, para que venga este monstruo con suerte y me lo arrebate. Estoy física y moralmente destrozado, aunque en mi trato con la Bestia quería disimularlo y que pareciese lo contrario. ¿En qué estado me voy a encontrar después de pasar siete minutos con un árbol "a cuestas" (de los cuales sólo cuatro de ellos pesaba realmente como el rudo tronco que era) y un animal saltando sobre mi persona? "Cualquiera" lo soporta.

¿Qué haré? No puedo regresar al pueblo de la Bestia, me mataría. Debo emigrar hacia otro lugar, preferiblemente lejano, y allí planear y volcarme en mi venganza.

Me incorporo (o por lo menos eso es lo que a él le hubiese gustado). No, no puedo levantarme. Ya me he sacudido el árbol de encima, pero es mi cuerpo lo que pesa, tengo todos los músculos agarrotados; por eso apenas sentía el escozor de las heridas y los cortes.

Pero ahora, mi carne empieza a reaccionar ante las contracciones de las fibras nerviosas, y las heridas se distorsionan. Encima estoy perdido en un bosque dejado de la mano de Dios. Ni

siquiera conozco la distancia hasta la aldea más cercana ni en qué dirección debo partir. Pero si no me muevo pereceré en este infecto lugar. Por lo tanto, como no me puedo erguir, pongo en marcha el proceso "arrastrarme". Hierven y bullen todos los cortes de mi cuerpo mientras los restriego contra el suelo, y me estremezco de dolor cuando las heridas empiezan a sangrar. Las lágrimas resbalan oxigenando y limpiándome las mejillas embarradas.

Ya el sol se ha puesto y retirado tres veces, y aún no he comido nada. Al final no moriré desangrado, aunque las heridas sean muy profundas (ciertamente no lo eran, dentro de lo que cabría esperar. Por lo menos ninguna rama le había traspasado "por completo" ninguno de sus miembros), pero sí caeré de hambre.

- Oh... por favor... ¡Otro arroyo no, ya basta de líquido. Yo estoy pidiendo nutrientes para mi organismo! -grito, al observar caer el agua de otro riachuelo. -¿Es que el único árbol con frutos de todo el bosque es el que han hecho desmoronarse sobre mí?

Algo tengo que comer. De pronto, me percato de que el bosque está a rebosar de raíces silvestres, tendré que tener cuidado de no comerme ninguna venenosa. Agarro una de buen aspecto con ambas manos y tiro hacia mí con fuerza.

No se parte.

Opto por trenzarla para ablandarla, pero los ingredientes que la componen se hallan demasiado comprimidos. Todas las raíces tienen nutrientes, pero si yo me he decantado por ésta no me marcharé hasta conseguirla. Cojo una piedra de canto afilado y pongo en práctica el método más rudimentario: machacar la raíz. Pero tampoco se rompe.

-¡Con lo crujiente y churruscada que se muestra! -grito.

Un rato después, que viene a ser algo más de media hora, y ya con los brazos entumecidos, decido elegir otra raíz de pinta similar a la anterior, pero más tierna y manejable. Enseguida esta tronchada. Ahora daré principio a la gran hazaña de paladear su sabor.

Introduzco un extremo en mi boca y lo estrujo con las muelas. Ya no la califico como crujiente y churruscada, más bien diría dura como demonios. Sus fibras entrecruzadas comienzan a disolverse y expandirse entre la lengua, y me ofrecen la desagradable sensación de estar masticando heno entremezclado con un combinado de gusanos. Aquello que yo tenía esperanzas de que fuese un sabor dulzón, deriva a lo ácido y amargo. No tardo en escupir toda aquella guarrería, aunque no puedo eliminar el sabor de la sabia almacenada en mi boca.

-¡Nunca más comeré de esta porquería! -grito, asqueado.

Continúo arrastrándome. Un tiempo después, ya cansado, paro y me adormezco, pero al momento me despierto sudando, hostigado por las pesadillas.

Han pasado cinco días, el dolor de las heridas ha moderado y eso me inspira a levantarme. Progresivamente me enderezo, apretando los dientes para no gritar, pero el sufrimiento es, hasta cierto punto, controlable. Parto una rama larga y la utilizo como callado. A ratos, cuando el dolor torna a más intenso y comienzo a marearme, me inclino de nuevo y continúo a rastras, poco a poco.

El hambre se vuelve a presentar insoportable, y aunque no quiera reconocerlo, la correosa raíz lo había apaciguado. Sin posibilidad de otro remedio, troncho otra de las podridas raíces y lamo el jugo resinoso mientras sigo avanzando. Cuando me acostumbro y acepto su inmundo sabor, deja de parecerme tan vomitivo.

Esa noche no duermo nada debido al extremo frío. No sé encender una hoguera. Echo mucho de menos el Libro de la Sabiduría y lo recuerdo cálido y reconfortante entre mis manos. Con él podría prender fuego tan sólo leyendo unas palabras, y aparecería comida ante mí instantáneamente. Apoyo la espalda contra una roca y me acurruco. El gélido viento, que me acuchilla todo el cuerpo, se implanta y cuela entre mi piel. Tirito sin tregua a la vez que me asombro por la ciega oscuridad pululante. La menguada luna irradia una luminosidad endeble, insuficiente para alumbrar el bosque en tinieblas.

El sol renace en la lejanía de las montañas, sigo adelante, siempre chupando una raíz para mermar el hambre. Me estaré desesperando por mi situación, pero me sacude constantemente la sensación de que unos sigilosos espíritus me están siguiendo. Avieso sombras delgadas entre los

árboles, moviéndose con gran agilidad. Corren de un lado a otro, y puedo intuir su objetivo; no sé por qué, pero distraerme es lo que pretenden, para tenderme sus garras a continuación. En reiterativas ocasiones me vuelvo para estar seguro de que no se acercan a mí. Necesito la ayuda de alguien, pero no me fío de ellos.

Un sendero envuelto en árboles y helechos me espera pocos metros adelante. No hay otra salida, y prefiero esta opción antes que atravesar el campo de zarzales que lo rodea. Empiezo a cruzar el estrecho camino. Repentinamente, unas manos -no precisamente higiénicas -emergen de entre los vegetales, y asen mi atuendo, tratando de robarme el magullado poncho.

Le doy manotazos y puñetazos en los brazos, pero aguanta el dolor y no me suelta. Al final debo proceder al sacrificio de sacarme la raíz relamida de la boca y clavársela en la muñeca. No tengo tiempo de hincársela, pues en cuanto siente el pinchazo aparta el brazo y se escabulle entre los arbustos. Finalmente escapo de esa emboscada y puedo moverme por un sendero más ancho.

Es entonces cuando recuerdo el instantáneo pero decisivo momento en el que me sedujo la idea de mirar un mapa de la zona. Gracias a lo cual, sé que me encuentro atravesando los insólitos "**BOSQUES DEL NABO**", invadidos por esos ladrones que malviven en la miseria. Aquellos seres denigrados a la supervivencia callejera, inculcados por experiencia propia en artimañas de engaño, prostitución y vagabundeo, cuchichean ocultos para robar mis pertenencias. Son unos maestros en provocar la exaltación del miedo en sus víctimas.

Quizá exageran los acontecimientos, pero son varios los pergaminos que mencionan a estas fieras que habitan en las "**ZONAS DE PILLAJE**", situadas a ambos lados de este denso bosque, en el que sido cruelmente abandonado. Los ladrones frecuentan estos páramos inducidos por el deseo de sorprender a los desgraciados que se han perdido, o a los incautos que se internan desprotegidos y sin compañía. Historias de antaño hablan sobre persecuciones ininterrumpidas hasta que sus desorientadas presas se empotraban contra un árbol o se despeñaban sin quererlo por un precipicio.

Avanzo acongojado, intentando arremeter con la vista cada inhóspito recobeco. Uno de esos gañanes me lanza una piedra, que me golpea en la nuca, lo cual incrementa mi desconfianza hacia estos. En un determinado momento cruzo la mirada con uno de ellos. Sus ojos astutos muestran gran firmeza en el propósito de arrebatarme mis posesiones.

Camino nervioso, cada vez más rápido hasta que el dolor casi hace que me desmaye. Veo unas piedras y me agacho para recogerlas, podrían serme útiles para defenderme. Reparo en las sombras escurridizas de los matorrales y las figuras negras, que saltan como gamos entre las ramas de los árboles. A veces creo ver brazos que, sucesivamente, unos tras otros, salen y se meten entre la maleza. Abren y cierran sus dedos grasientos como posesos, aferrados a la idea de que mis efectos personales serán suyos. Sorpresa y terror aumentan cuando me afianzo en la seguridad de que blanden, en sus manchadas manos, instrumentos como cuchillos y demás objetos punzantes.

-¡Partid al Inframundo, Rudolph os lo ordena! -exclamo.

Escucho ecos de risas y carcajadas distribuyéndose por el bosque. Este signo de entereza ante mis amenazas, ya marginadas entre su creída superioridad, no me agrada lo más mínimo.

Uno de esos traicioneros seres empuja a otro de los suyos, que se implanta en medio de la ruta por la que yo camino. Su carbonizada nariz -de tanto esnifar -resalta entre su mugriento cuerpo. Esgrime en su ensangrentada mano una hoja de metal afilada, que ni siquiera se ha molestado en incrustar en un palo que utilizar como "mango". El hecho de que se pasee armado es un incentivo para arrojarle una de las piedras recogidas.

Mi perfecto tiro es esquivado.

Muy pronto se manifiesta toda una bandada de esas criaturas. Los hay que fuman hachís o marihuana, -o sucedáneo de ambas juntas -otros se concentran en enrollar unos gramos de cannabis espolvoreado en hojas o tallos alucinógenos, ignorando completamente mi presencia. Ciertos fumadores de opio y demás sustancias encienden sus "mezclas" en la antorcha común. Incluso alguno de estos seres que más dependen de estos elementos porta una botella de alcohol puro, que si no se inyecta sin descanso por vía intravenosa es porque no sabe cómo hacerlo.

Mi cuerpo aún se halla en estado crítico, no puedo correr. Agarro mi callado a modo de hacha, para mi asombro, aquellas enfermizas criaturas no tienen intención de atacarme, y enseguida se esfuman entre los árboles.

Pronto lo comprendo: son vagos por naturaleza -como yo-, tienen como meta esperar a que me duerma, y entonces robarme sin complicaciones. Sin embargo, no hay que subestimar su destreza como escaladores, ni sus hábiles reflejos, demostrados en la facilidad con la que el delincuente esquivó mi atinada pedrada.

Todas las innumerables leyendas sobre estos rateros de las "**ZONAS DE PILLAJE**", su natural y heredada perspicacia, el inmutable acecho sobre sus víctimas sin que éstas se percaten... no son más que burdas mentiras, sólo se dedican a esperar a que nos despistemos un segundo para dar inicio al ataque.

Sigo caminando. En algunos tramos donde se estrecha el sendero, un manojo de horripilantes garras asalta los recovecos de la vereda mientras acogen mi indumentaria para sí fanáticamente. Sus uñas marrones se adhieren a mi poncho y tengo que hacer muchas pericias y maniobras hasta ser soltado. Esta situación se repite en varias ocasiones hasta avecinarse la noche.

Mi idea se mantiene en seguir avanzando, de esta forma no me importunará el sueño. Finalmente me vence la oscuridad imperecedera; y ya cuando mi campo de visión se reduce a medio metro en la espesura del bosque, debo sentarme y esperar. Esta noche, a diferencia de la anterior, me relaja una ambiciosa temperatura, cuya magnificencia es absoluta. La suave brisa fresca invita a recostarse y dormir, no obstante, debo permanecer despierto.

Contemplo el bello amanecer. Se cumple una semana desde el fatídico día en el que fui inhumanamente estrujado contra el suelo.

El día transcurre tediosa y melancólicamente, igual que todos los vividos en este absurdo paraje. No tiene lugar ningún hecho trascendental cuya mención merezca la pena, a excepción de los continuos tropezones y caídas, inherentes al profundo agotamiento. Ni siquiera se manifiestan aquellas manos entre la vegetación, o es que mis turbados sentidos no llegan a tiempo para presenciar estas sucintas apariciones.

A duras penas permanezco despierto la tercera noche en vigilancia. Nada más de ponerse el sol en el horizonte, prosigo con el arduo recorrido.

De no ser por el incesante cansancio que me apalea, incluso sería capaz de correr, pues los cortes han sanado prácticamente. Avanzo zozobrando, ciego, husmeando el aire, como si fuera a entrever con el olfato... y voy directo a precipitarme por un acantilado. Me impulso con fuerza hacia atrás en el último momento, justo antes de perder el equilibrio.

No aguanto más, y no sé cuánto tiempo resta para llegar al único pueblo de la zona. Debo mantenerme despierto y alerta, para lo que espoleo mis sentidos rememorando todo el mal que la Bestia me ha infligido. Sin embargo, el dolor del recuerdo penetra más allá de lo planeado.

Camino apesadumbrado, sumido en los recuerdos.

En un solo día, he sido reducido a "despojo humano", medio muerto de hambre y perseguido por escoria. He debido arrastrar mi carne mancillada por no renunciar a la salvación, regando el suelo con mi propia sangre para que los carroñeros ingiriesen mis pellejos; mientras merodeaba por los alrededores en busca de qué nutrirme, sin hallar otro alimento que pútridas raíces.

Por todo esto y mucho más, he sido trágicamente apaleado por Rodolfo, y por toda la sangre derramada en esos penosos momentos en que me convertí en un bicho "rastrero y agonizante", juro solemnemente que dedicaré el resto de mi vida a corromper la fatal existencia de la Bestia, para así recuperar la inmensa dignidad perdida en tan desmesurada humillación. La única intención que me anima a no tumbarme en el suelo y dejar que esos seres aislados se apoderen de lo poco que me queda, es regocijarme ante el tremendo sufrimiento que otorgaré a Rodolfo, del mismo modo que él ha disfrutado cuando mi cuerpo casi "mutilado" (cada vez exagera más, porque progresivamente se halla menos cuerdo; la locura vengativa le está comprimiendo la sesera) se estremecía de rabia y dolor. Mi alma hostigada clama ensordecedoramente, llorando y suplicando justicia.

Y se la concederé.

-¿Por qué no habré degollado a Rodolfo cuando su cuerpo ajado estaba a mi merced? ¿Por qué he tenido que ir a convertirle en Bestia? -voceo, casi llorando.

- Parece mentira que te preguntes eso, Rudolph. -me responde otro igual que yo, que de repente pasea a mi lado -En tu retorcida mente ya se hallaba implícita esa ingeniosa idea. No tendría por qué haber salido mal. ¿Quién nos iba a decir que el engreído de Rodolfo no se iba a sentir desconsolado con su renovado y espantable aspecto?

-¿Por qué el Libro de la Sabiduría tiene que ser tan simple? Si su creador hubiese añadido algún hechizo para matar a tu enemigo, o paralizarlo, o retroceder en el tiempo, o hacerse invisible... todo hubiera sido diferente.

- Oh... por favor... Rudolph. ¿Tan seguro estás de que si el Libro hubiese contenido alguno de esos hechizos, se habría inspirado tu insulsa mente en la feliz idea de usarlos, en un momento taaaan duro como ese, en el cual estabas siendo aporreado contra el suelo?

-¡**POR SUPUESTO QUE SÍ**! ¡Si se me ocurrió embrujar el tronco para que no pesara ¿Por qué no iba a pensar en matarle de alguna manera o retroceder en el tiempo?! -grito.

- Qué ingenuo. -se ríe con socarronería -Esa idea se la debes agradecer a tu subconsciente, que fue quien te la envió, es decir: ¡Yo! -me contesta.

-¡No intentes robarme la razón, el mérito ha sido mío!

- Oh... por favor... espera que me ría. -se burla.

-¡Basta ya! ¡**NO PLAGIES MI MODO DE HABLAR**! -contesto colérico -¡Yo te estrangulo...!

-¿Tú crees, Rudolph? Analízalo coherentemente, sólo por unos instantes ¿Te... asfixiarías, personalmente…a ti mismo?

-¡Tu fastidiosa presencia se está volviendo ya totalmente insoportable! -le digo a ese ofensivo clon mío -¡**DESAPARECE, ESTÚPIDA ALIMAÑA, ASÍ LO MANDA RUDOLPH**!

Decido apartar de mis pensamientos aquel ilógico interrogatorio, de esta manera, mi otro yo no volverá a manifestarse.

Ciertamente, la opción que decidí cuando estaba siendo triturado por el árbol, era la única posible. De nada me habría servido salir de debajo del tronco -una vez lo hubiese hechizado- para enfrentarme a Rodolfo; pues aunque en ese momento aún tenía el Libro en mi poder, me encontraba malherido y sin fuerzas para luchar. Y la Bestia se habría abalanzado sobre mí en cuanto yo hubiese dado muestra de ir a utilizar el Libro para curarme.

Otra posible opción habría sido convocar una plaga con el Libro mientras aún estaba atrapado bajo el árbol, para luego aplicarla sobre la figura de la Bestia, pero enseguida se hubiese librado de los bichos, y encima me hubiese torturado más salvajemente aún.

Sin embargo, eso es lo que debí hacer en el preciso momento en que su cuerpo yacía casi imberbe sobre las brillantes baldosas de porcelana fina. Debí torturarle hasta la muerte en sus aposentos.

Continúo caminando hasta que llega la noche, y como todas las demás, me siento a esperar. No obstante, cada vez me resulta más difícil permanecer despierto, considerando que ésta es la cuarta noche que llevo sin dormir. Los penosos esfuerzos porque no se cierren mis ojos no dan resultado. Además, en todo el día no he presentido la estancia de esas denigradas criaturas, y supongo que por el mero hecho de que no son inmortales, también ellos necesitan descansar. Calculo unas dos interminables horas para que el sol renazca. Sin quererlo, empiezo a cabecear.

Siento que me tocan y acosan. Abro los ojos repentinamente. Una multitud de caras renegridas me rodean. En estos momentos se están repartiendo mi vestimenta y negociando con ella. Al menos han demostrado misericordia al dejar mis partes tapadas. No, espérate, no conocen el honor ni la dignidad, ahora también exigen mis calzoncillos (o lo que hubiera por aquel entonces). Y uno de ellos se aproxima hacia mí, alzando una jeringuilla. Se han dado cuenta de que soy valiente, enérgico, inteligente, constante... (el mago pensó en bastantes más virtudes, pero yo sólo menciono cuatro), y por ello quieren recluirme y transformarme en uno de ellos.

Aunque también cabe la posibilidad de que se encuentren intensamente convencidos en la ilógica idea de matarme -¿Por qué alguien iba a querer matarme? -teniendo en cuenta que otro

de los suyos se acerca con una navaja. En todo caso, prefiero no quedarme para averiguar lo que pretenden.

Me incorporo rápidamente e inicio la huida, tan raudo como las piernas me lo permiten. Cuando los cortes cicatrizados a medias se estiran y encogen, debo morder fuertemente la raíz que siempre porto en la boca para no gritar. Presiento que estos villanos juegan conmigo, incesantes, como el gato con el ratón antes de atraparlo.

Ellos conocen el bosque en toda su magnitud, y además no han sido exprimidos contra el duro suelo. Si a esto le sumo el hecho de que voy corriendo con los pies descalzos -pues también me han robado las botas -y atravesando los terrenos más áridos, todos ellos cubiertos de zarzas, hierbajos erizados, piedrecitas punzantes, cáptus afilados... llego a la conclusión de que se están burlando de mí.

Pero acontece cierto punto en el que el espectáculo de verme desorbitado y con las plantas de los pies sangrando les deja de parecer gracioso. Es entonces cuando manan de entre los árboles utilizando sus lianas o practican caída libre desde las ramas más bajas. Solo son doce o trece, pero cualquiera que experimente la angustiosa persecución tal y como me está sucediendo a mí, tendrá la firme impresión de que se trata de cien hombres y mujeres -pues hay de todo - distribuidos por todos los recónditos escondrijos de este maldito bosque, y cada uno de ellos comunicado con los demás mediante telepatía y otras paradójicas brujerías, a las cuales ni el Libro de la Sabiduría da crédito.

El terreno se suaviza. Por primera vez empiezan a tomarse en serio la persecución, mientras yo acelero cada vez más. No obstante, no logro despistarlos. Al mismo tiempo que corro, diviso sombras oscuras, que a veces aparecen entre los matorrales y se dejan ver, para luego volver a mimetizarse sutilmente entre las hojas, y aguardar sumergidos entre las cavidades, esperando el momento más oportuno. Siempre me van pisando los talones, ya sea esquivando los árboles o saltando de rama en rama. No consigo hacer que me pierdan de vista.

Empiezo a jadear, sin embargo, estos portentosos atletas siguen disfrutando del rico paseo. El sudor comienza a traspasarme las cejas, nublándome la vista. Creo vislumbrar a lo lejos el pico grisáceo de una casa, aunque doy por hecho que se trata de una alucinación debido a la reciente deshidratación. A veces giro la cabeza para asegurarme de que aún me persiguen. En una de estas ocasiones, mi cara impacta estrepitosamente contra una gruesa rama, situada demasiado baja. El golpe me tumba y quedo inconsciente.

Uno o dos días después, transitan el camino ciertos exploradores en busca de alimento, procedentes de ese pueblo que el hechicero había vislumbrado entre mareos.

Rudolph recibió la "hospitalidad" -en ambos sentidos de la palabra -que "merecía" (esta palabra queda a juicio del lector); pero el caso es que le ayudaron y fue transportado al pueblo.

Por cierto, aquellos ladrones drogados, aunque panteras indomables en el impenetrable bosque, terminaron por robar casi todas las pertenencias de Rudolph tras el golpe con la rama.

LEYDEN

Después de cinco días viviendo rutinariamente en Laukar, ya cuando dispongo de la confianza que necesito con Lorian, me decido a desvelarle mi secreto.

Quedamos en la famosa y célebre taberna "**EL TERNERITO TUERTO**". Es un bar bastante grande, teniendo en cuenta que es el único de todo el pueblo. Los aldeanos se reúnen aquí siempre que tienen que discutir entre ellos cualquier decisión en la que deban tomar parte todos para llegar a un acuerdo, porque este recinto pilla cerca de cualquier casa, ya que ocupa el centro del pueblo. También es el punto en el que siempre reina el bullicio y el alboroto, pues los grupos se meten aquí para beber y animarse; por lo que nadie se meterá en conversaciones ni dramas ajenos, puesto que sacan más provecho divirtiéndose con los demás. Ni siquiera es raro llegar y ver a varios sujetos bailando encima de las mesas ciertas noches en las que reina un ambiente aún más alegre y despreocupado.

Lorian me espera sentada en una banqueta, cuando me ve, sonríe para ofrecerme seguridad. Pide un vaso de leche para mí, sabe que no me gusta el amargo sabor de la cerveza.

- Vamos, Leyden... dime lo que querías contarme -me pide suavemente.

Aún no he abierto la boca, pero sé que de soltar palabra, la voz me temblaría. Mi corazón palpita desbocadamente, como los latidos de un tambor que no acompañan al ritmo acompasado de la música.

Debo tomar una difícil decisión, que puede condicionar radicalmente la opinión que Lorian tiene sobre mí, y su afecto es algo que no me puedo permitir perder.

- Es que... quizá no puedas creerme, o... pienses que estoy loco. -pongo como excusa.

- Sabes que eso no es verdad –contesta, muy segura de sí misma.

- Lo que sí sé es que me verás...diferente...peor...por tener que ver con algo malo que te ha pasado.

- Tranquilo Leyden -me calma poniendo las palmas de sus manos sobre mis hombros –Sé que nunca me has hecho nada malo y que no me lo harías.

-¿Cómo puedes saber eso, si no me conoces?

- Porque lo sé. Tú sólo confía en mí y dime lo que te pasa.

-¡Está bien...! Te lo contaré...

- Adelante.

- Yo soy el hijo de Rodolfo II, ese que fue el destructor de tu pueblo -suelto rápidamente.

Súbitamente, el rostro de Lorian se transfigura en una expresión caótica, y ella retrocede. Combate contra el recelo maligno y el temor; pero no tarda en recuperar su expresión habitual.

- Cuéntamelo todo, Leyden -me dice con pesadumbre, como si no quisiera creerlo. Tal vez porque intuye que alguien como Rodolfo II nunca podría ser un buen padre.

Tal vez ni siquiera un padre.

Entonces le narro detalladamente todo lo que me ha ocurrido. Al terminar, observo cómo me mira pausadamente, como si se sintiera conmovida. Toda sospecha del principio se ha esfumado como el humo.

- Oh... Leyden... Siento mucho todo lo que la Bestia te ha hecho. –dice, acercándose a mí.
Y después, me toma con suavidad y estrecha tiernamente mi cabeza contra su pecho, a la vez que me acaricia la nuca.

Ésta es la primera vez que me abrazan. Me quedo paralizado por la inigualable impresión. Cuando por fin reacciono, rodeo su espalda con los brazos. Pongo los cinco sentidos en arraigar para mí todo el calor y cariño que Lorian desprende. Durante estos fugaces momentos me siento completo, como nunca antes me había hallado; aquel vacío persistente que continuamente me asolaba al fin ha quedado atrás por unos instantes. Sería feliz de poder permanecer en esta postura eternamente.

Pero me suelta pasado un rato.

- Gracias por tu confianza. Te voy a contar lo que me sucedió a mí.

LORIAN

9 AÑOS

En un huracanado día de invierno...

- Miguel, esa tabla servirá -le digo al chico de peculiares ojos granates y cuerpo magullado debido a su pasión por subirse a los árboles y tirarse después en plancha (solía caer de pie).

La toma por los extremos y la remolca hasta la cumbre del terraplén embarrado y resbaladizo.

-¡Vamos Oscar, tú primero! -exclama Miguel.

-¡Venga Oscar, será divertido ver cómo te matas! -le "animo".

-¡Oscar, Oscar, Oscar, Oscar...! -aclama Miguel.

-¡Oscar, Oscar, Oscar...! -le sigo yo.

- No, vosotros primero... Puede ser peligroso... -rechaza nuestra invitación con su suave y menuda voz.

-¡Ahora mismo, Oscar! -le ordena Miguel, atrapándole y empujándole hacia la madera.

- Recordad que mi visión no es la más apropiada para el caso -añade al mismo tiempo que es arrastrado.

- Y encima de que apenas ves te pasas el día leyendo y escribiendo e inventado cosas raras (lo que ahora entenderíamos como "teorías científicas") -replica Miguel.

Le monta sobre su tabla y le impulsa cuesta abajo. Pero antes de salir despedido, Oscar agarra a Miguel del tobillo, y el "desequilibrado" de Miguel cae de culo sobre el armatoste, para acompañar a Oscar en la lujuriosa bajada.

Los dos se deslizan como cosacos sobre la inclinada cuesta encharcada, retozando entre el cieno; Miguel se ríe a carcajadas, en sincronía a los chillidos del asustado Oscar, que va soldado al cuerpo de su acompañante. Llegan al tramo final, con las caras salpicadas de lodo, a toda velocidad; y justo delante de ellos, una rampa casi vertical, que de saltar sobre su superficie les haría volar unos cuantos metros.

-¡**FRENA, FRENA**! -grita Oscar.

-¡Pero primero quítame las manos de la cara!

Miguel hinca los pies -calzados -en el barro.

Oscar se decanta por tirarse del trineo.

No sé cómo, pero Miguel consigue frenar justo antes del límite, marcando una trabajada línea en el barro.

Después de un rato, culminan la subida hasta el lugar de partida. Miguel sólo se asemeja a un mendigo desgarbado y andrajoso, punteado de bebida y vómito. Pero el aspecto de Oscar es deplorable. Su pelo castaño claro, recortado a tazón, parece que está enjuagado con fango, y la vestimenta chorrea cieno: ambos factores conjuntan con sus ojos pardos oscuros.

- Te has puesto perdido, Oscar. -ríe Miguel.

-¡Púdrete, Miguel! -defiendo a Oscar.

-¿Te piensas escurrir tú también, Lorian? -me pregunta Oscar -He de reconocer que ha sido divertido.

- Por supuesto, pásame la tabla.

- Recuerda que al final tienes que frenar, aunque también puedes rodar hacia un lado, como ha hecho Oscar.

Tras decir esto, trepa sobre la corteza de un árbol y se instala en la tercera rama, para ver mejor mi bajada y poder reírse un rato.

Me siento firme sobre la tabla al borde de la pendiente y ordeno ser empujada.

Progresivamente voy acelerando, a medida que resbalo por la acusada cuesta, mi voz vacila en hipidos breves y concisos, mientras disfruto con la velocidad. Ya cuando estoy llegando a la rampa, me planteo el empezar a frenar. Clavo las botas en el barro, pero las suelas están muy

desgastadas y no logro ahusar el terreno. Decido arrojarme de la tabla, para lo que recurro a rodar hacia un lado. Me asusto cuando compruebo que no me puedo mover, mi camiseta se ha quedado enganchada en un clavo del madero.

Me revuelvo en mi lecho de muerte (no es para tanto, pero una niña de nueve años lo ve así) y anclo los pies en el suelo, elaborando una digna señal; pero no es suficiente para frenarme. Me sobrecojo ante la grandeza de la rampa, que se eleva ante mí como si de una pirámide triangular se tratara. Pienso, sin que por ello tenga lógica, que o bien atravesaré la pared marrón como si fuera de cartón, o que me empotraré contra ella llegado el tormentoso momento, pues es tan vertical que no veo a la tabla capaz de ascenderla. A mis irracionales sentidos les cuesta aceptar la evidencia, y no creen que la fuerza de la velocidad vaya a ser capaz de vencer tal obstáculo, aunque para mi futura desgracia yo sé que mis ojos se equivocan. Porque segundos después, salgo disparada hacia el mismísimo cielo.

La madera planea conmigo unos metros, y finalmente me estampo contra el suelo, cayendo lateralmente, y arrastro conmigo la tabla mientras doy vueltas sobre la pendiente. Tras rodar unos cuantos metros, me estrello contra una valla que protege y guarda un estanque casi congelado. Con el impacto, quiebro la valla y me vuelco de plancha sobre el agua gélida y helada.

Siento como si estuviesen taladrando mi cuerpo con centenares de brocas, y me quedo paralizada por el frío. Oscar y Miguel corren hacia mí, tendiéndome sus manos para ayudarme a salir, pero no puedo ni extender los brazos. Oscar sujeta a Miguel, simultáneamente, éste amarra mis ropajes cubiertos de escarcha, y me empuja hasta dejarme sobre la arena. Entre los dos desenganchan la tabla, que aún está suspendida a mi ropa y cuelga de mí. Enseguida se quitan sus prendas secas y me arropan con ellas. Se juntan a mí para darme calor, y me estrechan con sus brazos.

-¿Puedes andar? -pregunta Oscar.

- N... oo... cre... o -respondo tiritando.

- No irás caminando, sino corriendo -manda Miguel.

Me obligan a trotar, pero mis miembros agarrotados no responden adecuadamente, y pierdo y equilibrio y me tropiezo constantemente. Finalmente, Oscar y Miguel me acarrean y me transportan prácticamente en volandas.

Golpean con los nudillos la puerta de mi casa repetidas veces. Abren bruscamente.

Desde nuestra posición y si mi madre fuese transparente, podríamos ver la sala principal de nuestra pequeña y humilde casa, en la que sólo hemos encontrado sitio para apalancar una mesa de madera decrépita y las tres sillas medio cojas donde nos sentamos las pocas veces que comemos. Al final del cuarto hay una abertura en la frágil y enclenque pared, que antes estaba cubierta por una puerta también corroída que tuvimos que cambiar en un trueque para conseguir alimento. Este hueco conduce a un pasillo dispuesto a lo ancho, donde en cada lateral del muro de enfrente -el cual cierra el rectangular pasadizo -se encuentran respectivamente las puertas que comunican con nuestras cuadradas habitaciones, es decir la de mis padres y la mía, en las que sólo cabe una maltrecha cama y algo de suciedad.

- Señora... su hija... se ha caído en... un charco muy grande. -dice Miguel titubeando por los nervios.

-¡Cállate, niñato embustero, no se ha mojado en un charco, más bien se ha empapado en una inundación! -grita.

- Lo siento mucho... no volverá a ocurrir... -se excusa Oscar, bastante acongojado.

-¡**POR SUPUESTO QUE NO VOLVERÁ A OCURRIR OTRA VEZ, PORQUE NUNCA SALDRÁ DE NUEVO CON VOSOTROS**!

- Per... ro..., ma... má... -me dispongo a replicar.

-¡Vas a coger una pulmonía, Lorian! ¡**SOYS UNOS BEBÉS MALCRIADOS E IRRESPONSABLES, NO QUIERO VEROS MÁS POR AQUÍ**! -vocea mi esquizofrénica madre.

-¡Tú no tienes ni idea de lo que ha pasado! -defiende Oscar.

-¡**CÁLLATE, ERES UN CONTESTÓN MALEDUCADO Y DESCARADO, TRATAR ASÍ A TUS SUPERIORES MAYORES**!

-¡**TRÁGATE TUS PALABRAS CON VINGRE, VIEJA ALMEJA ABURRIDA**! -contesta Miguel en un arrebato de valentía y locura. Tras decir esto, ambos salen corriendo.

-¡**COMO OS VEA POR AQUÍ OTRA VEZ, OS VOY A ARREAR BIEN DE PALOS**! -amenaza mi madre.

Cierra la puerta de un portazo, muy disgustada. Mi padre, que estaba durmiendo, sale para enterarse de qué sucede.

-¿Qué pasa aquí, mujer?

- Pasa, que jugando con esos mocosos, Lorian se ha caído a un pantano tan frío como un glaciar.

Mi padre se acerca hasta mí.

- Ya est... oy... bien... -miento.

En ese instante mi visión se nubla y todo lo que me ampara se desvanece con premura, haciendo que me desmorone sobre mi padre.

Despierto, todo está vidrioso a mi alrededor. La hoguera encendida en la chimenea foguea ante mí. Aún tirito. Mis padres me oprimen con friegas, una y otra vez, para así infundirme calor. Mi padre posa su mano sobre mi frente, y dice que tengo mucha fiebre. No hablan. En todo este tiempo, lo único que dice mi madre es que he enfermado, y que por lo menos no podré salir en tres semanas, pero ese tiempo se prolonga a más de tres años.

12 AÑOS

-... Seguir sin acudir a la escuela. -me despierta la voz de mi padre tras la puerta de mi habitación.

-¡Claro que puede! -contesta mi madre.

- No hables tan alto, vas a despertarla.

- Los tiempos empeoran tras la muerte de nuestro Rey.

- Se que estamos muy mal, pero debemos arriesgarnos. Es joven, y necesita salir y disfrutar, no podemos amargarla dejándola los días encerrada.

-¡¿Y qué pretendes, que ese cerdo salido de veintitrés años, la vea por ahí, sola y desprotegida, y la rapte o la viole?! -insiste mi madre.

Yo, aún ignoro quién es esa persona que tanta atención merece, y por la cual trasnochan más de un día.

- Por supuesto que no, pero debemos darle algo de libertad –dice mi padre.

-¡No te creas que sólo es ella la que vive presa en su cuarto, todo el vecindario está así, ni un adulto o niño se pasea por la calle! -continúa mi madre.

- No tenemos ni un duro, todo se ha ido con los impuestos. Tampoco nos queda gran cosa para los trueques, a no ser que quieras que cambiemos la puerta principal por comida, que no creo que te parezca una buena idea; claro, porque ese desaprensivo podría entrar. ¿Qué esperas, que nuestra hija viva pobre, heredando nuestro patrimonio? Estás arriesgando el futuro de Lorian al privarla de estar con sus amigos y de una educación digna.

-¡Y tú, tú estás arriesgando la vida de nuestra hija, tu error no es comparable al mío! ¡Además, con qué pagaríamos su enseñanza!

- Lo del dinero es sólo una de tus excusas. Te recuerdo que el anciano maestro que nosotros no pudimos tener porque debíamos trabajar para comer sigue impartiendo clases gratis, porque no considera provechoso para el pueblo que todos seamos unos analfabetos.

Siguen discutiendo, no se callan. Por lo menos sé que mi padre intenta que mejore mi vida. Pongo los brazos sobre la cabeza para mitigar el escándalo y las voces, pero no consigo dormir. Al principio me gustaba escucharles discutir sin que ellos supieran que me estaba enterando de su conversación, para conocer bien las opiniones de cada uno, sobre todo las que estuvieran

relacionadas conmigo. Pero ya resulta exasperante, pues todas las noches repiten lo mismo con palabras distintas.

-¡¿Ya estáis regañando otra vez?! -chillo desde mi dormitorio.

-¿Ves?, ya has despertado a la niña. -oigo decir a mi madre.

- Sí, sí, seguro que he sido yo. -responde él, irónicamente, sabiendo que su mujer es quien estaba gritando; uno de sus hábitos más frecuentes.

Intento dormir pensando que en cinco días llegará la noche de encuentro, si es que mis amigos no se han olvidado.

- La vida era mucho más sencilla antes, con el buen Rodolfo I, gobernándonos con justicia... -oigo hablar melancólicamente a mi madre -Todo se estropeó cuando la reina murió al engendrar a ese niño degenerado... -ahora empieza a llorar -Y encima nuestro Rey fallece, dejándole la corona a su inmaduro hijo de veinte años, que sólo se ha dedicado durante estos tres largos años a sabotear nuestra aldea...

La cuerda ya está bien atada a la pata de la cama, que la arrastro hasta colocarla junto a la ventana; así cuando me descuelgue, el punto de apoyo no se moverá, pues no puede traspasar la pared. No importa que haga ruido, los gritos de mis padres hacen sombra a cualquier otro sonido. Desciendo hasta el suelo y me interno entre el follaje del "**BOSQUE PUERIL**", todo ello en tinieblas, para correr hasta el punto de encuentro.

Tomo una cerilla y enciendo el candil que he tenido la precaución de coger antes de salir de casa. Escucho voces, me encamino el lugar de donde proceden, deseando que sean las de mis amigos; les echo de menos... Me oculto tras unos arbustos, no seré tan incauta de manifestarme hasta saber quién ronda.

-¡Te juro que he visto una luz! -susurra alguien, asustado.

Es la voz de Oscar.

-¡Cállate, sería una luciérnaga! -contesta Miguel.

- Habla bajo. -ordena el otro, asustado.

-¿Tienes miedo? ¿Temes que las libélulas puedan estar conspirando contra ti? ¿O que quieran hacerte pupita con sus lucecitas?

-¡**NO TE BURLES**!

-¡¿Qué pasa, Oscar?! ¿Ahora mismo sí te gustaría que escalase por los árboles para averiguar quién, según tú, nos está espiando, verdad? ¡Eso para que luego te rías cuando vuelvo arañado!

-¡**TE ASEGURO QUE NOS ESTÁN VIGILANDO**! -vocifera Oscar, zarandeando al otro por los hombros.

En ese momento salgo de mi escondite, gritando como si fuese un monstruo abominable preparado para la cena, mientras sujeto el candil en una pose macabra.

-¡AHÍ ESTAAAAAAA! -chilla Oscar, temblando, al mismo tiempo que se abraza a Miguel, el cual también ha llegado a ponerse nervioso, y lucha por librarse de los brazos de Oscar para poder salir corriendo.

Pero Miguel no tarda en descubrirme, y entonces me tiro al suelo, riéndome a carcajadas. Al poco rato, Miguel también sonríe, aunque Oscar continúa con su parada cardiaca. Enfoco al primero con el candil, sus ojos granates y su cabello rubio oscuro, corto, y todo de punta, le confieren un aspecto astuto y perspicaz a través de la luz anaranjada. No ha cambiado nada desde la última vez que estuve con él.

A Oscar, por el contrario, se le ve muy diferente, pues ha colocado sobre su nariz uno de sus inventos. Consta de dos cristales redondos, justo enfrente de los ojos, que mantiene unidos con una rama fina que seguramente se haya caído de un árbol, la cual coloca sobre el puente de su nariz. Los laterales de estos cristales se encuentran perforados, punto vacío a través del cual ha enhebrado una goma elástica, la cual rodea su cabeza para sujetar los cristales.

-¡Pero Oscar, ¿qué te has hecho?! -le pregunto alegremente.

-¿Cómo? -interroga, algo más calmado tras el susto.

- Se refiere a los cristales. -aclara Miguel.

- Aaaah, los uso para ver bien.

- Es que su vista se ha vuelto más defectuosa con el paso del tiempo. Muchas veces me confundía con otras personas. Una vez se subió a caballo sobre una espalda pensando que era la mía, pero al final, resultó ser la de una pobre ancianita encorvada, que no le pegó un bofetón después porque se quedó sin fuerzas tras la arremetida. Menos mal que Oscar es muy endeble y delgaducho, que si no...

Me río tras el comentario de Miguel. Oscar sonríe al rememorar tal acontecimiento.

-¿Entonces os habéis estado viendo todo este tiempo? -pregunto.

- Pero lo mejor de todo fue cuando se dio de bruces con el muro.

- Sí Miguel, pero para evitar todo eso ya he fabricado estos cristales. -contesta Oscar.

-¿Pero entonces os habéis estado viendo todo este tiempo? -vuelvo a preguntar.

- Pocas veces, aunque algo sí. -contesta Oscar por fin.

- Oye Oscar, ¿en serio ves bien con esas cosas? -pregunto con curiosidad.

- Sí.

-¿Me los puedes dejar?

Se los quita para que yo me los ponga. Lo veo todo borroso y abombado. Se los devuelvo medio mareada, sin entender cómo puede ver a través de ellos.

- Yo la primera vez que me los puse, me caí al suelo del mareo. -cuenta Miguel.

- Normal, porque te recuerdo que corriste por todo el bosque y diste unas cuantas vueltas sobre tu propio eje gritando "¡Estoy borracho, estoy borracho"!

Nos reímos todos.

-¿Recordáis el día en que nos conocimos aquí, hace ya cuatro años? Tú, Miguel, te distraías subiendo a los árboles, como siempre; y tú, Oscar, te habías perdido. Yo me escapaba de mi casa porque quería vivir aventuras. Sólo llevaba conmigo unas monedas que había tomado "prestadas" del pantalón de mi padre, que pensaba devolver a su sitio en cuanto regresase rica y poderosa. También había cogido los tres o cuatro libros que más me gustaron, por si me aburría y en algún momento me apetecía volver a releerlos. Siempre odié que mi madre estuviera tan pendiente de mí, y aún sigue igual. Y aunque mi padre no está de acuerdo, no hace nada para cambiar las cosas, sólo habla con ella para intentar hacerla entrar en razón, pero así nunca lo va a conseguir. Por aquel entonces ya sabía lo que me esperaba, y acerté.

- A nosotros tampoco nos dejan salir mucho... y menos a Oscar.

- Es verdad. -contesta él.

- Pero tú estás bien haciendo tus experimentos (científicos) en tu casa, y yo no. Quizá todo me iría mejor si no me hubiese dejado convencer por vosotros y me hubiera marchado. Pero de todos modos, supuse que llevabais razón al decirme que estaría mejor en mi casa. Yo quería aventuras y libertad, pero estaba sola y además sólo tenía nueve años ¿qué posibilidad podía tener de encontrar eso? Pero ahora empiezo a pensar que ni la edad ni el ir solo condicionan tanto para tener un viaje emocionante, tan sólo la ilusión que pongamos y la suerte que se tenga. Y sobre todo, no ser unos cobardes; y aquí por ejemplo, todos lo son. Yo oigo hablar a mis padres, dicen que vivimos muy mal debido a la opresión de este Rey, y sin embargo, nadie hace nada por reivindicar nuestros derechos o luchar por nuestras libertades, y menos mis padres. Creo que si todos peleasen, algo que dudo mucho, ellos se quedarían al margen, esperando a que los demás hiciesen el trabajo sucio.

- Es verdad, también yo he escuchado a mis padres hablar de eso -dice Oscar.

- Suelen mencionar a un tal Rodolfo II -continúa Miguel.

- Y si tanto se aprovecha de nosotros ¿Por qué nadie hace nada? -pregunta Oscar.

- Porque le tienen miedo. Pero las cosas no se van a quedar así ¡Algún día tendré poder suficiente para destruirle! -contesto.

-¿Sabíais que vive en un castillo tan gigantesco que entre sus tres pisos ocupa más de mil casas juntas? -nos informa Oscar.

- Seguro que la han construido sus esclavos -opino.

- Imposible, en una sola vida no se puede erigir tal monumento -dice Oscar.

- Yo he leído que anteriormente lo habitaba un clan hechiceros, quienes lo habían construido sublimemente con su magia para vivir allí todos en hermandad. Pero el pernicioso abuelo de Rodolfo II, hace ya unos cuantos años, desterró de allí a los magos, quienes no se defendieron porque los castigos para los brujos que utilizasen sus maleficios contra personas indefensas, es

decir, no dotadas con esos poderes, eran muy crueles. Los quemaban vivos en una hoguera, y eso como poco -narra Miguel (El exilio de los magos de su castillo era cierto; pero el motivo que Miguel decía se trataba tan sólo de la teoría propuesta por gente importante que trataba de explicar por qué los magos no lucharon por su hogar).

- Deberíamos destruir el castillo, si no es de los magos, no tendría que ser de nadie -propongo.

- Quizá Oscar nos sorprenda con alguna de sus genialidades -dice jocosamente Miguel.

- Mis proposiciones siempre son buenas ideas, lo demostraría si confiases en mí.

-¿Y qué propones esta vez, incendiar el palacio con una lupa gigante?

- Pues no sería mala idea -responde Oscar pensativo -pero a ver cómo la construyes, y necesitaríamos mucha gente para fabricarla.

-¿Y tú qué harías Miguel, tirarte en plancha desde un árbol hasta la ventana del castillo y romper el cristal con tu propio cuerpo? -le digo.

- Probablemente. -contesta él.

Unos instantes de silencio.

- La verdad... cuando salía esta noche de mi casa, tenía miedo de que os hubieseis olvidado de que ésta es la noche del año en la que quedamos para reunirnos -confieso.

-¿Pero qué dices, cómo no lo íbamos a recordar? -replica Oscar.

- Oscar y yo nos hemos estado reuniendo aquí cada año, sin equivocarnos nunca, siempre hemos acudido el día acordado y la hora convenida, y seguiremos haciéndolo así, por lo tanto no temas, pues siempre y cuando tú vengas hasta aquí en la fecha decretada no tendrás complicaciones para encontrarnos. -aclara Miguel.

-¿Entonces seguimos quedando como hasta ahora: en este punto cada año el mismo día y a las doce de la noche? –pregunto.

- Por supuesto, así está bien, dejemos las cosas tal y como están. –dice Oscar –Por cierto, llevamos aquí más de media hora, debo irme ya.

-¿Por qué?

- Si mis padres descubren que he salido sin su permiso, me castigan de por vida. Y seguro que no tardarán en notar mi ausencia.

- Mejor nos volveremos a ver aquí, a la misma hora, en tres días. -ordeno -Si no funciona, recordad la reunión de cada año, pero sólo como medida desesperada.

-¿Por qué no mañana? -pregunta Miguel.

- ¡Cómo me entusiasma que se consideren tanto mis sugerencias! –exclama Oscar.

- Porque me tendrán vigilada, y tengo que esperar a que bajen la guardia.

- En tres días les tendrás tan enfadados como hoy. -afirma Miguel.

- Haré lo que sea para salir. No aguanto más tiempo metida en mi dormitorio.

Nos despedimos y corro hasta mi casa.

La cuerda no está, y sé lo que eso significa.

Abro la puerta sigilosamente. Mi madre me está esperando frente a la entrada, con los brazos cruzados. Tiene la cara más arrugada de lo normal, y el ceño muy fruncido. Las ojeras se comen la parte ubicada bajo sus ojos, dando lugar a una cavidad bastante hundida y morada. Proporciona una vaga conmoción, dando la impresión de que le han pegado un puñetazo en cada ojo, y por el miedo se ha abstenido a dormir durante toda una semana.

Detrás de ella, aparece mi padre.

-¡¿Qué te crees que haces a estas horas de la noche, jovencita?! -me grita ella.

Trato de esquivar su mirada empedernida y depredadora para después escabullirme entre sus cuerpos, que hoy me parecen mucho más gordos de lo normal, (y están muy delgados, debido a las penurias diarias y a los deficientes recursos alimenticios, sin embargo Lorian los encontraba bastante sebosos en aquellos momentos) pero ellos me bloquean como pueden. Me empiezo a poner nerviosa y a excitarme por el enfado. Mi madre me agarra por los hombros y empieza a zarandearme con saña.

-¡Me has tenido muy preocupada ¿no entiendes que no puedes salir?! ¡Vivimos una época muy difícil, no puedes salir sola a donde te dé la gana!

Me suelto de sus manos con ferocidad.

-¡Es que no puedo ir a ningún sitio, ni sola ni acompañada!

-¡**NI SIQUIERA ME HAS PEDIDO PERMISO**! -exclama.
-¡Pues como estaba segura de que no me dejarías salir, decidí no despilfarrar saliva inútilmente!
-¡**ESAS CONTESTACIONES TE LAS RESERVAS PARA LOS ESPABILADOS Y RESABIONDOS ESOS! ¡Y NO VOLVERÁS A SALIR SIN MI CONSENTIMIENTO ¿LO HAS ENTENDIDO?**!
-¡**SALDRÉ CUANDO QUIERA**!
Es entonces cuando la áspera mano de mi madre restalla sobre mi cara en una bofetada. La miro con odio, reprimiendo el llanto. Mi padre le suplica que se calme. Me disuelvo entre sus "cebados" cuerpos, que aún hacen por detenerme y me dirijo a mi habitación. Sello la entrada de un portazo. "Si se creen que me van a retener aquí están muy equivocados", pienso.
Es entonces cuando me percato de que han asegurado barrotes en la ventana, y los torrentes de agua se acumulan en mis ojos y empiezan a resbalar.

13 AÑOS

-¡Vamos Lorian, despierta, hemos de irnos ya! -apremia mi madre.
Sigo durmiendo hasta que me quita las sábanas y me levanto de mala gana. Enseguida entra mi padre también. Me obligan a ponerme un vestido y a peinarme demasiado. Salimos a la calle, donde reina un ambiente desolador.
Continuamos hacia la plaza del pueblo, inexplicablemente todos van en la misma dirección. Sobre el suelo de la redondeada ágora, de unos 15 metros de diámetro, han dibujado a tiza una fina línea blanca, que cerca el ruedo describiendo una circunferencia, de 6 metros de diámetro aproximadamente. Hay una especie de altar en el centro, de unos cinco metros cuadrados. La gente empieza a manifestarse por las estrechas y sinuosas callejuelas para situarse en la plaza, lo más lejos posible del escenario. Si no les bloqueasen los finos muros de las casas, se plantarían aún más allá.
Nosotros nos colocamos como los demás aldeanos. Pienso que si todo el mundo se encuentra aquí, por algún lugar se hallarán Miguel y Oscar. Los busco a conciencia con la mirada, pero hay demasiada gente y no los veo.
De pronto, un chico de algo más de veinte años sube al estrado. Escucho los nerviosos murmullos de las personas en cuanto perciben al sujeto que se ha fijado en el pedestal. Al instante ordena que nos callemos a través de una especie de audífono. El silencio se vuelve sepulcral.
-¡No quiero a nadie detrás de la raya que he marcado! ¡El primero al que vea en el exterior de mi divina circunferencia, será con quien tenga el placer de inaugurar mi castigo estrenando mi látigo!
De pronto la gente cambia de opinión, ahora todos quieren los primeros en inundar el círculo; de forma que todo el mundo avanza en una misma dirección, y así, una oleada de gente corre en absoluta coordinación esforzándose por ganar la meta. El ser despreciable y maleador que conquista en entablado debe estar disfrutando con la movida. Y es que, incluso a mi me resultaría fascinante contemplar desde allí arriba los precisos y simultáneos movimientos de esta enorme plaga que sólo piensa en adelantar a los demás en la igualada y encarnizada carrera. Se entrecruzan los unos y los otros, interrumpiéndose el paso como gotas de una marea huracanada, apuñalándose por la espalda para saltar por la catarata más vertical y apabullante. Poder contemplar a la enervada corriente de puntos irreverentes en procesión desenfrenada, pisándose y golpeándose disimuladamente pero con la peor de las intenciones, tiene que ser un buen espectáculo de acción.

La gente que llega primero, se implanta en un punto medio entre la plataforma y el límite señalado por aquel ser. Estos, son acribillados por la multitud que se precipita detrás. Los que son tan firmes y pesados como una tonelada de hormigón, se mantienen estables ante la fuerza arrolladora de las enloquecidas mentes que llegan buscando un sitio seguro: los sitios seguros que otras personas ya habían conseguido. La mayoría de ellos no perdura ante los atropellos de los demás y ceden terreno, adelantándose, para que algún privilegiado ocupe ese puesto por el que tanto habían trabajado. También abunda una menoría que acaba aplanada contra el suelo.

Mis padres, que son unos corderitos autómatas, hacen lo propio; hacen lo que todos. Me cogen de una mano cada uno, y me hacen participar en aquel avasallamiento. Yo protesto eufóricamente, y les digo que acuden como estúpido rebaño al matadero, y que nadie debería moverse sólo porque un amargado lo decrete, pero no se dignan ni a escucharme. Para colmo, al ir de la mano de mis padres, no me puedo defender de los codazos y empellones de gente, que me golpea sin misericordia.

Por fin nos paramos junto a la demás gente, todos amontonados, el soponcio es intolerable. Enseguida empiezan a llegar los que todavía no habían rellenado el círculo y se aglutinan detrás de nosotros. Estamos aproximadamente en la tercera fila, contando desde atrás. Ante mi hay seis filas por lo menos, así que estamos más bien al fondo. Cada vez me encuentro más apelotonada, puesto que los de adelante empujan a los de atrás para esconderse entre ellos y pasar discretamente desapercibidos ante la despiadada persona del entarimado, y los que se hallan cerca de la circunferencia trazada en el suelo, se apilan contra la concurrencia que tienen enfrente para no salirse de la raya.

Aproximadamente, en cada metro cuadrado deben aglomerarse rigurosamente 6 personas para que los 200 aldeanos quepamos dentro de la circunferencia señalada, de unos 28 metros cuadrados. Comienzo a escuchar cuchicheos propios del desacuerdo común ante la falta de espacio, pues pudiendo ocupar toda la plaza disponemos de menos de la mitad porque esa alimaña lo quiere así. Pero en cuanto vuelve a mandar que se haga el silencio, este se hace; extinguiéndose las murmuraciones de desaprobación que llenan el lugar. Sigo sin ver nada, únicamente detecto bultos.

-¡Bien... así me gusta, mi manso rebañito, que alabéis todos al poderoso pastor! Ahora, tendréis la plena satisfacción de concederme otro de mis caprichos. -dice mientras la gente espera nerviosa y asustada -Vamos a jugar a un juego, que yo me he tomado el honor de bautizar como “**LA OLIMPIADA ANIMADA**”, consiste en que yo os digo el movimiento que debéis hacer, y vosotros lo ejecutáis. ¿Listos? Bien… pues lo primero que quiero, es que postréis vuestras artríticas rodillas en el empedrado suelo, y después, que os encorvéis muy por debajo de mis lustrosos zapatos.

Aún no ha dejado de sonar su desapacible voz cuando todo el pueblo se dispone a actuar bajo sus mandatos. Yo, por descontado, no me pienso inclinar, pues esto no es un juego, sino una humillante dictadura. Mi madre, ya abajo, inicia los tirones de brazo hasta acabar casi retorciéndomelo. Al final me resigno a cumplir lo que ella exige; y al sentir el dolor sobre mi carne, me pongo en la piel de la temerosa gente, que sólo se somete a lo que el verdugo determina por el miedo al castigo que podrían recibir de desobedecerle.

Entonces creo suponer que me hubiese bajado y plegado aunque mi madre no me estuviese coaccionando, pues el castigo que vaya a aplicarnos ese abominable monstruo es mucho peor que cualquiera de los que me imponga mi familia. Por lo tanto, me arrodillo, jurando que las cosas con aquel espécimen raro, del que todavía no conozco ni el nombre, no se quedarán así.

Como no podemos salirnos de la circunferencia de seis metros de diámetro que el que está ahí arriba ha dibujado, no tenemos prácticamente espacio ni para postrarnos, y más o menos debemos apoyar nuestras cabezas en el trasero del que tenemos delante.

- Ya me he cansado de ver vuestras espaldas sin sangre todavía, ahora erguíos de nuevo. Después de este breve preludio podremos iniciar la parte que a mí de verdad me emociona. El Dios, el Rey, Rodolfo II, y yo; -dice sarcásticamente, refiriéndose siempre a sí mismo -hemos discutido profundamente sobre el tema que ahora voy a exponer, el cual no tenemos que acordar con nadie más; los cuatro nos sobramos y nos bastamos para tomar estas decisiones. Traducción: más os vale, pueblo Mío, que no me llevéis la contraria.

De repente, me percato de que hace unos instantes se ha nombrado como Rodolfo II. Y enseguida me aventuro a suponer que ese es el renegado que ha hecho que mis padres discutan todas las noches y no me dejen dormir (esto era lo que más la escocía).

- Yo, declaro el día de hoy como "**EL SIMPÁTICO DÍA ESPECIAL**". Tendrá lugar cada dos años, y os quiero como ahora mismo, a todos reuniditos y sudando. Durante "**EL SIMPÁTICO DÍA ESPECIAL**", escogeré a una persona al azar, a quien flagelaré públicamente. Espero que el que tenga la maravillosa suerte y dicha de resultar "**ELEGIDO**" no oponga resistencia a mis numerosos guardias.

Todo el mundo se encoge en la mayor medida posible, o se esconden disimuladamente detrás de su semejante, siempre tratando de que sus gestos no sean demasiado desproporcionados para no llamar la atención.

Mi madre me oculta entre ella y una mujer que se halla delante de mí. Coloca una de sus manos sobre mi hombro derecho, y con la otra enlaza la mano de mi padre.

Todos esperamos su decisión, y yo no puedo dejar de pensar en mis amigos, pues aunque sé que es muy improbable que les toque a ellos, la mente siempre acude a recordar a los seres queridos en los momentos duros; al fin y al cabo, en pocos segundos, estará allí cualquiera de nosotros.

- A suertes, y ya sabéis que no tengo en cuenta vuestro sexo o edad. Aaaaaaaaahh... ¡Tú! -exclama.

Después, se desata de nuevo el jaleo, acompañado de algunos rumores de desaprobación y suspiros de alivio. Hasta mi llegan los gritos del futuro penitente, que pide paso a sus iguales para huir entre ellos. Rodolfo manda que nadie le ceda un estrecho rincón como escapatoria, y como cabe de esperar, no hay indómito que se subleve.

La enorme carga que apuñala mi corazón se ve reducida cuando oigo la voz adulta del condenado; por fin se que no se trata de Oscar ni de Miguel, y me siento culpable por estar contenta sin quererlo, por estar contenta de que vayan a golpear a otra persona.

-¿Qué está pasando, papá?

- Es un chico de pelo anaranjado, de unos veinte años. Se niega a postrarse ante el rey y jurarle fidelidad, pues sabe que va a ser azotado de todos modos. No sé cómo lo consigue Rodolfo, pero distingue a leguas la brillante mirada de los rebeldes.

- Y los toma como ejemplo para enseñarnos lo que podría ocurrirnos a nosotros de volvernos como ellos. -añade mi madre en una forma indirecta de aclararme que no debo contradecir nunca a Rodolfo ni a cualquier otro tipo de autoridad.

- Uno de los alguaciles le ha pegado una patada en el estómago obligándole así a inclinarse. Ahora le atan las manos. El rey le coloca la camisa sobre los hombros. -continúa narrando mi padre.

-¡Ahora veréis lo que le ocurrirá dentro de dos años al próximo en el que vea odio en sus ojos! -vocea Rodolfo.

- Ahora le deja el audífono a uno de sus secuaces, quien lo coloca cerca de la boca del muchacho.

Lo siguiente que veo es a la gente apartando la vista o exhibiendo miradas compasivas, acompañado todo esto de un débil farfulleo, indefinido y casi contrahecho.

Así pasan unos minutos.

-¡Ya sabéis, todos aquí presentes dentro de dos años -dice, con la voz dando muestras de fatiga -porque el estúpido que no acuda a mi llamada, será a quien pegue los latigazos públicamente dos años después. Y tengo cientos de centinelas a mi disposición, ellos os descubrirán si os quedáis en vuestras casas y yo seré informado! Así que, sed inteligentes por una vez en vuestras vidas, y encerrad donde podáis a vuestros amigos y familiares o dejadles atados a la pata de la cama; por lo menos os garantizará que dos años después no seréis vosotros los siguientes en ser fustigados.

Cuando termina de hablar, baja por fin del escenario.

Después de todo esto, habrá gente concretamente cobarde que haya llegado a la conclusión de que lo mejor es rendirse ante las amenazas para sufrir menos. Pero a mí no me doblegan tan fácilmente, y sé que contra menos luchemos, más se ensañará Rodolfo con nosotros y más se empeñará en quitarnos toda nuestra libertad, y eso es algo que no me puedo permitir perder.

15 AÑOS

No vuelto a ver a mis amigos desde que estuve con ellos en el bosque. Los rayos del sol se filtran entre las rejas de la ventana iluminando mi habitación. Observo a través de los barrotes en silencioso pasmo. De pronto, veo una figura corriendo. Es mi padre, y entra en casa muy nervioso, jadeando.

-¡¿Qué ha pasado?! -le pregunta mi madre, angustiada.

- Por fin... -respiraciones -por fin termino mi jornada laboral en la herrería, y me encamino feliz a casa... cuando, al doblar la esquina... veo un pegote con ojos, pavoneándose por la calle... No tardé en reconocerlo, se trataba de Rodolfo.

Ya me encontraba al lado de la puerta al oír a mi padre caricaturizar a alguien de esa manera, constatando que la conversación prometía por una vez; pero en cuanto escucho el nombre mágico mi oreja se pega a la madera.

- Retrocedo de un salto y doblo la esquina -continúa mi padre ya más calmado -volviendo sobre mis pasos, y camino en dirección contraria. A mi derecha, unos cubos de basura; a mi izquierda, la ventana de una casita, cubierta por un cristal para aislar el interior de cierto pervertido. Tengo que llamar la atención de los inquilinos de alguna manera, y a falta de piedras, bueno es el cutre hueso de manzana que encuentro dentro del cubo de basura. -continúa mi padre, optimizando aquella ridícula situación con alegría -y que me dispongo a arrojar contra la ventana. Tiro el hueso repetidas veces, pero nadie aparece para ayudarme y darme cobijo bajo su techo. Llega un momento en el que tengo las manos tan pegajosas que no soy capaz de recoger el viscosa hueso del suelo. Es entonces cuando nuestro repelente gobernador usurpa la callejuela con sus despampanantes andares. Al momento voy de cabeza tras la basura.

El monólogo se pone más interesante aún, sobre todo por el tonillo irónico en que se basa mi padre para describir la situación; y por fin abro y entorno la puerta para poder escuchar mejor lo que dice, cosa que no hacía desde hace años.

- Aaahh, por eso huele tan mal aquí. -aporta mi madre.

- El caso es que mientras me fertilizo, tengo la oportunidad de admirar la marcha lenta y orgullosa que Rodolfo lleva a cabo con ese desparpajo suyo que tira para atrás -continúa mi padre, exagerando los acontecimientos hasta un punto sarcástico y desmesurado que me hace ver esa faceta cómica suya que nunca antes había visto en él.

"Pero sin lugar a duda, lo que más me impacta es su "galán" postura. En vez de andar con los brazos colgando como toda persona normal, él prefiere llevar su brazo izquierdo estirado en dirección Norte, tomando como punto de referencia su sudorosa frente. La mano sí la deja pendiendo de los tendones de la muñeca, que ensilla con una toallita de seda, confeccionándose una pose de "besad la extremidad del supremo". A veces, cuando empieza a cansarse de tener el brazo levantado, su codo decae y se le pega a las costillas, confiriéndole el aspecto de ser irreversiblemente manco".

"Mientras tanto, con la mano derecha, sujeta su látigo, y lo chasquea sin parar, azotando las paredes que le arrinconan, esbozando una mueca de lo más seria y engreída, como si en verdad estuviese zurrando a sus esclavos. Lo que más me duele es que Rodolfo no se flagelase en ningún momento su siempre alzado brazo izquierdo".

"Ya se encuentra el regidor del mal justo delante de mí y debajo de la ventana, la cual he dejado como si el Rey hubiese escupido sobre ella, cuando de repente se abre, asomándose por la abertura una mujer con sartén en mano, que de pronto grita con una voz muy ronca y metálica: ¡**MAAAAAAAL NAAACIIIIIIIIIIIDOOOOOOO**!", pero en cuanto ve que es el rey **con su látigo** quien se halla bajo ella, se le cae la sartén de la mano y la cara de vergüenza por haber cometido tal herejía al haber descrito con esas sacrílegas palabras a Rodolfo: el medio Dios; y el miedo la hacen cerrar rápidamente la manchada ventana, volviéndose para adentro, deseando que Rodolfo II no le haya echado mucho el ojo. Y él, a sabiendas de que esa mujer nunca supondrá una amenaza para su reino, la deja escapar y sigue con su estúpido desfile".

"Ahora, su ridículo estilo de paseo se ve aún más afectado cuando a todos los anteriores elementos (su brazo izquierdo, el hecho de ir fustigando los muros, su seria y altanera

expresión) les sumamos que de pronto hincha su pecho como si fuera un globo, haciendo que quede tan desproporcionadamente pomposo comparado con los otros bombachos atavíos que viste y con el resto de su cuerpo, que parece que su chaleco blanco de piel de cabrito va a estallar, desperdigando todas las joyas prendidas en él".

"Además, camina con el cuello completamente recto y estirado -como si el pobre hubiera sufrido un accidente y no lo pudiese mover- para realzar su altivez. También inclina la cabeza ligeramente hacia atrás, quizá porque su largo pelo algo rubio, que se ensortija en las puntas y tanto me recuerda a la orina oscura, y el cual recoge con una pinza, pese demasiado. Aunque yo opto por imaginar que ha escupido al cielo, tal vez para cazar un pájaro, y como no ha atinado, espera que su baba le caiga encima. En todo caso, como en todo momento se niega a agachar la cabeza para distinguir por dónde camina, debe bajar completamente la mirada para no tropezarse o pisar algún excremento y ser el hazmerreir; por lo tanto ahora, aparte de manco, inflado y todo lo demás, parece bizco".

"Pero todo esto él no lo sabe, y se dedica a pavonearse menospreciando todo lo que le rodea, luciendo su recargadísima indumentaria, toda ella revestida en rubíes, perlas, esmeraldas... y demás piedras preciosas. Y en determinado momento en el que el sol incide sobre su albornoz, debo apartar mi deslumbrada vista para no quedar rematadamente ciego".

"Por si todo esto fuera poco, de repente se para y, creyendo que nadie le ve, se pone a hablar sólo, preparando su discurso para lo que él denomina "**EL SUBMUNDO**", es decir: nosotros. Todo el estresante y aburrido verborreo se lo suelta al muro, que probablemente sea su ideal proletario y siervo, ya que no se mueve cuando le golpea y en ningún momento se dirige a él con desdén. Y después de cansar incluso a las paredes, emprende la caminata de nuevo, esta vez más rápido pero igual de patético".

"Y esto no es todo, tan excelentísimamente rico se quiere mostrar, que ni siquiera ha dejado en su traje un pequeño espacio sin cubrir de diamantes por donde la tela pueda transpirar. Así que, mientras anda, las piedras colocadas en la entrepierna del pantalón, van tañendo para avisar de que Su Señoría se va moviendo. En fin, que un vendedor ambulante o un feriante anunciando su circo armaría menos jaleo con sus cachivaches".

Por lo tanto, de no escuchar mis risotadas, no fue por un milagro, sino por el estruendoso escándalo que generaba él mismo.

-¿Pero estás seguro de que el rey no te ha visto? -pregunta mi madre, siempre sacando la parte positiva de las cosas, en vez de burlarse con la acertada descripción, tal y como estaba haciendo yo hasta la interrupción.

- Se que no sabía que yo me escondía detrás de la basura, porque en caso contrario no se hubiese puesto a recriminar a las paredes, pero a lo mejor sí me vio redoblar la esquina de un salto cuando huía de él... -contesta, cambiando completamente la expresión de su rostro.

-¡Y ya sabes que a él eso no le gusta...!

- Fue impulsivo...

-¿¡Por qué lo hiciste!? ¡Sólo debías avanzar gateando, con mucho respeto y seriedad, y tumbarte en el suelo cuando estuvieras delante de él, para que así te pudiese pisar! ¡¿**POR QUÉ NO LO HAS HECHO, NO ERA TAN DIFÍCIL**?!

- No pienso hacer eso. Además, en cuanto hubiese visto esa estúpida mirada de prepotencia y su brazo izquierdo alzado de esa manera, no habría podido contenerme.

-¡Pues ahora te has metido en un buen lío por orgulloso, y te recuerdo que en dos días es "**EL SIMPÁTICO DÍA ESPECIAL**"!.

-¡No me lo repitas más, que ya está bastante imborrable en mi cabeza! ¡Y no lo llames tú también así, por favor!

-¡**Y AHORA NOS HAS PASADO A TODA LA FAMILIA TU PROBLEMA**!

-¡¿**PERO QUÉ ESTÁS DICIENDO AHORA**?!

-¡**QUE CUANDO EL REY NOS VEA CONTIGO TAMBIÉN SE VENGARÁ DE NOSOTRAS**!

Ya no puedo contenerme más.

-¡**NO DIGAS TONTERIAS MAMÁ, YO HUBIERA HECHO LO MISMO; CUALQUIERA HUBIERA HECHO LO MISMO**!

-¡**CÁLLATE, NADIE HA PEDIDO TU OPINIÓN, Y AGRADECE QUE TE HAYA DEJADO ESCUCHAR DETRÁS DE LA PUERTA**!

Decido no perder el tiempo discutiendo, ya que se que no me hará ningún caso, y vuelvo a mi habitación, mientras ellos siguen con sus típicas broncas diarias.

Dos días después, ahí estamos, de nuevo en la plaza. Esta vez todo el mundo se mete en el interior del círculo nada más llegar, y nosotros también. Quedamos más o menos como la última vez; a unas tres filas del final. Cabría esperar que esta vez Rodolfo nos ordene a todos colocarnos en el exterior de la circunferencia que él ha marcado, pero supongo que nos quiere tener cerca para controlar mejor nuestros movimientos y reacciones.

Por fin llega Rodolfo. Puesto que he crecido, esta vez puedo verle bien entre las cabezas de la gente, así que no me hace falta que mi padre me narre lo que ocurre. En cuanto sube al estrado inicia su rollo, esta vez sin ofrecernos ninguna clase de sorpresita.

- Espero, por su bien, que nadie se haya quedado en su casa.

- No te enteras, que si alguien muy sabiamente ha decido no venir, cosa que yo no he podido hacer gracias a los pedantes de mis padres, no creo que se vaya a dar el paseíto para confirmártelo. -pienso.

- Por cierto, hace dos días, cuando discurría por la calle...

- Lo que debería discurrir más a menudo es tu anodina inteligencia... por qué no te daría una insolación...

-...quedé muy decepcionado al percibir que algunos de mis bufones pueblerinos no se hallaban previamente arrodillados a mi paso...

- Qué pena, hoy no va momificado en quilates, no me podré reír un rato... -continúa volando mi imaginación.

-...Y eso, conlleva un particular sufrimiento bien merecido. En todo caso...

- Qué cruz, cállate ya, por piedad...

-...comenzaré con el desgarramiento de vuestras espaldas; que para eso soy el monarca, un ser absolutamente necesario en esta soberanía, mientras que vosotros, mis contingentes y reemplazables súbditos, me aduláréis complacientemente como los buenos especímenes que sois.

- Sí... hijo... sí, pero elige ya, que cuanto antes lo hagas, más pronto estaré en mi casa.

Rodolfo da principio a su larga búsqueda. La gente está nerviosa, y a mi padre no tardan en llegarle las dolencias hipocondríacas. Miro a mi alrededor para ver el rostro de todos esos individuos. Y entre ellos, unos tres o cuatro metros a mi izquierda, en la última hilera y debajo de un árbol, me percato de que se localiza una anomalía. Se trata de un tubo negro y fino de metal, que sobresale ligeramente entre las últimas cabezas. Me ofrece un buen presentimiento que no acierto a comprender. Tengo que averiguar qué es eso.

Me suelto como una bengala de la mano de mi madre, y me cuelo entre las piernas de un señor. Ella, en un intento desesperado de agarrarme, mete su brazo por la entrepierna de este, quien la mira con recelo, como si fuese una pervertida. Mi madre se incorpora al momento totalmente ruborizada y colorada. No tarda en pedirle ayuda a mi padre, y ambos se ponen a gritar en susurros, colocando sus cabezas entre los hombros de otras personas, insistiendo en mi regreso.

-¡Lorian, vuelve, ahora no la armes, por favor! -masculla mi padre.

-¡**VUELVE AQUÍ A LA DE YA, ESTÁS LLAMANDO LA ATENCIÓN, NOS VAN A SACAR POR TU CULPA**! -susurra mi madre enfadada, del mismo modo que lo hace cuando esta histérica pero afónica.

Pero yo ni caso. Al principio pido educadamente pasar, pero como no me escuchan termino por adentrarme empujando, sin atender a comentarios como: “consentida” o “a ver si te saca el rey...”, y en sincronía con sus cuchicheadas insinuaciones, otros tantos les dicen mis padres que se callen y dejen de llamarme, que así es imposible pasar desapercibidos. Parecen no darse cuenta de que Rodolfo se encuentra de espaldas a nosotros, fijándose en la gente de enfrente, y no se percata del revuelo.

-¡Tú! -grita por fin -¡El Emperador ya ha seleccionado! ¡Sal aquí ahora, y cíñete a lo que él decreta!

Finalmente llego hasta el raro ente. Ante ello hay alguien sentado, a quien no consigo ver el perfil, porque se lo cubre con la mano para que no penetre el sol mientras observa algo a través de la lente del tubo. Pero aunque no me deje conocer su rostro, se que solamente se puede tratar de una persona.

-¡Ooooscaar! -chillo.

La gente nos mira, y Rodolfo dirige la vista un momento hacia aquí, pero no ve nada llamativo y vuelve con su mártir. Oscar se sobresalta y me mira.

-¡Lorian, eres tú! ¡Estás muy... distinta!

-¿Es Lorian? Desde aquí arriba solo puedo ver su cabeza. -oigo por encima de mí.

- Es Miguel, está subido al árbol. Es que le ha cambiado mucho la voz, a mí nada.

Por mucho que miro, yo no detecto nada. Sin lugar a duda, se halla muy bien camuflado.

-¿No te han dejado salir en todo este tiempo? Definitivamente ha resultado peor de lo que yo esperaba.

-¿Por qué no te has vuelto a escapar por la ventana? -pregunta Oscar esta vez.

- Me pusieron barrotes.

- Te habrás aburrido mucho... -dice Miguel.

-¿Para qué sirve eso? -le pregunto a Oscar, señalando el tubo.

- Con él puedo observar el escenario desde cerca, estando seguro de que Rodolfo no me verá. Prueba.

Me siento junto a Oscar, quedando mi cabeza a la altura del trasero de los que tenemos delante, y miro a través de la lente a la vez que Oscar enfoca la imagen. Contemplo la situación como si sucediese a un metro delante de mí. Rodolfo azota la espalda del joven con odio, sin mostrar una pizca de indulgencia, mientras le escucho vociferar a lo lejos "¡**GRITA VASALLO, GRITA**!".

-¡Qué cerdo, menudo adefesio de hombre, habrá que hacer algo pronto! -exclamo indignada.

- Lo primero, empieza a desobedecer las reglas que te imponen tus padres ¿Cómo pretendes enfrentarte a Rodolfo si ni siquiera eres capaz de enfrentarte a ellos? -dice Miguel.

-¡¿Y qué hago si han encallado la ventana?!

- Si no puedes huir de ellos, deberás plantarles cara.

-¡Cállate Miguel, vas a meterla en un lío! –dice Oscar.

- Pero Miguel, ya sabes que mi madre cuando no me pega me amenaza o me encierra o me castiga o me da el discurso hasta que se me quitan las ganas de todo… Que se las ingenia de cualquier manera para salirse con la suya.

-¿Cuándo fue la última vez que te pegaron?

- Fue a los... -me callo repentinamente -no lo recuerdo... quizá cuando me escapé hace tres años... y desde entonces la he respondido mal más de una vez este mismo año y nunca me ha vuelto a tocar. -recapitulo.

- Lorian, Lorian, Lorian. Tienes quince años. Ya no eres un pequeño y frágil fetito embrionario guardado en su blandita y almidonada crisálida a merced de tu mamaíta, créeme que a medida que vayas creciendo se atreverán menos a tocarte -dice como si se tratase de un prestigioso filósofo –Y respecto a lo demás, si tu madre se las ingenia de cualquier manera para salirse con la suya ¿por qué no haces tú lo mismo? ¿A caso eres menos inteligente que ella? Tú no trates de negociar nada, simplemente haz las cosas que creas, actúa como consideres conveniente, y si te amenazan con encerrarte o lo que sea tampoco les hagas caso, y si te encierran, te escapas ¿O es que por obedecerles te van a dejan salir más a menudo? Al contrario ¿no ves que no? Y si te amenazan con no dejarte volver a entrar en casa no les creas, ya que precisamente lo que quieren es que no salgas de casa porque tienen miedo de que Rodolfo te ataque, y por eso hacen todo eso, por miedo. Lo que no entienden es que nosotros no queremos sacrificar nuestra libertad a cambio de seguridad.

-¡Cállate Miguel! ¡No tienes ni idea de lo que estás diciendo! –sigue Oscar.

- Claro que sí, tú prueba a afrontar el riesgo y a encarar tus problemas y verás por ti misma cómo llevo razón.

16 AÑOS

-¡¿**A DÓNDE VAS A ESTAS HORAS?**! -chilla mi madre.

-¡**CON MIS AMIGOS, Y SON LAS CUATRO DE LA TARDE**! -voceo al mismo tiempo que me dirijo agresivamente hacia la puerta.

Ella no se interpone en mi camino. Y es que, desde el momento en que tus padres ten ven casi tan alta como ellos, ya empiezan a mirarte con otros ojos, y más aún si te muestras tan independiente e indoblegable como yo.

Salgo al encuentro de mis amigos. Desde que chantajearon a Oscar con un surtido de los castigos más selectos para que delatase nuestro punto de reunión, y este admitió que se encontraba en el interior del "**BOSQUE PUERIL"**, nos tuvimos que buscar otro lugar secreto donde quedar, pues nuestros padres irrumpían en el campo cuando nos necesitaban para algo, o simplemente cuando nos buscaban por el mero placer de encontrarnos (deben aburrirse bastante), alterando violentamente nuestras conspiraciones.

Así que ahora nos juntamos en las catacumbas que nuestros antepasados usaban antaño. La abertura que ellos utilizaban no la conocemos, pero sí un entrante oculto y casi invisible que han descubierto Oscar y Miguel, y en el cual nos basamos para penetrar en el interior de nuestro casi imperceptible escondite.

Aparto los helechos y ramas que bloquean la pequeña gruta, y tras cerciorarme de que no hay nadie cerca, me inserto en la entrada. Atravieso casi a gatas un pequeño túnel, al otro lado me esperan mis amigos, junto con todas nuestras más preciadas pertenencias que aquí albergamos, algunos mapas de la zona, y pergaminos escritos por nosotros en los que describimos con detalle diversas formas de destronar y cómo no, también matar al Rey; pero que han resultado un fracaso, pues todas son prácticamente inconcebibles.

Aunque mis amigos y yo nos hemos instalado en un rincón, no lo hemos hecho por falta de espacio, pues aquí podríamos cobijar a todo el pueblo. Entre algunas rocas que constan en las paredes chorrean finos hilos de agua fresca y limpia que usamos como fuentes. Para tener buena visión hemos colocado poyetes en los muros para sostener las antorchas, que siempre mantenemos encendidas. Ya nos hemos preocupado por explorar las catacumbas al completo, y conocemos cada encrucijada y ramificación igual que aprendimos todo sobre cada recoveco del "**BOSQUE PUERIL**".

-¡Tenemos información de gran relevancia! -exclama Oscar en cuanto me ve.

- Todo me lo puedes agradecer a mí, por haber convencido a Oscar. -se echa flores Miguel.

- Esta misma mañana, estábamos aquí Oscar y yo, cuando de repente escuchamos unos estruendos.

-¿Por qué no me habéis llamado?

- Fue repentino, no hubo tiempo.

-¡**Y SE TRATABA DE RODOLFO**! -chilla Oscar, aún conmocionado.

- El caso es que enseguida supimos que era él porque parecía que estaban taladrando justo encima de nosotros. Y le propuse a Oscar le siguiéramos. -cuenta Miguel.

- Sí, vale, y entonces obligaste a Oscar y espiasteis a Rodolfo.

-¡¿Qué interés, no?! -se molesta Oscar.

- Lo que pasa es que a Miguel le encanta alabarse, y como no le pare... -contesto.

- En fin, que hubo un momento en el que Rodolfo paró de caminar cuando se encontró con uno de sus esbirros, pudiéndose entender claramente la conversación. -simplifica esta vez Miguel.

- Rodolfo le dijo a su oficial que había oído ruidos en las catacumbas, y que como por la noche es cuando la gente aprovecha para reunirse, eche un vistazo a esas horas, aunque no cree que se trate de nada importante. También le dijo que si encuentra gente codeándose entre ellos de manera civilizada, aunque no se dediquen a conspirar contra él, los arreste y se los presente para que pueda tener otro pretexto por el que golpear a alguien, si no quería ser él mismo el receptor de su ira.

- Y su secuaz, a quien también utiliza de agenda, le recordó que esta tarde, a las cinco, tiene una visita en su “Ermita” particular de adoración, y que prometió a sus seguidores dar aquel sermón especial. -sigue explicando Miguel.

- Pues tendremos que sacar nuestros enseres del escondite -dice Oscar.

- Y también debemos acudir a su “Iglesia”, pero no podemos partirnos en dos, tendremos que dividirnos -les digo.

-¿Cómo lo hacemos entonces?

- Uno se debe quedar aquí y otro ir a la “Iglesia”.

- Yo me ofrezco voluntaria para asistir a esa aburrida charla. -digo de este modo, a ver si les convenzo.

-¡¿Qué dices?! ¡**VOY YO**! -explota inmediatamente Miguel.

- Echadlo a suertes. -propone Oscar. -Yo me quedaré aquí con quien le toque, que estaré más seguro.

Tras completar el proceso de azar, lo celebro victoriosa, pues ha tocado a mi voluntad y conveniencia. Salgo corriendo, sólo faltan veinte minutos para que empiece el oratorio.

Me encuentro allí como unos diez minutos antes de que empiece la ceremonia. Me asomo a saltos a través de una ventana abierta a tres palmos sobre mi cabeza para atisbar el interior del “Templo”, que más bien parece una cuadrilla pequeña en la que no me extraña mucho el hecho de que una alfombrilla de arena haga el papel de suelo. En ella tampoco consta ninguna clase de escalón donde poder descansar, así que el auditorio debe permanecer de rodillas en el terroso suelo, ya que cierto desconsiderado tampoco les deja estar en pie. Sin embargo, tal y como cabría de esperar, el espléndido altar ha sido debidamente barnizado al óleo, y cada encrucijada que pertenezca al mismo brilla reluciente e indolente.

Transporto una roca y la coloco debajo del ventanal, para poder ver algo poniéndome de puntillas. “Oh, no, Rodolfo se ha adelantado... espera un momento... ese no es Rodolfo”, pienso. En lo alto del altar, se halla un chico de unos diecisiete años, de piel casi negra y con coleta, muy delgado; viste una túnica azul, como si fuese de mago.

Escucho lo que habla. Por sus palabras, enseguida intuyo que ese no es ningún enviado de Rodolfo, sino un infiltrado, que está tomando el pelo con mordaces ataques a los fans del Rey. La predisposición con la que habla y actúa me había engañado por unos instantes, haciéndome creer que en verdad se trataba de ese estafermo, pero las poco elegantes facciones de Rodolfo son totalmente distintas a las de este chico, que me resulta bastante atractivo.

Ahora mismo se dedica a decirles a los seguidores que, puesto que él es el mantenedor de todos ellos, y les permite chupar de sus pezones para que beban la leche que estos contienen, deben hacerle un favor a cambio. Me parece interesante y divertido escuchar su charla, y me gusta verle hablar y moverse, con ese estilo tan personal que difícilmente otro podría imitar. Como compensación por sus “servicios”, pide que destruyan su castillo; es decir, el de Rodolfo.

Me extrañaría demasiado que aceptasen, no creo que sean tan tontos; pero efectivamente lo son y no tardan en asentir, aunque yo no me fiaría de ellos sin tener una muestra de su compromiso. Y tenía razón en cuanto a no fiarme de ellos, pues en pocos instantes y en la última hilera, cerca de la cual yo me encuentro, algunos miembros sabihondos traman algo, y hacen partícipes de sus confabulaciones a los que tienen al lado, para que estos pasen la información a sus congéneres. De esta forma corren la voz, avisando de que la orden de arrasar el castillo es una sucia treta impuesta por aquel misterioso impostor y que se armen con los utensilios que encuentren para así linchar al imitador, haciéndole creer primero que con gran presteza van a acatar su mandato.

- Debo buscar alguna forma de alertarle -pienso.

En ese momento veo aparecer a lo lejos a Rodolfo con uno de sus soldados. No tardo en cambiar de parecer en cuanto auxiliar al chico, y me escondo tras la esquina del muro sin vacilar, pues Rodolfo se encamina hasta aquí con paso firme. En cuanto se halla frente a la “Basílica”, abre la puerta y espera unos segundos antes de entrar, tiempo que usa para ir adquiriendo esos aires suyos de “qué descontrol cuando mi Imperiosa Gracia Divina no está presente para restituir a la chusma en la buena senda”; sin importarle lo más mínimo lo que encontrará en el interior o si su expresión estaría fuera de contexto.

-¡¿Qué está pasando aquí?! -profiere rojo de ira en cuanto ve que los que le rinden culto se hallan armados; y en cuanto asimila la desbordante situación.

El chico, que todavía no se ha dado cuenta de la somanta que le iban a meter, esboza una mueca de enfado ante la intermitencia, que no constaba dentro de sus planes. Uno de los acosadores amantes de Rodolfo se acerca a este.

-¡Su Respetable Seriedad, lo teníamos todo controlado, sabíamos desde el principio que ese estúpido no se trataba de Su "Golosa Cremosidad" -le dice a Rodolfo, bautizándole después con este curioso apodo de hostelería, el cual le queda bastante inapropiado.

Rodolfo, como agradecimiento al peloteo y al piropo, le suelta un bofetón en la cara.

-¡No quieras comprarme y déjate de excusas, que sé perfectamente que todo está perdido cuando mi gracia divina no está presente para solucionarlo!

-¡Por supuesto, mi Amo! -le contesta el otro, siempre complaciente.

Simultáneamente a esta conversación de besugos, el chico hace por escaquearse del "pecado" cometido, escurriéndose disimuladamente del altar, pero Rodolfo no es tan despistado, y enseguida ordena a sus seguidores bloquearle el paso.

-¡**QUÉ HACES PISANDO MI SAGRADO ALTAR, DONDE SÓLO YO PUEDO DAR TESTIMONIO, ESTO ES INDIGNANTE, UNA DESONRA Y HUMILLACIÓN**!

-¡Ooooohh, cuuaaaanto lo sieeento, ¿cómo he podido profanar su "sacro círculo religioso"?, espero que pueda perdonarme, Su Consagrada Alteza...! -le ridiculiza el chico.

-¡**CÁLLATE**!

- Y aún no he mencionado mis intentos de asaltar el palacio con tus devotos...

Rodolfo abre la boca para decir algo.

-¡Sí, lo sé! ¡Amordazadle!, ibas a decir ahora.

- Está bien... -hace por calmarse -este feudo agota mi inalterable paciencia. Estaba pensando en darte una paliza y después obligarte a arrodillarte ante mí, pero ahora me parece una idea desatinada.

- Como todas. -salta el otro.

- Te comportas así porque aún no sabes lo que te espera, pero tendrás tiempo de arrepentirte. Vas a ir dos meses a...

-¡Estancia gratis en un lujoso alojamiento! ¡**SÍIII**!

- A mi penitenciaría personal. -termina Rodolfo. -Igual no te muestres tan feliz si te confieso que serás el primero en ir allí, pues aunque esta a mi disposición desde hace más de un año, la reservo para casos intratables, como tú. No hace falta decir que con sólo dos meses tendrás más que suficiente.

-¿Por qué te has adelantado? La reunión empezaba a las cinco y media. -pregunta el chico para cambiar radicalmente el tema, pues seguro que lo que le está contando Rodolfo no le atrae demasiado.

- Aaaaahh, eso es lo que os hacía creer a vosotros, mis queridos incrédulos; sólo mis seguidores sabían que comenzaba a las cinco. ¿Qué por qué lo he hecho? Porque a veces me encuentro con ilusos como tú, que vienen a dar su sermoncito media hora antes de que empiece la junta, creyendo que yo llegaré media hora después; así que fíjate por dónde, has coincidido conmigo inesperadamente. Así que siempre digo que la reunión empieza media hora después de la hora verdadera para pillar a gente como tú.

-¿y si alguien del pueblo llegase media hora después para ver el acto? -pregunta el chico con su habitual chulería.

- Parece mentira que no sepas aún que la gente me teme, nadie acudiría a este lugar de no ser por obligación. Así que siento que tu plan se haya visto tergiversado de esta manera, porque supongo que tú esperabas dar tu charla y desaparecer antes de que yo me manifestase. Y como eres consecuente en cuanto a que vas a sufrir tanto si te retractas como si no, apuesto a que no te arrodillarás de ningún modo. Bueno, por lo menos hoy aprenderás que el delito no compensa.

-¡**CÁLLATE**! -exige el chico, ahora en estado fúrico; pues acaba de asumir que ha sido engañado, que ha sucumbido ante la farsa de Rodolfo. Comprende que ha obrado como si fuera un novato en esa clase de estratagemas y artimañas, pero él no es ningún principiante. Puede incluso que hasta ese momento nunca hubiera perdido una jugada. Seguro que era él quien sobornaba, timaba, estafaba… y después de todo, siempre salía ganando.

Pero no esta vez.
-¿Los turnos han cambiado, eehhh? ¡Ponedle los grilletes, y bien apretados!
Los centinelas le agarran para llevarle a la fuerza hasta la penitenciaria. Salen del “Templo” y se encaminan hacia ese lúgubre y escabroso lugar, yo les sigo de lejos. Ya puedo ver la penitenciaria a lo lejos, cuando cinco verdugos salen de ese mismo establecimiento para recibir a Rodolfo, quien se detiene para hablar con ellos; seguro que para decirles que traten al prisionero sin ninguna piedad. Y por último, les recompensa con una moneda (para los cinco). Ya en la entrada, desnudan al chico de sus botas y su túnica, llevándosela Rodolfo para luego venderla, quemarla, o lo que más le plazca y convenga.
-¡A este habrá que desparasitarlo, Señor! -exclama uno de los mortificadores.
-¡Estoy más limpio que todos vosotros, lagartos de alcantarilla!
Rodolfo le pega un puñetazo en la boca, y ésta empieza a sangrar.
-¡Aprende a controlar tu sucia lengua, rata de cloaca!
Entran todos en la penitenciaría. Rodolfo, una vez dentro del recinto, empuja sin ningún cuidado el portón de roble para cerrar la abertura; pero la cerradura de la puerta choca demasiado fuerte contra el marco de la pared y por lo tanto rebota, de forma que no sella la entrada pero sí deja una desdeñable rendija, a través de la cual observo los acontecimientos.
El lugar es más grande de lo que yo imaginaba, y en cuanto se empiezan a adentrar debo colarme dentro para no perderlos de vista. Al fondo de la cuadrada y oscura galería hay una puerta, por la cual se meten para llegar al siguiente cuarto. Aunque estoy a unos cuantos metros del chico, puedo observar su miedo y su angustia.
Por fin, los dueños de este sitio se deciden a alumbrarlo, encendiendo unos candelabros sujetos a las paredes. En cuanto analizo el sádico panorama, siento que pierdo la noción del equilibrio. Y si a mí me ha sobrecogido, no quiero pensar en el estado de ánimo en el que se debe encontrar el pobre chico al observar toda la maquinaria de tortura que sin ninguna conmiseración ha destapado la luz.
Son aparatos que nunca había visto, de los que forman parte incomprensibles estructuras de engranajes y poleas, tuercas bien atornilladas mediante alicates, cruces de vigas que oscilan titubeantes debido a la dilatación que han sufrido por efecto del calor... y como toque final la sangre que se esparció entre los complejos mecanismos y los pinchos cuando algún reo fue torturado.
Y resulta que los muy hipócritas de los guardias han iluminado la sala tan bruscamente a posta, para impresionar al chico súbitamente con esta acuciante visión, dejándolo paralizado y aturdido por la cruel emoción.
-¡Muévete, piojoso! -dice alguien mientras le quitan las esposas, sabiendo que después de este grotesco espectáculo ya no va a causar ningún peligro.
El chico reacciona malamente y camina como puede.
Aunque no escuche atentamente, puedo distinguir sus palpitaciones entre todo lo demás, y también logro oír cuando traga forzosamente la saliva que se atraganta en su garganta. Evidentemente, ahora le estarán recorriendo todo el cuerpo montones de escalofríos, pues su bello se eriza gradualmente, y no tardan en llegarle las sudoraciones. Hasta se tropieza con su propio pie en un paso muy mal calculado. Por fin dejan este recinto, en el siguiente se encuentran los calabozos.
-¡Métete en la celda, melindroso! -grita uno.
El chico se queda donde está, no es de su apetencia obedecer. Pasados unos segundos, Rodolfo toma su flagelo y le golpea la parte delantera de las piernas, justo encima de los tobillos, tan rápido que no me da tiempo ni a parpadear. El muchacho es zancadilleado y cae de plancha gritando de dolor. Efectivamente, esta es la primera vez que le marcan con un látigo, y permanece agazapado en el suelo, sin apartar las manos del corte, como si se le fuesen a caer las piernas en caso contrario.
-¡Levántate y entra en tu prisión!
- No puedo moverme... me duele mucho... -exclama con los ojos llorosos y el rostro muy compungido en una expresión que delata sinceridad.
-¡Ahora verás si puedes o no! -chilla Rodolfo, y todos ellos comienzan a pegarle patadas.

El chico retrocede como puede, con sus dientes castañeteando por la ira y el dolor, de espaldas al suelo y protegiéndose la herida con una mano; no vaya a ser que esos traicioneros le quieran dar justo ahí.

De ese modo se mete él sólo en la cárcel, y el encargado hecha la llave.

-¡Así me gusta, liendre asquerosa, ahí quietecito! -exclama Rodolfo.

-¡**MI NOMBRE ES RUDOLPH DE LA IGLESIA, QUÉDATE CON ÉL, PORQUE TE ASEGURO QUE DE ÉSTA ME VENGARÉ Y QUERRÉ QUE MI NOMBRE TE PALPITE EN LA CABEZA MIENTRAS MUERES**! -vocea de rodillas en el suelo por sus problemas para levantarse; apretando las rejas con las manos, tan fuerte que creo que va a doblar el hierro.

A esta dura advertencia responden con carcajadas.

Entonces veo que no tardarán en salir del recinto, y corro para estar fuera de este antro antes que ellos, atravesando otra vez la sala de las torturas. Pienso que podría camuflarme detrás de alguno de estos mecanismos, pero lo encuentro demasiado arriesgado, sobre todo porque si cerrasen definitivamente el portón por donde hemos entrados, me quedaría atrapada con estos sádicos aquí dentro.

Ya estoy justo en frente de la puerta, pero no puedo dar el paso definitivo, aquí hay algo que no me encaja. No se por qué, pero tanta aparatosidad no me parece del todo verosímil. Almaceno el coraje necesario para volver sobre mis pasos, y finalmente me arrimo a uno de los armatostes. Observándolo detenidamente me percato de que no tiene ningún botón o dispositivo que active su marcha. También llego a concebir que las coagulaciones rojas no son manchas de sangre, sino salsa de tomate. Entonces recuerdo que Rodolfo dijo que ésta era la primera vez que se encierra a alguien en esta penitenciaría; por lo tanto todo esto no es más que un ruin artificio diseñado para intimidar a Rudolph y a los futuros secuestrados.

Al salir, busco un lugar donde mimetizarme. Enseguida veo a Rodolfo, hecho un verdadero esceomo; criticando colérico a los otros por no haber cerrado bien la entrada, sin recordar que él fue el culpable (o puede que sí se acordase), hasta que un pobre desgraciado se lo intenta hacer ver:

-¡Pero Su Alteza, si fue usted el que...!

Rodolfo le abofetea. Tras escuchar esto parece que está a punto de darle un cólico.

-¡Cómo te atreves...!

Y Rodolfo, que no se cansa de regañar a los inocentes, reincide y recalca otras cuantas veces en la incompetencia de ellos y la autosuficiencia de él.

Luego se marcha por fin, y los alguaciles entran de nuevo en la penitenciaría. No me pienso ir de aquí sin ayudar antes a Rudolph, además, puede ser un buen componente en el ejército contra Rodolfo que mis amigos y yo estamos pensando formar. Esta vez han dejado bien cerrada la puerta. Recorro todo el establecimiento por la parte exterior, buscando palmo a palmo un agujero entre los muros.

Una hora después sigo sin encontrar nada, pero no me puedo rendir, es un chico inteligente y convencido de lo que hace, que no se ha arrodillado ni se ha mostrado dócil porque sabía que iba a ser tratado de manera semejante si lo hubiese hecho; y de no hallar una forma de ayudarle las va a pasar muy mal. Media hora después encuentro un boquete en la pared. Me asomo.

Rudolph intenta negociar con sus atormentadores, y aunque estoy segura de que aún le duele el azote, ya se ha levantado.

-¡No me lo puedo creer, qué condiciones higiénicas son éstas!

-¡De qué hablas ahora! -dice un guardia.

-¡¿De qué va a ser?! ¡Del urinario, aquí no nada apropiado para eso!

-¿Y qué esperabas? -pregunta otro.

-¡¿Cómo quieren que lo diga?! -dice exagerando mucho los gestos -yooo, necesiiiiito, e-va-cu-ar.

- Al fondo tienes el manojo de espigas.

-¿¡Pero eso no era la cama!?

-¿Alguien está diciendo que no lo sea? -contesta otro.

- A ver, creo que hemos empezado mal desde el principio. Haremos una cosa: yo trataré de ser clemente con vosotros en un futuro muy próximo por mucho rencor que os guarde si, y sólo si, me instaláis un retrete, o, inodoro, que viene a ser lo mismo.

Las habituales carcajadas y se van de la galería de los calabozos. Al poco rato, les veo salir también de la penitenciaría, y agradezco este hecho, pues así podré hablar con Rudolph. Antes de nada, le echo un vistazo al cuarto a través del boquete.

Se trata de una habitación grande y rectangular. En uno de los dos lados de menos longitud que tiene el rectángulo, en concreto en el lado izquierdo visto desde mi posición, se halla Rudolph en una celda de unos diez metros cuadrados, es decir, bastante grande para ser una celda, y al lado de esta, otra sin residente alguno. Casi en la esquina de la cárcel ocupada, hay una maciza columna que baja desde el techo al suelo, en la otra no está presente este elemento. Paralela a las mazmorras, o sea en la pared derecha desde mi perspectiva, se encuentra la puerta por donde habíamos entrado a esa sala, y delante de mí, un muro vacío. No sé por qué, pero de pronto me da por mirar la pared que hay encima de mí, y me doy cuenta de que justo ahí está colgada la llave de la prisión. Imagino que es una copia de la verdadera, y esta última está en poder de los guardias, que es donde está más segura. Quizá ni siquiera se acuerden de que han dejado una de sus llaves aquí.

Rudolph se sienta consternado y se pone a escribir algo en las tejas.

-¡Hola Rudolph! -grito, para que se me oiga bien seis metros más allá.

Este da un brinco -sentado -debido al susto, e inmediatamente se pone en pie y se apoya en la pared con una pose de "Rudolph lo tiene todo controlado".

-¿Tú qué haces aquí, niña?

- Vengo a ayudarte. -contesto.

- A ver bonita ¿tú crees que yo, el salvador de la humanidad, necesito tu ayuda?

- Tengo nombre. Y tengo dieciséis años.

- Sí... sí... lo que tú digas.

-¿No me crees?

- No me importa la edad que hayas alcanzado ¿entiendes?

Parecía divertido e incluso simpático ¿cómo iba a pensar que fuese tan borde y creído?

- Supongo que ya te habrás dado cuenta de que la llave está colgada en la pared, justo medio metro por encima de este boquete.

En ese momento la mirada de Rudolph se desvía hacia la llave y sus pequeños ojos se abren de par en par.

- Por supuesto que lo sabía ¿qué te hace dudarlo?

- Ah... no se... ¿esa cara que has puesto, por ejemplo?

-¿Alcanzas desde ahí a agarrarla?

-Quiz...

-¡Qué pregunta, claro que alcanzas!

- Puede, pero...me lo podrías pedir por favor.

- Sí... sí... pero ponte de puntillas y coge ya la maldita llave.

-¿Qué es lo que has escrito en la pared?

-¿Nooo tee eeenteeeeeras hermoosa? -dice poniendo un tono de voz muy agudo -¡Que no hay tieeeeeeempo!

Me quedo parada.

- Está bien... -dice como consternado -sólo estudiaba y escribía en las tejas lo que iba memorizando ¿contenta?

-¿Y qué estudias?

- Magia.

-¿Eso significa que eres aprendiz de brujo?

- Cuidadito con cómo lo llamas. Puedes nombrarme: estudiante de hechicería de alto nivel. –dice, gesticulando con las manos como si estuviera mostrando un letrero.

-¿Y tienes que hacer una prueba?

- Que sí... me examino en dooos meeeeeses.

-¿Y por qué estás en este pueblo?

-¿No haces demasiadas preguntas?

-¿Quieres la llave?

- Oh... por favor... qué he hecho yo para merecer esto... estoy en este estúpido lugar porque me han enviado aquí para recoger el libro de estudios del Libro de la Sabiduría, del cual me tienen que evaluar, y por lo tanto me tengo que estudiar. Había oído hablar mucho del tirano de Rodolfo y sólo quería escarmentarle un poco, pero no he podido esperar los dos meses para ser un mago eficiente con mi propio objeto que hace magia para darle su merecido; por lo que ahora, encima, me han encerrado aquí.

- Mejor así. Yo pensaba que ya te estabas volviendo loco y por eso contabas el número de ladrillos y lo anotabas, en un absurdo intento de hacer pasar el tiempo.

- Qué graciosa; la niña ya ha contado su chiste, ahora vaaamos a reírnos toooodos con ella -mientras dice esta chorrada, yo me dedico a ponerme de puntillas haciendo por coger la llave, pero no llego.

- Oye Rudolph, va a haber un menospreciable problemilla...

- Ya lo estoy viendo, eeeeres demasiaaaaaado pequeeeña.

-¿Y qué sugieres que haga?

- Mira preciosa, te lo voy a contar. -esta vez agrava mucho la voz, en verdad todo el tiempo juega con la intensidad y tono -Yo no me quedo aquí ni un minuto más, así que si es necesario te descalzas y coges la llave con los dedos de los pies, que supongo que no estarás muy desproporcionada y tus piernas serán más largas que tus brazos.

No hago caso de su comentario y me voy.

-¡Eeehhh, boniiiiitaaaaaaa, que era una broomaaaaa! –oigo a lo lejos.

....

-¡¿Niñaaaaa? Que no te he dado permiso para marcharte! ¡**VUEEEEEELVEEEEEEEEEE**! -grita desesperado.

Unos minutos después vuelvo con un palo lo suficientemente largo, pero aún no se lo enseño. Se ha vuelto a sentar tristemente.

-¡Hola Rudolph!

-¡Has vuelto! -dice, levantándose con ilusión.

- Sí, pero no he encontrado nada -miento.

- Ya, ya lo suponía.

- No, no lo suponías, creías que me había marchado.

-¡**VALE, NO HAS ENCONTRADO NADA**! ¡¿**Y AHORA QUÉ HAGO YO, PUDRIRME AQUÍ DENTRO**?! -exclama abatido.

- Oye Rudolph, que es ment...

-¡**Y TODO POR TU CULPA, NO PUEDES SER UNA NIÑA SANA Y BIEN ALIMENTADA; NOOOO, A ELLA LE TIENE QUE FALTAR EL CALCIO, LO QUE LA CONVIERTE EN UNA NIÑA BAJITA Y RETRÓGRADA**!

-¡**ERES UN IMBÉCIL. Y PARA QUE LO SEPAS HABÍA TRAÍDO UNA RAMA PARA ALCANZAR LA LLAVE; PORQUE AUNQUE NO SEA MUY ALTA, HE SIDO DOTADA CON CUALIDADES COMO LA INTELIGENCIA, DE LA CUAL YA VEO QUE TÚ CARECES**!

- Oye espera, tienes razón...

-¡**QUE TE ZURZAN, Y ESPERO QUE LO PASES MAL AHÍ ABAJO**!

Me doy la vuelta y me marcho de allí, sin atender a sus lamentos ni disculpas.

Al día siguiente voy al encuentro de mis amigos, como siempre. Hemos determinado el dejar de vernos en las catacumbas durante un tiempo por si los vigilantes de Rodolfo vuelven para controlar la zona.

Me cuentan que no ha pasado nada digno de mención, y no tardan en preguntarme qué pasó ayer. No sé lo que me pasa, pero no quiero contarles lo de Rudolph; y aunque intento borrarle de mis pensamientos, tampoco lo consigo. Más de una vez me dicen que estoy como perdida por ahí y más callada que nunca.

Pasan tres días, no me quito a Rudolph de la cabeza, y una y otra vez me arrepiento de haberme marchado, hasta que al final de la tarde me decido a volver. Al llegar allí, siento como

si me hubiesen dado una puñalada en el pecho al ver que han tapado el boquete, y pienso que nunca más le volveré a ver; es entonces cuando decido contárselo a Miguel y Oscar, lo cual hago al siguiente día en cuanto les veo.

- Perdonad, en la reunión de hace cuatro días sí pasó algo... pero es que no me apetecía contarlo...

-¿Por qué?

- No sé -contesto.

- Pues cuéntalo ahora.

Les narro sin mucho detalle lo que tuvo lugar, y sin más dilación, nos ponemos en camino hacia la penitenciaría, mientras ellos me dicen que no entienden el motivo por el que no quise explicarlo.

Al llegar allí, Oscar y yo buscamos más hoyos en la pared; en cuanto a Miguel, no sé qué estará haciendo, aunque él dice que también está mirando. Un rato después, éste mismo nos hace subir a un árbol por donde acceder al tejado del establecimiento, poniendo como excusa de que ha visto una trampilla en el techo.

Y finalmente resulta que, mientras Oscar y yo nos desojábamos como tontos, Miguel se entretenía por los árboles y el tejado; y para colmo es él quien encuentra la trampilla y se le ocurre usarla para comunicarnos con el preso.

Con cuidado, y ayudados por una rama gruesa que Oscar troncha de un árbol para usar como palanca, levantamos la tapa de cemento. La abertura hallada es lo suficientemente grande como para colarnos cualquiera de nosotros y la distancia al suelo es de unos tres metros, por lo que no nos haríamos mucho daño al caer; la cuestión está en cómo volveríamos a subir. Hemos tenido mucha suerte, porque da la casualidad de que la trampilla está situada sobre la celda de Rudolph, y no sobre la jaula vacía.

Enseguida asomamos nuestras cabezas. El mago, con el que parece que no tendrán la benevolencia de vestirle o dejarle una manta, se encuentra acurrucado en el suelo, en el centro de la mazmorra, ya que en los rincones hay excrementos, suyos supongo. Está de cara a nosotros, por lo que puedo observar que le han atado un trapo sucio a la cabeza, el cual cubre sus ojos para impedirle ver. Tiene las manos esposadas por delante de su cuerpo.

-¿Qué hacemos?

- Podríamos llamarle.

Así lo hacemos, gritando su nombre a susurros para que no nos escuchen los centinelas; pero Rudolph no nos oye, y enseguida adivinamos que han debido taponar sus oídos. Seguro que si chillásemos nos oiría fácilmente, pero también lo harían los verdugos.

Entonces le da por levantarse, y todos nos tumbamos más todavía y asomamos la cabeza por la abertura. Rudolph avanza a tientas hasta las rejas, y las agarra con firmeza.

-¡Tengo seeed, necesito beber! -grita suplicante para que le oigan dos habitaciones después.

-¡Te aguantas, payaso! -se oye la respuesta a lo lejos.

-¡**DADME AGUA, CAPULLOS**! –exige, suponiendo que la respuesta ha sido: no.

Segundos después, se escucha el estruendoso chirrido de la puerta al abrirse, y aparece uno de los guardias; porta una vara de hierro entre las manos. Rudolph, que ha intuido levemente el sonido de las bisagras, sigue agarrando los barrotes, a la expectativa por si le dan el añorado líquido.

Pero yo tomo conciencia de que el intruso no trae ningún recipiente. “¡Quita las manos de ahí, Rudolph!”, pienso deseándolo, aún a sabiendas de que no por ello va a cambiar nada. El alguacil toma impulso y martillea fuertemente sus manos, y simultáneamente se oye por aquí “pobre mago”. Rudolph exhala gemidos casi llorando, con las venas haciendo gala de todo su relieve como si fueran cordilleras en su piel llana; se arrebuja en el suelo y arropa sus manos entre el terreno y su pecho para calmar el dolor, al mismo tiempo que grita que le han molido los huesos y les define con variados improperios que aumentan en cantidad y calidad a medida que pasan los segundos.

Pasan unos cuantos minutos, Rudolph continúa tumbado sobre sus manos y ya se encuentra más calmado, cuando se vuelve a abrir la puerta para dejar paso a los estigmatizadores; uno lleva un cuenco entre las manos. Cogen la llave y entran los cinco en la celda.

-Ven aquí, cerdo imbécil, que te vamos a dar de beber.

Rudolph no se fía; conociéndoles, sabe que son capaces de darle agua hirviendo, y como no ve nada, no se levanta sino que retrocede sobre su espalda.

- No tengas mieeeedo, sapo aceitoso y feeeeeo... no vaaaaaamos a hacerte daaaañoo -dice uno con voz cantarina.

Le responden riendo sus gracias. Rudolph tiembla mientras huye, arrastrándose hasta chocar con una esquina. No le importa revolcarse en su propia mierda con tal de que no le hagan más daño.

-¿Qué le quieren dar? -pregunto.

- No sé, pero huele raro (se trataba de una mezcla de amoniaco y agua) –respondió Oscar.

-¿Le quieren matar? –pregunto, angustiada.

- Probablemente –dice Miguel.

- Ni hablar, quieren que sufra –responde Oscar; y en estos instantes es su opinión la que más me interesa.

Finalmente apresan al chico. Tres de ellos le sujetan mientras los otros dos le hacen chupar a golpes y le tapan la nariz para obligarle a tragar el sorbo que acumula en su boca. Cuando aborda el término de oxígeno circulante en el cuerpo de Rudolph, este escupe el líquido -sin saber donde -para poder respirar lo antes posible. La mezcla va a parar a una de las caras de sus opresores.

Ante esta acción, los agresores tumban a Rudolph en el suelo, y le abren la boca hasta casi desencajarle la mandíbula, mientras este se queja y revuelve. Cuando levanta o mueve la cabeza para sortear ciegamente el chorro que se aproxima, le asen de la cabellera -ya despeinada y sin recoger desde el primer día -y tiran con dureza para que aprenda a estarse quieto.

Sin perder el tiempo, derraman el amoníaco entre la comisura de sus labios. Rudolph hace gárgaras con la primera oleada con el fin de sacarla de la boca, pero los centinelas no paran hasta que se lo traga a horcajadas, y luego le sueltan para salir apresuradamente de la sala, antes de que se reponga. Tras haber bebido, Rudolph se retuerce en el suelo, comprimiéndose el estómago con los brazos, sin poder siquiera gritar debido a los ardores que el amoníaco ha provocado en su garganta. Los sicarios de Rodolfo se burlan mediante sus tradicionales risotadas, sobre todo cuando le ven vomitar.

-¡**SOIS UNOS MALDITOS CANALLAS, OS MATARÉ A TODOS**! -trata de vociferar a la vez que lagrimea, pero su garganta magullada apenas le deja todavía, y tampoco logra erguirse por mucho que lo intenta.

Por fin los verdugos se marchan entre risas.

- Pobre mago ¿cuándo tiempo llevará sin comer ni beber? -pregunta Oscar.

- Por lo menos cuatro días, desde que le trajeron aquí. -contesto.

- Tiene que haber una manera de llamar su atención -dice Miguel.

- Podríamos utilizar mis gafas como lupa y...

-¡Y quemarle, qué cruel Oscar, así me gusta! -exclama Miguel.

- Y atraerle con el calor -concluye Oscar su proposición, mirando a Miguel como si este fuese tonto.

- Pues si no se puede hacer otra cosa, por mi vale...

- Con el buen pulso que tiene Oscar...

Oscar se quita sus gafas y las coloca de forma que el sol incida sobre los cristales.

- Vosotros me tenéis que decir hacia donde apuntar.

Nos agachamos y observamos la posición del punto de luz. El rayo está incidiendo en uno de los ojos del hechicero, luego se pasea por toda su cara... “ya decía Miguel que Oscar no tiene buen pulso” -pienso. Rudolph menea los brazos bruscamente, como si estuviese espantando una mosca zumbona; a veces se golpea él mismo para aplastar al insecto sobre su cara.

-¡Oscar, para ya, lo siente demasiado, le vas a hacer daño! -le pido.

- No Oscar, de eso nada, ni siquiera huele a quemado -dice el otro para meter cizaña al asunto.

Hay mucha actividad en el cerebro de Oscar, sus circuitos se empiezan a quemar y se está poniendo neurótico.

-¡**QUÉ HAGO**!

-¡Sigue, que aún no echa humo! -grita Miguel riéndose.

-¡**DÉJALO YA, POR FAVOR**!

En ese momento se escucha un grito.

-¡**DEJADME EN PAZ, MALDITOS DESQUICIADOS, SE QUE ES IMPOSIBLE QUE ME TORTURÉIS DESDE EL TECHO, NO INTENTÉIS ROBARME LA RAZÓN**! -grita con la garganta aún resentida, iracundo.

Miguel y Oscar ponen una irónica mueca burlona: "oh, Dios mío, qué hemos hecho".

-¿Qué le pasa a este ahora? -oigo a un guardia a lo lejos.

- A saber.

-¡Ya debe estar desvariando otra vez!

-¿Véis? Ya os dije que le harías daño -les digo, tratando de disimular mi enfado.

- Madre mía Oscar, es que mira que eres bruto -dice Miguel aún de broma.

- Cállate Miguel, no seas lerdo. Ahora encima se va a creer que está loco.

- Bueno... tampoco equidista mucho de la realidad -bromea esta vez Oscar.

-¿Alguna otra de vuestras genialidades para llamar su atención?

- Como no quieras que le tiremos piedras...

- No-gra-cias -contesto separando mucho las sílabas -mejor esperar.

Después de veinte minutos sin que pase nada, empezamos a pensar que por hoy dejarán tranquilo a Rudolph, y nos vamos a nuestras casas.

Al día siguiente voy a ver a Rudolph yo sola; me gusta que mis amigos bromeen ante cualquier problema, pero no entiendo por qué, en esta situación no me ocurre lo mismo; además, quiero intentar hablar con él otra vez, a ver si sale mejor que la primera.

Escalo hasta el tejado y abro la trampilla. Esta vez Rudolph no tiene tapada la vista, aunque los grilletes siguen atrapándole las manos, sólo que esta vez las lleva encadenadas a la espalda. El hechicero está muy descolorido por la falta de nutrición, como si le hubiesen estado dando mareos constantemente.

- Hola Rudolph -saludo. Este me oye, lo que significa que ya le han quitado los tapones.

Él se pone debajo de mí para poder verme.

-¡Eres tú...! -exclama ilusionado.

- Te he traído alimentos.

-¿Llevas agua? -pregunta como si estuviese en una ensoñación.

- Sí.

Como tiene las manos atadas a la espalda y no puede beber por sí mismo, vierto un hilo de agua mientras él abre la boca y lo sorbe como si de un embudo se tratase. Después le lanzo a cachos un mendrugo de pan que pude llevarme de mi casa y una manzana, que de saber mis padres que voy a regalar esta pieza de fruta a un muerto de hambre me caería una buena bronca, no sin antes acentuar que si me quiero solidarizar con alguien lo haga con mi propia familia, que muy necesitados estamos.

- Rudolph, ¿cómo te puedo ayudar a salir?

- No lo sé...

- Te lanzaría una cuerda para que trepases, pero no podrás con los grilletes puestos, y menos a la espalda. –vuelvo la cabeza y observo cómo los alguaciles salen del recinto -Lo siento Rudolph, los guardias acaban de salir y me podrían ver aquí arriba, debo irme.

- Está bien...

- Ya vendré.

Al día siguiente vuelvo a verle nada más despertarme. Abro la trampilla y me asomo cautelosamente. Han iluminado la sala con antorchas, lo que significa que los guardias han estado allí, y ahora refulge en ella un color rojizo.

Rudolph está sentado, con las piernas más separadas de lo normal, apoyando la espalda contra la columna, alrededor de la cual pasan sus brazos, que están esposados con una soga en la parte trasera del hormigón. Esta amordazado y vendados sus ojos, no para de temblar. Ato la cuerda que he tenido la precaución de coger antes de salir de casa a una resistente rama del árbol

por el cual siempre llego hasta aquí arriba, y me dispongo a bajar por la trampilla. En cuanto el cautivo escucha el sonido de mis pies contra el suelo, se pone rígido.

-¿¡Quién anda ahí!? –susurra enfadado y temeroso, sin levantar apenas la voz a sabiendas de que puede tratarse de los verdugos o en todo caso, de mi.

Me acerco sigilosamente, pero él tiene los sentidos muy agudizados y lo adivina. No respondo a la pregunta, pues el hecho de conocer algo de su misteriosa e interesante personalidad; que se jacte de gran nómada, un viajero errante a lomos de su fiel caballo, de pueblo en pueblo y conociendo tierras inexpugnables, tal y como deseaba hacer yo y sigo anhelando; y estudiante de hechicería, mago en un futuro muy próximo; su fanfarronería y chulería en los momentos difíciles; y la irónica comicidad con la que se dirige a cualquier persona, sin ya contar cuando el sujeto en cuestión se trata del rival a humillar; hace que al verlo convaleciente y sufriendo como nunca le quiera aún más, y hace que desee contemplarlo sin que sepa que estoy aquí.

Como Rudolph sigue sin recibir contestación, deduce que soy uno de los alguaciles, y se pone mucho más nervioso y tenso de lo que ya estaba antes.

-¡**DÉJAME**... -respiraciones hondas para que su laringe vuelva a admitir la voz, que ha sido invalidada por el efecto del terror -**DÉJAME EN PAZ**!

Es entonces cuando me percato con horror e indignación de que en el interior del muslo izquierdo, a una distancia proporcional entre la rodilla y la ingle, le han marcado con un hierro al rojo, por lo que sobresale una flameada brecha.

Así que, este es el inaudito motivo por el que se traumatiza con tan sólo pensar que pueda ser un alguacil quien ahora está a su lado, y le vaya a hurgar en la llaga o cualquier atrocidad equivalente.

Me arrodillo junto a Rudolph, y arrimo la cabeza para poder ver mejor la tórrida quemadura, a la vez que éste se pega a la columna todo lo que puede, con mucho miedo. Tiene muy inflamada la piel, y a mí no me importaría tocarle la herida, pero seguro que a él no le haría mucha ilusión.

En ese momento, y cortando mis cavilaciones; Rudolph inclina el cuello hacia atrás y me suelta un cabezazo en la boca: quizá haya hecho ruido, o sólo oyó mi respiración. Retrocedo por el golpe y me llevo la mano a la boca, estoy sangrando, y no tardo en reconocer ese característico sabor a óxido.

-¡Ahora vete si es que no quieres recibir más! -exclama entrecortadamente, totalmente inseguro de sus palabras.

-¡Tranquilo Rudolph, soy yo! Espera, te voy a quitar la venda de los ojos.

Se queda parado mientras le bajo el húmedo pañuelo.

- Lo siento... -dice tiritando.

- No importa. ¿Te duele mucho? -pregunto, refiriéndome a su pierna.

- Sí... y tengo frío -un par de segundos de silencio -¿Y si me muero?

Contemplo su rostro y asimilo que su pregunta es auténtica, me parece mentira que se cuestione un hecho cuya respuesta es tan evidente; me fascina su inocencia. Pero aunque el que muera por una quemadura o de fiebre es muy improbable, sólo de pensarlo se me hace un nudo en el estómago.

- No te va a pasar nada, Rudolph...

Después de todo esto ya no aguanto más, necesito abrazarle, y al final me rindo a mis deseos y me lanzo a su cuello. Le abrazo y acaricio con cariño, dándole calor. Él continúa inmóvil, al fin y al cabo, está atado. Yo me hallo de rodillas, con el muslo no abrasado de Rudolph entre mis piernas. Todo su cuerpo está frío, excepto la brecha reverberante y la zona árida que tiene lugar a continuación; noto el calor que rezuman con mi pierna derecha, cercana a su herida; y el olor a carne quemada. Logro permanecer abrazada a él unos cuantos segundos, hasta que empieza a inquietarse.

- Perdona pero... no van a tardar en recalentar la espada toda la vida, y ya hace más de quince minutos que se fueron.

Le suelto rápidamente.

-¿Es que te van a volver a quemar?

- Sí... Descubrieron que había comido...

-¿Cómo?
- No lo sé... dijeron que tenía buen color...
- Pues yo te veo más bien... ¿lívido?
- Ya... pero creo que antes de que me quemasen no estaba así.
Enseguida me pongo detrás de él, y agarro y estiro la cuerda con desesperación, clavando los dedos en la rasposa soga; haciendo de todo por desatarle.
-¿Cómo te llamas? -me pregunta por fin.
- Lorian -exhalo con dificultad, debido a los esfuerzos por soltar la cuerda.
- Rudolph... no puedo... -le confieso con remordimiento.
- Lorian, tienes que hacerlo, por favor... -unos segundos de silencio, se está replanteando si contarme algo -escúchame... no podré soportar esto mucho tiempo... están chalados... incluso me han obligado a ver cómo quemaban mi pierna sujetándome la cabeza... -dice con desazón.
- Lo siento... Rudolph... todo ha sido culpa mía... si te hubiese dado la llave el primer día... -me disculpo arrepentida.
- Sí, tú eres la responsable de todo esto, para qué indagar en lo tangible.
- Perdóname... -le pido casi llorando.
- No puedo... ¿crees que es muy agradable admirar cómo tu carne se tuesta, poco a poco, y simultáneamente sentir el insufrible dolor? Claro que no.
- Tranquilízate... todavía no se cómo... pero te prometo que te voy a liberar.
Me vuelvo a colocar detrás de él y hago fuerza de nuevo, pero la soga no cede a mis arrebatos. Incluso la muerdo para intentar desenredarla con los dientes, hasta que las manos de Rudolph se encuentran pringadas de saliva, y después de todo no hay progreso apreciable. Es entonces cuando reparo en el punto clave del estresante embrollo, en el cual no me había fijado antes.
Creo que ya lo tengo.
- Bien... -suspira aliviado -Gracias, Lorian.
-¿Entonces te estarán quemando siempre por haber comido?
- No me dejarán en paz hasta no saber quien me trajo la comida, me torturarán hasta que lo suelte.
En ese instante me vuelvo ante él, sintiéndome engañada y utilizada.
-¡¿Para eso querías mi nombre, verdad?!
- Nooo...
-¡**ERES UN CRETINO**!
-¡**ESCÚCHAME**! -me mira a los ojos muy serio. -No pienso decirles tu nombre. Sólo te pregunté porque quería saberlo.
-¿Cómo sé que puedo confiar en ti?
- De mí es mejor no fiarse. Pero ahora estoy diciendo la verdad.
Vuelvo detrás de él, no sé si algo más tranquila, y continúo desatándolo, con rápida agudeza.
No tarda en llegarnos el eco de unos pasos; Rudolph se pone otra vez muy angustiado, comenzando de nuevo a palidecer hasta llegar a un tono macilento.
-¡Oooh no... ya vienen! -exclama mientras se da de cabezazos contra la columna, como si con ello importunase su irremediable llegada. -¡**DATE PRISA, POR FAVOR...**! -sigue apremiando, desconsolado.
- Hago lo que puedo -digo desde atrás.
-¡**NO ME DEJES AQUIIII**! -gime cada vez más.
-¡Ya está!
Avanzo veloz hasta Rudolph, y me pongo a su lado para ayudarle a levantarse, sujetándole de las axilas. Erguido es una cabeza más alto que yo.
Inmediatamente, se abre la puerta del recinto y aparecen los maquiavélicos centinelas, con una espada crepitando al rojo. Se quedan estupefactos al verme dentro de la jaula, pues desde su localización no se ve la trampilla abierta en el techo, ya que ésta se oculta unos metros detrás de la columna.
-¡¿Cómo ha llegado hasta ahí?! ¡La jaula está cerrada! -interroga uno, algo apabullado y confuso.
-¡Es un fantasma! ¡Presiento un mal augurio! -contesta otro.

-¡Cállate, hablar de fantasmas es de malfarios!

-¡Callaros todos ¿No veis que sólo es una niña que se ha colado aquí dentro?! -desvela el menos descerebrado de todos ellos, aunque luego resulta ser el más cobarde, pues manda entrar primero a los demás.

-¡Quietos, os aviso! ¡No porfiéis contra la... la tétrica niña de los Infiernos, su poder sobrepasa los límites de la realidad! -prueba Rudolph.

-¡Corta el rollo! -le sueltan.

Nos encontramos ya bajo la soga que cuelga de la trampilla.

- Sube, Rudolph.

- Cuando estés arriba ayúdame a subir -dice al mismo tiempo que me coge, y con las pocas fuerzas que le quedan me impulsa lo más alto que alcanza.

Yo me limito a trepar por la cuerda; y él, camina como puede, cojitranco, hasta la columna, y se encarama y sujeta a ella, para dar puñetazos y patadas a los alguaciles que hagan por atraparme, y así asediar sus pasos. El desbordamiento de adrenalina que le procura el ver al del ígneo hierro, y el incesante dolor; hacen que pierda sus facultades, lo que condiciona aún más los golpes dados a diestro y siniestro, que sólo una vez dan en el blanco.

-¡**VÍVORA**! -profiere diabólicamente el que ha sido golpeado, que resulta ser el de la espada.

Entre tanto, yo emerjo progresivamente. Cuando palpo la parte pavimentada del tejado, me adjunto al cemento para quedar por fin pegada a él y poder darme impulso. De súbito, los dedos de uno de los alguaciles se anclan en mi tobillo. De no ser por el salto que este había dado con anterioridad, evidentemente no me habría cogido; pero ahora tiene que caer, e irremisiblemente, me hace descender con él, aunque no tarda en soltarme, y tras precipitarme medio metro agarro la cuerda de nuevo, con todos los músculos en tensión.

-¡Rudolph! -grito.

Cuando este ve que uno de los guardias se le ha escapado, y hace por coger mi pierna de nuevo, el mago, medio cojo, salta como puede -significa un minúsculo brinco con caída en plancha -y agarra las piernas del mastodonte, para luego hacer fuerza y zancadillearle; facilitándome la escalada, que liquido con facilidad.

Rudolph se levanta con dificultades y pisa sobre el cuerpo del caído. Los verdugos se le echan encima sin demora, mientras este salta con la pierna "buena" lo más alto posible (aproximadamente un palmo) y se enrosca a la soga.

Le tiendo mi brazo para que lo tome, con medio cuerpo suspendido hacia las entrañas de aquel infierno; y la otra mano sujeta a la cuerda para no despeñarme, hasta que le agarro medio mal. Los guardias tiran del cuerpo de Rudolph y hacen que me resbale gradualmente, magullándome la mano con la que empuño la soga.

-¡**SOLTADME, PERROS SARNOSOS**! -exclama Rudolph.

Cuando es consciente de que le están haciendo resbalar de la cuerda y sus pocas fuerzas le abandonan, inicia los jadeos, que pronto se vuelven más profundos y descomunales.

-¡**NO TE MARCHES SI MI**! -suplica temblando, pues sabe que se avecina su derrota.

Tan seguros estaban los guardias de que Rudoph sería suyo que el de la espada se había ido a recalentarla, y acaba de volver en este preciso momento.

-¡No lo haré, pero debes soportar lo que viene ahora sin soltarte!

-¡¿**EL QUÉ**?! –pregunta temeroso, abriendo mucho los ojos.

En ese momento el alguacil apoya el candente hierro en la espalda de Rudolph, y este grita; no puede controlar sus movimientos y suelta la cuerda. Ahora sólo depende de mí, y su mano se me escurre y su cuerpo se balancea hacia todos los lados temblando frenéticamente. Los guardias no apartan el hierro de su carne ni un momento.

Yo le sujeto como puedo, y ya sólo las piernas me quedan intrínsecas a la superficie del tejado, cuando un empujón demasiado airoso por parte de ellos me hace soltar al mago. Rudolph aterriza estrepitosamente y sus torturadores le inmovilizan contra el suelo.

-¿¡Con que no te habían traído comida, eeh?! ¡Perro embustero!

Rudoph no contesta; ya está muy ocupado agitándose espasmódicamente contra el terreno, haciendo de todo por soltarse.

-¡Ahora sufrirás el justo yugo del cautiverio! -informa uno con excesiva pedantería, mientras otro de ellos comienza a trepar por la soga para capturarme.

-¡Corta la cuerda! -chilla Rudoph.

-¡**NO LO HARÉ**!

-¡**HAZLO**! -ordena como si sus mandatos fuesen irrefutables.

-¡Sí, eso, tú fulmina la única salvación del sacrificado mártir! -interviene otro.

-¡Escucha, tú deshaz la soga y corre a tu casita a salvo, que aquí estaremos nosotros, flagelando la piel achicharrada de tu amigo!

- Traducción: que le azotaremos sobre su carne quemada viva. -dice otro al ver que no contesto.

- Ya lo había entendido, estúpido -respondo.

-¡No iréis a...! -suelta Rudolph, que parece ser estaba a otra cosa, e interrumpe su queja para dejar paso a los sollozos en la primera demostración.

-¡**DEJADLE EN PAZ**! -voceo, a la vez que tiro piedras al que intenta cazarme, para así retrasar su llegada. Afortunadamente, son gente de cuerpo poco ágil y muy pesado, que no subirían como es debido ni aunque les estuviesen pinchando desde abajo.

-¡Tú sigue haciendo perder el tiempo a nuestro compinche, y lo pagaremos con el escuálido este! -dice uno de los que están abajo.

-¡¿Ves lo que te dije?! ¡Están todos majaras, y a ti te harán otro tanto de lo mismo si te capturan!

-¡Vete a por el siguiente hierro, y ya que estás, trae el látigo también! -le dice un guardia a otro.

-¡**DESATA YA LA CUERDA, O TE COJERÁN**! -sigue reclamando Rudolph.

Ya no puedo ganar más tiempo. El guardia ya está casi en la boca de la trampilla cuando corro a soltar la soga, y este cae ruidosamente en la prisión.

-¡Esa payasa no arruinará mi lograda profesión, aunque sea lo último que haga escalaré el árbol y la capturaré en el techo! -grita el que he burlado.

Cuando este se marcha, el del hierro centelleante vuelve, y lo ajusta en una de las partes que aún quedan sin abrasar; pretenden quemarle toda la espalda.

Rudolph agoniza.

-¡Dinos su nombre, y todo acabará! -insisten.

-¡**CORRE Y BÚSCAME AYUDA! ¡VETE ANTES DE QUE EL ALGUACIL TE ENCUENTRE**! -vocifera Rudolph, aullando de dolor.

Salgo corriendo y bajo del árbol con rapidez, los torrentes de agua se acumulan en mis ojos cuando pienso en Rudolph, y tengo el presentimiento de que no volveré a verlo.

Me ha pedido que le busque ayuda, y seguro que a mis amigos no les importaría echarle una mano; pero los esbirros de Rodolfo no son tontos, y habrán encallado la trampilla para cuando vuelva. No puedo evitar el sentirme responsable de todo su mal, pues de haberle dado la llave no hubiese ocurrido nada de esto; del mismo modo que podría haberle librado de todos sus problemas si no hubiese sido tan egoísta como para anteponer el provecho y el placer personal de estar a solas con él a su liberación, puesto que Oscar y Miguel me habrían ayudado y podríamos haberle sacado mucho más fácilmente entre todos.

Avanzo cabizbaja, y ya en la lejanía, alzo la mirada hacia la penitenciaría. Quizá sean mis lágrimas que enjuagan la imagen y la hacen irreal, pero atisbo bocanadas de vapor expulsadas entre los pequeños ventanales y agrietadas tejas. Las premisas indican que siguen quemando a Rudolph.

Al día siguiente me deslizo por las catacumbas para volver a ver a mis amigos.

-¿Qué tal con el hechicero estos dos días, Lorian? -me pregunta Oscar.

-¿Y vosotros cómo sabéis que he estado viéndome con él?

- Oh... vamos. A ver qué vas a hacer si no tres días metida en tu casa.

-¿Entonces no me habréis seguido, verdad?

- Claro que no. Supusimos que como te gustaba Rudolph querrías intimidad.

-¡¿Cómo sabíais eso?!

-¡Parad, por favor, le vais a hacer daño! -imita Oscar, poniendo una voz de niña pija, recreando la escena de la lupa.

- Eso no es normal en ti -termina Miguel.

-¿Entonces cómo te fue con él?

- Mal... Si os hubiese llevado conmigo, ahora él estaría libre... le tendría que haber pasado la llave...

-¿Otra vez con lo mismo? Te hemos dicho que has hecho bien respecto a eso.

- Ya no le volveré a ver... apuesto a que ya han tapado la trampilla.

- Vamos a averiguarlo.

Tal y como sospechaba, la trampilla está sellada, y nos tiramos el resto de la tarde buscando otra entrada secreta, pero no encontramos nada. Algunos días regreso, esperanzada por pensamientos surrealistas de encontrar un nuevo boquete o arriesgando porque los guardias no hayan atrancado la puerta principal como ocurrió la primera vez, pero nunca ocurre nada de esto.

6 MESES DESPUÉS

-¿¡Te has enterado, Lorian!? -dice Oscar.

-¿Qué es lo que hay que saber?

-¡Ayer -continúa Oscar, muy exaltado -fue el "**DÍA DE LA CONVERSIÓN DE RODOLFO"**!

-¿Cómo? -pregunta esta vez Miguel.

-¡¿Es que vosotros no oís hablar a vuestros padres?! -dice Oscar.

- No...

-¿Para qué?

-¡Pues para informaros de lo que sucede! -contesta Oscar como si fuera la cosa más natural del mundo.

- A ver, explica qué pasa y cállate.

-¡Esta mañana, ha venido un pregonero por las casas -sigue Oscar, tan entusiasmado que a veces le salen gallos en vez de palabras -narrando cómo ayer, Rodolfo II, obtuvo su merecido!

-¡Bien, ¿y qué le han hecho?!

-¡Le han transformado en una bestia!

-¿Y de quién ha sido la idea? -pregunta Miguel.

- No lo sé. Yo solamente estoy seguro de que los adultos conspiraban contra él, pero la idea de transformarle en bestia no sé de quién es. -responde Oscar.

- A saber cuánto tiempo llevarían planeando esto...

- Creo que bastante. Hoy acabo de encontrar un manuscrito en el que había escrita la cantidad de dinero que han ido donando para el castigador, y esa cifra estaba dividida entre el número de habitantes, para que nadie se excediese o se escaquease en el tributo que debía pagar. No obstante, abajo del todo y en letra diminuta, ponía "puesto que el vengador no ha pasado a recoger su recompensa tras escarmentar a Rodolfo, consideramos, ya definitivamente, que nos hace partícipes de un acto de buena fe por su parte, y como buen aventurado que es, nos devuelve los bienes recaudados"(Algo tenían que inventarse para no pagar la recompensa si es que el mago aún regresaba a por ella –cosa que dudaban, habría enfermado de repente o algo –Y quizá diciendo que ya había pasado el plazo...). Y en letra más pequeña todavía "recupere su parte el jueves por la mañana en la plaza del pueblo" (obviamente no querían que la gente recuperase su parte el jueves). "Advertencia: El dinero de las personas que no lo soliciten será utilizado para fines lucrativos", aunque en verdad viene a ser que se lo queda el que lo maneje –terminó Miguel.

-¿Entonces fue ayer cuando hicieron de Rodolfo lo que siempre fue? -pregunto.
- Así es, aunque se celebra hoy porque los rumores de ayer no eran fiables. Es esta noche cuando se ha esclarecido la verdad. Unos viajeros testificaron haber ojeado en la penumbra a un ser desconsolado, medio humano medio monstruo, de grandes fauces...
- Le transformaron ¡con magia!... ¿Quién lo hizo? -interrumpo a Oscar, recordando a Rudolph en ese preciso instante.
- Se dice... que fue un tal Rudolph...
-¡Rudolph! ¡Oh…No...! ¡¿Y si fue él y está muerto?!
- Bueno... no tiene por qué... en el manuscrito decía que si no ha regresado es porque...
-¡**ES MENTIRA, ÉL NO ES IMBÉCIL, SI NO HUBIESE MUERTO AHORA ESTARÍA CORRIENDO TRAS SU PREMIO**! –chillo desconsolada.

Ya por la tarde reina en todo el pueblo un ambiente festivo, “como el que tenían previamente a la muerte del Rey”, dice mi madre. Me asomo por la ventana y admiro los petardos y los fuegos artificiales eyectados hasta el cielo, que relumbran agolpándose contra el sol. Toda la comunidad rezuma alegría, pero yo sigo triste por la muerte de Rudolph; y apuesto que si ha perecido ante Rodolfo, es porque éste no se halla en tan malas condiciones como todo el pueblo cree.
Sé que hay una fiesta en la plaza pública, y salgo a verlo sólo por curiosidad, ya que la época en la que vivo nunca había tenido oportunidad de presenciar algo así. Todo el pueblo está reunido en la plaza, empalagándose de comida y bebida, disfrutando de la victoria. En la plataforma donde Rodolfo fustigaba a “sus tributarios”, ahora están representando una función teatral reencarnando la lucha de Rodolfo contra Rudolph.
El que actúa de Rey, habla y viste con mucha altivez, mostrando bastante bien la realidad; pero el que encarna a Rudolph, luce una túnica negra con purpúreas estrellitas, y se ha puesto una larga barba blanca de pega para no quebrantar la tradicional idea que tiene la gente de los magos: viejecitos sabios e imponentes. La deprimente verdad es que el que le interpreta ni siquiera le conoció.
Vuelvo a casa para aislarme de la juerga, preocupada por la transformación de Rodolfo, que definitivamente no ha salido como Rudolph esperaba.
Dos días después vuelvo a quedar con Miguel y Oscar.
-¡Es increíble, lo que he pasado hasta que he podido salir! -exclama Oscar.
- A mí también me ha costado más que otros días...
-¿Habéis escuchado lo que cuentan de Rodolfo? -dice Miguel, riéndose.
- Mis padres dicen que ahora Rodolfo se dedica a violar a las mujeres toda la noche; que antes también lo hacía, pero no aguantaba durante toda la noche. “y la vergüenza que éstas deben pasar cuando se confirma si las ha dejado preñadas debe ser insuperable” -imita Oscar a sus familiares, poniendo un tono muy absurdo cuando llega a la parte de la vergüenza, pues al parecer lo imprescindible para la mayor parte de los adultos es quedar bien ante los demás.
- Ayer oí desde la rama de un árbol comentar a gente algo sobre lo estúpido que ha sido el mago al echar ese embrujo contra Rodolfo.
-¡Pero que se creen -salto yo -primero le alaban y ahora le insultan, al menos él intentó vencer a Rodolfo!
- Tienes toda la razón, Lorian, pero espérate, que aún no he contado lo mejor -contesta Miguel.
-¿El qué?
- Decían que Rodolfo, con sus nuevos poderes, se ha dedicado a volar sobre todo el pueblo hasta el amanecer. De vez en cuando, se decantaba por alguna casa, y aterrizando junto a ella tomaba su látigo, y con virulentos golpes destrozaba las paredes hasta formar grutas que le permitiesen paso. Y ya dentro, Rodolfo se dedicaba a violar a toda mujer o niña viviente sin ninguna compasión. Y a los pocos hombres que se atrevían enfrentarse para ayudarlas, les azotaba una sola vez, y si después de ese único golpe se veían los huesos de la columna vertebral medio fracturados, sobresaliendo entre la piel, ese sería un hombre afortunado, pues el

rey no habría atinado; ya que lo más probable es que el fuerte varazo partiera directamente al humano en dos.

- Qué de tonterías ¿no? Quizá haya violado a alguna que otra mujer en estas dos noches, pero de ahí a lo de abrir surcos en las paredes con su látigo y partir cuerpos en dos...

- Imposible -dice Oscar, riéndose.

- Si yo tampoco me lo creo, sólo lo estaba contando. Aunque ahora que me acuerdo, dieron el nombre de una de las calles donde supuestamente ha pasado esto -añade Miguel.

- Vayamos a verlo.

Nos ponemos en marcha, y ahí estamos, ante el muro que se dice ha sido desmantelado a zurriagazos. No hay recoveco alguno por donde poder infiltrarse, sólo señales de cortes.

-¿Esto era todo? -dice Miguel, el primero en sentirse decepcionado.

- Ni siquiera han acabado la maniobra, y por aquí nadie se podría colar, a no ser que nos desintegremos por las gritas -alego.

- Y esto no parecen golpes de látigo, apuesto a que son cortes de hacha. -dice Oscar.

- Alguien que se aburriría...

- Rodolfo no perdería su tiempo de esta manera -opina Miguel.

- Pero qué se le va a hacer, la gente se cree todas las estupideces que se cuentan.

17 AÑOS

Toda la humanidad sumida en litigioso caos, todos con la hostigadora incertidumbre de que el día presente será el último día; pues el espeluznante ogro puede estar esperándonos al doblar la esquina... no tiene respeto por nada, sabe que el pueblo no volverá a conspirar contra él, que el miedo a esta tiranía y a la servidumbre es insignificante comparado con el de la muerte...

Participarán de sus exigencias como aves rapaces descalzas por la nieve, y no encontrarán fundamento por el que abrigarse en invierno si no es porque el estafermo de Rodolfo así lo ordene. La gente padece insomnio, se desvela por las noches esperando oír un crujido, la desmembración de sus puertas y los goznes saltando como muelles... y al Rey enderezado ante sus camastros para obrar como le plazca.

Todo esto convierte a los aldeanos en unos pobres amargados, a veces se encuentran cuerpos tirados en la calle, hechos trizas. La primera vez, acudí a verlo como la mayor parte del pueblo; creí que sería otro estúpido rumor, y sin embargo aquella vez fue cierto... Si a este desolador ambiente hostil le sumamos que en un mes escaso será "**EL SIMPÁTICO DÍA ESPECIAL**"...

De pronto corto con mis divagaciones. Hemos permanecido impasibles durante mucho tiempo, pero la situación debe cambiar ya, antes de que empeore aún más. Reuniré a todo el pueblo en mi casa y ya se me pasará algo por la cabeza, alguna idea con la que ganarme su favor y respeto.

Agarro a "**MARIPOSA" -**mi navaja -y me pongo a entrenar con ella, dándola cobijo entre mis manos hasta manejarla con talento, como si fuese una ahusada pluma.

Y es que, incluso yo encuentro necesario tomar precauciones después de tantas muertes; sobre todo hoy, que estaré fuera de casa más tiempo del normal.

-¡Otra vez practicando con el cuchillito, ¿a dónde vas ahora?! -grita mi madre tras la puerta.

Sinceramente, no comprendo cómo ha podido saber que estaba usando la navaja, porque que yo sepa, hasta la posición de mi madre no llegan los singulares silbidos de "**MARIPOSA**".

-¡Te lo explicaré cuando vuelva! -contesto, al mismo tiempo que salgo de casa como una ráfaga de viento. Oigo sus amenazas en la lejanía.

Llamo a la puerta de la primera casa. Se asoma una mujer, abriendo la puerta cautelosamente, no sin antes mirar a través de un pequeño agujero taladrado en la madera.

- Señora, le informo de que mañana habrá una reunión en mi casa en la que explicaré un plan que hemos tramado ciertos miembros de la comunidad y yo para acabar con Rodolfo -le digo respetuosamente, a la vez que ella se envuelve en observarme con detenimiento.

De pronto, aspira eufóricamente, como si hubiese resuelto una enrevesada adivinanza.

-¡Seee quieeeen eeeeeeerees -exclama como si fuese un milagro el hecho de conocerme. -el niño con quien siempre ibas era ese bribón ladronzuelo que trepaba mis verjas de alambre de espino y escalaba mis altas higueras para robar los frutos que yooo heeeee reegaaaado con la saaaaaangre y el sudoooooor de mi freeente! -acusa como si yo fuese Miguel.

- Oh qué pena, pues el pobre se los comía después -no puedo evitar bromear.

-¡**VETE DE AQUÍ AHORA MISMO, COMO CON TODO EL VECINDARIO OS HAYÁIS COMPORTADO ASÍ MUY POCOS VAN A ACUDIR A TU LLAMADA**!

- Pero señora... fue hace... mucho tiempo...

-¡**FUE HACE UN MES**! -y me cierra la puerta en las narices.

"Sabía que Miguel terminaría creándome problemas", pienso. Llamo a la siguiente puerta, y cuando se abre en una rendija bastante considerable sacan por ahí la punta de un cuchillo de carnicero.

-¿Quién es? -oigo mezclado con un castañeteo de dientes.

- Vengo a traer buenas noticias. -luego le cuento lo mismo que a la vecina anterior. Este también se me queda mirando con parsimonia.

-¡Tú eras aquella niña consentida e insolente que nos diste a todos de empujones en "**EL SIMPÁTICO DÍA ESPECIAL**"!

- Bueno... pero esas nimiedades... se dejan de lado para pelear... todos por el bien común.

-¡**CAAASI ME SAAAAACA. SE QUEDÓ MIRAAAAAAANDOME ¿LO ENTIEEENDES**?! -vocea con voz desquiciada, muy acorde con su demacrado rostro.

- Eh... tengo que irme -sonrío -no olvide la invitación.

Todo el mundo está ido, nadie demuestra ni un ápice de cordura. En otra de las casas me sueltan que yo arruinaba sus graneros, por lo que no se molestarán en ir. Sin embargo, yo creo que todo esto sólo son pretextos para no luchar. Llamo a la siguiente puerta. Me termino haciendo papilla los nudillos de tanto hacerla sonar, y sé que están dentro los propietarios porque oigo los ruidos que emiten.

-¡Niiiiiiñaa, aaaaaabree la pueeeeertaa! -grita desde el otro lado una voz cascada y chirriante.

-¡Cállese, madre ¿Cómo le dice a la niña que abra? Es muy peligroso! Espera hija, ya abro yo, no hagas caso a la abuela. -escucho, cuando se abre la puerta y aparece una mujer.

- Hola señora. Tenemos un plan para...

-¡**NOOO LAA ESCUUUUUUCHES, EEEEESTO ES UUNA SEEEEEEEEEEEECTA**! -chilla la vieja.

-¡**CÁLLESE, MADRE**! ¿Que tenéis un plan para qué? -me pregunta.

-Para acabar con Rodolfo. Ya está todo deliberado. Se informará mañana en mi casa. -tras decir esto me voy lo más rápido que puedo, temiendo porque la fanática anciana extremista se aproxima a mí con un cubo de agua bendita y un poco de ceniza para untarme en la frente el símbolo de la cruz cristiana.

En mi camino a otra casa me encuentro con Oscar y Miguel.

-¿Qué haces por aquí? -pregunta Oscar.

- Voy a reunir a la gente que pueda mañana en mi casa.

-¿Para qué?

- Porque no podemos seguir viviendo así. Les estoy convenciendo de que otros aldeanos y yo tenemos un plan. -les digo, procurando ocultar una sonrisa.

- Y no tienes ninguna idea... -adivina Miguel.

- No. -respondo sonriendo para restarme culpabilidad –Aún no tengo ninguno. Ya se me ocurrirá algo, pero tenéis que ayudarme a juntarlos.

- Estaaa bieeeen.

- Cada uno lo difundirá por una calle.

Todos nos ponemos en marcha. Llamo a otra puerta, me recibe un hombre de mediana edad.

- Hola, vengo a decirle... -paro de hablar, puesto que parece que el señor va a ahogarse; arrima su cara a mi cuerpo y resopla una y otra vez.

- Eeh... señor... ¿Se encuentra bien?

-¡Tuuuuuu! -doy un brinco por su brusca intervención y retrocedo unos pasos.

-¡Mi estanque hueeeele a tiiiiiiii! -añade.

"Está loco", pienso simultáneamente a sus constantes olisqueos.

-¡Rompiste mi valla y luego saltaste al agua, llevabas una tabla para apoyarte sobre ella y mantenerte, porque no sabías nadar! -sigue gritando.

Yo me escabullo progresivamente.

- Pero si me caí...

-¡¿Tenías calor y lo usaste como piscina, eeh?!

- Pero si era pleno invierno...

-¡**MI CHARCA NO ES PARA JUGAR**! -vocea otra vez de repente, lo que me hace saltar de nuevo.

- Sólo decirle que mañana por la mañana contaré en mi casa -doy mi dirección -cómo acabar con Rodolfo. -y me voy corriendo.

Así, nos dedicamos a avisar a todo el pueblo, lo que nos ocupa el resto de la tarde. Cuando llego a casa, explico a mis padres que durante la mañana del día siguiente vendrá a casa una peña de gente para escuchar lo que voy a proponerles, lo cual sigo sin saber.

Mi madre me prohíbe "hacerme líder de una rebelión de incompetentes aldeanos que no me guardarán ninguna lealtad", tal y como dice ella; a pesar de que es consciente de que terminaré haciendo lo que me dé la gana. Hasta mi padre me pone pegas esta vez.

Durante gran parte de la noche, pienso en un plan o cualquier cosa que contar a los visitantes, pero me vence el sueño y a la mañana siguiente sigo sin saber cómo saldré del lío en el que yo sola me he metido.

Los primeros en llegar a casa son mis amigos.

-¿Ya sabes lo que vas a decir?

- No, no tengo ni idea. Ningún plan, lo único que se me ha ocurrido para matarle es contratar a otro hechicero, pero no hay ninguno en este pueblo y nadie sabe con certeza dónde se ubican; o tonterías como las que soltábamos antes para hacer la gracia, como crear una lupa gigante, infiltrar a alguien en el castillo para que eche veneno en su sopa, empujarle por las escaleras, hacerle engordar hasta que reviente o por lo menos que no se pueda mover...

- Vamos... que para eso es mejor dejarle morir de viejo -bromea Oscar.

- Quizá debería rendirme, pero no quiero hacerlo ante mis padres después de decirles tantas veces que la culpa de todo la tienen ellos y el pueblo en sí por no pelear.

- Si no quieres salir, lo podemos hacer nosotros por ti y decir que era todo mentira... -dice Miguel, ya incluyendo a Oscar.

Abro ligeramente la puerta de mi habitación y me asomo por la rendija. Hay más gente de la que yo pensaba que vendría, pues una gran mayoría me contestó que se negaba a asistir debido a las acciones perjudiciales de las que mis amigos y yo habíamos sido responsables. Poco a poco se va llenando la pequeña sala, en la que no caben más de veinticinco personas por mucho que se empeñen, y los otros ciento cincuenta esperan asomados por las ventanas o en los alrededores, esperando recibir noticias.

Mi padre trata de calmarlos mientras ellos se quejan por la larga espera, y éste les cuenta que se están llevando a cabo los últimos retoques del plan.

- Saldremos nosotros y les diremos la verdad. -dice Miguel, empujando a Oscar para que le acompañe y sea él quien salga para decirles la verdad.

No encuentro palabras para expresar lo que siento, soy culpable de haber infundido esperanzas inciertas a todo el poblado. Gracias a mi incomprensión, los corazones de la gente están algo más encapotados dentro sus propios glaciares, y llegarán a un punto álgido en el que no confiarán en nada ni nadie.

- Lamento deciros que no hay nada urdido contra la Bestia, nos hemos precipitado al convocaros aquí porque... -explica Oscar, mientras la gente exclama enfadada.

En ese momento, cambia mi perspectiva y todo lo veo claro. No necesitamos un plan, ni armas, ni hechiceros... el simple hecho de estar todo el pueblo unido es un factor decisivo e irremplazable.

- Ya os podéis marchar -añade Miguel después de la parrafada de Oscar, para que parezca que ha hecho algo.

Abro rápidamente la puerta de mi habitación.

-¡Esperad, no os vayáis aún! Os he reunido aquí porque quería haceros partícipes de alguna idea que pensaba se me ocurriría, pero no me ha gustado ninguno de mis planes. En todo caso, no los necesitamos, estando todos juntos nos bastamos para hacer lo que nos propongamos.

"Hay dos soluciones. Una, portarnos como lo hemos estado haciendo hasta ahora, y que nos sigan manipulando. ¡Dos, formar todos un infranqueable ejército, una imperial jerarquía contra Rodolfo y los pocos y miserables zalameros que le adoran! ¡¿Quién quiere seguir pagando desmesuradas cifras de impuestos para su comodidad?! ¡¿O trabajar todo el día, a veces también toda la noche, para pagar a Rodolfo y que no prenda nuestros hogares o nos encarcele, en vez de comprar con ese dinero un pedazo de carne que asar?! ¡¿Quién no está harto de encontrar tirados en la calle los cuerpos desgajados que ha desollado la Bestia?!"

"¡¿Creéis que merece la pena vivir así, en esta consumida sociedad en la que todos somos los títeres de sus conveniencias?! ¡Luchemos por la libertad, o es que queréis seguir detrás de sus fetichismos convulsivos, él no es ningún Dios por mucho que se empeñe en ello! ¡Aldeanos de Teócedas, no tenemos escudos, ni espadas, ni caballos, pero no los necesitamos! ¡En cuanto el aborrecible monstruo ese vea nuestra horda, escapará acobardado y Teócedas jamás volverá a ser sometida por tirano o látigo alguno! ¡**QUIÉN ESTA CONMIGOOOOO**!".

Los receptores me miran estupefactos, como si hubiese dicho alguna blasfemia; quizá lo haya vivido demasiado.

Miguel es el primero en ponerse a mi lado, confirmándome su apoyo. Oscar observa a sus padres, que mueven la cabeza disimuladamente en sentido negativo, y representan el símbolo de la cruz cristiana en sus pechos reiterativas veces, rogando porque su hijo no se una a mí; aunque cualquiera que los viese con esas expresiones de poseídos, pensarían que se están previniendo contra algún tipo de sacrilegio.

Pero Oscar, por primera vez en su vida, y puede que también última, se atreve a desobedecer a sus padres y se pone a mi lado. Poco a poco, se va uniendo más gente a la causa, y mi padre empieza a pensárselo. Entre tanto, mi madre le perfila con la mirada para que se evada de estos pensamientos, pero este no cede, y por fin se decide a actuar por sí mismo juntándose a mí.

Entonces mi madre, que quiere que permanezcamos todos unidos; y constatando que se trata de dos contra uno, se ve obligada en contra de su voluntad a unirse al grupo. Gradualmente, el número de componentes del ejército va creciendo.

Algunos de los que se hospedan en nuestra casa, salen a la calle para propagar la noticia a los que esperan impacientes. Con estos incrementos se forma una tropa bastante considerable. Algunos me previenen de que puede resultar sospechoso si la Bestia no encuentra a nadie en sus respectivas moradas, y si nos halla a todos aquí, el desenlace podría ser dramático; y tienen razón, se originaría una gran masacre de descubrirnos conspirando contra él.

Por lo tanto, me planteo el llevarles hasta las catacumbas, con espacio suficiente para todos, y finalmente accedo a ello. En cuanto les muestro la entrada secreta y el fabuloso escondite que otorga el interior de la tierra, me gano su confianza por completo. Al verme tan decidida, me nombran democráticamente su Capitán.

-¡Escuchadme, tenemos poco tiempo para aprender a combatir y para forjar espadas para todos; porque de aquí en dos semanas, sabotearemos el castillo de Rodolfo al anochecer. Quizá parezca un poco precipitado, pero contra antes luchemos antes nos libraremos de él, debemos intentar pillarle desprevenido!

-¿Y si hay entre nosotros algún espía y se lo cuenta a la Bestia? -pregunta uno.

-¡Que corra a ilustrar a su Señor, que este ya se puede dar prisa en engendrar su ejército, porque no habrá fuerza que nos detenga! ¡Y las mujeres que quieran participar, que no duden en inscribirse, pues en este ejército no hay racismo en cuanto al sexo! ¡Sabed que nuestro trabajo no será infructuoso, y muy pronto Rodolfo pagará por todas sus insolentes injurias!

Las catorce jornadas de entrenamiento transcurren tal y como las había previsto, y a media noche partimos hacia el castillo. Derribamos la puerta con un tronco tras derrotar a los pocos guardias que la custodian. En el interior también encontramos muy pocos oficiales que parapeten nuestro avance, pues desde que Rodolfo ha mutado a bestia piensa que es capaz de cuidarse solito; y seguro que en ningún momento se le paso por la cabeza que íbamos a formar tal rebelión. Sin embargo, este no despotrica tanto como yo creía y ha huido del palacio al admirar a tan numerosa campaña.

De repente escuchamos el llanto de un bebé. Subimos tres plantas y ahí está, un niño que no ha cumplido ni siquiera un año de edad, gimoteando entre un manojo de paja seca y sucia que seguramente desempeña la función de una cuna.

- Será hijo de alguna de las criadas de Rodolfo -dice uno.

-¡Matémosle, así escarmentaremos a esas estúpidas que agasajan a la Bestia! -opina otro.

-¡Además, le tienen en unas condiciones casi inhumanas, seguro que estará mejor sin saber que es plenamente ignorado! -exclama otro de ellos.

-¡¿Pero qué decís?! ¡Si es hijo de alguna criada seguro que la Bestia no le permite tenerlo en una posición más adecuada! -contesta otro.

-¡Tiene razón, además, aunque se trate de la criada del Diablo tiene sus derechos, y no podemos quitarla a su hijo! -contesto yo por fin.

-¡Pues yo sigo pensando que deberíamos matarle, así demostraríamos que no mostramos clemencia por nada ni nadie! -sigue diciendo el mismo, que parece ser que su cerebro no está muy bien desarrollado.

-¡**CÁLLATE YA, NO VAMOS A MATAR A NADIE EXCEPTO A RODOLFO. ESTE NIÑO, SEA HIJO DE QUIEN SEA, TODAVÍA NO ES CULPABLE DE CRÍMEN ALGUNO, POR LO QUE NO LE TOCAREMOS**! -tras gritar esto, cojo al bebé entre mis brazos -¡Y ahoooooora, prendaaaaamos el caaastilloooo!

La gente acapara todos los objetos de valor que pueden y, seguidamente, dejan caer sus antorchas junto a las cortinas, alfombras y otros materiales ignífugos. Salimos velozmente del lugar para no arder con él.

Ya en el exterior, dejo al niño a salvo bajo un muro cercano al castillo, donde no llegará a expandirse el fuego; para que su madre o su padre le encuentren de nuevo al volver.

LEYDEN

- Gracias por salvarme la vida.

- Qué rápido has dado por hecho que ese niño eras tú.

- No me cabe la menor duda -respondo.

- Cómo iba a dejar que matasen a un niño inocente...

- Para mí el castillo siempre ha sido esa maldita sala de entrenamiento. Y sin embargo, es el mismo palacio en el que crecieron mis abuelos. No se nada de ellos, ni tampoco de cómo era el castillo antes de que la Bestia lo transformara.

- Mis padres siempre hablaban del Rey Rodolfo I. De tu abuela no decían nada, pues al parecer sólo queda en memoria el nombre de Reyes y algunos guerreros, pero en esta misógina sociedad no gobiernan las mujeres, y ningún nombre femenino será nunca recordado. Pero en todo caso, tus abuelos eran descritos como sabios y benévolos, intentando siempre gobernar con justicia.

- El abuso del poder y el oro han corrompido a Rodolfo.

- Y el castillo... era... esplendoroso en toda su magnitud, aunque todo adornado con figuras e ídolos; suyos, cómo no. Tenía bastantes retratos de él, con los cuales se rendía pleitesía vanidosamente. Rodolfo II era un fanático del orden, siempre pendiente de que cada objeto estuviese en su lugar. En el techo había ordenado pintar frescos, por lo que los artistas se debían sostener sobre crujientes escaleras e intentar no caerse. Algunas paredes fueron forradas de seda, terciopelo, o pieles de animales a los que él mandaba matar y desollar; en otras incluso habían tallado vidrieras que imitaban su imagen. Pero todo esto no empeoraba el entorno, sino al contrario, cualquiera que entrase se quedaba atónito cuando rozaba esta alegoría, y quedaba en trance, como hipnotizado ante aquella deslumbrante armonía, que ni siquiera decaía al ver los lienzos en los que se reflejaba Rodolfo, el cual aparecía con el pecho mucho más hinchado de lo que lo tenía en la realidad, por lo que aún se presentaba más grotesco en el retrato.

- Y los aldeanos muriéndose de hambre... Bueno, cuéntame el resto de tu historia.

LORIAN

AL DÍA SIGUIENTE

La gente está más desahogada que nunca, y por primera vez las callejuelas se hallan totalmente pobladas, los habitantes se han quitado un gran peso de encima, por lo que todo es alegría: están disfrutando de su libertad. Pero yo se que aún no ha acabado todo.

Durante ese día se producen los reencuentros entre grupos de amigos, sobre todo de trece o catorce años, que no se veían desde hace algunos años. Y los que sueñan con tener aventuras, se organizan en comandos y equipos para colarse en el desbaratado castillo y hacer sus expediciones y ejecutar sus tropelías, ya que por primera vez los mayores no les dicen nada porque saben que Rodolfo no está dentro. También aprovechan para liberar a los cautivos de las mazmorras. Pero a pesar de que todo parece ir bien, yo se que este no es el final.

Me despierto al alba, a sabiendas de que he quedado con Miguel y Oscar temprano. Escucho ruidos en la habitación de al lado, y sin embargo, sé que mis padres no estarán en casa hoy durante todo el día. Cojo la llave de la puerta del cuarto de estos y me dirijo discretamente hasta la habitación. Me asomo por la delgada rendija. Alguien que se encuentra de espaldas a mí, levanta la sábana de la cama de mis padres enarbolando un afilado puñal. Sólo con observar su contorno sé que se trata de la Bestia, y es a mí a quien busca.

Sin apenas respirar, tomo la llave, y con el pulso actuando como si me estuviesen dando descargas eléctricas, entorno más la puerta e introduzco la llave por la diminuta (o al menos así pensaba ella en aquellos abrumadores instantes) cerradura. En ese preciso momento, Rodolfo se da la vuelta de súbito y embiste contra mi persona. Sabía desde el principio que me hallaba a sus espaldas. Me enfurece el hecho de haber sido tan ignorante de pensar que la Bestia no se alertaría de que estaba siendo encerrado.

Salgo corriendo despavorida. Rodolfo se enfrasca tanto en la persecución que al salir de la sala como un vendaval, no encuentra tiempo para frenar y doblar la esquina, chocando contra la pared. Creo sentir cómo los cimientos se apuntalan contra el terreno para no caer y acabar desmenuzados.

La Bestia me persigue con brío, y no he corrido diez metros cuando se enzarza a mí. Me gira hasta ponerme de cara a él y empuña mis brazos, clavando en ellos sus garras, para luego apretujarlos contra mi propio cuerpo.

-¿Creías que saldrías sana y salva de estos actos de vandalismo, eh? -chasquea la lengua contra los dientes tres o cuatro veces y niega con la cabeza -pobrecita.

-¡Déjanos en paz!

Como réplica me alza unos palmos sobre el suelo, sin soltarme los brazos. No puedo reprimir un quejido al sentir sus garras en mi carne.

No tarda mucho en bajarme.

- Sólo quería que supieses, que gracias a tus inculcaciones, mi ganado ya no responde como antes, y eso tiene como consecuencia un castigo ejemplar. Pero soy magnánimo, y no te haré sufrir siempre y cuando te retractes, para lo que sólo tienes que dejar de implicarte en las luchas con tu pueblo; no sin antes, por supuesto, arrodillarte ante la omnímoda criatura que tienes ante ti, y arrastrarte como una frívola sanguijuela… Suplicándome perdón -espeta.

- Resultas pedante, y no tienes derecho a tratar de esta manera a tus súbditos. No eres más que otro de los muchos energúmenos que ocupan el mundo.

-¡Ooohh... esta sí me la pagas, ya he sido suficientemente caritativo contigo!

Me empuja con saña y aterrizo de espaldas contra el suelo. Rodolfo salta sobre mí y empuña mis muñecas para que no le pueda golpear, rascándolas contra la arenilla mientras monta sobre mi cuerpo y lo inmoviliza en el suelo.

Con sus colmillos descose mi camisa y aproxima su bífida lengua a mis senos; quiere hacerme víctima de sus patosos apetitos. Le escupo a la cara, en concreto atino en el ojo, antes de que sea él quien me rocíe de babas a mí.

-¡**ESTÚPIDA CRÍA**! -gruñe, aunque parece ser que mi saliva le ha excitado, pues toma mis brazos con una sola mano y con la otra baja sus pantalones.

Pataleo su espalda con mis rodillas, pero la Bestia debe ser inmune al dolor. Mi sufrimiento es indescriptible cuando Rodolfo perfora mis limpias cortinas con su carnoso tubo que me parece de plástico, y filtra dentro de mi vientre esos jugos que contienen las garrapatas que paladean mis tejidos meticulosamente. Así, Rodolfo sigue desposándome con primitiva y grosera desfachatez.

-¡De ahora en adelante cuando recapitules, sabrás que hoy es el día en el que perdiste la virginidad con el Todopoderoso Rodolfo II! -exclama, y en sincronía se restriega contra mí.

-¡**QUÍTATE DE ENCIMA**! -vocifero colérica y asqueada, convulsionándome, haciendo por liberarme de sus repugnantes fecundaciones.

-¡Si quieres que pare, exclusivamente tienes que rogarme y suplicarme clemencia, y ya veré si te la concedo!

-¡**SUÉLTAME YA, CABRÓN**!

-¡**ADMITE QUE TE GUSTA, GOLFA INSENSIBLE**! -chilla regodeándose, con una lasciva sonrisa.

-¡**DÉJAME**!

-¡Aprovecha la oportunidad que te está brindando mi fabuloso órgano!

-¡**TUS GENTILES MENEOS Y LOS DE TU ÁSPERO MUÑÓN, NO SON PARA MÍ SI NO TOSCOS Y RUDOS ASPAVIENTOS**!

La Bestia ase mi cabellera y me golpea la cabeza contra el suelo para castigarme, y después continúa con sus viciosas eyaculaciones. En ese momento, y sin saber yo el por qué, Rodolfo se desploma pesadamente sobre mi cuerpo; y en cuanto empieza a recobrar la compostura, vuelve a caer. No pica otra vez en la trampa y se aparta lo antes que puede.

Es entonces cuando entreveo a mi salvador entre la desbordante luminosidad. Se trata de Miguel, y lleva una rama gruesa entre las manos. Este, señala con la mirada hacia lo lejos, desde donde avanza Oscar con compañía. Todos ellos portan espadas, cuchillos y demás.

La Bestia arremete contra Miguel con hombro y le tumba, pero no tiene tiempo para ensañarse con él y después conmigo, así que se decanta por mí. Alza su garra y toma impulso, soltando un sísmico zarpazo sobre la mejilla izquierda que hace que retumbe toda mi desestabilizada cara. Enseguida siento el húmedo espesor de la sangre.

-¡Esto no es nada comparado con lo que te espera, a ti y a todos los demás! -me previene Rodolfo antes de huir, mientras todo mi entorno se obnubila conforme van pasando los segundos.

-¡Venid rápido! -es lo último que oigo gritar a Miguel antes de perder el sentido.

Comienzo a despejarme, y quizá esté alucinando, pero siento que floto suspendida entre los bucles del aire, revoloteando, acunada y mecida por las nubes.

-¡Más deprisa, hay que llegar rápido para parar la hemorragia! -escucho por debajo de mí, mezclado con los agudos pitidos que fabrica mi cabeza.

Con los ojos apretados y adormilada por el efecto de la fiebre, siento que traspasan sucesivas veces la piel de mi cara con filamentos de alambre de espino y pelillos trenzados, enhebrándolos con poco tacto como si de hebillas traviesas y revoltosas que no entran en sus huecos asignados se tratasen, y luego tiran y comprimen mis tendidos flancos mientras hacen por rejuntarlos...

LEYDEN

- Siento que Rodolfo te hiciera eso.
- Ya no me importa. Ni siquiera le guardo rencor por ello. Sólo le odio por masacrar mi pueblo, y con él, a mis amigos y familia.

<u>LORIAN</u>

<u>UNA SEMANA DESPUÉS</u>

Hoy también hay fiesta, en verdad todos los días hay. A todas horas se está celebrando las huidas de la Bestia y brindando por sus derrotas, mientras yo estoy en cama. La ilusión corre a raudales entre todo el pueblo desde que los veinte aldeanos iban dispuestos a enfrentarse cara a cara contra Rodolfo para salvarme.

Y es que, después de estar acostumbrados a las constantes reivindicaciones de ese espeluznante ser y a sus jactancias de que él sólo podía condenar a un ejército entero, les parece extraño que se acobarde con veinte aldeanos escandalizados de mirada dorada, y les hace pensar que no son tan insignificantes como les hacían creer, lo que les llena de esperanza. Incluso yo pensaría que esta vez la Bestia emigra de verdad si no fuese por su punzante advertencia.

Hoy es el primer día que salgo de casa desde que me agredieron, hasta ahora sólo he estado en la cama, y a veces asomada por la ventana; por lo que no he tenido la oportunidad de confiarle al pueblo la amenaza de la Bestia, sólo Miguel y Oscar lo saben, pero como si no, pues se dedican a bailotear, subidos en una estatua de Rodolfo que él mismo mandó erigir en su honor, cabalgando sobre ella y realizando sus escaramuzas contra ella para divertirse y ser el centro de atención, junto con otros aldeanos que se han animado a imitarles.

-¡Bajad de ahí! -grito. Nadie me escucha, por lo que debo subir a la estatua yo también.

-¡No podemos relajarnos, hemos de estar alerta. Hay que encontrar a la Bestia, ya habrá tiempo para celebraciones! -continúo, pero tampoco me hacen caso.

-¡¿Vosotros sí me acompañaréis, verdad?!

- Vamos Lorian… ¡Apenas has salido de casa y ya estás pensando otra vez en Rodolfo! -exclama Miguel.

-¡Aprovecha el frenesí de la vida! -chilla Oscar, obviamente un poco ebrio.

- Al menos ven tú, Oscar; se que Rodolfo se dispone a actuar, vosotros no visteis su empedernida mirada cuando me avisó de que pensaba vengarse.

- Estaaaaa bieeeeeeen -contesta Oscar.

-¡De eso nada Oscar, tú te quedas conmigo! -le ordena Miguel.

- Pero es que Lorian...

-¡Oscar, he dicho que tú te quedas aquí, que yo sólo me divierto menos!

Finalmente, decido no seguir intentando convencerles, pues en este momento se encuentran más atolondrados de lo habitual. Probablemente Rodolfo me esté esperando para reducirme de nuevo, pero creo firmemente que ese no es su propósito. Paso tres horas buscando entre los hostiles espacios del "**BOSQUE PUERIL**", pues en los "**BOSQUES DEL NABO**" no es nada prudente que me adentre sola; hasta que desengañada me planteo el volver.

De pronto, siento que el terreno retumba debajo de mí. Y en el pico de una montaña, a lo lejos, veo surgir a borbotones fumarolas de gases condensados en bermejas concentraciones, que resultan ser superados después por tubos elásticos de flameado líquido que se abre paso a raudales entre el humo. Un escalofrío de sudor empapa silenciosamente mis empañados huesos cuando compruebo, con un nudo en el estómago, que el magma se dirige hacia el pueblo.

En pocos minutos, un montón de cadáveres se hallarán apilados sobre el ardiente asfalto. Ni siquiera podré despedirme, pues cuando llegue allí y por mucho que corra todos yacerán, muertos. De todos modos, lucho porque no se fumiguen todas mis esperanzas, y decido volver lo más rápido posible.

Cuando por fin llego confirmo, desconsolada, que todos mis deseos de encontrar algún superviviente han sido en balde. Toda la aldea se halla embadurnada de cenizas, y los rostros abyectos de los difuntos son irreconocibles, por lo que no puedo distinguir a mis amigos o

familia entre todos ellos. Las pocas personas que se han refugiado en las catacumbas se han asfixiado por el humo y el calor.

La fuerte impresión no deja paso a las lágrimas, pero ni siquiera tengo tiempo de reaccionar, pues repentinamente, y no muy lejos de aquí, escucho un estridente rugido, y me desplazo hasta el castillo, pues de ese lugar procede. Parado a unos metros de la entrada medio destartalada, se encuentra Rodolfo, el cual sujeta un Libro entre sus zarpas, del que lee unas frases ininteligibles. Estupefacta, admiro cómo las piezas del palacio flotan hasta sus sitios como esto fuera lo más normal del mundo; y como si en realidad estuvieran vivos, van reconstruyendo poco a poco el castillo. Las partes renegridas y chamuscadas también son devueltas a su color original hasta quedar todo entero como nuevo.

Enseguida comprendo que fue la Bestia, con su Libro mágico, quien había sustraído la lava del volcán para su beneficio. Al fin y al cabo, no hay otra explicación lógica, pues los expertos aseguraban que la montaña estaba inactiva, y nosotros nunca habíamos sentido, hasta ahora, los movimientos sísmicos propios que se forman durante las erupciones.

Es entonces cuando siento miedo, y mis incalculables deseos de venganza son reemplazados por el temor hacia lo que ese Libro es capaz de hacer. No tengo el valor necesario para intentar clavarle mi espada, y en su lugar salgo corriendo por donde he venido; esta vez Rodolfo no se da cuenta de mi presencia, debe de estar absorto en la reparación de su castillo, y quizá hubiera tenido más posibilidades de matarle que la última vez si ahora me hubiese atrevido.

Lloro por mi estupidez y cobardía, por todas esas innecesarias muertes y por mi familia; pero, sobre todo, por Oscar, que ya no podrá recibir la ovación merecida por sus futuros inventos; y por Miguel, que ahora mismo se estará pudriendo bajo tierra, enterrado por la lava. Ellos siempre han sabido descifrar mis sentimientos sin yo tener que expresarlos, y me han hecho reír cuando lo necesitaba.

LEYDEN

-¿Entonces cuando la Bestia cayó al volcán llevaba el Libro consigo, verdad? -me pregunta Lorian para confirmarlo, cortando su historia, que supuestamente ya me ha terminado de contar.

- Sí...

- Pues está vivo, y obviamente te está buscando. Desperdicié aquella clara oportunidad de matar a Rodolfo, pero aún puedo remediarlo. Iré contigo y nos enfrentaremos a él -me suelta como si nada.

- Aaaah, y... ¿Qué sugieres que hagamos?

- Lo primero, marcharnos de aquí.

-¡¿Así, sin más?!

-¿Qué quieres, que ilustremos a todo el pueblo con nuestra partida? -me contesta como si hubiese preguntado cualquier estupidez.

- No...

- Pues ya está. Escúchame, ya has pasado aquí demasiados días. No hay tiempo que perder, hoy mismo nos vamos, haz tu equipaje.

-¿Y nos vamos así... los dos solos...?

- No espera, mejor no lleves nada, que iremos más ligeros.

-¡Esperad, no hemos podido evitar oír vuestra conversación! -dice un chico que sale inesperadamente de debajo del mostrador.

Es rubio y lleva el pelo corto, es de figura esbelta. Debe tener unos treinta años. Sus ojos son azules o verdes, no sabría qué decir, pues ambos colores se contrarrestan quedando a medio camino entre uno y otro, de forma que no encuentro propensión hacia cuál de los dos tonos se ajusta más a su pigmentación natural.

-¿Hemooos? -interrogo contrariado, pues si ya es irritante que un tío de treinta y tantos años esté inmiscuyéndose en conversaciones ajenas, sólo faltaría que haya invitado a los consumidores también. Y ahora encima le empiezan a tirar de la camiseta hacia abajo.

-¡Nasti, qué haces espiando! -dice Lorian, que parece ser que le conoce.

-¡Ya-has-tenido-que-estropearlo! -dice el que le estaba empujando de la camiseta, que también aparece de debajo de la barra.

Este es más fornido, y tiene la cabeza totalmente redonda. Sus ojos grisáceos son a veces recubiertos por mechones largos del flequillo. Produce un efecto extraño el hecho de que en la parte superior de su cabeza no tenga pelo, -sin haber llegado a los treinta años aún -y no obstante luzca una melena oscura y ondulada que cae unos centímetros bajo el cilíndrico cuello.

-¡Claro, si ya me lo suponía yo, donde esté el uno, cooomo no va a estar estaaaar el ootro! -grita Lorian ironizando, exagerando los gestos pero sin enfadarse a penas.

-¿Qué está pasando aquí? -pregunto, ya algo molesto.

- Es que nos pareció interesante eso que contabais, y queremos ir con vosotros. -dice Nasti.

- No le hagas mucho caso... eeh... cliente mío -dice dirigiéndose a mí -es que mi amigo está ya un poco ido. Pero esta intrusión se arregla... ¡invitándoos a las bebidas que habéis consumido. Pero sólo esta vez ¿eh? así que no te acostumbres ¿Qué dices a eso?!

- Pero... si Lorian ya ha pagado...

-¡Bien, pues ya esta, tooodo solucionado, si no se invita hoy, otro día será! -dice, dándome una palmada en el hombro.

-¡Vamos Ronan, cállate ya! ¿Qué es lo que queréis los dos? -dice Lorian.

- Yo quiero aventuras, llevo demasiado tiempo metido en este aburrido pueblo -explica Nasti.

-¡¿Pero qué dices, no me digas que quieres luchar en una guerra?! –preguntó Ronan, sin podérselo creer.

- A ver Ronan, ya sabemos que tú ya tuviste suficiente con tus ensayos misioneros y no quieres padecer más, pero yo estoy cansado de estar aquí.

-¡No llames ensayos misioneros a esos exasperantes días de ayuda humanitaria, lavando a esos leprosos y comiendo arroz, luego comiendo arroz otra vez, y muchas veces más, para después beber de ese líquido que apestaba a meados y sudor; pues parece ser que los animales no tenían otro sitio mejor donde orinar que en los "**POZOS ALIMENTICIOS**", que así los llamaban, y uno piensa, "pero qué inteligentes e higiénicos sois, que ponéis a evacuar a las vacas en el mismo sitio donde os ducháis vosotros", y ya que una sola gota de agua puede servir para defecar, y para ducharse ¿Por qué ya de paso no bebérsela también?! ¡¿Acaso sabes cómo salí de allí? Todas esas controvertidas experiencias me crisparon los nervios, así que no vuelvas a desestimar de esa manera mis valerosos actos de cooperación! -contesta Ronan exagerándolo todo, muy entusiasmado con sus hazañas.

- Lo que tú digas Ronan, pero yo voy con vosotros, Lorian -sigue Nasti, muy empeñado.

Veo que Lorian se lo piensa.

- Está bien... -contesta al final, simplemente encogiéndose de hombros y sin entender nada.

Y mientras tanto yo, me hallo cada vez más asombrado, pues se trata de mi viaje, y aquí parece que cuentan todos menos yo. De todos modos, no me importa que toda esa pandilla de locos me acompañe, pues como me hacen reír a menudo he descubierto que pueden ser una buena distracción para el camino. Así no me aburriré.

- Bien, como agradecimiento, Ronan y yo os invitamos a comer mañana en el bar, todos juntos, y decidimos cuando salimos –dice Nasti, mientras coloca su mano sobre el hombro de Ronan para incluirle a él también en el viaje, y este último pega un salto, sobresaltado.

-¡Te he dicho que no me hagas eso, que siempre se me pasa por la cabeza la imagen de la mano del leproso en mi hombro, cuando creí que iba a atacarme y en verdad sólo me pedía una limosna en su estúpido idioma! -dice agitadamente, tomando aire para calmarse.

- En fin... llegó traumatizado de allí. Llegad puntuales mañana.

Nos despedimos y yo me voy con Lorian hasta casa.

-¿De qué los conoces? -le pregunto.

- Son mis amigos "los taberneros"; cuando Rodolfo destruyó mi pueblo me aventuré hacia el Sur y llegué a esta aldea, medio deshidratada y apenas nutrida. Nasti y Ronan me encontraron y me ofrecieron comida de su bar. También me acogieron en su casa mientras...

-¿En su casa, es que viven juntos?

- Sí, Nasti es el tío de Ronan.

- Aaaahh -"cualquiera lo diría", pienso, teniendo en cuenta que Ronan parece diez años mayor que el otro (por la alopecia, más que nada).

- El caso es que me acogieron en su casa mientras yo aprendía a amasar para poder trabajar en "**EL HOGAR DEL PAN**" como empleada. Cuando tuve suficiente dinero me compré mi propia casa y me fui -continúa Lorian.

-¿Y qué le pasa a Ronan con su "experiencia misionera"?

- Estuvo dos semanas en otras tierras ayudando a los pobres y enfermos. Allí sólo pudo comer arroz, y tras exprimir todo el agua que almacenaban los tres cactus que allí cultivados estaban, no le quedó más remedio que beber de las aguas contaminadas. Tuvo que dormir tirado en el suelo, como todo el mundo, entre las ratas y los bichos. Cuando llevaba una semana, ya traumatizado de estar allí, cogió toda su ropa, que era un gorro para no quemarse la calva, y marchó hacia el Norte, o en otras palabras, hacia aquí. Volvió con los pobres tres horas más tarde, cuando descubrió que pasaba más hambre por aquellos estériles caminos que comiendo arroz con aquellos desarraigados y construyendo residencias y centros de acogida. El caso es que ya le avisaron de que si embarcaba en aquel viaje no podría regresar hasta dentro de dos semanas, que era cuando llegarían los encargados de proveerles con la comida necesaria para la vuelta.

-¿Y por qué la gente no se dedica a llevarles comida y ya está? -pregunto.

- Porque los del Sur tampoco tienen casas, viven en la calle, y no tienen los medios que tenemos nosotros. Se les está construyendo una especie de fortaleza donde refugiarse de las tormentas, que allí son muy bruscas. Ahora mismo necesitan más eso que la comida, pues van sobreviviendo con el poco alimento que les queda.

- Aún así, si todas las comunidades son capaces de alimentarse solos, curarse y construir sus casas ¿por qué ellos no?

- No tienen recursos porque los antiguos Reyes, y yo no desecharía que algún antepasado de Rodolfo estuviese aliado con ellos, embaucaron todas las riquezas que pudieron acaparar y saquearon las tierras del Sur, que antaño eran las más prolíferas. Destruyeron o robaron todos sus recursos, y por eso ahora necesitan ayuda.

-¿A cuánto tiempo están esos lugares de aquí?

- A unos cuatro días. El caso es que no están lejos de aquí, y sin embargo las tropas de los Reyes pasaron de largo por nuestros territorios, los atravesaron sin apenas entretenerse y continuaron directamente hacia el Sur; muy yermas y resecas debían ser estas tierras en comparación con aquellas para infravalorarlas de esa manera.

- Ya entiendo, y veo que prácticamente todo el mal que hay en el mundo ha sido causado por nuestros Reyes.

- Así es. Por cierto, no le hagas mucho caso a Ronan, tiende a idealizarse demasiado. Por ejemplo, él te hubiese contado que tras huir de allí, los otros misioneros salieron a buscarle, y cuando le encontraron le imploraron que se quedase, pues sin él tooodo estariiia perdiiiido. -dice, exagerando mucho esto último.

- Lo tendré en cuenta -respondo riendo -y tú ¿cómo sabes que contestaría eso?

- Porque fue lo que nos contó a nosotros -contesta Lorian.

Entonces, tomo conciencia de que llevamos parados ante la puerta de mi casa ya un rato, pero preferimos seguir como hasta ahora, juntos.

- Siento haberte metido en todo esto -cambio bruscamente de tema.

- Vamos Leyden... ¿qué estás diciendo...? Tú no me has metido en nada. Si quisiera me quedaría aquí. Voy contigo sólo porque quiero.

- Siento que no matases a la Bestia cuando aquel día tuviste tu oportunidad; ahora descansarías aquí, a salvo, y...

- Muchas veces me he arrepentido de no matar a Rodolfo aquel día que descuartizó a mi pueblo. Pero las cosas han cambiado desde que te he conocido. Ahora, agradezco el no haber sido lo suficientemente valiente. Pues de haberle destruido, tú hubieras muerto también, al no tener a nadie que te criase -dice, mirándome fijamente a los ojos.

Entonces, soy consciente por fin de que a Lorian le importo; y nos abrazamos.

A medio día, y después de trabajar en la panadería con Lorian, nos encaminamos los dos hasta la taberna “**EL TERNERITO TUERTO**”, donde esperan Nasti y Ronan. Se sientan con nosotros.

-¿Cómo es que no estáis en la barra sirviendo bebida a vuestros fieles compradores? -pregunto.

- Tú tranquilo, que de eso ya se encargan los “suplentes” -contesta Ronan, como si ellos dos fueran los importantes. Pero yo asumo que lo ha dicho para hacer la gracia, pues dudo que sean los propietarios del bar. Enseguida llegan dos empleados y nos dejan las cartas. Leemos.

-¡Cocodrilo! -chilla Ronan súbitamente, lo que nos hace saltar de los taburetes. Y yo, que estoy sentado a su lado, casi tiro la mesa.

Ronan se levanta de la banqueta airoso y sin ninguna delicadeza, por lo que esta vuelca y rueda unos metros entre los huesos de pollo, de aceitunas y otros restos sobrantes. Bueno, la mesa aún está a salvo...

O no.

-¡Cocodrilo. Aquel día, al igual que todos los demás, me duché bajo aquel tubo que destilaba gotas de aquel líquido residual, y después, me fui de caza con los nativos. Paramos junto a un lago muy hondo, y los muy hipócritas esos, me dijeron que me podía bañar ahí. Me meto en el agua tan tranquilo y, de pronto, veo que uno de esos “hombres del Neanderthal” agarra un arpón y se dirige hasta mí. Retrocedo angustiado, al mismo tiempo que sus compañeros gritan sus extraños sonidos guturales. El que me persigue guía su mirada más allá de mí y prontamente me acribilla, pero no es a mí a quien clava su arpón, sino a un enorme cocodrilo que yo tenía detrás. Luego, se miran entre ellos y ríen, diciendo “buen señuelo, buen señuelo”. ¡Aquellos desgraciados me estaban utilizando como cebo para que el animal se acercase! -cuenta. Nos reímos todos.

-¡**QUÉ OS HACE TANTA GRACIA**! ¡Encima, después de que mataron al cocodrilo, se pusieron a jugar con su cuerpo muerto! Cinco de esos cretinos sujetaban la mandíbula del cocodrilo, dejándole la dentadura abierta en todo su ángulo, a la vez que otro de ellos se introducía por el orificio bucal. ¡Y le cabía el cuerpo en toda su extensión, lo que significa que de haberme pillado, me hubiese succionado de una pasada! ¡Y encima me preguntaron si quería probar a meterme yo!

En esta última parte del monólogo, se ha aproximado hasta mí para zarandarme por los hombros, y no le falta mucho para tirarme de la silla. Pasa un rato desde que termina, y todavía seguimos riéndonos de sus estragos y percances. Definitivamente, está loco.

-¡Mira Ronan, esto tiene buena pinta, son calamares rellenos de arroz! -exclamo.

Al pronunciar esta última palabra, a Ronan le sobreviene una náusea, y tengo la impresión de que por poco descome sobre la mesa. Sólo quería ver cómo reaccionaba, pero mejor no vuelvo a hacerlo.

-¿Entonces cuándo salimos? -pregunta Nasti.

- Mañana, al alba.

-¿Y hacia dónde iremos? -vuelve a interrogar el mismo.

- Hasta Cíoblen. Es una ciudad de increíbles dimensiones confrontada con esta aldea. He oído que allí están formando un tremendo ejército para luchar contra Rodolfo. Nos alistaremos y pulverizaremos la dinastía de la Bestia junto a los demás guerreros.

-¿Qué pasará si la Bestia me está buscando allí, cómo estar seguros de que debemos movernos de este lugar? -pregunto.

- Porque saliendo de nuestro antiguo pueblo, Teócedas; éste es el único lugar accesible. También se puede aventurar uno hacia el Norte, pero tardaría semanas en llegar hasta la aldea más cercana. Ambos nos hemos dirigido hasta aquí al salir de Teócedas, y Rodolfo sabe que cualquier persona que sea mínimamente inteligente o haya observado un mapa de estas tierras, escogería la misma senda que elegimos nosotros, es decir, el “**CAMINO DETRITUS**”; por lo que este será el primer lugar al que llegue. Cuando lo haya husmeado bien y sepa que no estamos, emprenderá la marcha hacia el Este para llegar al siguiente pueblo, que es al mismo al que nosotros nos dirigiremos, siempre conducidos por el “**CAMINO DETRITUS**”.

-¿Y no podemos marcharnos a otro lugar en donde estemos seguros de que Rodolfo no me buscará?

- La otra opción sería embarcarnos hacia las tierras del Sur, donde sólo hay pobreza y hambruna. No podríamos enrolarnos en el ejército, y la Bestia terminaría encontrándote y matándonos a todos.

- Entonces, definitivamente, al Sur no vamos -dice Ronan intencionadamente, pues sabe que es allí donde padeció tanto.

- ¿Y qué hay en dirección Oeste?

- Principalmente, mar.

- Decidido, lo mejor será ir a Cíoblen -comento -pero... ¿no podría ir la Bestia directamente hacia allí desde Teócedas sin tener que pasar por aquí antes?

- Se dice que se puede llegar atravesando la insondable maleza de los brumosos y densos “**BOSQUES DEL NABO**”, pero nadie ha sido capaz de cruzarlo. Todos los que se han adentrado han exhalado su último suspiro. Y aunque Rodolfo se considere capaz de cruzar el bosque, le conviene pasarse por aquí antes para asegurarse de que no estamos -aclara Lorian.

- Entonces está claro. Nos dirigiremos hacia Cíoblen -confirma Nasti.

- En ese momento llegan los camareros con nuestros alimentos, y nos centramos en comer.

-¡Qué asco, hay un pelo en mi plato ¿Cómo es que tengo tan mala suerte?! -dice Ronan, con una expresión en la cara de “qué injusto es el mundo”.

- Eeeh, siento tener que ilustrarte de esta manera pero... me temo que va a ser tuyo -le digo con voz melancólica, como si estuviese a punto de llorar, apoyando la palma de mi mano sobre su hombro como si le estuviese consolando.

- Va a tener razón, Ronan -dice Nasti, para continuar comiendo, meneando la cabeza hacia los lados de forma bastante graciosa mientras saborea el alimento, con los mismos balanceos de cuello que efectúa al compás de sus pasos cuando camina.

- Que encantadores sois -contesta Ronan irónicamente.

Cuando acabamos de nutrirnos volvemos cada uno a nuestra casa y descansamos para iniciar el viaje la mañana siguiente.

Al amanecer, todos se encuentran en mi casa, dispuestos para partir. Nasti, que es un viciado de la música, lleva colgado de una cuerda al hombro su órgano, el cual pesa lo suyo y le hace ir zozobrando hacia un lado, sin descontar que no para de sudar. Cada dos por tres interpreta o canta alguna pieza o canción, lo que al principio nos agrada; y pasados los días, sólo nos dignamos a escuchar por si desafina un poco el instrumento o se equivoca de nota, y así podemos soltar todos al unísono un "¡Ooooh noooo Maestro!" o "¡qué le ha estorbado, querido Pedagogo!" o incluso "¡Dios mío, Erudito Instructor ¿Qué ha sido eso?!".

Y con estos instantes alegres que te conceden estos curiosos y peculiares aliados, comenzamos el viaje...

-¡Ya hemos llegado!

LA BESTIA

Diez días. Diez días que he tardado en escalar ese volcán. Y entre tanto, ese maldito bastardo tomándome ventaja. Seguro que ya se ha marchado de Laukar. Es que he sido demasiado misericordioso con esa sabandija ameboide, si no hubiera sido tan blando nunca se hubiese sublevado y yo no habría tocado fondo... pero bueno, tal humillación nunca llegará a oídos de nadie.

Por fin llego a Laukar después de dos días de ardua carrera.

Empiezo a cosechar la siembra del pánico, y no tarda en desencadenarse la hecatombe. Rompo ventanas y descascarillo puertas con mi látigo, acuchillo a quien me voy encontrando, derribo árboles a empujones y dentelladas. La gente sale de sus casas con tridentes, lanzas, dagas... Aquí hace falta mi tutela para que toda esta osada chusma deje de descarrilar y empiece a lisonjearme como debe.

-¡Laxante del mal! -pronuncio, a la vez que esos mordaces aldeanos se burlan de mis palabras.

Seguidamente, leo la misma frase con la que ese zoquete de mago me transformó en bestia. Observo con satisfacción cómo esa impertinente gente sufre tanto como hace tiempo me tocó a mí.

-¡Cuando hayan culminado vuestras transformaciones os sentiréis tan fuertes como yo, y pensaréis que me podéis derrotar; pero en base de que no cometáis ese error, os voy a recordar que con este Libro puedo hacer lo que me plazca (lo cual era mentira, pues si el Libro de la Sabiduría otorgase tanto poder, Rudolph no habría sido vencido por Rodolfo tras haberle transformado en Bestia; y este último lo sabía, pero le convenía arriesgarse e intentar engañar al pueblo) así que no juguéis conmigo. Exclusivamente podréis recuperar vuestra apariencia humana si os afiliáis como guerreros a mi lucha! Por supuesto, si os negáis os mataré. En cuanto forméis parte de mi ejército, no tenéis que olvidar que mi vida no tiene precio y siempre debéis defenderla. Si en algún momento me hallase acorralado deberéis ayudarme sin vacilar, aunque no creo que precise de vuestros vagos servicios, pues estoy absolutamente cualificado para resolver cualquier tipo de contratiempo. No obstante, recordad mis palabras si es que queréis que nuestro acuerdo de devolveros vuestra apariencia siga vigente, teniendo en cuenta además, que si muero no habrá nadie que os la pueda restituir. (Esto último que dice también es mentira, pues para recuperar sus cuerpos humanos la Bestia debe morir, pues muriendo el hechicero también se rompen sus encantamientos; o bien Rodolfo tendría que revocar el maleficio por voluntad propia y así volver a dejarles como estaban. Por lo tanto, si la Bestia matase a Rudolph, volvería a tener la apariencia y fuerza de un ser humano normal al haber matado al conjurador del hechizo; pero como Rodolfo de esto último no se ha percatado, sigue intentando acabar con el mago).

Así, voy casa por casa recopilando hombres y lo que sea, de forma que este pueblo y cada nueva aldea que voy encontrando a mi paso hacia Cíoblen se va acoplando a mi ejército.

LORIAN

Ni siquiera hemos cruzado el umbral abierto entre la voluminosa muralla defensiva, caracterizada por sus pinchos de mármol blanco en la cúspide y por los estandartes que la identifican mientras escrutan el viento; cuando un asalariado ya nos está indicando el camino hacia el Cuartel General, pues allí requieren gran cantidad de personal. Ya en la fortaleza, uno de los agentes nos da la bienvenida.

- Sólo anunciaros, que esta misma tarde, nuestro magnífico capitán, nos relatará las adversidades por las que tuvo que pasar para abolir las penurias del camino y llegar como un héroe al desnudo hasta nuestra gran ciudad.

- Éste va a ser sólo otro farsante charlatán -mascullo.

Los demás sonríen y asienten.

- Perdona eeeh... muchacho, así no se habla de nuestro venerado maestro. -responde mirándome por encima del hombro. -Como iba a decir antes del inoportuno corte, cada semana nos narra paciente y generosamente sus proezas, junto a los insulsos recién llegados que todavía no han oído hablar de sus épicas hazañas, para luego recibir personalmente a esos nuevos candidatos y bendecirlos con sus docentes consejos.

- Qué bien lo deben pasar escuchando todas las semanas lo mismo -dice Ronan.

-¡Y coooooomo es que nooo le haaan beatificaaaaado todaviiiiiiiiiiaa! -exclama Nasti imitando el llanto al mismo tiempo que sacude a Lorian por los hombros.

- No lo sé, Nasti. Sinceramente, no lo sé, porque él se lo merece -añade esta, poniendo una voz entrecortada.

-¡Después, instruye a los novatos en el manejo de las armas! Por-cier-to, llegad pun-tu-a-les a la reunión -continúa diciendo con ese desparpajo que ha mostrado desde mi intervención; y después se marcha histérico por nuestra actuación.

Tras haber comido algo, nos encontramos en la sala donde el "Semidiós" soltará su discurso. Se trata de una gigantesca galería que anteriormente fue usada como teatro, pues las 700 butacas se encuentran distribuidas como en cualquiera de estos lugares escénicos.

Al cabo de un tiempo, la estancia está repleta de gente, y muchos asistentes se sientan en el suelo o permanecen de pié cuando se agotan los asientos. Al momento, un hombre se manifiesta volando bajo el techo, y sobre las miradas desconcertadas de la gente hace unos cuantos numeritos y cabriolas en el aire. Inesperadamente, vemos cómo el cuerpo cae sin solución al suelo; en particular, sobre los espectadores.

-¡Estaaaa mueeeeerto! -gritan unos.

-¡Quitádmelo, quitádmelo! -chilla la que supuestamente lo tiene encima.

-¡Yo quería un hiiiiiijo tuuuuuuuyo! -grita una mujer.

-¡Qué haces memo, supuestamente ese muñeco soy yooo! ¡¿Qué has hecho mal esta vez?! -se escucha una voz resonando.

-¡Su Preponderancia, que los amplificadores están conectados! -farfulla otra voz, avisándole de que está siendo oído en la sala.

-¡Ooooohh -suelta las típicas risas de "y qué digo ahora" -sólo era una prueba para ver cómo repercutía en el público la caída de un actor! En fin... que todo estaba preparado -silencio unos segundos -¡**ABRÓCHAME LA TÚNICA**! -le ordena a alguien.

En esos instantes aparece un hombre de unos treinta y seis años y cuerpo muy espigado, de piel bastante oscura y ojos negros, con su pelo largo y castaño recogido en una coleta.

-¡**ES RUDOLPH, LEYDEN, ES RUDOLPH, ESTA VIVO**! -vocea Lorian muy emocionada, mientras me agita, sacude y abraza.

-¡¿Enserio es él, cómo habrá conseguido quitarse el tronco de encima?!

-¡Ahora lo contará!

-¡Estamos aquí reunidos para maquinar y luchar por la destrucción total y parcial de la Bestia. Sólo de esta forma nos rehabilitaremos como personas y restableceremos el honor perdido por mi injust... por tantos injustos encarcelamientos y por haber aplastado mi cuerpo

con el árb... y haber aplastado tantos ideales. Por toda mi sang... las vidas perdidas y por el orgullo del que he... han sido despojados, yo convoco este concilio! Ciertamente, sé que vosotros solos no tendríais la más mínima idea de cómo enfrentaros a Rodolfo durante la cruenta batalla. ¡Por lo tanto, necesitáis a un carismático líder! ¡Alguien virtuoso a quien podáis confesar los avatares que se impongan en vuestras mediocres vidas! ¡Y para ese encomiable legado, he nacido yo, Rudolph de la Iglesia! Y os garantizo que lucharé con vosotros hasta eliminar a la Bestia.

En esta última frase, al concluir todas sus jactancias, toma un tono agresivo y riguroso, y su voz tiembla de ira, al igual que su cuerpo. La gente se ha quedado algo descolocada ante éste toque final, pero no tardan en aclamarle y vitorearle, aclamando su nombre al unísono.

-¡Ahora bien, ha llegado el momento de contaros cómo llegué hasta aquí! -prosigue, ya más tranquilo -Hace casi veinte años, llegaron hasta mí ciertas noticias de un tirano que oprimía a su pueblo. Monté en mi semental y me dirigí hacia Teócedas. Ya enfrente del castillo, ordené a los guardias abrirme el portón, y estos aprobaron mi mandato estremeciéndose de miedo por lo que les haría con mi Libro de la Sabiduría en caso de desobedecerme.

"¡Una vez dentro de los aposentos de Rodolfo, agarro su mullido sillón de metro y medio de longitud -imita estos actos mientras habla -y sin constatar ningún problema para mi musculoso cuerpo de complexión atlética, lo eyecto hasta su pecho con gran precisión!"

-¡Vaaamoooos... si eso fuese verdad todavía estarías herniado! -dice Ronan.

-¡Mientras este lucha por respirar, tomo su cabellera entre mis manos y lo remolco hasta la ventana, juntando después su cabeza al cristal. -también esto lo representa, en verdad no para de moverse y exagerar sus gestos ni durante un parpadeo -Saco mi Libro, y leo el hechizo idóneo para hacer estallar el cristal en su cara. Pero ahí no termina el castigo. Cojo su cuerpo, y lo dejo caer por esa misma abertura, desde un segundo piso. Me sostengo sobre el alfeizar de la ventana y salto con mi estricta exactitud, cayendo sobre su estómago y dejando la figura de la Bestia semienterrada!

- Creo que se está desviando "ligeramente" de lo que sería el relato original. -comento.

-¡Entonces vuelvo a sacar mi Libro, y pronuncio otra frase, esta vez para convertirle en la extravagante y estrafalaria bestia que es. Sin embargo, el hechizo también produce unos resultados imprevistos, pues de pronto empieza a disparar huevos por la boca. Debo esquivar sus envíos con reflejos y destreza, pues estos "regalitos" quedan adheridos a la primera superficie que tocan, y no precisamente para fertilizarla, pues sus envolturas son efervescentes. Sin embargo, no me dejo avasallar por el desabrido de Rodolfo. Al siguiente tiro, cazo el "melón" al vuelo con las manos desnudas, y tolerando con sangre fría el acuciante dolor del ácido, y sin perder jamás mi monumental porte y verticalidad, me aproximo con paso firme hacia la Bestia, que sigue vomitándome huevos encima. Ya con una armadura de ascuas relucientes cubriendo todo mi cuerpo, llego hasta Rodolfo, y al mismo tiempo que este continúa expulsando su escoria, yo me limito a devolverle lo que es suyo para oírle gritar de dolor, complacido.

"Los húmedos cascarones pegados a la Bestia y por los alrededores empiezan a resquebrajarse, y entre las rajas y fragmentos surgen diminutos y cenagosos elementos, cuya altura no sobrepasa ni mi rodilla; la parte negativa es que pueden dividirse y reproducirse entre ellos como si fueran piojos. Al momento, todo el "**BOSQUE DEL NABO**" se halla plagado de estas criaturas análogas a termitas y tan parecidas a Rodolfo!".

- Todo esto está un "poquito" desencaminado de lo que Rodolfo me contó a mí -sugiero en plan irónico.

-¡Supongo que estas criaturas han pasado mucho hambre en sus ovíparos refugios, porque en cuanto salen, me acosan y asedian persistentemente. Yo protejo el Libro con mi vida, soportando cualquier inclemencia por muy dura que sea, pero esas arpías terminan por desvalijar mis manos, quitándome el Libro. Esos necios no saben darle a mi Libro otro uso aparte de comérselo, y no dejan vivo ni un perdigón de tinta. A todo esto, la Bestia prosigue engendrando y concibiendo criaturas por la boca. Estos entes, afligidos por el hambre, se dedican a mascar las cortezas y raíces de los árboles, pues por allí no se encuentran prácticamente frutos. ¡**SÓLO HAY RIIIIIIOS**! Entonces pienso "mi vida no vale nada sin el Libro, por lo que moriré haciéndoles frente".

“Empuño ramas y piedras y se las lanzo; con mi estupenda puntería siempre les doy en un ojo o en medio de la frente. Cuando logro atrapar a alguno de ellos, hundo su cabeza en los ríos para asustar a los otros, pero éstos no se dan por aludidos. Unos cien bichos de esos se enzarzan en un mismo árbol y con sus angulosos incisivos sierran la corteza, haciendo que el tronco se desplome sobre mí. No tengo salida, pues la madera también ha atrapado mis brazos, pero no tardo en meditar una vía de escape”.

“Abro la boca e incubo la primera bocanada de arena, para escupirla con gran potencia unos metros más allá. Así que, a dentelladas de tierra, voy escarbando el esbozo de mi libertad con los dientes. Gradualmente y sin retomar fuerzas, pero siempre racionalizando y planificando mi obra, esculpo el túnel, a la vez que me defiendo de los agresores, que siguen teniendo hambre aunque ya se han zampado la mitad del bosque. ¿Y sabéis cómo hacía para espantarlos, mis ilusos pupilos?”

-¿Narrándoles esta misma historia?

- Soplar, almas de cántaro, soplar. A cada bichejo de estos que se me acercaba le hacía sondear los vientos y dar un paseo por ahí arriba, igual que hacía cuando me atacaban las serpientes o los lobos!

-¡¿Y ya que estabas, cómo es que no soplaste el árbol también!? -se burla Ronan.

-¡¿Y sabéis qué comía, mis ingenuos pupilos?: las ardillas, peces, y pájaros que habitaban en el interior de la tierra e iban a parar a mi boca mientras cavaba; y así, disfrutaba de una opípara cena cuando disponía de ella!

-¡¿Pero qué dice ahora? si no hay de esos animales por el suelo! -añade Nasti.

-¡Once días y unas horas después, salgo de mi ataúd, y todavía Rodolfo sigue pariendo. En tan sólo una hora, atravieso los “**BOSQUES DEL NABO**”, desangrándome por las heridas y las intensas y encajonadas cortaduras producidas por las hiedras y espinas del árbol; pero erguido con talante y sin perder la compostura ni un segundo, sorteando con total soltura las “**ZONAS DE PILLAGE**”. Así, dirigido por mi excepcional sentido de la orientación, llego a las murallas de Cíoblen!

“Ya a salvo, determiné el echarme a dormir, pues no es fácil permanecer sin pegar ojo once días; y además, las heridas cicatrizan y sanan antes con el descanso apropiado. Pero antes de recostarme me desnudé casi al completo, pues supuse que si me encontraba alguna encantadora señorita, ella se alegraría mucho de poder admirar mi vigoroso cuerpo desnudo”.

-¿Y por qué no lo haces también ahora para que las señoritas puedan volver a contemplar tu vigoroso cuerpo desnudo y lleno de cicatrices?

- Fue entonces cuando me encontraron dos aldeanos, ambos ya federados en este ejército; y me despertaron de mi apacible sueño para llevarme al pueblo, donde me concedieron la ayuda que exigía.

Cuando Rudolph termina de ilustrarnos con toda esta sarta de disparates, me paro a observar a la gente, que ha iniciado los aplausos boquiabierta, mientras que el impostor hace sus reverencias al público y tira besos con cinismo. Luego, nos dice en qué momento recibirá a los que quieran hablar con él, sobre todo a los nuevos, y cuándo debemos entrenar en el cuartel. Por último, toma el Cetro para hacer su exhibición y demostrarnos que sabe hacer la mar de cosas con él, cosas como crear gamas enteras de tonos pertenecientes al arco iris o a la aurora boreal; y como hacer espectros luminosos que se dedican a despedir toda clase de albores de luz y color y espectros de los otros que se dedican a despedir a escupitajos a la gente.

Luego nos marchamos.

Casi todas las mujeres, y algunos hombres de los hombres que más se han metido en su historia, no han podido dejar de babear al mismo tiempo que el mago les alumbraba con sus cuentos, y todavía siguen. Ciertamente, tiene mérito el hecho de inventarse todo eso y mantener atenta a tanta gente él sólo, sin parar de danzar de un lado para otro ni un momento, y cebando de esa forma sus estrambóticos gestos. Ahora que lo pienso, no me he aburrido en todo el rato. Me dirijo con Lorian hasta el cuarto del hechicero para hablar con él.

- Lorian... ¿Todavía te sientes culpable por lo que le hicieran al no entregarle la llave?

- Sí...

- Si quieres... entra a hablar con él tú sola.

Me da un beso en la mejilla.

- Gracias por darte cuenta de lo que quiero sin tener que decírtelo.

La acompaño hasta la puerta y me marcho, sin poder evitar sentirme celoso, pues sé que ella, en su juventud, sentía atracción por Rudolph.

LORIAN

Llamo a la puerta. Reconozco su voz cuando me dice que entre.

- Hola, Rudolph -saludo sonriendo, como el primer día que hablé con él.

El mago se levanta de su silla, con los ojos abiertos como platos.

-¡**LORIAN... ¿ERES TÚ**?! ¡Creí que habías muerto tras la erupción del volcán! ¡Las noticias se extendieron como el mar, decían que no había sobrevivido nadie y...!

-¿Y tú, cómo conseguiste quitarte el árbol de encima?

- Ya lo habrás oído en mi explicación.

- Ya... y no esperarás que me crea toda esa sarta de chorradas...

No contesta, solamente sonríe.

- Estarás bien aquí, tramando tu venganza y con todo el mundo adorándote... –añado.

- No se está mal. Pero estaría mucho mejor si no tuviera que preocuparme por el desafío que aún tengo pendiente.

- Rudolph... ¿Qué te pasó al final en la penitenciaría? -pregunto tímidamente.

-¡Oooooh... por fin lo preguntas. Ya estaba empezando a pensar que no te importaba! –dice molesto, y se queda callado. No va a decir nada hasta que yo no siga preguntando.

- Cuando me fui, te quemaron y luego te azotaron encima... -al terminar de hablar, me percato de que no estoy haciendo una pregunta; lo estoy dando por hecho.

Rudolph se queda quieto y con la mirada perdida. De repente, tiene los ojos muy enrojecidos, como si fuera a echarse a llorar.

- Te hicieron mucho daño... -también esto lo estoy afirmando.

- Noooo... -me contesta pausadamente, yo pongo cara de duda -sólo deseaba morirme.

- Lo siento, de verdad... ¡Espera! ¿Cómo se que no te lo estás inventando, al igual que todo lo que has contado hace un rato?

Me mira como si fuese idiota perdida. Se da la vuelta y se sube su ancha camisa color azul claro. Las cicatrices indican que es cierto lo que cuenta. Un escalofrió me recorre la espalda. No puedo evitar el ir a abrazarle, y él me aparta delicadamente.

- Déjame... Lorian. Ya no lo puedes arreglar.

- Y a pesar de todo... no revelaste mi nombre.

- Nooo... no lo hice. De todos modos, lo del nombre sólo era para ellos otra forma de tortura, sólo que esta sicológica; ya sabes, por lo de los sentimientos de culpabilidad y todas esas idioteces. A fin de cuentas, si de verdad hubiesen pretendido encontrarte, lo habrían hecho de cualquier manera, conociendo tu nombre o sin saberlo.

- Aún así, gracias.

- No me las des... cuando luego me encontré tirado en el suelo, sin poder mover un músculo, me arrepentí de no haberlo hecho.

- Perdóname por no haberte dado la llave... -le pido casi llorando.

- Quizás, me las di un poco de superior el primer día, pero no debiste jugar así conmigo...

- Lo siento, no sabía que te iban a hacer algo así...

- Después, no se ensañaron tanto... Excepto el último día, que me dieron una paliza y me dejaron tirado en un estercolero, como si yo fuese un despojo... un vestigio humano.

-¡**YA BASTA**! -reclamo enfurecida.

- Está bien, tranquila. Pero que sepas que todo lo que te he contado ahora es verdad. Y respecto a lo del árbol... Tres meses después de salir de la penitenciaría, hice el examen y me concedieron el Libro de la Sabiduría. Los aldeanos buscaban a alguien capaz de castigar a Rodolfo, y yo me ofrecí voluntario tras sonsacarles una buena recompensa. En verdad, pensaba saldar mi deuda con Rodolfo de todos modos, pero si podía ganar dinero de por medio, mejor todavía. El hechizo le obsequió a la Bestia con una fuerza y vitalidad insospechables. Rodolfo derrumbó un árbol sobre mí y me torturó saltando encima. -todo esto que está contando ya lo sabía, pues me lo contó Leyden, y a este el propio Rodolfo, pero no interrumpo -Al final le di mi Libro, no sin antes pronunciar un hechizo para hacer que el tronco no pesase, y así, me lo

quité de encima cuando la Bestia se marchó. Tuve que nutrirme de lamiosas, correosas y rancias raíces hasta que llegué a esta ciudad. No volví al pueblo a reclamar mi dinero porque Rodolfo me estaría esperando.

- Y porque sabías que la gente del pueblo te acribillaría.

- Así es. Por cierto Lorian, esta noche dormirás en mi mansión.

LEYDEN

Camino con Nasti y Ronan hasta la habitación donde Rudolph espera las visitas, buscando a Lorian con la mirada, que quizá haya salido hace poco y se encuentre por aquí. Pero llego al cuarto sin haberla visto, y entramos los tres.

-¡Tres condimentos más para mi ejército! -dice Rudolph cuando nos ve, a modo de saludo.

Luego pregunta nuestros nombres.

-¿Y sois buenos luchadores, o también a vosotros os tendré que enseñar, como a todo el mundo? –se echa flores.

Rudolph coge un Cetro de acero –el mismo con el que realizó la magia en aquella reunión que más que nada parecía un espectáculo en el que él acaparaba todo el protagonismo –y a Ronan (el más fondón) le tira una fina espada de madera.

-¡Vamos, tú eres el primero, intenta vencerme!

Ronan coge la espada del suelo (no fue capaz de cogerla al vuelo) y tras unos movimientos fallidos o parados por el Cetro de su oponente, retrocede, poniéndose detrás de nosotros.

-¡Dale un arma como la tuya y ya verás cómo no te resulta tan sencillo! -exclama Nasti.

Rudolph se pone detrás de Ronan con un movimiento ágil y rápido y le zancadillea con el bastón, haciendo que trastabille y caiga, para luego quitarle la espada. Se la tira a Nasti, pero soy yo quien la cojo con un simple movimiento de muñeca.

-¡Qué haces Leyden, a ti no te la he tirado! ¡Respeta siempre los decretos de tu superior!

-¡Cállate, y lucha conmigo!

-¡Esta bien, aprenderás por las malas a arrodillarte ante mi trascendente figura!

Una vez delante de él, arrojo al suelo esa frágil espada, la cual estaría rota al primer golpe.

-¡**VAS A PAGAR POR ESTO**! –grita, molesto por mi ofensa.

Me lanza una estocada al pecho. Para poder esquivarla, me dejo caer de espaldas, y sin haber rozado prácticamente los barnizados adoquines, ruedo sobre mi columna vertebral hacia atrás y me quedo tumbado boca arriba, un metro y medio más lejos de mi anterior ubicación. Rudolph alza su Cetro y hace por golpearme, pero se ven sus intenciones a la legua, y sorteo sus insidiosos golpes con parsimonia.

- No te esfuerces más, no vas a tocarme.

Pero Rudolph continúa intentándolo, ya incluso cuando me encuentro de pié de nuevo. A continuación salto, me agacho, y hasta hago alguna voltereta y movimiento artístico, hasta que ya por el aburrimiento y porque veo que Rudolph se va a desmayar del agotamiento, le retuerzo el brazo en su espalda, obligándole a soltar el Cetro para recogerlo yo.

-¡**DEVUÉLVEMELO**! -me grita furioso -¡**DÁMELO AHORA MISMO O TE DESPELLEJARÉ VIVO**!

Nasti y Ronan se ríen.

- No creo que alguien tan descalcificado como tú, saque provecho diciéndome eso; podría romper tu endeble brazo sin dificultades –contesto, apretándole.

-¡Aaaah... está bien, pero suéltame ya...!

- Muy bien, pero antes resuelve una de mis dudas. Dime qué es ese cacho de metal al que tanto te aferras y qué puedes hacer con él exactamente.

- Es una baratija... nada que merezca tu incumbencia... lo que has visto en la demostración era todo mentira, nada más que trucos infantiles… -responde para probar si así se lo devuelvo.

- No te creo... -aprieto un poco más, hasta que veo que su cara enrojece otro tanto, esta vez por el dolor, que va sustituyendo a la ira.

-¡Está bien, está bien, todo lo que has visto antes es cierto, con el Cetro puedo hacer magia...!

-¿En serio? Es como el Libro de la Sabiduría, entonces.

-¡¿Cómo sabes eso?!

- Supongo que me podrías hacer bastante daño con cualquiera de tus embrujos...

-¡Por supuesto que sí! -dice con tono amenazador, a pesar de que ahora mismo está bajo mi custodia.

- Escúchame. Yo no soy una persona a la que te convenga intentar hechizar. Sólo quiero que tengas eso en cuenta.

Ahora que le tengo amenazado y a buen recaudo decido soltarle; creo que ya puedo fiarme un poco –sólo un poco –de él.

-¿Dónde has aprendido a moverte así? -me pregunta, aún consternado.

- La Bestia me ha sometido a sus entrenamientos.

Rudolph se queda perplejo.

-¡¿**CÓMO**?!

- Sí, la Bestia, Rodolfo II… como lo oyes.

- Ronan... Nasti... ¿Podríais dejarme hablar a solas con él? -les pide Rudolph.

Ambos se despiden de mí y se van.

- Con que conoces a Rodolfo...

- En concreto, soy su hijo.

-¡¿Qué? Ya lo entiendo, ha mandado a su sucesor venir hasta aquí para torturarme! -vocifera, arrebujándose contra un rincón al sentirse indefenso sin su Cetro, que todavía no le he devuelto.

Coge la espada de madera del suelo.

-¡**NO TE ACERQUES**!

- Tranquilo Rudolph... yo también lucho contra la Bestia.

Dejo el Cetro en el suelo lentamente. Rudolph lo coge con tanta aprensión que hasta se tropieza.

Una vez que lo vuelve a tener en su poder, ya está más tranquilo.

- Si es verdad que tú también luchas contra la Bestia, supongo que no serás más que otro de los pobres amargados a los que ha dado una existencia insufrible -prueba, quizá para provocarme y darme a entender así que no me tiene miedo; pero sólo logra adivinar.

- Con que... has arrojado un sillón al pecho de Rodolfo... también le has tirado por la ventana... ¿No habrá sido al revés, por casualidad?

Me mira desconcertado.

-¡¿Cómo... cómo sabes tú eso?! -interroga irritado.

- Me lo dijo la Bestia. Igual que me ha contado cómo zambulló tu cabeza en el lago hasta casi ahogarte; y saltó sobre el tronco que él mismo derrumbó sobre ti, torturándote de esa manera.

-¡Ya vale, no intentes robarme la razón, y deja de recordármelo! Y a ti ¿qué te ha hecho la Bestia? –pregunta en tono despectivo, todavía desconfiando.

- Lo peor de todo es que me quitó toda mi libertad, mi vida se limitó a hacer en cada momento lo que él quería. No puede conocer la brisa, ni la luz del sol... ni nada, hasta que me escapé. Aparte de eso, me pegaba cuando quería, solía flagelarme con su látigo o quemarme con hierro...

Se queda absorto un momento mientras recuerda.

- A ti te han hecho lo mismo que a mí, pero con mayor crueldad.

No puedo evitar sonreír al ver la cara que pone.

-¡¿También eso te lo ha dicho la Bestia?!

- Sí, pero me lo ha contado más detenidamente Lorian.

-¡¿**ES QUE OS CONOCÉIS**?! -exclama, cada vez más descompuesto.

- Sí...

-¡Entonces, ella sabía todo lo que me pasó cuando salí de la penitenciaría y Rodolfo me aplastó con el árbol, y sin embargo, no me ha mencionado nada!

- Hay otras cosas que le preocupan más.

No me contesta, sabe bien a lo que me refiero. Se queda pensativo durante unos segundos.

- Por cierto Leyden, esta noche va a dormir Lorian en mi mansión, si quieres puedes venir tú también. Y llévate a tus amigos, Nasti y Ronan.

Le miro sorprendido.

- Esta bien, pero... ¿Por qué lo haces?

- A Lorian la invito por ser conocida y haber tratado de ayudarme en el pasado. A vosotros tres, por haceros un favor, para que no tengáis que dormir en el cuartel con “los sin techo”.

- Me gustaría saber... cómo te libraste del árbol.

- Recréate en lo que he contado hace unas horas. Si eso no te convence, puedo alumbrarte ahora mismo con otra versión más verosímil en la que...

- Si no me quieres contar la verdad, no me importa. Ya se lo preguntaré a Lorian. –le digo sonriendo para que vea que me da exactamente lo mismo.

Veo que estruja y comprime sus manos, con los puños cerrados y mirada discorde, como si estuviese en trance; y compruebo que tras mi respuesta los músculos de su cara comienzan a contraerse, por lo que opto por marcharme antes de perturbarle aún más o de que se lo piense mejor y me lance un maleficio.

- Adiós Rudolph, que lo pases bien fantaseando sobre tu venganza –suelto burlonamente.

Un criado al que Rudolph ha mandado acompañarnos nos guía hacia la mansión del hechicero, y al llegar, abre la puerta principal con su llave, encerrándonos una vez que estamos dentro. Se nota que Rudolph no trata de disimular sus prejuicios hacia nosotros; debe creerse que le vamos a robar, y piensa que encerrándonos no le podremos quitar nada ya que estamos atrapados en su propio recinto.

La mansión de Rudolph podría decirse que es igual que el palacio de la Bestia si no fuese porque la del mago se halla mundanalmente desordenada y es muchísimo más pequeña. En ese momento entra Rudolph por la puerta que da al exterior.

-¡Bien, ya estáis todos aquí! Me voy a dormir. -suelta el hechicero.

Nos quedamos un tanto extrañados con estas frases, pero conociendo sus altibajos, no le damos la mayor importancia.

Nos quedamos los cuatro en la sala principal un rato más.

- Lorian, he pensado que no tiene sentido que Rudolph contase en aquella especie de teatro que los monstruos esos se comieron el Libro de la Sabiduría, a fin de cuentas, lo tiene Rodolfo.

- Es verdad... -se percata Nasti.

- Supongo que quiere hacer creer a sus luchadores que ellos son invencibles, y que Rodolfo no tiene nada con lo que hacerles frente.

- Es cierto que los 800 combatientes de Rudolph podrían vencer a la Bestia sin apenas dificultades, siempre y cuando Rodolfo no tuviese el Libro en su poder -dice Lorian.

- Mañana arreglaremos cuentas con él -termino.

Lorian y yo nos acomodamos en la habitación contigua a la que duerme el mago; Ronan y Nasti, después de la nuestra.

Subimos Lorian y yo al balcón. Ya es de noche.

A lo lejos, se ve una columna de humo ascendiendo por el cielo.

-¡Mira Lorian! ¿No es aquello Laukar? ¡Le han prendido fuego!

-¡Es verdad... Seguro que ha sido la Bestia! Dios... menos mal que han venido conmigo Nasti y Ronan... podrían haber muerto como Oscar y Miguel... Pero pronto terminarán todas estas masacres.

- Lorian... cuando me halle frente a la Bestia, no sólo lucharé para cumplir mi venganza y por la salvación de la gente inocente que todavía no ha muerto. También lo haré por ti, a tu lado, por haberte violado Rodolfo; y sobre todo, por haber matado a tus seres queridos.

- Leyden, yo no he venido hasta aquí a por venganza o justicia... si no para estar contigo porque... te quiero. Yo no soy como Rudolph, ya tenía mi vida en el pueblo, y si lo he abandonado todo, es porque quiero estar contigo... por lo que si luchas, yo pelearé a tu lado, y si morimos... lo haremos juntos.

Arrimamos lentamente nuestras cabezas, y por fin unimos nuestros labios para fusionarlos en un beso y envolvernos pasionalmente en él, mientras tomamos la saliva el uno del otro.

Me duermo abrazado a Lorian.

-... ¡Noooo, por favor! -me despierta Rudolph con sus voces, que horadan la pared desde el otro lado.

-¡Haceeeed que seee caaaaaaaaalle, lleva así media hora! -chilla Ronan.

-¡Partid al Inframundo!

Me levanto con cuidado para no molestar a Lorian. A medida que me acerco, los gritos del hechicero se oyen más altos.

-¡Soltadme, asquerosos, no permitiré que Rodolfo me siga azotando ¿Por qué caen árboles del cielo en vez de lluvia?!

Entro sigilosamente en su habitación. Rudolph se ha caído de la cama. No le saco de sus pesadillas, pues esta tan traumatizado que en cuanto vuelva a dormirse seguirá soñando lo mismo.

-¡Noooo, nooooo, con el tronco ardiente nooooo!

Le paso la manta por los hombros y me voy. Rudolph oye el chirriar de la puerta y se despierta.

-¡Humillaré a cualquiera que ose retarme! -disimula, sin estar muy seguro de si alguien ha entrado en su cuarto o son sólo imaginaciones suyas.

Vuelvo a tumbarme en la cama junto a Lorian.

-¡Nasti, Nastiiiiiiiii ¿Estas despierto?! -exclama Ronan unos minutos después.

- Ahora sí -contesta el otro, con el cerebro entumecido todavía.

-¡¿No me digas que no has oído a Rudolph?!

- No... a quien he oído es a ti...

- Pues a mí me han despertado sus agonizantes chillidos. Me voy a dar un paseo, y tú vienes conmigo.

- Pero si sólo son las seis de la madrugada...

Me despiertan los rayos de luz, socavando mi vista. No se escucha ningún ruido en toda la casa, ni siquiera a Rudolph implorando. Me da la impresión de que no hay nadie en todo el recinto. Me pongo frente a la puerta de la habitación del mago.

-¡Rudolph, sal de tu dormitorio, que tengo que hablar contigo! –lo cual es mentira, sólo quiero saber si este está en su cuarto.

No contesta. Fuerzo la puerta, pero esta atrancada desde dentro y no consigo abrirla. Espero unos minutos ante la madera para cerciorarme de que el hechicero no se halla en su habitación. Como no escucho sonido alguno, corro hasta la entrada principal para saber si realmente el mago se ha marchado él sólo y a nosotros nos ha dejado encerrados a posta. Y así es, la puerta que da a las afueras también está cerrada con llave. No podemos salir de la casa de Rudolph ¿Pero por qué puede habernos hecho algo así?

-¡Lorian, despierta, Rudolph nos la ha jugado. Nos ha dejado aquí encerrados. Ya sabía yo que este nos había traído a su casa intencionadamente!

Se levanta, medio desvanecida, y lo averigua por sí misma.

-¿Y Nasti y Ronan, también están aquí, encerrados con nosotros? -pregunta.

- Ellos se fueron de aquí al amanecer, cuando todavía Rudolph no había echado la llave.

-¿No nos estaremos precipitando al culparle a él? ¡¿Y si ha venido la Bestia y los ha matado a todos?!

- Y casualmente nos ha dejado vivos precisamente a nosotros dos.

- Tienes razón.

En ese momento se abre la puerta principal, dejando paso a Rudolph. Le acompañan tres criados.

-¡Tuuuu! -exclamo.

El hechicero me ignora.

-¡Llevas puesta tu túnica de mago! -dice Lorian.

-¡Pues claro. Es mía, me la pongo cuando quiero! -contesta Rudolph, como si el haberse puesto la túnica fuese un hecho de todos los días. Pero todos sabemos que sólo se la pone para sus conferencias y poco más.

-¡Admite que nos has dejado encerrados por algo! –incrimino.

- Oooohhh, ¿que no podíais salir de aquí? Pobrecitos... –dice con una sonrisa en los labios - pero yo no he tenido nada que ver.

-¿Insinúas que la puerta se ha cerrado sola? ¡Alguien nos ha encerrado aquí dentro -acuso dirigiéndome a él -y quiero saber por qué!

- Ooooh, eso han sido mis criados. ¡Bien que les he advertido que tengan cuidado de cerrar la casa con mis invitados dentro! Pero parece ser que tienen poca memoria. ¡Jack, Úrsula, Fabio; despedidos! -grita Rudolph, y luego hace un ademán de marcharse como diciendo que ya está todo solucionado, pero yo le detengo.

-¡Y también has encallado la puerta de tu habitación!

- Oooh... por favor ¿Y no tengo derecho a hacer lo que quiera con la puerta de mi habitación?

- Por supuesto... ya lo...

-¿Cómo dices, es que por una vez me estás dando la razón? –pregunta extrañado.

-¡Decía que ya lo tengo, has dicho algo en la reunión que no querías que nosotros oyéramos y por eso nos has metido aquí!

-¡¿Pero por quién me tomas? ¿Crees que te estoy ocultando algo, no es así? Pues para tu información, no te he despertado antes de irme porque... por un día que puedes descansar en una cama decente, recapacito: en una de mis numerosas decentes camas, me pareció un crimen molestarte...! Además, sólo les he estado contando lo que me pasó aquel día en que estuve en la penitenciaría de Rodolfo; os lo voy a explicar a vosotros también, para que os hagáis una idea: me habían vendado los ojos y atado las manos. Yo pedía agua porque llevaba más de dos semanas sin beber. De pronto entró a la sala un guardia con una vara de hierro; yo tenía puestas las manos alrededor de los barrotes... ¡y mis sensacionales sentidos me avisaron del peligro que corría, -sigue narrando, ahora mucho más exaltado -así que retiré las manos justo cuando el alguacil golpeó. Tan fuerte fue el estacazo que... dobló ligeramente las rejas, y yo me pude escurrir entre ellas para escapar. Después, llegó otro de los secuaces con un cuenco de agua mezclada con amoníaco... que además estaba hirviendo, y que me iban a hacer beber. Pero yo corría libre por toda la galería; y este último centinela, a falta de mejores alternativas, trató de derramar el líquido hirviendo sobre mi cuerpo... pero yo lo esquivé y cayó sobre...!

-¿Pero qué estás diciendo? -dice Lorian.

- Lo que pasó cuando...

- Yo estuve allí ese día y lo vi todo, aunque tú no me viste a mí: Primero, sólo habías estado en la prisión cuatro días, no dos semanas. Segundo: después de que te golpeasen con la vara te hicieron tragarte el amoníaco...

- Pues ya está, ¿y qué he dicho yo? Leyden, eres un gran luchador, ocuparás la primera fila conmigo durante la gran batalla. Tú, Lorian, las líneas medias, con Nasti y Ronan -cambia de tema al ver que no nos puede engañar, pues Lorian sabe lo que ocurrió de verdad.

- O peleo junto a Leyden, o ya puedes olvidarte de mí como soldado.

- Ponte donde quieras y con quien quieras -contesta Rudolph sin darle la menor importancia. -Pero... ¿Me ayudaréis a luchar contra la Bestia, verdad?

- Rodolfo me persigue a mí, por lo que esta guerra es también mía -contesto.

-¡Eso significa que me ayudaréis! Gracias. -añade lealmente.

Entonces entran Nasti y Ronan por la puerta principal y se acercan corriendo.

-¡¿Pero vosotros dos no estabais en vuest...?! -dice Rudolph, cortando en seco al reparar en la acusación de mi mirada.

-¡Hemos... hemos ido... y... vuelto... dos veces...! -exclama Ronan, jadeando.

-¡Miradles bien, vienen borrachos, fijaros en el alcohol que aún chorrea por sus camisas! - hace por argumentar Rudolph, como si quisiera encubrirse.

- Es sudor.

- Nos fuimos de casa a las seis, saliendo por la puerta principal que aún estaba abierta. Por casualidad fuimos hasta el cuartel, donde estaba Rudolph soltando su royo, y fuimos hasta la mansión para avisaros, pero la puerta ya estaba cerrada. Volvimos de nuevo al cuartel, pero ya no había nadie. Sin saber qué hacer, fuimos otra vez a casa, y puerta estaba abierta de nuevo. - explica Nasti.

-¡Nos quería tener a todos aquí dentro para que no pudiéramos escuchar lo que decía en la asamblea de hoy. Está utilizando a todo el pueblo, nadie sabe que la Bestia tiene el Libro de la Sabiduría, excepto nosotros! -exclama Ronan.

-¡Sabed que la Bestia acaba de formar su propio ejército! -imita Nasti a Rudolph durante su charla -Me llegó el mensaje ayer, pero no hay de qué preocuparse, es imposible que la Bestia consiga una horda tan grande como la nuestra, pues sólo los más estúpidos se unirían a su ejército. Además, yo tengo el Cetro del Poder, y a Rodolfo, que no posee ningún objeto mágico con el que defenderse, le venceremos en un instante!

-¡No les escuchéis, se lo están inventando! -exclama Rudolph, angustiado.

-¡Si no le dices la verdad al pueblo lo haremos nosotros! –exclamo.

-¡Todo hubiese salido bien de no ser por estos dos imbéciles; ya os había convencido para que luchaseis conmigo y os había hecho creer que esta mañana no había contado nada especial en la reunión... y ahora todo tirado por la borda! -vocea el hechicero, enfurecido. -Si hubiera echado la llave ayer por la noche en vez de ordenárselo a mis criados esta mañana...

-¡Ya le estás diciendo a toda esa gente la verdad, o lo haré yo misma! -advierte Lorian.

-¡¿Pero es que no lo entendéeeis? La gente debe tener seguridad en sí misma y en la victoria durante la gresca si quiero tener mi veng... si queremos vencer!

-¡¿Acaso te es indiferente que mueran todos tus soldados? Deben ser prevenidos contra el Libro! -contesto.

- Vaaamoos... ¿Qué puede pasar? Todos mis oficiales están radiantes, no tienen miedo; si les contáis la verdad se echarán atrás... -intenta disuadirnos Rudolph.

- En principio no tiene por qué pasar nada, pero la Bestia es inteligente, aunque parezca lo contrario. ¿Y si usa el Libro contra tus soldados? Ellos no saben que Rodolfo lo tiene. Si lo supieran, podrían escudarse de alguna manera. -respondo.

- Yo puedo parar los embrujos de Rodolfo.

-¿Entonces podrías bloquear cualquier hechizo de la Bestia con tu Cetro? -pregunta Lorian.

- Cualquier magia que malgaste sobre mí, como bolas de fuego, rayos; fenómenos naturales en sí... yo podría destruirla; aunque él también puede suprimir a mis sortilegios si son de ese tipo. Pero si la Bestia ejecuta algún maleficio que requiera mucha energía, como por ejemplo, un embrujo que afecte a toda mi tropa, yo no lo podría detener o exterminar, sólo lo podría rechazar con mi Cetro para que no me afectase a mí, cosa que él no podría hacer si soy yo quien le lanzo primero ese hechizo de gran poder contra su tropa, pues el Libro es "mucho" menos poderoso que el Cetro.

-¿Y qué sortilegio podría conjurar la Bestia contra todos tus legionarios?

- Mi Cetro permite la utilización de magia capaz de cambiar la personalidad, puede depravar la mente de los sujetos fácilmente. En algunos casos, otorga la cordura y el amor, pero sólo en los cerebros cuyas intenciones sean difusas. Por lo que no accederá hasta la mentalidad de Rodolfo.

"Si la Bestia tuviese mi Cetro, podría controlar la mente de la gente y hacerles actuar a su conveniencia sin muchas complicaciones. Pero nunca lo tendrá, y aparte de ese hechizo no hay ninguno con el que se pueda sacar provecho, y el Libro tampoco contiene ninguno beneficioso con el que pueda sacar provecho utilizándolo contra todo mi ejército."

- Dices que no podrías cambiar la mente de Rodolfo porque es demasiado fuerte, pero ¿y la de sus soldados?

- Quizá sí, pero de todos modos no está permitido usar el Cetro para esos fines.

-¿Y si la Bestia cambiase de personalidad a alguien tú podrías devolverle la suya? -cuestiona Lorian.

- Sólo matando a la Bestia, que es quien habría realizado el hechizo en este caso. Aunque también el mismo Rodolfo tendría el poder de restituírsela; cosa que no haría.

-¿Y sólo te puedes curar automáticamente con el Libro o también el Cetro tiene esos poderes?

- Ambos tienen ese don especial.

- Pero supongo que no te podrás sanar a la vez que te están hiriendo...

- Pues claro que no, necesitas un mínimo grado de concentración, igual que para realizar cualquier sortilegio. Y no creo que mientras te estén golpeando dispongas de la suficiente

entereza como para abstraerte del dolor y pensar en las palabras, además de que hay que pronunciarlas con claridad y sin vacilar.

-¿Y puedes salvar a otra persona?

- Requiere aún más concentración que hacerlo con uno mismo. Pero sí se puede siempre que el daño no sea muy grave.

-¡Parece razonable todo lo que cuentas, Rudolph, pero no conoces a la Bestia como yo! -sigo negándome.

-¡Yo tampoco lo permitiré, Rodolfo puede sacar partido de cualquier situación por muy mal que le vayan las cosas. No engañaremos al pueblo, y no se hable más! -discrepa también Lorian, ya definitivamente.

-¡Os he contado toda la verdad sobre mi visión de la batalla, y he respondido a todas vuestras estúpidas preguntas para que compartáis mi perspectiva y que también vosotros entendáis mi postura de no revelarles que el Libro lo tiene la Bestia! ¡Pooor faaaavoooor... no podéis hacerme eesto... no podéis meterles a los guerreros ideas contradictorias en sus insípidas cabezas, no lo hagáis, por favor! -suplica el mago, abrumado.

- Lo siento mucho, Rudolph -le digo mientras Lorian abre la puerta, ya para marcharse al Cuartel y decirles la verdad.

-¡Esperad -continúa el hechicero -Me he esforzado mucho para tener a todo el pueblo a mi absolución, y no podéis hacer que se desvanezcan así mis esperanzas; no podéis hacerme esto. Vosotros no tenéis ni idea de cómo lo estoy pasando. Podéis conocer parte de mi vida, pero nunca la sentiréis como yo.

“Incluso tengo pesadillas todas las noches: pastosas y gelatinosas manos me sujetan mientras que la Bestia me hostiga. Y a continuación, siempre llueve. Las gotas que caen, que al principio sólo son puntos ordinarios surcando los fruncidos cielos, se van estirando poco a poco hasta transformarse en electrificados troncos de árboles, que impactan contra la tierra como centelleantes relámpagos; y a veces, contra mí”.

“Y cosas mucho peores que no os cuento porque sé que no las soportaríais”.

“Pero, a pesar de todo lo que he sufrido -continúa ya más tranquilo -apuesto a que vosotros lo habéis pasado peor que yo, y también deseáis humillar a Rodolfo. Leyden, la Bestia te ha tratado como a un insignificante esclavo durante diecinueve años, basándose en ti para sus diabólicos fines y despojándote de toda tu libertad. Seguro que por mucho que me haya hecho a mí, tu existencia ha sido considerablemente peor que la mía; a fin de cuentas, yo he tenido más alternativas y he conocido otras formas de vida, y tú, en cambio, te has limitado a entrenar durante toda tu vida. Créeme que todo saldrá bien si no decís nada. ¡Pero corred, corred a contarles a todos que la Bestia tiene en su poder el Libro de la Sabiduría, y veréis cuanto tardan todos en acobardarse! ¿Enserio piensas dejar que Rodolfo se salga con la suya después de todo por salvar unas cuantas vidas? ¿Después de todo el daño que te ha hecho…Leyden?”

- Está bien Rudolph... se hará como tú dices... -contesto finalmente cuando se empiezan a proyectar ante mí las penosas instantáneas de lo que ha sido mi vida.

El mago me sonríe, ya conforme, y pasa su brazo alrededor de mis hombros.

-¡Sigo sin estar de acuerdo! -declara abiertamente Lorian.

- Lorian, los asuntos que te hayan traído aquí no me conciernen, aunque atisbo que no es venganza o justicia lo que buscas. Pero me apostaría ahora mismo, y aún sin tener pruebas de ello, que tenías buenos amigos en Teócedas, sin descontar que allí vivías con tu familia. ¿Debo recordarte que estarían todos vivos de no ser porque la Bestia...?

-¡**DÉJALA EN PAZ, RUDOLPH**! -le grito, alzándole de la camisa contra la pared.

-¡Sí... lo haré a tu manera Rudolph, he de admitir que yo también deseo vengarme de la Bestia; y quiero que sufra antes de morir! -exclama Lorian, con la mirada en ascuas debido a las lágrimas.

Rudolph abraza a Lorian para disculparse por lo dicho y como agradecimiento a que esta haya aceptado.

- No pienso luchar al lado de este aprovechado -dice Nasti.

-¡Yo tampoco! -le sigue Ronan.

- A vosotros no os conozco, por lo que no podré iluminaros con un fundamento por el que combatir. -dice Rudolph -No obstante, siempre nos vendrán bien dos guerreros más durante la batalla.

- No vamos a pelear -termina Nasti, y se van.

- Ya se arrepentirán -dice el hechicero, como si el luchar junto a él fuera una tentación para los demás.

-¿Por qué tenías cerrada también la puerta de tu habitación, Rudolph? -le pregunto.

- Para que no pudieseis ver la puerta trasera que hay en mi dormitorio, la cual da a la calle, y por donde he salido para que nadie se diera cuenta. -responde.

- Déjame ver el mensaje que te envió la Bestia -le pide Lorian.

-¿Cómo llegó hasta ti?

- Lo trajo uno de los emisarios de Rodolfo.

-¿Si no te hubiera llegado la carta avisando sobre el inicio de la guerra seguirías entrenando y aumentado el número de oficiales, verdad?

- Por supuesto.

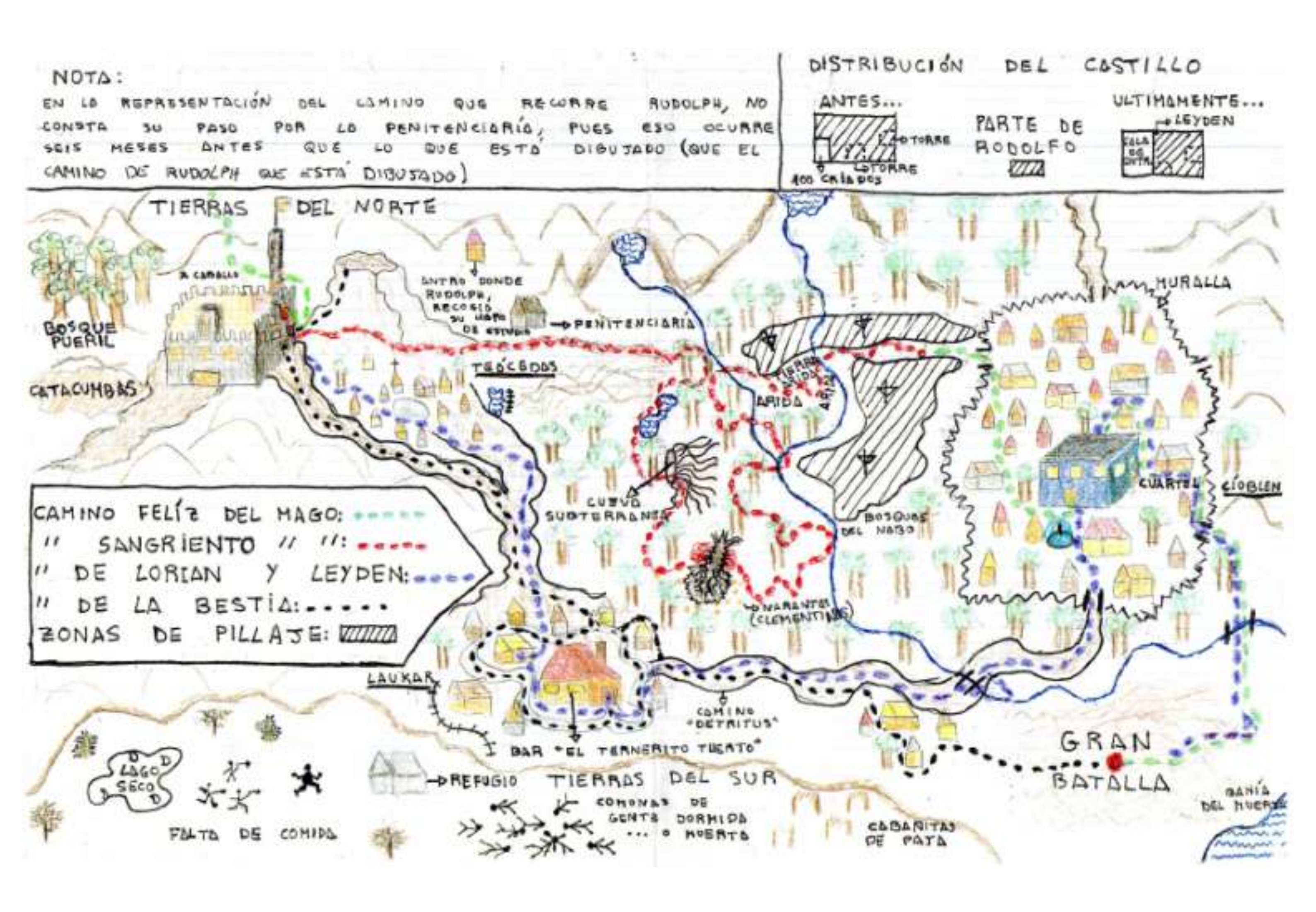
- Supongo que el mensaje te llegaría ayer por la mañana, antes de conocernos y de hablar con Lorian. Como adivinaste que te daríamos problemas al saber que estabas mintiendo a la gente, y de alguna forma tenías que alertar a tu ejército para que estuvieran preparados a la hora del asalto y darles ánimos ocultándoles que el Libro lo tiene la Bestia, nos encerraste aquí para que no pudiésemos escuchar; simulando una equivocación de tus criados para luego continuar fingiendo.

- Veo que lo has captado -dice Rudolph fingiendo aburrimiento, mientras busca el mensaje para dárselo a Lorian.

No hace mucho que me dieron la noticia de que tú, Rudolph de la Iglesia, eres ese "Intrépido Capitán" del que tan poco se habla y al que tan poco se le conoce (pues sólo te guarda lealtad el pordiosero pueblo en el que predicas), y sin embargo, tanto fanfarronea y presume. Aunque tratándose de ti, ya es una gran hazaña el hecho de que hayas cuajado como Patriarca de la pequeña panda de pánfilos que se quedan embobados contigo y te aplauden: "La pandilla de Rudolph" ¿Suena bien, eh?.
Y todo esto, sin haber usado tu Cetro del Poder (al cual menciona crónicamente mi servicial y complaciente Libro de la Sabiduría y por eso se que existe) para controlar sus personalidades, pues no habrás olvidado que el castigo es duro para el que obre de esta manera ¿verdad?. "Quien use el Cetro para esos fines, será poseído de esa misma manera por la persona /s a la que haya intentado controlar, pues tendrá oficial autorización para ello", dicen los vejestorios arcaicos del Consejo de Magos; que aún no se han pasado de caducidad y siguen retozando por ahí. En todo caso, no creo que hayas utilizado tu Cetro para esos fines, pues se que no te gustaría terminar tus días como siervo de algún necio, con lo "tuyo" que tú eres.
La verdad, nunca pensé que volvería a ver tu puerca cara de nuevo, pero así será. Y es que, cuando te aplasté para que mejorases el lado dócil y servil que llevas dentro, bajo aquel homogéneo bloque de madera compacto y magro, y sobre tu propia sangre ya hecha grumos y colmada de perdigones, pensé satisfecho que no tardarías mucho en sucumbir ante las hambrientas chinches en tu tumba de roble. También habría gozado mucho si hubieses muerto desnutrido, como un hereje o proscrito desterrado cuyo veredicto sería vagar bajo las estrictas leyes de la naturaleza en la intemperie, hasta fallecer y quedar sepultado en los estómagos de la fauna.
Pero en cualquier caso, y dado que finalmente has sobrevivido, acude mañana al atardecer al campo de batalla, pues si no me opones resistencia tardaré aún menos en tomar Cíoblen, con murallas o sin ellas, y dejarás al fin de alardear y fanfarronear.
Posdata: cuando tenga el Cetro también, me consagraré como el Dios que soy.

FRDO: Rodolfo II.

- Haré tronar los campanarios y soplar los cuernos para que mis guerreros se vayan preparando, pues en un par de horas nos enfrentaremos con la Bestia. -dice Rudolph -Vosotros dos, venid conmigo. Estas son vuestras majestuosas monturas -continúa, señalando dos caballos bastante más menudos, arrugados y encogidos que el suyo.



La gente conserva su avidez para la lucha. Desfilan todos gallardos y perseverantes, con ganas de pelear, y ni siquiera montan en un escuálido corcel o embriagado burro. Nosotros tres encabezamos la marcha. Rudolph viste un poncho blanco sobre su camisa azul clara y pantalones de cuero; como el día en que le torturaron bajo el árbol, aunque dudo que sea el mismo ropaje, pues este acabaría bastante desgarrado.

En cuanto llegamos nosotros, vemos aparecer en la lejanía a la degenerada y poco numerosa tropa de Rodolfo. Ochocientos guerreros contra ciento cincuenta monstruos, calcularía yo a

simple vista. Lo que no esperábamos ninguno de nosotros es que el ejército de Rodolfo estuviera compuesto de Bestias. Esto complica bastante la victoria, pero nuestro ejército sigue siendo mucho mayor.

A pesar de la descomunal fortuna que Rodolfo ha ido acumulando en sus tiempos de Rey debido a los exorbitantes impuestos; no ha empleado ni una milésima parte de ella en armaduras o carcasas para las fieras de su legión; pero lo más sorprendente es que tampoco empuñan ninguna clase de armas.

Visten sus ordinarias indumentarias de todos los días, como si en vez de estar reclutados para pelear contra una horda de soldados, hubieran sido enviados a atender sus establos y graneros. Reconozco que nosotros tampoco estamos muy acorazados (lo estaban tanto como sus enemigos), pero no hemos tenido tiempo para prepararnos mejor; y eso es algo que está claro porque ni siquiera a Rudolph le abriga un fino blindaje. La Bestia, en cambio, sí podría haber aplazado la lucha para otro momento y cedido a sus mercenarios algún recurso para pelear; al menos un cuchillo...

En el atardecer rojo, el mago intenta localizar a su acérrimo enemigo, con mirada furtiva y ojos desorbitados; pero después del intenso recorrido ocular, no logra divisarle.

-¡Qué Rudolph ¿Consigues ver a la Bestia?! -pregunto irónicamente, sabiendo ya de por sí que no, mientras le suelto una palmada en el hombro.

A sabiendas de que con este comentario me estoy burlando de él, decide no contestarme.

- "Querida" prole (incluso yo me sorprendo de las palabras que acabo de decir -pensaba el mago -Bueno... supongo que por interés podría servir). Por fin ha llegado el día; no me vale que me hayáis colmado de ovaciones y mitificado como a un glamoroso Dios…

-¿Tú crees que si todos los que estamos aquí le tirásemos… aquellas habas, por ejemplo, se enteraría por fin de que no escuchamos las estúpidas historias que inventa en sus absurdas reuniones porque las creamos, sino porque nos divierten? –dice uno situado detrás de mí. No puedo reprimir una sonrisa ante verdad dicha.

- Salta a la vista que no. Desde que tiene uso de razón ha debido pensar que es el ombligo del mundo, para llegar ahora a tales términos. –le contestan.

- Le tiremos lo que le tiremos pensará que es laurel y que encima le estamos coronando. –responde otro.

-…Es ahora cuando debéis demostrarme vuestra devoción. –sigue Rudolph, que no se entera de nada de lo que mascullan a expensas suya. -Tenéis que saber, además, que la gran mayoría de vosotros moriréis…

- Claro… por qué no… -suelta otro.

-…Y yo, viviré para conmemoraros... bueno, no, para otras cosas; el caso es que yo viviré y vosotros no. Y recordaros que, a la hora de vuestros "tristes y lamentables" -hace un gesto de comillas con los dedos para remarcar el sarcasmo -finales, no debéis renquear ni rezar vuestras plegarias. Tenéis que estar siempre beligerantes y fogosos, incluso mientras perecéis…

- Es que no le soporto… si no fuera porque es un hechicero con poder que nos va a ayudar a derrotar por fin a la Bestia…

-…Si queréis, podéis pensar en mí mientras os destrozan; aunque a fin de cuentas os va a dar lo mismo porque yo no podré leer vuestras mentes, y si así fuera tampoco me molestaría en ayudaros... En fin, qué más da.

-¡¿Pero qué estás diciendo, Rudolph?! -le interroga Lorian.

- Contéstame una cosa, Lorian ¿Quién de todos nosotros es el legendario líder? Yo. -responde él mismo -Pues entonces, déjame a mí dar la conferencia y predicar a mi manera estas bien dichas palabras de ánimo; como en la vieja usanza.

- Por favor Rudolph, cállate ya y prepara a los artilleros. -le digo, poniendo los ojos en blanco.

El mago me ignora, aunque al menos considera mi propuesta.

-¡Tiradores! -exclama Rudolph -¡Apuntad con las catapultas, ballestas, y arcos!

Los especialistas toman estos artilugios, y señalan con ellos a las bestias dejando un determinado ángulo de inclinación.

-¡Disparad!

Al soltar la carga, los diversos artefactos salen despedidos contra los monstruos de las primeras filas; que al no poseer escudos, son exterminados al instante.

Y por fin da la orden de ataque, dispuesto a atravesar las insignificantes fronteras rivales, ya que el ejército del mago es tres veces mayor.

-¡A luchaaaaaaar, mis dogmatizados zánganos! -suelta triunfante, pues cada vez está más cerca de su bramada venganza.

Todos los luchadores comenzamos a correr hacia las barreras enemigas gritando vivamente para olvidar el miedo que nos atormenta y enfrascarnos en el fragor de la batalla.

Las bestias del ejército de Rodolfo permanecen erguidas, pero sin realizar el menor movimiento; son como pegotes desfigurados. Rudolph cabalga ansioso de sangre sobre la planicie, con toda su horda siguiéndole. Lorian y yo, cada uno en nuestras respectivas monturas, galopamos a ambos lados del hechicero. Llega un momento en el que le adelantamos. Rudolph se enfurece, pues desea encabezar la marcha, pero con toneladas de esfuerzo contenido -esto lo sé porque le veo sudar, y eso que es su corcel quien desempeña el trabajo duro -se mantiene a duras penas entre nosotros.

A medida que nos acercamos, me voy preguntando, ya muy seriamente, por qué las bestias siguen sin moverse. Finalmente, llego a la conclusión de que Rodolfo trama algo. Cabalgo más despacio para comunicárselo a Lorian y a Rudolph, pero éste, que prosigue en su obsesión de humillar y acabar con la Bestia cuanto antes, no se digna ni a mirarme.

- Lorian, debemos salir de la batalla. Esto no es normal.

-¿Por qué, Leyden? ¿Qué ocurre? -me pregunta.

- Es ilógico que las bestias continúen sin moverse y que Rodolfo no patrulle sus filas. Aún no le he visto, debe estar escondido entre los monstruos, planeando cualquier cosa -explico.

- O incluso la presencia de las bestias podría tratarse de una sucia treta para entretenernos aquí mientras Rodolfo se infiltra en la ciudad.

- Sea lo que sea lo que la Bestia esté tramando debemos huir y averiguarlo.

- ¿Qué tal por los extremos? -plantea.

- Bien pensado -elogio su propuesta.

- Nos encontraremos sobre el acantilado en veinte minutos -se despide Lorian.

El odio que invade al mago enturbia su mente y ciega sus sentidos, obstruyendo el fluir de sus pensamientos, de forma que no se para a pensar que el estado de petrificación de sus oponentes no es natural, y por lo tanto debe ser parte de algún inexplicable plan.

Así que, cuando vio que Lorian y yo nos retrasamos en la corrida mientras comunicábamos nuestras dudas y él volvía a ser el primero, una sonrisa iluminaba su oscuro rostro para realzar su contento.

El hechicero se sorprende bastante ahora, al observar cómo Lorian y yo nos desviamos hacia los extremos con movimiento presto, pretendiendo salir de la guerra por los laterales.

-¡Volved aquí, cobardes! -grita Rudolph.

Avanzo lo más rápido posible entre las bestias -que siguen como al principio -y mis compañeros de armas, quienes cabalgan veloces blandiendo las afiladas espadas y sujetando las agudas lanzas. La tropa del hechicero sigue galopando firmemente, ignorando mi presencia; parece no importarles el hecho de ensartarme con una de sus armas.

El estrecho pasadizo espinoso se va empequeñeciendo inexorablemente. Quedan aproximadamente cinco metros para escapar de la lucha, cuando tengo que saltar del caballo, pues en caso contrario un desaprensivo humano me hubiera insertado su lanza en el costado.

Me encuentro tirado en el suelo y sin munición, puesto que en un momento de desesperación había arrojado mi pesada espada en un intento para que mi montura galopase más rápido -por el hecho de transportar menos peso –en mi carrera hacia los dorsales de la batalla; insensata ocurrencia de la que en estos instantes me arrepiento.

Gateo lo más agachado que puedo, escabulléndome entre humanos y repulsivas y espantosas bestias, que aunque no se han trasladado ni un palmo durante todo este tiempo, solamente se defienden de los drásticos ataques que lanzan sus contrincantes. La baba de esos seres espumea y burbujea, chorreando por sus deformes mandíbulas, menester que veo si alzo la cabeza, pero prefiero no mirar para controlar mejor las náuseas. Pero irremediablemente, compruebo la

repugnancia de esta secreción bucal cuando este sucedáneo de sarro putrefacto y saliva hedionda aterriza sobre mi cráneo.

Puedo presentir el nerviosismo que atenaza a las alarmadas bestias escuchando sus agitadas respiraciones, pues su número se reduce constantemente (el número de humanos se reducía más rápidamente aún, pero se notaba menos puesto que eran muchos más). Las patas de los monstruos apisonan el suelo sin tregua, por lo que debo andarme con ojo para que no me claven una de sus fangosas y roñosas garras.

De pronto, un humano degollado cae ante mí. Cojo su sable y me pongo en pie. En ese momento una bestia salta sobre mí, pero me encorvo en el último segundo; de forma que esta termina detrás de mi persona. Ladea la cabeza y abre su hocico para tejer mi cuello con sus fauces. Mientras tanto yo, tomo la espada e introduzco su cortante metal entre mi brazo y mi pecho, asegurando la punta del sable en el vientre del monstruo.

Después de matar a unas cuatro bestias más, por fin puedo escapar por el lateral y camuflarme detrás de un robusto árbol. Poco más tarde, cuando sólo subsisten unas doce bestias ante los trescientos (aproximadamente) guerreros que han sobrevivido, Rudolph llega hasta Rodolfo.

RUDOLPH

- ¡Volved aquí, cobardes! -vocifero.

No alcanzo a entender la razón de la desesperada huida de estos estúpidos. Primero quieren adelantarme y ser más que yo, y segundos después emprenden una huida sin sentido. En fin, si hubiesen permanecido junto a mí, los hubiese protegido con mis poderes, no obstante perdonaré la ruin traición y puesto que soy tan bondadoso trataré de desearles lo mejor.

Me dirijo como una exhalación hacia las bestias, y ya las tengo prácticamente encima cuando me dispongo a alzar el Cetro para usarlo como maza (tanto el Libro como el Cetro sólo usaban magia de ataque cuando luchaban el uno contra el otro). Y así, voy derrumbando a las bestias incansablemente a la vez que yo galopo seguro, entre sus maldiciones y mis hirientes insultos.

-¡Apartaos, cachos de carne con ojos. Dejad paso al imponente hechicero! –grito, refiriéndome a mí, por supuesto.

-¡Golpeadle, no dejéis que os siga insultando! -exclama una de las bestias a la que no puedo alcanzar.

-¡Partid al Inframundo, Rudolph os lo ordena!

- Eso jam... -espeta una bestia antes de que su cabeza sea cercenada por mi espada.

-¡No intentéis robarme la razón! -advierto mientras una de esas fieras salta sobre mi corcel.

Esta misma, intenta hincarme los colmillos en el hombro, pero no se lo voy a permitir tan fácilmente, y comienzo a golpear su malhecha cara con mi codo. A pesar de los fuertes impactos, la bestia no se despega de mi espalda, por lo que me veo obligado a soltar las riendas del caballo. Sujeto con una mano el Cetro de Poder, y simultáneamente agarro con la otra el cuchillo oculto en el reverso de mi bota derecha y lo hundo en las costillas del monstruo.

-¡Quítate de encima, bicho infernal! -suelto por todo lo alto.

Y así, dando más y más bastonazos con mi Cetro a las Bestias que osan cruzarse en mi camino, voy tumbándolas y mancillándolas a todas; Rudolph el poderoso resurge espléndido otra vez.

Tengo ya a Rodolfo ante mí, cuando este pronuncia las palabras mágicas para convocar el Libro de la Sabiduría, que se posa en sus "manos" y autosuficiente él, se abre. La bestia ordena a sus escasos soldados que han logrado sobrevivir el hecho de no atacarme, diciendo esta estupidez: "¡Quietos, mis dantescos monstruos, el mago es mío!". Inmediatamente, las pocas bestias de la secta de Rodolfo que aún me asediaban, acatan el mandato y cesan la arremetida, para exclusivamente mirar el transcurso de los hechos o seguir defendiéndose de los ataques de mi batallón (ahora comandilla).

La Bestia enarbola el Libro por encima de su cabeza y procede a la pronunciación de un maleficio, cuyas palabras no puedo escuchar porque me encuentro todavía a unos metros de distancia, y por consiguiente no logro augurar la magia que va a realizar.

El Libro comienza a atraer hacia sí la luz roja expulsada por el sol, y la concentra en un único rayo, que contiene la energía necesaria para ejecutar el poderoso embrujo. Con esta fuerza metafísica el Libro de la Sabiduría eclipsa al eterno e inmortal sol, que por unos instantes, sume la inmensidad de la Tierra Media en oscuridad y tinieblas, enrareciéndola, y sin que un atestiguado brillo de luz o de estrellas encienda y recree nuestros corazones.

Poco después, el sol nos vuelve a sobrecoger con su nítida claridad. En ese momento, la Bestia se desprende de toda la energía que retiene, y la disipa en un iracundo arrebato para alcanzar a toda mi embajada (lo poco que quedaba de ella).

Yo logro bloquear su magia con la ayuda del Cetro de Poder, pero las exuberantes ondas expansivas me arrojan del caballo. El sortilegio embruja y ensombrece a mis trescientos soldados que han sobrevivido a la matanza (de los ochocientos que eran), quienes comienzan a sentir un dolor insufrible.

La fuerte caída aún me duele -aunque lo disimulo muy bien -y me levanto sulfurado.

Dadas las sosas perfidias y estrategias que la Bestia aporta a este desafío, me hallo cada vez más convencido de que Rodolfo sólo intenta retrasar su muerte. Como siempre, mis conclusiones son correctas y falsas las de Lorian y Leyden; según los cuales era peligroso para todos no corresponder a mis mercenarios con la información precisa. Y lo ha sido tan sólo para mis guerreros –yo sigo perfectamente a salvo –gracias a los cuales ya casi tengo la victoria en el bolsillo, pues he conseguido llegar hasta Rodolfo sano y salvo, tal y como pronosticaba en mis planes. Y es que, aquí quien pone las reglas es el sagaz estratega; es decir, yo. El zopenco de Rodolfo no tiene otra artimaña mejor que fatigar, debilitar, y dejar indispuestos a los pocos soldados que me quedan con su desmañada magia; no sin antes matarme del aburrimiento con su desarticulado verborreo, el cual presiento que no va a olvidar, pero en todo caso no me voy a quedar impasible esperando que él sea el primero en hablar:

-¡Haré que te retuerzas como una larva nauseabunda en las fosas más putrefactas! ¡Tu sufrimiento será considerablemente mayor al que ahora mismo estás infligiendo a mi ejército! -le reto.

- Mi querido Rudolph, cada día que pasa observo cómo va mermando tu inteligencia -espeta la Bestia.

- Oh... por favor... Un segundo, espera que me ría.

- Vas por el camino de la ignorancia y te hundirás en la miseria sin poderlo remediar -me dice Rodolfo -He de explicarte lo ocurrido, aunque sólo sea para ver cómo explotas de rabia antes de tu inminente aniquilación. Todo mi ejército de bestias, aquellos a quienes habéis destruido tú y tus guerreros, únicamente eran mi anzuelo, la barrera protectora, detrás de la cual he permanecido todo este tiempo. Cuando tú y tu horda habéis destrozado mi cepo, yo he lanzado mi hechizo para transformar a todos tus hombres en bestias, y así obtener una tropa el doble de grande, pues ahora tus trescientos guerreros serán los míos. Te preguntarás por qué no encabezaba mis filas para lanzar este mismo maleficio nada más de iniciar la pelea, la respuesta es porque tus luchadores hubiesen evitado mi magia más fácilmente que ahora; míralos, ya estaban cansados y aturullados, y a ti te hubiera embrujado igual que a ellos si no hubieras tenido el Cetro en tu poder. A continuación pensaba robarte el Cetro, mientras estabas tirado e indefenso en el suelo transformándote en bestia, pero lamentablemente no has caído... todavía. Con el Cetro en mis manos no me vería obligado a chantajear a mi tropa de bestias, puesto que directamente podría hechizarlas para cambiar sus personalidades, y volverles perversos pero estúpidos, algo que el incompleto Libro de la Sabiduría no es capaz de hacer, pues no puede cambiar la mentalidad de la gente; sólo el Cetro me lo permitiría.

-¡**CÁLLATE, TODO ESO NO PUEDE SER VERDAD**! -exclamo confundido y furioso, al saberme tan fácilmente engañado y ridiculizado de nuevo; sin descontar que por no decir la verdad a mis combatientes, ahora todos están cambiando a bestias, un destino peor que la muerte.

El caso es que Rodolfo sólo me proporciona todas esas explicaciones de sus artimañas para hacerme enfurecer. Y aunque yo sé perfectamente que no podrá controlar a mis mercenarios sólo convirtiéndolos en bestias, a no ser que cambie sus personalidades con el Cetro, consigue hacer que pierda los estribos; pues lo que era mi visión y planificación general de la batalla se está desencaminando bastante de lo que es este desarrollo, y no estoy logrando la ventaja que conseguiría según mis expectativas. En todo caso, debo retener mi enfado y hacer pasar el tiempo para que los humanos terminen de transformarse en bestias y acaben con Rodolfo de una vez por todas, lo que llevará unos minutos tan sólo.

- Hace tiempo -prosigue la Bestia -mis esperanzas de que Leyden se volviese tan malvado como yo por voluntad propia se esfumaron, por lo que mi nuevo propósito residía en arrebatarte el Cetro y moldear sus instintos, para luego convertirle en una bestia mediante el Libro.

-¡Eres un amargado! –le doy coba para que siga.

- Y tú eres un imbécil pensando que yo miento. Todo lo que cuento siempre es verdad. Soy tan extremadamente perfecto, que no necesito inventar burdas historias. Siempre suceden los hechos a mi conveniencia, tal y como los tengo previstos. Por eso no necesito modificarlos con palabras ni embustes.

- No me interesa –continúo dándole coba para que siga.

- El destino está de mi parte y en tu contra, así que te designo “mi siervo”. Responderé ante ti con el nombre de “Dios”, pero debes añadir un “usted a mandar, que para eso estamos” -me responde la Bestia tranquilamente.

-¡Entretente en afeitar ese pelo afilado como púas y escarpias que brota por todos los inmundos poros de tus hebras de piel! –exclamo, ya furioso por su creída superioridad hacia mí.

- Muchacho, cálmate. Estas en estado fúrico. Conseguirás estallar de rabia y no me otorgarás el placer de matarte.

“Por cierto –continua –. Debes saber que he ralentizado el hechizo antes de soltarlo, por lo que tus luchadores no terminarán de convertirse en bestias hasta pasado un tiempo. Así que no es necesario que sigas tratando de entretenerme para que tu nuevo ejército de monstruos me ataque cuando se encuentre preparado, pues tendrá que pasar un buen rato. Como ves, ya me he ocupado de tomar las precauciones necesarias contra ti” -dice con recochineo.

-¡**CÁLLATE**! –grito, ya colérico del todo, sin poder contenerme más, pues la Bestia se ha adelantado a todas mis jugadas; y tiene que ser verdad lo que asegura, pues de no ser así mi horda ya habría completado la transformación hace un rato. - ¡Has de saber que invadiré tu escabrosa mente; como una lapa viscosa seré intrínseco a tus sesos, y doblaré y torceré tus entrañas. Me deslizaré hasta tu pecho y haré brasas tus órganos con llamaradas, para freír tu ira y de ella alimentarme. Te sentirás alienado por algo externo a ti mismo, y te carcomerás inconscientemente. Así morirás y pasarás a ser ponzoña para gusanos, que engullirán tu cuerpo desmembrado, y mi alma volará íntegra de vuelta a mi persona! -tras decir esto, y sin esperar contestación alguna, ataco a la Bestia, envolviéndome en mi venganza.

En todos mis años de sacrificio como estudiante del Libro y del Cetro, he aprendido muchas cosas sobre la magia, en particular sobre estos dos instrumentos. Y sé que ninguno de los dos admiten hechizos para matar a tu adversario. No obstante, cuando luchan ambos objetos, uno contra otro, tal y como sucederá en pocos instantes, querrán superarse mutuamente, por lo que no tendrán deparo en excederse con cualquier tipo de brujería. Por separado, es más débil y simple el Libro de la Sabiduría, pero en cuanto combate contra su hermano frente a frente, se vuelve tan capacitado como él.

Sujeto el Cetro con ambas manos, situándolo en posición vertical y disparando bolas de fuego en sincronía a mi carrera hacia Rodolfo. Este se protege colocando el Libro abierto ante su cuerpo. De este modo, forma un impenetrable escudo. Cuando las sulfúreas llamas golpetean contra sus hojas, son desviadas hacia todos los lugares. Algunas salen despedidas hasta el espacio exterior y vuelan alto, para luego estallar en fuegos artificiales, que resuenan entre los sollozantes y agonizantes gemidos que exhalan los humanos al consumarse en pavorosas y despiadadas bestias.

Pero Rodolfo no se queda impasible, también él lanza sus propias esferas llameantes, de las cuales me defiendo con mi Cetro, que sigo agarrando con ambas manos, mientras lo circundo y roto para interceptar el fuego. En contadas ocasiones, las bolas incandescentes que ambos arrojamos chocan provocando una explosión.

No obstante, mi magia es más poderosa -debido a los incontables años de entrenamiento - que la de Rodolfo, por lo que no tardo en coger ventaja y arrinconarle. Pero antes de ser derrotado, Rodolfo salta alto y cae en picado sobre mí, con el Libro de la Sabiduría ante su cuerpo, sujetándolo por delante de su cabeza con las “manos”. Desde el aire, la Bestia desprende un potente conjuro, el cual es detenido por mi Cetro, aunque simultáneamente soy enterrado vivo debido a la ferocidad de su magia.

Gradualmente me hundo en el barrizal, que actúa como si de arenas movedizas se tratase. Me esfuerzo por sacar mis piernas, embadurnadas en este lodo infame entremezclado con lluvia ácida, abono y estiércol. Escucho muy enojado la socarrona risa de la Bestia, que se burla incansable al identificarme con un vil cerdo rebozándose en una charca de barro.

Lucho perseverante en mi anhelo de librarme de tanta basura embalsamada, y al mismo tiempo acumulo toda la energía vital que poseo, imprescindible para el mortal contraataque. Cuando expulso el sortilegio, Rodolfo es cañoneado hasta el inacabable cielo. Toca lo más alto, y en sincronía a su caída en picado, va esquivando el fuego que yo me dedico a disparar contra él; a cada instante que pasa con la capa más agujereada.

Cuando por fin considero conveniente, agarro mi Cetro del Poder como si de un hacha (o un bate de béisbol) se tratase, y espero impaciente a que Rodolfo se precipite sobre mí. Llegado el momento oportuno, justo antes de que se estampe contra el suelo, le golpeo en el estómago colérico, descargando toda la ira acumulada durante estos interminables años.

Tan fuerte resulta el bastonazo que la Bestia se contrae en una prolongada mueca de dolor, quejándose en un profundo alarido, a la vez que vuela cortando el aire, hasta darse de bruces contra un fornido árbol.

LEYDEN

Rudolph enarbola su Cetro para asestar el golpe final, mientras Rodolfo espera, tirado indefenso junto al tronco.

Las catorce bestias que no han perecido en el duelo, se aproximan inadvertidamente hasta Rudolph por sus espaldas, un hecho tan ruin e indignante que ni yo esperaba; y el hechicero, completamente absorto en su venganza, no se entera de que va a ser agredido por detrás. Por lo tanto, y siguiendo las explícitas órdenes que dio Rodolfo en el pueblo de que le protegiesen con sus vidas, pues sólo él podía volver a transformarles en seres humanos; derrumban a Rudolph como si fuera un harapo viejo y se disponen a arañarle y a morderle; desollando durante unos segundos eternos todo su cuerpo.

Sé que soy un cobarde por ver cómo torturan a Rudolph sin hacer nada, pero no tengo ninguna posibilidad frente a catorce bestias, y la verdad es que tengo miedo de que me hagan lo que le están haciendo a él.

Rudolph permanece como un ovillo, agazapado en el suelo, protegiéndose cara y cabeza con los brazos. Mientras hincan sus hirientes colmillos y le rasgan con las roñosas garras, el mago se estremece en reiterados espasmos; pero por mucho que agonizase interiormente, en ningún momento emite el más leve sonido. Aún quiere mantener la poca dignidad que le queda ante la Bestia.

La mayoría de los humanos transformados dentellean y tiran, para luego escupir aquello que hubiesen arrancado. No obstante, las bestias que se encuentran en estado más demente, devoran la carne viva ya despellejada y externa al cuerpo del mago.

Rodolfo no detiene el tormento hasta no ver al hechicero desmesuradamente mortificado. Entonces se dispone a asir el Cetro, que Rudolph abraza aún consciente, sin despegarlo por un instante de su pecho no dañado. A la Bestia le cuesta lo suyo llevárselo, puesto que el mago se encarama y estruja sobre el bastón de hierro macizo, chorreando sangre.

En cuanto le arrebatan el Cetro, el brujo ya no puede seguir luchando por misión alguna, pues todo lo que valora lo ha perdido. No soporta más esa cruel atrocidad, su cuerpo molido no aguanta más “en pie”, no encuentra motivo por el que pelear, ni plan de la Bestia que ofuscar, entonces pierde el conocimiento. Se desploma toscamente, cayendo sobre su costado derecho, y simultáneamente en un gesto de abatimiento y pesadumbre, oculta la cabeza entre sus brazos.

Para Rudolph, la guerra acaba de concluir, sin el Libro ni el Cetro no tiene nada que hacer contra Rodolfo. Cuando todos los supervivientes de la tropa de Rudolph terminan de transformarse en monstruos, la Bestia usa el Cetro de Poder para controlar sus personalidades y las de las bestias chantajeadas y engañadas, que ya nunca más volverán a recordarle la promesa jurada. Por fin todos se marchan, abandonando al mago, que yace tirado en el suelo.

Corro hasta él. No puedo contener las lágrimas cuando contemplo al hechicero en tan penosas condiciones.

- Oh... Rudolph... qué te han hecho... -profiero con la voz trémula.

Me arrodillo junto a él, y aparto los delgados brazos de su cara, para luego empujar su hombro izquierdo y tumbarle boca arriba. Observo su rostro; había llorado, puede que por el dolor de las cuchilladas o por la pérdida de su Cetro, quizá por ambas cosas. Este innoble y atroz calvario ha sido demasiado, incluso para Rudolph.

El mago tirita y balbucea delirante. Le acaricio la cabeza con la palma extendida, desplazándola con delicadeza desde la frente hasta la mejilla, que aún esta mojada. Deja de murmurar y vibrar.

- Despierta Rudolph -ruego mientras le balanceo suavemente por los hombros.

Pero no reacciona. Comienzo a agitarle, pero me detengo al presenciar que sangra más de la cuenta.

Escucho a lo lejos los gruñidos y trotes de las bestias ya vueltas de personalidad, y sé que me están buscando.

Con precaución, cojo al mago en brazos (horizontalmente). Voy prácticamente corriendo, pues las bestias rondan cerca. La sangre del hechicero abunda y chorrea por mis brazos, para gotear sobre el suelo en su llegada al codo. El terreno rojizo camufla el reguero de sangre salpicada. Por fin alcanzo el bosque, y ya entre la espesura, puedo permitirme el caminar más despacio. La intuición me avisa de que el mago acaba de despertarse a pesar de que no se mueve; lo puedo notar en su respiración.

- Rudolph, el destino te ha jugado una ironía cruel -digo tristemente, apiadándome de él -Primero, te aplastan con un árbol y te roban tu Libro, y ahora esto. La culpa ha sido mía, no me debí haber dejado convencer en cuanto a no contarles a los aldeanos la verdad. (Leyden sabía que ambos eran culpables, y principalmente el mago; pero optó por ser diplomático y no decirlo, pues sabía que de confesarlo, mancharía aún más el orgullo del mago, que al parecer de Rudolph ya estaba suficientemente herido por su humillación ante la Bestia; y el propósito de Leyden no era precisamente que al hechicero le diese un infarto). Si ellos hubiesen conocido la existencia del Libro, habrían evitado el hechizo de alguna manera y hubiésemos luchado todos contra Rodolfo, por lo que a ti no te habría ocurrido esta desgracia.

Rudolph no responde. Al rato, apoya su cabeza -hasta ahora medio colgante -sobre mi hombro, y me rodea el cuello con su brazo; puede que porque su anterior posición no se caracterizase por ser muy cómoda, o porque después de todo el mago no carezca de sentimientos, posiblemente ambas opciones sean correctas.

Por fin llego al arrollo. Tumbo al mago cuidadosamente en el suelo. Me pide agua. Con una mano, sujeto su cabeza afectuosamente, mientras que con la otra, rocío sus labios con el líquido. A continuación, transporto el cuerpo hasta apoyar su espalda contra un árbol. Me quito la camisa para limpiar las heridas de Rudolph con ella. El mago se estremece al simple roce de la prenda, apretando los dientes para no gritar. Después, hago jirones mi ropa impregnada en sangre, para vendar las extirpaciones.

- Rudolph, muerde esta raíz, te ayudará a soportar el dolor y a no morderte. -le digo mientras troncho una de ellas.

- Aguantaré lo necesario sin masticar una de esas resinosas cosas.

- Tienen muy buen sabor -digo irónicamente al recordar sus viajecitos por los **“BOSQUES DEL NABO”,** atosigándole -Chupa una, Lorian me dijo que eran tu predilección en el bosque -me burlo, acercándosela a la boca.

-¡Ooohh... nooo... no osarás meterme esa r...!

-¡¿Está buena verdad? Esa era todo un ejemplar! -bromeo.

El crucificado hechicero intenta escupir la raíz, pero la tiene bien clavada en la comisura bucal.

Envuelvo con las tiras de mi vestimenta las incisiones menos sangrantes, a la vez que Rudolph comprime la raíz con las muelas, intentando reprimir el llanto. Tiene prácticamente todo el cuerpo rajado, excepto la cabeza y el pecho.

- Rudolph, tengo que hacerte un torniquete en las peores heridas, en caso contrario te desangrarás.

- No me harás eso. Se de gente a la que han tenido que amputar miembros insalubres porque la sangre no circulaba hasta ellos, pues se colapsaba entre las apretadas venas.

- Debo hacerlo. Dame una oportunidad, aún hay esperanzas. Si no vuelvo desátalos y desángrate, a no ser que optes por ser un mago tullido.

-¡¿Esperanzas?! ¡Qué esperanzas!

- Siempre hay esperanza, aún no debemos rendirnos.

-¡Está bien, pero no me aburras! Hazme lo que me tengas que hacer. Pero sólo esperaré tu regreso unos minutos.

Enredo mis ropajes a su muslo consternado. Cuando lo anudo con fuerza, el dolor hace que la uniforme respiración del mago se vuelva entrecortada. Pronto se calma otra vez.

- Ya esta, Rudolph. Tengo que irme ya, Lorian me espera.

Unos segundos de silencio.

- No te vayas. No me dejes sólo -dice a la vez que me mira suplicante, al mismo tiempo que atrapa mi muñeca, aún más pálido que antes.

No me esperaba esta reacción, en muy lamentables condiciones se debe hallar para sentir la necesidad de apartar su orgullo y pedirme tal cosa.

- Lo siento. Volveré pronto.

- Date prisa. -me apremia cuando me suelta decepcionado.

- Tranquilo Rudolph. Sobre todo no te desangres. Lucha por la vida.

- Te doy diez minutos, suerte.

- Pues tendré que escalar el acantilado...

Tras decir estas palabras, corro a través de la maleza sin darle tiempo a replicar, en dirección al punto donde he quedado con Lorian. Ahora mismo debería estar allí. Pienso en el hechicero, espero que si regreso no le encuentre carcomido por las hambrientas hormigas, ya que le he dejado apoyado felizmente sobre un rancio tronco. Por fin llego al barranco, e inicio la extenuante escalada.

Después de un rato, culmino fatigado la subida de la abrupta pendiente, y corro hasta el punto de encuentro.

LORIAN

Desde aquí ya puedo vislumbrar el final, donde sé que acaba el suelo para dejar explayarse y chapotear libremente a las aguas de los fiordos en todo su caudal. Quizá Leyden tenga que ascender por las paredes rocosas que se encuentran detrás de los chorros, pues ese es el camino más rápido para llegar hasta aquí.

En todo caso, sólo me separan treinta metros del precipicio, el lugar donde he quedado con él. Justo ahora se cumplen los veinte minutos acordados, y puede que ya me esté esperando. De pronto, veo surgir a lo lejos una fila de bestias, corren hacia aquí con gran celeridad. Me escondo detrás de un árbol. En cuanto pasa este grupo de seis, salgo de mi escondrijo, pero vuelvo otra vez al ver aparecer a otras tantas, afanosas también, volteando sus cabezas hacia todos los lados; buscan a alguien, imagino que será a Leyden, pero por aquí no le encontrarán, pues apostaría que llegará a la cima trepando por la escarpada pendiente. No sé cómo, pero parece ser que las bestias se han reproducido; en el ejército de Rodolfo había poco más de ciento cincuenta monstruos y ahora hay por lo menos el doble recorriendo la zona para encontrar a Leyden.

Ante mí, se localiza una aldea deshabitada, pues todos se mudaron a Cíoblen por ser la ciudad más segura. Corro unos metros y me camuflo tras el muro de una casa. La puerta que tengo al lado se abre, por lo que doblo el ángulo para que los monstruos no me vean. Las bestias que salen de la abertura se encaminan a rodear la casa precisamente por donde yo me he metido. Acodo la siguiente esquina del recinto cuadrado, pero debo volver a mi anterior posición al instante, pues otro equipo de fieras examina la otra pared. Estoy acorralada.

- Marcháos, marcháos... -pienso inmovilizada por el miedo, sin saber qué hacer.

Me opongo a mi parálisis justo cuando veo manifestarse en el recodo el amorfo rostro de una de las bestias y doblo la esquina por la que hace unos segundos no me atreví a continuar. Las bestias que escudriñan compulsivamente este lado siguen como hace algunos instantes, de espaldas a mí. Me cuelo con resolución por un estrecho ventanal, a un par de metros del monstruo más cercano. Oyen algo, en particular el ruido que genero al caer contra el suelo al otro lado de la pared; pero piensan que son los emitidos por las bestias que buscan en la parte opuesta de la casa.

Voy a tientas hasta la puerta, y cuando dejo de escuchar sonido alguno, salgo rápidamente de la casa y corro hasta el siguiente escondite sin mirar atrás. Oculta tras el otro muro, observo las miradas codiciosas y mezquinas de las bestias, muy diferentes de cuando eran personas. Poco más allá, se manifiestan las patrullas caminando con dos arrestados. Son Ronan y Nasti, sin transformación alguna. Les sigo, camuflándome tras los árboles y las casas, dejando un extenso intervalo para que no me vean. Afortunadamente, avanzan hasta donde he quedado con Leyden, de forma que no tendré que desviarme de la trayectoria marcada. Rodolfo se encuentra a poca distancia del barranco.

- Su Rimbombante Alteza, hemos encontrado a estos dos, pero de su hijo no hay ni rastro.

-¡Pues buscadle mejor, atajo de palurdos!

- Si me permite contradecirle, Su Exultante y Pletórica Exuberancia, puede haber un pequeñísimo porcentaje de error en sus premisas: podría ser que su hijo no se encontrase aquí. - le dice uno de los monstruos tímidamente.

La Bestia le golpea con su látigo.

-¡No digas insensateces, y vete a encontrarle!

Rodolfo se queda sólo con Nasti y Ronan.

- Vaya... vaya, lo que tenemos aquí, ni más ni menos que dos prófugos evadiéndose de la guerra. Pero no importa, ahora mismo seréis recompensados como los demás.

-¿Aaaah... sí? -pregunta Ronan, dubitativo.

- Por supuesto, no tardaré en convertiros en bestias esclavas. Tengo que ojear unos hechizos del Libro. No creo que haga falta que os sujete al mismo tiempo, pero más os vale ni pestañear - les amenaza la Bestia.

Comienzo a temer por la vida de Leyden. Pierdo unos minutos en ir hasta el borde del acantilado y asomarme. El más leve traspiés que tuviera durante la escalada bastaría para

hacerle caer y dejarlo descuajaringado entre las picudas rocas. Hace ya quince minutos que Leyden debería estar aquí. ¿Y si se ha dado a la fuga? Para nada, eso nunca lo haría; o aún peor ¿Y si ha muerto? No... eso sí que no, no lo soportaría. Quiero chillar su nombre colina abajo, para que el amortiguado sonido del eco evocando mi voz, lleve a Leyden hasta aquí arriba; junto a mi cuerpo, ávido de él. Pero Leyden no viene y yo no me puedo entregar a mis deseos de llamarle, pues Rodolfo me oiría y eso significaría la muerte de ambos.

Dejo el precipicio y me encamino otra vez hasta el árbol para volver al asunto de Rodolfo, y al llegar, veo que no se me presentará otra oportunidad mejor que esa para matarle o intentar quitarle el Cetro; pues se encuentra de espaldas a mí, y ni siquiera tiene el Cetro en la "mano", lo ha dejado apoyado contra la pared. Además, Ronan y Nasti, que aún no han sido convertidos en bestias, me podrían ayudar.

Por fin me decido a hacerlo, y me encamino hacia él sigilosamente. Sin yo esperármelo, veo que Nasti y Ronan se levantan, no los reconozco aunque sus facciones sean las mismas, hay algo extraño en ellos, y sus miradas perdidas me llenan de desasosiego. Pero, a pesar de todo, doy por hecho que se han erguido para atraer la vigilancia de la Bestia, a quien parece no importarle mucho que se hayan saltado sus explícitas normas de no moverse. Justo cuando voy a recuperar el Cetro, Ronan y Nasti se abalanzan contra mí, tumbándome. No tardo en asumir que han sido cambiados de personalidad mediante el Cetro durante esos minutos que me he marchado. Rodolfo sigue de espaldas a mí.

- Qué pena me das, hijo... en vez de salir corriendo y salvar tu patética vida, vienes aquí para robarme... -para en seco en cuanto se da la vuelta y me ve.

- Aaaaah... tú no eres Leyden. ¡Ooooh... ya recuerdo –exclama, dilatando mucho los ojos -eres aquella patética chica que nunca navegó por buen puerto y a la que violé con gran "cortesía"! Te debió llevar la lava como a todo tu querido pueblo. Y siento por ti que te hayas decantado por la venganza, pues en vez de alargar a tu vida otros añitos, acabas de encontrar el patíbulo. La verdad, no sé cómo debería castigarte: si realizando otra de mis incursiones por ahí dentro -dice con recochineo -o haciéndote daño del de verdad para así activar tu cólera de alguna otra manera menos voluptuosa.

Es entonces cuando aparece Leyden, con una mirada de odio desenfrenada en los ojos que nunca había visto en él, y desenfunda su espada con gran presunción.

-¡**SUÉLTALA AHORA MISMO**! -chilla enardecido, con la espada temblándole entre las manos por la rabia.

La Bestia me toma por el cuello y me levanta hasta impedirme que toque el suelo con las puntas de los pies, para comenzar a extrangularme.

-¡Leyden... ayu... dame! -exclamo entre tartamudeos.

-¡**LOOOOORIIAAAAAAAAN**!

- Mnn... veo que os conocéis -dice, y simultáneamente afloja la presión de sus garras para poder soltar unas risotadas viciosas y malintencionadas. -y es obvio que hay algo más que amistad entre vosotros. Se me acaba de ocurrir el castigo ideal. Leyden, ya no me eres útil, tu absurda rebeldía te ha llevado a la perdición, y veo que no voy a conseguir hacer de ti lo que quiero por mucho que me esfuerce. Por lo tanto, he decidido que voy a matarte, pero no yo mismo: lo hará Lorian.

-¡Estás loco si piensas que yo voy a matarle!

- No... por supuesto que no... -dice, pasando una de sus uñas por mi barbilla. -Yo no te voy a forzar a que lo hagas -continúa, poniendo cara de benévolo y compasivo -¿Por quién me tomas? Al fin y al cabo... tampoco lo harías aunque te forrase de quemaduras y después te descostillase a latigazos... pero no importa, tengo otros métodos más eficaces. Servirá con cambiarte la personalidad con mi Cetro –dijo Rodolfo, que no tenía miedo de las represalias que pudiera tomar el Consejo de Magos contra él por haber usado ese tipo de Magia, la cual estaba prohibida y Rodolfo lo sabía perfectamente, pues él mismo se lo había recordado a Rudolph en la carta que le envió.

-¡**POR ENCIMA DE MI CADÁVER**! -grita Leyden, precipitándose con furia contra la Bestia.

-¡Vosotros dos no vayáis a soltarla! -exclama Rodolfo, dirigiéndose a Nasti y a Ronan, justo antes de que Leyden llegue a él y suelte la primera estocada.

Rodolfo se dedica a esquivar los golpes y a burlarse de los mazazos fallidos de Leyden. Éste se muestra distante a las risas, absteniéndose de todo lo que no sea vencer por fin a la Bestia. Leyden arroja trallazos siniestros llenos de maldad al cuello, al estómago o incluso a la cara. La Bestia realiza sus acrobacias y piruetas rebotando impávidamente contra las paredes para luego rodar sobre la espalda de Leyden sin necesidad de tocar antes el suelo. Y su hijo, quien no se fija en nada de esto, tan sólo se limita a sablear una y otra vez sin rendirse al cansancio.

Es Rodolfo, sin embargo, quien empieza a mostrar signos de fatiga, pues había subestimado a su rival al querer ridiculizarlo. Entonces, Leyden aprovecha para lanzar un espadazo certero en el muslo de la Bestia, que aúlla cuando el filo le rasga la pierna.

- Es... inaudito ¡Me has hecho sangre! -vocea Rodolfo iracundo, aunque todavía no llega ni a una milésima parte del estado en que se halla Leyden.

La Bestia desenvaina su látigo, bastante apabullado, ya teniendo constancia de que todo esto no es un absurdo juego.

-¡VAS A SUFRIR, PENDENCIERO!

Rodolfo eyecta peliagudos trallazos hacia Leyden, que los esquiva como puede. Tal comienza a ser el atolondramiento de la Bestia que a veces se golpea a sí mismo con tal pasión que no puede reprimir los alaridos a la vez que profiere toda clase de calumnias.

Sin embargo, uno de los zurriagazos llega a rozar el acero de Leyden; y ni siquiera se llega a enrollar a él, pero tal es la intensidad del golpe que la espada se le escapa de las manos y se estrella contra el suelo unos metros más allá. Al ver a Leyden desarmado, todavía se excede más en los zurriagazos intentando pillarle desprevenido. Al mismo tiempo que Leyden corre a por su metal, la Bestia le lanza uno de sus latigazos a las piernas, y el chico lo salta cayendo completamente estirado sobre su sable y recogiéndolo sin apoyar los pies en el suelo ni un solo segundo, para terminar rodando sobre su espalda e incorporándose como desenlace final.

La Bestia no da crédito a esta pirueta, y a pesar de lo impresionado que se ha quedado, no deja ni un segundo de insultar a su oponente. Rodolfo, ya harto de esa comprometida y abochornante situación en la que no ha dejado ni un momento de sentirse humillado, descarga un último varazo en el que va contenida toda su habilidad y destreza, derecho al cuello de Leyden. Este, que no tiene tiempo de sortearlo, tira su espada al aire para interceptar el flagelo con su mano derecha, parando el golpe y agarrando el látigo, y en sincronía recoge su sable al vuelo con la otra mano.

Cuando Leyden siente el profuso dolor en la palma de su mano, debe luchar para que no se le caiga la espada de la otra y para volver a estabilizarse, pues sus rodillas se habían doblado ligeramente. Con su mano izquierda sujeta el metal y alarga el brazo hasta donde nadie podría tensar fácilmente, para cortar el látigo en dos, dejando a la Bestia con tan solo treinta centímetros de cuero. Rodolfo esta anonadado, y aunque ni siquiera tiene una daga con la que defenderse, tira la pequeña correa, sabiendo que con ella no hará mucho daño a su hijo.

Cuando se da cuenta de que todavía tengo mi propia espada envainada –aunque no puedo hacer uso de ella al estar sujetándome Nasti y Ronan- sale corriendo hasta mí para apoderarse de ella y así poder defenderse. Leyden intenta empuñar el acero con su azorada mano derecha, pero esta no se lo permite, y se ve obligado a pelear con la zurda. Rodolfo se burla plácidamente ante la impotencia de su hijo, que debe sujetar la espada con ambas manos aguantando el dolor, pues sólo con la izquierda no es capaz de suspender los golpes de la Bestia.

Finalmente, en uno de los estacazos más agresivos, Rodolfo consigue soltar el metal de sus manos, que vuela unos metros hasta aterrizar. Leyden es acorralado contra un muro, y mira desafiante a la Bestia, esperando su muerte o lo que este quiera darle. Rodolfo le amarra con una de sus “manos”, y simultáneamente sujeta el Cetro con la otra; en cuanto lo apunta hacia mi cara pronuncia el hechizo. Nasti y Ronan me sueltan para que actúe, la Bestia me da el sable de Leyden, el cual tomo por la empuñadura ensangrentada.

Entonces, una abstracta fragancia: perfume empalagoso del mal; comienza a empachar mi cabeza embargada, disipando mis ideas como en un brebaje, rígidas ahora tras un estrato invisible y transparente, que las deteriora.

El estruendo de un motor: el de mis pensamientos; palpita en mis tímpanos ensordeciendo los oídos, dejando no más que un bramido flatulento.

Un resplandor opaco, una viñeta que repite, un destello fatuo; algo encapuchado y traslúcido que devana mis sesos, abortando hasta el más allá todas las buenas emociones y proclamando las más macabras y escabrosas: me pide que MATE, y todo lo demás lo desconozco; todo lo demás son meras ostentaciones de un presente que quisiera poder controlar, pero al que me tengo que atener y ceñir.

Acerco la espada al pecho de alguien difuso, con la visión enflaquecida, me bombardean sin escrúpulos desde dentro y siento que voy a reventar, pero sé que cuando clave el acero todo acabará.

Voy a ello, pero mi corazón enamorado no permite que los hemisferios envenenados cavilen contra él, y con venas haciendo de machetes destripa todo lo que encuentra hasta afluir en el cerebro pervertido y retocar los globos eclosionados que bucean sin horizontes.

Siento que exploto y chillo fuerte aunque no logro oírme. Alzo la espada y esta vez procedo donde el corazón me indica: en una especie de “mano-zarpa” con uñas o garras que sujeta una vara. Tras dar el golpe, caigo de rodillas al suelo por el esfuerzo realizado contra la razón, y sujeto mi cabeza entre los brazos, retorciéndome en el tendido suelo.

Cansada ya de tanto sufrimiento que no parece desvanecerse, aso el acero de nuevo, pero antes de insertarlo en el ser que proyecta mi mente, lo hinco en mi hombro desesperada.

LEYDEN

La Bestia hechiza a Lorian y le da mi espada.

-¡**LORIAN, SOY YO, LEYDEN; RODOLFO TE ESTÁ ENGAÑANDO**! -exclamo.

- Es inútil que chilles, no puede oír nada, y apenas vislumbrar algo -dice la Bestia mientras me agarra con una "mano", ya que con la otra se dedica a sujetar el Cetro, apoyándolo contra el suelo y separándolo excesivamente de su cuerpo, pretendiendo una pose de presuntuosidad y galantería.

Espero pacientemente a que Lorian, despedida de toda honestidad, me mate.

Coloca la punta de mi espada sobre mi pecho, la Bestia sonríe maliciosamente. Sin embargo, en el último instante y para sorpresa de ambos, Lorian enarbola el metal, desviando su trayectoria para cercenar el brazo de Rodolfo, el cual es partido en dos.

Entonces, el maleficio surte en Lorian todo el efecto posible, y los gritos de ésta al luchar contra la magia se mezclan con los quejidos sollozantes de la Bestia mutilada, quien sólo está pendiente de su brazo seccionado. Lorian toma la espada otra vez y se la clava en su propio hombro al observar que no puede soportar el dolor, y que de lo contrario terminaría por destruirme a mí. Seguro que ella hubiese preferido traspasar a Rodolfo, pero el sortilegio no la hubiese dejado y el dolor habría sido mucho peor.

Grito descorazonado, sin saber si ha caído muerta o inconsciente. Ni Ronan ni Nasti se menean, no lo harán hasta recibir órdenes de Rodolfo, pero parece ser que este está demasiado ocupado reabsorbiendo la sangre perdida, chupando con plena voracidad su muñón decapitado.

En ese momento me percato de que la Bestia ya no esgrime el Cetro, el cual está tirado en el suelo; la "mano" cortada de Rodolfo aún está anclada a él. Sé que debería apartar mis sentimientos hacia Lorian por unos minutos y recoger el Cetro, para así librar al mundo de los males que el detestable Rodolfo impondrá en él; pero mi corazón no acepta la tortura de dejar a Lorian moribunda.

Finalmente, corro hacia ella. Me arrodillo junto a su cuerpo y noto su respiración, aún vive. La alegría que embarga mi cuerpo es tal que quisiera gritar. Sujeto su cabeza cariñosamente.

- Lorian, debes resistir -le digo -no... no puedes morir ahora.

Ella entreabre los ojos y se percata de que por mi rostro corren las lágrimas.

-¿Por qué no me mataste? -le pregunto -¡**MALDITA SEA ¿POR QUÉ NO LO HICISTE**?!

Lorian hace un esfuerzo por alcanzar mi mano.

- Escúchame -le digo -Prefiero morirme una y otra vez antes que verte en este estado. Yo... te amo demasiado...

En ese momento Lorian aparta la mirada de mí para señalar con ella a Rodolfo, que comienza a agacharse reposadamente para recoger el Cetro, como si estuviera mareado y se fuese a desplomar de un momento a otro.

-¡Vete...! –exclama ella.

Con gran pesar, comprendo que ya no puedo esperar más, y corro raudo hasta la Bestia; sin poder reducir el remordimiento que siento por dejar sola a Lorian.

Cuando la Bestia ya quiere darse prisa en recoger el Cetro, el tramo que nos separa ha aminorado tanto que llego justo a tiempo para tomarlo a su vez. Durante el forcejeo el Cetro sale disparado de nuestras manos y aterriza unos metros más allá. Corro rápidamente hasta él y lo cojo antes de que la Bestia, que inicia la persecución profiriendo sus maldiciones, dejando el rastro de sangre por donde pasa.

No me queda mucho para llegar al borde del acantilado, cuando Rodolfo se tira en plancha sobre mí y me agarra de la cintura, arañándome el estómago con sus garras y haciendo que me desestabilice. Debido a la aceleración que llevo, arrastro la masa de la Bestia medio metro y luego caigo al suelo, empujando con los brazos el Cetro antes de golpearme contra el terreno.

El Cetro rueda pausadamente hasta el filo del barranco, mientras yo intento impulsarlo con mi mente aun a sabiendas de que no va a dar mucho resultado. Y es que, si Rudolph todavía

vive y no tiene muy gangrenados los miembros, podría hacer como siempre -es decir, arrastrarse -y buscarlo.

Rodolfo salta para zambullirse sobre el Cetro, con los brazos estirados. Consigo asirle su oscura capa unos instantes, haciendo que quede totalmente desgarrada ante el violento tirón; de manera que Rodolfo aterriza en el suelo unos palmos antes de lo que él tenía calculado, produciendo los típicos retumbes, que obviamente repercutirán. Su brazo "saludable" se queda a un palmo del Cetro al extenderlo esta vez en toda su magnitud, y entonces su preciado objeto rueda otro tanto gracias a las vibraciones que se han propagado a través del terreno y en el momento justo gracias a la caída de Rodolfo, de tal forma que éste ya no puede retomar el Cetro. Ambos oímos el repiqueteo que ocasiona al chocar contra las rocas, precipitándose colina abajo.

-¡Si el Cetro no es mío, no será de nadie! -exclamo, tratando de meter en su cabeza ideas subliminales e indirectas sobre la muerte de Rudolph y la imposible recuperación del Cetro en la posteridad.

-¡No digas necedades, en cuanto acabe contigo buscaré el Cetro y me haré con él para siempre! -me contesta; justo como esperaba oír.

Es entonces cuando Rodolfo se da cuenta de que puede utilizar el Libro para curar su brazo amputado, por lo que pronuncia la contraseña para hacerlo surgir y curar su media extremidad. Aunque no le crece la otra mitad, cicatriza la herida y ya no sangra. En verdad esto lo podría haber hecho antes con el Libro o incluso con el Cetro, pero probablemente la conmoción no le dejaba pensar.

RUDOLPH

Llevo aquí ya media hora, tirado; y Leyden no regresa. Apenas siento el cuerpo entumecido, lo noto de la misma forma que cuando me prensaron con el árbol. Leyden sabía muy bien que iba a tardar mucho más de diez minutos en volver, pues sólo escalando el acantilado ya se va casi media hora; pero ni siquiera se ha dignado a darse la vuelta tras decirme que había quedado con Lorian ahí arriba, por lo que no he podido echarle en cara su mentira.

Menudos par de zopencos, a quién se le ocurre quedar en la cumbre de una montaña para tener que treparla; es que la gente no piensa con lógica si no es por medio de mi formidable guía celestial. Y yo, entre tanto, aquí, sin poder menearme. ¿Por qué se habrá marchado sin mí? ¡Será estúpido! Encima sabe que me necesita, es fundamental un Ilustre Mago Bendito como yo para completar con éxito la tarea, soy esencial... pero estoy herido y por lo tanto inservible.

No quiero quedarme aquí sólo, ¡aaaah...! ya vuelve el dolor de la pierna otra vez... pronto no lo podré controlar, pero no quiero soltarme los trinquetes, quiero que alguien me ayude...
¡Un momento! Nasti y Ronan no iban a luchar en la guerra... ojalá me encuentren.

Pero a ver, Rudolph ¿Qué estás diciendo? Estos dos con la tirria que te tienen encima te dan una tunda.

Hombre... algo de manía sí que me tienen, pero incluso ellos aman a una Celebridad Paradisíaca como yo... aunque todavía no lo sepan.

Y haber si dejo ya de contradecir mis propios pensamientos, porque al fin me vuelvo medio tarado como en el bosque. ¡Aaaaahh...!, no por favor, ya me empieza a doler demasiado.

Abro los ojos de golpe, pues hasta ahora he estado con ellos cerrados.

Oooh... por favor, estoy usurpado de hormigas... ¡Aaaaaaaahh... Ya no puedo resistir, me duele cada vez más!

-¡**LEYDEN, DIJISTE EN DIEZ MINUTOS**! -voceo desquiciado, aunque luego recuerdo que fui yo quien acordé conmigo mismo que Leyden estaría de vuelta transcurrido ese máximo de tiempo; él se limitó a ignorarme.

En ese momento, escucho un ruido seco y una salpicadura. Algo o alguien ha caído en el agua. Por el estridente sonido me aventuro a imaginar que sea lo que sea se ha despeñado desde la cumbre.

-¡Leyden, Lorian! -chillo desconsolado -¡**CONTESTA, SEAS QUIEN SEAS DE LOS DOS**!

Cojo la misma raíz que Leyden me metió en la boca, pero esta vez me la inserto yo. Todavía está humedecida en la saliva de la última vez.

-¡**ESPERA, YO TE SALVARÉ**! -exclamó entre dientes, mientras me tumbo en suelo y me arrastro entre la tierra, los hierbajos y guijarros, mordiendo la raíz con las muelas, estremeciéndome a cada moviendo.

Por fin llego hasta la bahía y me sumerjo en el líquido. Por donde paso se va formando una disolución heterogénea de sangre y agua; que matiza como desenlace un tono rojizo. Debido al fuerte dolor, a penas puedo agitar los brazos y las piernas para mantenerme navegante cuando la mezcla de fluidos cubre más que mi cuerpo.

-¡**POR FAVOR, DI ALGO, ASÍ NO TE PODRÉ ENCONTRAR**! -vocifero, procurando no tragar mucha agua (y sangre); para darme cuenta instantes más tarde de que cualquiera que se haya hundido no me podrá contestar.

Sigo buscando, gritando los nombres de Lorian y Leyden continuamente, deseando que ese ruido lo haya ocasionado Rodolfo. Y de improviso, veo algo en el fondo que reluce. Nado hasta ello. Cuando me cercioro de que es lo que yo pienso, casi trago agua de la alegría. Se trata de mi Cetro del Poder, causa de ese tremendo sonido en el agua. Buceo y lo tomo, para nadar como puedo hasta la superficie, donde escupo y toso el agua que he tragado sin querer.

Cuando saco el Cetro del agua es cuando mis escrupulosos sentidos se dan cuenta de que la insidiosa “mano” de la Bestia sigue alegremente amarrada al hierro. Agarro con asco su brazo ya medio lleno de podredumbre y tiro, pero no sale. Debo desincrustar sus dedos, uno por uno; a

veces crujen y restallan. Al terminar curo mis heridas con el Cetro, al mismo tiempo que noto la gratificante sensación del renacimiento carnal. Y ya que estoy, hago que se zurzan mis ropajes de nuevo. También hago surgir una espada de la nada con la que poder defenderme.

Tardaría bastante en escalar el pronunciado acantilado, por lo que me propulso gracias a la magia del Cetro apuntándolo hacia el suelo. Este sortilegio sólo lo puede realizar el Cetro. La parte negativa de este hechizo es que si algo me atacase desde el aire, no podría aplazar el hechizo de subida para bloquearlo, pues caería instantáneamente; y esta magia tampoco me permitiría apartarme hacia los lados, por lo que mientras efectúo este embrujo, dependo sólo de la suerte de que el agresor no me ataque en ese preciso momento.

Por fin llego a la cúspide, y llevo a cabo mi inmortal entrada categóricamente, brillando como acostumbro a hacer. Nada más llegar me doy cuenta de que Leyden está bajo la custodia de la Bestia, y Lorian yace en el suelo.

-¡Rodolfo! –grito.

Este se da la vuelta con un respingo al oír mi voz.

-¡Estas aquí... deberías estar desangrándote... esto es... imposible! -exclama Rodolfo en cuanto me ve, confundido.

- Yo diría mejor... impresionante.

-¡Aléjate, o mato a Leyden! -trata de chantajearme, apabullado.

- Rudolph... me alegro de que hayas encontrado el Cetro -dice Leyden, algo convaleciente por lo que le haya hecho la Bestia, o quizá tan sólo por el trastorno que le procura el ver a Lorian en ese estado.

Como Leyden tiene las manos esposadas a la espalda, no puede hacer nada cuando la Bestia le arrima la espada al cuello, utilizándolo de rehén. Pero yo no dejo que le toquen, con mi Cetro ahuyento la espada de la “mano” izquierda de Rodolfo.

-¡¿Qué vas a hacer, Bestia infernal, ahora que no tienes a tus sicarios para que se me echen encima?! –grito, todavía indignado y furioso, a la vez que la Bestia corre a por la espada; pero finalmente, en vez de volver y afrontar el duelo con el Libro, sale corriendo cobardemente.

Para ganar unos segundos sin mérito, ordena a Nasti y Ronan que me ataquen. Estos corren hacia mí, pero yo no tengo que hacer nada más que pegarle a cada uno un serio bastonazo para que caigan los dos redondos al suelo; quedándome yo muy a gusto.

Leyden, que no piensa flaquear contra su padre, se limita a perseguirle y a gritarle que plante cara; y eso que todavía sigue atado. Ambos sabemos lo que Rodolfo pretende hacer, y la razón por la que simplemente se dedica a huir a la desesperada en vez de enfrentarse a nosotros usando el Libro de la Sabiduría, que lamentablemente aún tiene en su poder. El único objetivo de Rodolfo en estos instantes es llegar hasta algún numeroso grupo de bestias que, en algún punto perdido de éste desolado paraje, esperen con paciencia órdenes de su Amo. Y solo entonces, y con la seguridad de quién posee un escudo humano, enfrentarse –o enfrentarlos- a Leyden y a mí.

Cojo el Cetro con la elegancia que me caracteriza, y tras tomarme algún que otro minuto para pensar el hechizo más adecuado para acabar con Rodolfo de una vez por todas y sin yo tener que moverme –mi comodidad lo primero –pronuncio las palabras rápidamente aprovechando que ahora mismo Leyden no se ubica en mi línea de tiro; o por lo menos eso espero, porque en realidad ya se encuentran tan lejos que no logro ver a ninguno de los dos. Es entonces cuando empiezan a surgir del Cetro gigantescas espirales de viento, que se extienden hasta Rodolfo, situado ya a unos ciento sesenta metros de mí aproximadamente, y al atraparle forman un túnel de aire de las dimensiones de la Bestia.

Esta avenida, que se despliega a ras del suelo, recorre todo el campo sin vida hasta llegar a mi posición. En su interior, los remolinos discurren percutiendo entre sí, dando lugar a portentosas luchas gravitacionales que chocan en combinaciones aleatorias contra los cuerpos que hayan sido internados, allanándolos y distorsionándolos sin medida alguna mientras son succionados hasta mi posición.

Y puesto que Rodolfo ha sido detenido por los ciclones, ahora está siendo inhalado hasta aquí sin remedio; aunque tardaré bastante en poder rematarle con mi espada, puesto que no desiste de correr para salvarse mientras poco a poco es engullido. Es una pena que la prudente Bestia no trate de escapar a través de las imperceptibles fronteras del pasaje, pues terminaría

absolutamente desmenuzado. Aunque a fin de cuentas, su prematura muerte es sólo cuestión de tiempo, unos minutos más y será su fin.

-¡Escúchame Leyden, bajo ningún concepto vayas hasta el principio del túnel para hacer una de tus incursiones! -le grito para que pueda escucharme, pues se halla bastante alejado de mí, buscando la mejor manera de llegar hasta Lorian; ya sabe que yo me ocuparé de la Bestia.

-¡Por supuesto! -contesta.

-¡Y menos aún intentes cruzar el túnel, a no ser que pretendas tener una muerte espantosa!

-¡No soy tonto Rudolph, con sólo verlo lo deduzco! -me contesta, y sin embargo; estoy tan seguro de que no se quedará a gusto hasta no haber metido sus estúpidas narices en esto que casi hasta estaría dispuesto a meter la mano en el fuego si me equivocase.

Leyden corre para rodear el túnel puesto que Lorian se encuentra al otro lado. En vez de dar la vuelta por donde yo me hallo, lo hace por donde ha sido aspirado Rodolfo, ya que por ahí se tarda menos en llegar a la parte opuesta partiendo desde la localización de Leyden. Una vez que se encuentra en el origen del corredor asoma la cabeza con cuidado, sin llegar a meterla entre los disgustados céfiros que se disputan el espacio dentro del pasadizo.

El túnel absorbente tiene otras propiedades aparte de la de sorber, y es que se alguien habla o se produce cualquier sonido desde dentro, yo lo recibiré amplificado diez veces cuando sea transportado hasta mi, y se retransmitirá mucho antes que lo que cualquier cuerpo material tarde en trasladarse, el cual más o menos iría al tripe de su velocidad normal siempre y cuando vaya en el mismo sentido que las aspiraciones. También acerca las imágenes que tengan lugar dentro si se mira a través de los extremos –un extremo sería el lugar donde yo me encuentro y el otro donde fue atrapado Rodolfo -(como si fuese un microscopio), de forma que puedo ver nítidamente lo que acontece entre los vendavales.

La Bestia trata de comunicarse con Leyden cuando este se asoma; y como sabe que de ponerse a hablar sus palabras se las llevará el viento; decide comunicarse gesticulando con su “mano”.

En definitiva, le indica a Leyden que va a matar a Lorian cuando pase por su lado, teniendo en cuenta que aún siga viva. Y es que, esta se encuentra tirada a menos de un metro del túnel, aproximadamente en la mitad del recorrido, y a Rodolfo ya le faltan pocos metros para tenerla a su disposición.

-¡**LEYDEN; NO HAGAS NINGÚN DISPARATE**! -chillo, pero no creo que me haya oído porque ni se digna a levantar la cabeza.

- Como ese -termino, al ver que el chico no encuentra otra cosa mejor que hacer aparte de tirar múltiples y variados objetos dentro del conducto. En realidad, desde aquí no veo exactamente qué es lo que se dedica a arrojar, pero sé qué es eso lo que hace porque lo puedo intuir en sus gestos.

- O ese... -digo al observar cómo Leyden salta después, mientras me enfurezco al pensar que todos son unos estúpidos y despotrican del todo, excepto yo; lo cual tiene sus ventajas, pero no en este preciso momento.

LEYDEN

No sé qué demonios quiere ahora Rudolph, pero no voy a echar a perder el poco tiempo que me queda para salvar a Lorian mientras escucho sus majaderías.

Cojo puñados de arena y los expulso con potencia a través de la boca del desfiladero, haber si hago blanco en los ojos de Rodolfo y le dejo tuerto. Pero este coloca los brazos ante su cara, por lo que sólo logro picarle con la tierra, que viaja a través del túnel a altas velocidades.

Al no atinar con las piedrecitas, opto por lanzarle una roca. Si el polvo de dunas iba rápido, el pedrusco parece que lleva la velocidad de la luz (para nada, tan sólo quince metros por segundo más o menos), teniendo en cuenta el odio con el que yo los lanzo. Gracias a mi lograda puntería consigo golpear a Rodolfo justo en medio de la pierna, haciéndole que aúlle y se retuerza de dolor, siendo una Bestia y teniendo más del triple de resistencia que nosotros.

Después se me ocurre rascar dos ramas entre sí y hacer fuego –lo que me lleva unos segundos –para luego ponerlo en contacto con los tifones y que estos se lo chupen. Así lo hago unas cuantas veces. Una de las bolas de fuego prende en el inflamable pelo del cuerpo de la Bestia, quien sofoca las llamas enseguida. Y finalmente decido lanzarle más rocas dado el éxito de la primera, pero Rodolfo las consigue esquivar bastante bien dentro de lo que cabe.

Tras eyectar estos dispares objetos fallidos, a Rodolfo sólo le quedan dos metros escasos para tener a Lorian enfrente; por lo que me veo obligado a saltar a la boca del túnel. En cuando me hallo en el interior debo frenar y correr en el mismo sentido que la Bestia para no estar al momento junto a Rudolph.

Nunca me había sentido tan extraño, y dudo que pueda soportar mucho tiempo aquí, entre esta presión; estando a la resolución de las exigentes borrascas. Mi contorno es atirantado y apretujado continua e insoportablemente; a veces un lado de mi cuerpo es pulsado hacia dentro a la vez que el opuesto es pellizcado hacia fuera, hasta dejarlo completamente extorsionado.

Miro hacia atrás, la Bestia ha sacado su espada de la vaina, y en su rostro esboza una licenciosa sonrisa; sólo le faltan dos metros para tener a Lorian.

-¡**NOOOOOOOO**! -chillo, realizando un minúsculo salto de pocos palmos en dirección a la Bestia, en el que sin embargo me excedo bastante; y ya desde el aire calculo que caeré unos metros más allá de lo planeado.

Y como el salto lo llevo a cabo en la misma dirección que las aspiraciones, tiene lugar a una velocidad desenfrenada; pero me siento tan decidido y beligerante que sin saber qué diantres hago para lograrlo, me agarro a los largos pelos de la espalda de la Bestia en pleno vuelo (Leyden hubiera preferido asir la rota capa de Rodolfo, pero se topó con uno de los agujeros desgarrados).

Intento bajar las piernas, pero las turbulentas corrientes me lo impiden, y me veo izado en el espacio como una bandera cosida a su mástil. Sin embargo, aunque a la Bestia no le haga especial ilusión que me encuentre suspendido horizontalmente de sus emblemáticas escarpias, no hace nada por evitarlo. Con la espada en la “mano” flexiona el brazo para matar a Lorian, pues ya la tiene justo delante. Aso el “cabello” de Rodolfo y tiro hacia los lados, tratando de desencajarle su terso cuello.

Pero el acero embiste contra la barrera. Rodolfo mira alucinado cómo la espada atraviesa los casi trasparentes confines del túnel, para segundos después ser rota y partida en mil pedazos. Suspiro aliviado, aún suspendido al viento. Entonces, la Bestia arrima mi flanco izquierdo al opalescente borde del túnel, por lo que me suelto para que no quede echa puré una de mis mitades.

En cuanto apoyo los pies en el suelo me freno y corro hacia Rodolfo, sin ningún progreso, pues este también corre hacia arriba y más rápido que yo. Pero finalmente la Bestia, como no ha podido matar a Lorian, se decanta ahora por mí. Le basta con darse la vuelta y quedarse parado de cara a mí, para que al primer instante se lo lleven los céfiros, y frenarse justo a mi lado, para seguir corriendo conmigo.

Articula su boca para pronunciar ciertas palabras, pero no consigo leer sus labios, por lo que no podré saber qué sonidos se acaba de llevar el aire. Tras perder la Bestia esos tres segundos por no recordar que aquí dentro no sirve de nada intentar hablar, y yo haberlos desaprovechado también por mi curiosidad; se decide a atacarme por fin, atropellándome y haciendo que me desestabilice; de forma que vuelo junto a él algo menos de la mitad del pasaje, que es lo que nos restaba para concluir el trayecto. Al mismo tiempo que flotamos a grandes velocidades, Rodolfo trata de golpearme con su zarpa o de agarrarme del cuello para estrangularme, mientras yo me defiendo como buenamente puedo.

RUDOLPH

Como pasa frecuentemente, el infeliz de Leyden ha vuelto a despreciar todas mis doctas pautas. Le he dado comprensibles instrucciones sobre la eficiencia de mi sortilegio. Todo estaba controlado hasta que ese inepto ha tenido que tirar cosas y luego zambullirse él, cuando yo sabía perfectamente que las demarcaciones del túnel no pueden ser destrozadas ni traspasadas. Le he dicho "bajo ningún concepto hagas nada", y gracias a su insurrección, ahora tendré que desvivirme yo; como siempre.

Me percato de que por el conducto se aproximan diminutos puntos grisáceos impropios de él (esto lo pudo ver gracias a que el túnel funcionaba como un microscopio si se miraba desde el extremo), pero no voy a perder el tiempo en detalles tan menospreciables y poco significativos; es mejor que me fije en qué va a hacer Leyden ahora que acaba de saltar. Pongo la vista más allá de los puntos que se acercan progresivamente, para ver a la Bestia y a Leyden con precisión, debido al poder aumentador que presenta el tubo.

De repente, algo me ciega y araña la cara. Infiero que se trata de arena, y son esos puntos que vi antes. Debería haber prestado más atención a la irregularidad. Aunque no me ha entrado mucha tierra no logro abrir los ojos; y no paran de llorarme, pues los granos iban a gran velocidad. Espero quieto a que se pase el dolor.

De pronto, escucho a mi izquierda un ruidoso y audible zumbido, como si un meteorito hubiese volado casi rozando mi cabeza. Me esfuerzo por mirar lentamente, cuando de súbito, siento un atroz estacazo en mi hombro izquierdo que está a punto de arrancarme el brazo de cuajo. Grito de dolor, las piernas se me doblan y caigo de rodillas al suelo. Agacho la cabeza para saber qué demonios me ha golpeado. Entre lágrimas distingo que se trata de una roca, y enseguida deduzco que es una de las muchas cosas que ha tirado Leyden. Tan sólo me ha dado de refilón, muy superficialmente; pero estoy sangrando profusamente. El dolor continúa siendo tan intenso que durante unos segundos me hace perder los sentidos y poco me falta para desmayarme. Ni siquiera escucho los chillidos de la Bestia al golpearle la roca y abrasarle el fuego, a pesar de ser amplificados por el túnel.

-¡**ME QUIERO IR DE AQUÍ**! -chillo angustiado cuando veo aproximarse por el túnel los temibles pedruscos que faltan y diversos objetos más.

Si tan sólo pudiera usar mi Cetro para crear una burbuja protectora...es una pena que no permita la realización de dos hechizos al mismo tiempo.

-¡**POR FAVOR...**! –continúo.

Pero aunque grite nadie me va a ayudar ni el hechizo va a dejar que me vaya, pues mi mano derecha permanecerá pegada al Cetro pase lo que pase hasta que el objeto o persona que se pretendía atrapar al lanzar el maleficio -es decir Rodolfo -llegue hasta mí.

Me pregunto qué pasaría por ejemplo si me cortasen el brazo con el que empuño el Cetro o si me matasen durante el transcurso de este sortilegio. Quizá el túnel seguiría fluyendo a lo largo de toda la Tierra sin que nadie lo pudiese detener, absorbiendo todo a su paso y ovalándose cada vez más; para provocar una masiva y carnicera matanza cuando el final del conducto topase con el principio tras haber dado la vuelta al mundo, y así se produjese la gran explosión que extinguiese nuestro planeta: todo un desastre.

Pero a fin de cuentas, todo esto son sólo conjeturas e hipótesis mías bastante improbables y un poquito exageradas, aunque nadie sabe qué sucedería en ese caso porque nunca se ha dado el dilema. De todas formas, y sin importarme nada de lo que pueda pasar, lucho por despegar mi mano; tirando todo lo que puedo, pero no logro soltar el Cetro. Subo a duras penas el brazo cuyo hombro tengo machacado para intentar despegar mis dedos –incrustados en el Cetro- con la otra mano.

-¡**ME DA IGUAL TODO, NO PIENSO VOLVER A SER GOLPEADO**! -vocifero mientras empujo angustiado; pero no me suelto -¡**POR FAVOR, DEJAD QUE ME VAYA**! -chillo no sé exactamente a quién, suplicando.

- Nooo... -escucho este conciso sonido que proviene del túnel, muy a lo lejos -Nooooo -oigo otra vez, pero más claramente -¡Nooooooo! -escucho esta vez nítidamente, muy cerca de mí, ahora estoy seguro de que es la voz de Leyden -¡**NOOOOOOOOO**! -el ruidoso sonido aumentado multiplicadas veces me deja medio sordo, y las pletóricas vibraciones casi me tiran para atrás, de tal forma que por poco desollan la piel de mi mano y la dejan implantada al Cetro para arrancarme de él y llevarme a volar con ellas y el viento.

-¡**NO VOLVÁIS A GRITAR**! -chillo todavía sin saber por qué, pues ni Rodolfo ni Leyden me oyen.

Renuncio a seguir tratando de huir, nunca lo conseguiré a no ser que despelleje mi mano; y seguro que eso duele más que las insoportables pedradas. Tampoco las puedo esquivar, pues son trasladadas a tal velocidad que ni se ven.

En ese momento, una de las bolas de fuego que lanzo Leyden viene hacia mí, logrando prender minúsculas llamas en mi poncho, pero en seguida asfixio el fuego con mi mano. Si todo fuera tan fácil, si el estúpido de Leyden sólo hubiera lanzado bolitas de fuego, no rocas...

Pero es inevitable, y los pedruscos que faltan se acercan vertiginosamente... Cierro los ojos con fuerza, sabiendo lo que me espera. Instantes después, oigo zumbidos alrededor de mi cuerpo y veo pasar –así es, no he podido aguantar con los ojos cerrados –breve y sucintamente las rocas ante mí.

Ya no quedan más. Muy felizmente y aturdido por mi suerte, logro asimilar que no me ha dado ninguno. A continuación, vuelvo a acercar la vista al túnel para ver cómo Rodolfo se deja arrastrar hasta Leyden.

-Laxante del mal... -oigo a lo lejos -laxante del mal -escucho más claramente.

- No, otra vez no... por favor.

-¡Laxante del mal!

Esta vez no lo han dicho con mucha energía y las vibraciones sólo consiguen hacer que ondule mi pelo. Vuelvo a mirar. La Bestia y Leyden se dirigen hacia aquí a una velocidad de vértigo, pues sólo se dedican a forcejear entre ellos sin preocuparse de frenar ni de las fuertes marejadas.

Saco mi espada con la mano izquierda, apretando los dientes por el dolor del hombro. Se acercan, falta cada vez menos y ambos continúan agarrándose el uno al otro; a fin de cuentas sólo han pasado unos cuantos segundos desde que se han unido para degollarse mutuamente, de tal forma que casi no distingo cual es el cuerpo de cada uno de no ser por la vestimenta y el volumen. No puedo matar a Rodolfo; pasará tan rápido que fácilmente le daría a Leyden en vez de a él, y más aún con mi hombro herido, el cual guía el brazo con el que apuñalaré. Dejo caer la espada apenado, mientras pienso que estoy desperdiciando una generosa oportunidad que no se me brindará nunca más.

Espero. Al momento ambos salen catapultados de la boca del túnel, aterrizando la Bestia en el suelo -unos quince metros más allá -y Leyden sobre mí. Tal es el encontronazo que salgo cañoneado unos metros con Leyden encima de mi cuerpo, ablandando éste su caída y encrudeciendo la mía. Yo no me levanto, me duele tanto todo el cuerpo que creo que no me podría mover aunque no tuviese la masa de Leyden sobre mí. Además, me he golpeado la nuca y noto como mi consciencia va disminuyendo.

Giro el cuello como puedo para mirar a Rodolfo, que permanece hundido en el boceto de sí mismo que ha sombreado en la tierra tras su patética caída, y cuyas líneas se prolongan de forma paralela a la secuencia inicial por lo menos cuatro metros, que coincide con el tramo que Rodolfo ha sido arrastrado después de estamparse. Este tampoco se mueve, y es que Leyden es el que mejor parado ha salido.

Siento que la cabeza se me va, Leyden me mira, y ni siquiera se disculpa por ser él ese mamotreto con el que las circunstancias me obligan a cargar; o por todas las innecesarias patrañas que ha hecho y por las cuales yo estoy pagando otra vez... Sólo mira a Rodolfo, que está recuperando el conocimiento y se dispone a huir de nuevo.

Nos observamos otra vez, y en esos segundos de entendimiento no verbal que tengo con Leyden, lo único que me sale es poner los ojos en blanco; no sé si porque ya estoy perdiendo el conocimiento de verdad o porque me gustaría hacerle comprender por la fuerza que todos sus

estúpidos intentos no deberían haber brillado mas que por su ausencia. Pero qué se podía esperar de él si está enamorado...

¡Una espada, dónde hay una espada...! -pienso, y simultáneamente llevo mis manos hacia todos los lados palpando el terreno.

-¡Por fin! -exclamo. Es la misma que el mago había dejado caer para no hacerme daño -usando por una vez el sentido común-, la cual tomo yo ahora.

Rodolfo se empieza a mover, a la vez que yo me impulso para levantarme. Pero resulta que tengo los brazos de Rudolph anudados a mi espalda. Al desplomarme sobre él ha tenido el acto reflejo de sujetarse en el primer cuerpo presente -que era yo -quizá con la esperanza de que yo sí mantuviera el equilibrio. “Espero que sea eso”, pienso.

Desenredo sus brazos y, tras levantarme, avanzo hasta Rodolfo, mientras éste se arrastra.

-¡No serás capaz, que calamidad... matar a tu padre! ¡Porque yo soy tu padre ¿lo recuerdas, verdad?!

Alzo el metal.

-¡**SOY TU PADRE**! ¡Sin mi estarías muerto, piensa en todo lo que he hecho por ti... recuérdalo antes de cometer el catastrófico **parricidio** contra tu **paterno filial** y queridísimo **padre**! -dice arrodillado, sin saber apenas qué decir; ya casi delirando -¡Te he criado como si fueras más que un hijo para mí: te he vestido como a un príncipe; alimentado como a una ballena; entrenado con cariño, como hace un domador con su tigre... ¿Recuerdas en día en que me quitaste el látigo y no te castigué? ¡**FUI MISERICORDIOSO; Y TÚ TAMBIÉN PUEDES SERLO AHORA**! -continúa como si estuviese predicando un mensaje de paz, creo que ya esta ido del todo; deben haberle traicionado los nervios -¡**VAMOS, APRENDE A SERLO CONMIGO: DEMOSTRAREMOS A TODOS QUE SABEMOS PERDONAR Y...**!

De súbito, se pone en pie y hecha a correr trastabillando; por lo que enseguida le alcanzo. La vertiginosa caída le ha dejado tan débil y conmocionado que se ha visto obligado a fingir su inocencia en vez de recordar que todavía tiene el Libro en su poder, con el cual podría haberse curado.

Ni siquiera me molesto en humillarle, pues bastante lo está ya. Simplemente, lanzo un trallazo a su cuello, y en sincronía me recreo con el terror de su mirada. De una limpia estocada es cercenada su cabeza colmada de desidia, e instantes después su cuerpo también cae; de rodillas, como si siguiera implorando también su absolución en el otro mundo. Al morir vuelve a su constitución natural, por lo que deja de tener apariencia de bestia para parecerse -“sólo parecerse”, me recuerdo –a un ser humano otra vez.

En un impulso instintivo y sin razón, agarro su cabeza por el escaso, pero largo y estropajoso pelo que tiene Rodolfo y corro con ella hasta el acantilado, donde la arrojo con cólera al pantano, para luego correr hasta el hechicero.

En los confines, fulgores multicolores afloran meticulosamente por cada poro de las cáscaras que fueron corrompidas por los deleznables sortilegios de la Bestia, esquivando las materias puras para no eclosionar en ellas también.

Así, los maleficios de Rodolfo II son invalidados, y cada cosa vuelve a su ser natural, siendo las bestias humanos otra vez.

RUDOLPH

Me zarandean. Ante mí esta Leyden, algo borroso todavía. Estoy muy mareado.

-¿Estás bien, Rudolph? -me pregunta por fin.

- Noooo...

Apartando a un lado mi confesión, me agarra por el cuello de la camisa y me incorpora brutalmente, dejándome de pie en el suelo como si yo fuera una especie de marioneta. Casi me vuelvo a caer del mareo.

-¡Lo siento, ahora no hay tiempo...!

-¿Qué ha sido de Rodolfo? -interrumpo, mirando hacia todos los lados, hasta que a unos metros a mi izquierda veo yacer parte de él. No sé el motivo, pero sin su cabeza, se representa en mi mente como un ser más enjuto y malogrado que cuando...¡que cuando tenía la apariencia de bestia! -¡Le has matado tú...!

-¡Eso ahora no importa...! -me dice deplorado.

Enseguida entiendo lo que le ocurre.

-¡¿Dónde está Lorian?!

-¡Sigue ahí! -exclama con los ojos brillantes, haciendo por contener las lágrimas. -¡**POR FAVOR RUDOLPH, TIENES QUE SALVARLA**! -me grita.

- Tranquilo Leyden. Haré lo que pueda, te lo prometo -respondo lealmente, colocando las palmas de las manos sobre los hombros de este para reconfortarlo y apaciguarlo -Pero primero debo rehabilitarme yo; para la magia que voy a ejecutar no puedo estar débil.

Me curo mediante el Cetro y corro hasta Lorian.

-¡Guirijisagden! –profiero con orgullo mi contraseña para hacer aparecer el Libro de la Sabiduría, del cual vuelvo a ser yo el propietario al haber muerto Rodolfo. No puedo evitar estrechar el cálido objeto -que tanto he añorado -entre mis brazos.

A pesar de que la espada -que sigue incrustada en el cuerpo de Lorian- no ha rajado ninguna arteria principal, la herida es profunda y no le queda ya mucha sangre por verter; será difícil revivirla aunque todavía respira, muy pausadamente. Como mínimo, son necesarios los dos objetos mágicos para realizar el hechizo de cura que hace falta.

Leyden se arrodilla junto a Lorian y la apoya contra su pecho, arropándola con los brazos.

- Sujétala bien, debo sacarle la espada -le digo.

Leyden obedece.

Empuño el sable con ambas manos. Ante el portentoso tirón, Lorian recupera el conocimiento y grita de dolor, al mismo tiempo que Leyden la estrecha contra sí para impedir que esta caiga debido al impulso que acabo de ejercer sobre ella.

- Leyden...

-¡Tranquila Lorian... todo va a salir bien…! -exclama sin estar muy convencido de ello, procurando calmarse para inspirarla confianza, mientras la acaricia.

- Túmbala en el suelo. -ordeno -Después de esto, morirá o vivirá; no hay otra alternativa.

Entonces, aparecen a lo lejos Nasti y Ronan, de nuevo con sus mentes naturales: sin estar controlados por nadie. Corren hasta aquí.

-¡Espera Rudolph! -me grita Nasti, abalanzado.

- Queremos... hablar... con ella -sigue Ronan entre jadeos.

- Daos prisa –contesto.

- Lorian... lo siento. Todo ha sido por nuestra culpa... te agarramos cuando ibas a recoger el Cetro -dice Ronan.

- Si hubiéramos luchado a tu lado desde el principio... las demás bestias no nos habrían capturado y llevado ante Rodolfo, pues hubiésemos pertenecido a su equipo... y nunca te hubiéramos hecho daño -continúa Nasti, para luego darle un beso en la mejilla.

- Eso ya lo dije yo desde el principio –añado sutilmente.

- No ha sido... vuestra culpa... no erais vosotros mismos -les excusa ella, con problemas para hablar.

- Lorian... si murieses... siempre te recordaríamos -dice esta vez Ronan.

-¡No morirá! -defiende Leyden, muy empeñado.

Pobre chico, qué desilusión...

- Esta bien, apartaos todos de en medio, que tengo que proceder ya -les mando, ya exasperado por tanto sentimentalismo.

- Espera Rudolph... Leyden... bésame por última vez -le pide ella.

Este se arrima a Lorian, llorando por fin, y toma su cabeza con suavidad. Ponen en contacto sus labios y los unen durante unos segundos, desgastándoselos en el beso, comiéndose mutuamente. Finalmente, se dejan, y Leyden deja la cabeza de Lorian sobre el suelo con dulzura.

Coloco el Libro y el Cetro sobre el pecho de ella e inicio el sortilegio, con Leyden sujetando su mano cálidamente para dar a Lorian el aliento y la esperanza que ahora necesita. De pronto, unos ramilletes de luz rutilantes comienzan a flanquear el cuerpo de Lorian a la vez que cosen los tajos.

Después de unos minutos de perpetuo sacrificio, perdiendo mi vitalidad para dársela a ella, mi mente y cuerpo empiezan a flojear y desfallecer. Escucho voces cerca y manos atosigándome.

LEYDEN

-¡Aguanta, Rudolph! -exclamo al ver cómo se desvanece, zarandeándole.

-¡Sigue con la curación! -dice Nasti.

-¡No te rindas ahora! -sigue Ronan, balanceándole.

En ese instante se termina de dormir, y cae al suelo como si de plomo denso se tratase; quedando ahí tendido.

Es entonces cuando Lorian recupera el conocimiento, tomando una bocanada de aire en su debate por respirar; y se reincorpora para abrazarme, resollando. Tras el conmovedor reencuentro, vamos hasta el mago. Hacemos que vuelva en sí, y aunque esta muy aletargado, enseguida se pone en pie y se endereza.

- Rudolph... perdona por no haberte escuchado cuando me dijiste que no entrase en el túnel, y sobre todo que te golpeasen las cosas que arrojé dentro.

No me contesta, sólo me observa desde lo más alto: en el apogeo de su inabordable orgullo y arrogancia.

- Y siento no haberte dejado acabar con Rodolfo, se que deseabas ver su cara de sufrimiento antes de que muriera.

- Ya sabes que sí.

- Pero recapacita Rudolph, y piensa que lo que yo he hecho es rebanarle el pescuezo cuando estaba maltrecho en el suelo. Lo que has hecho tú sí que tiene mérito: -digo fingiendo exaltación -Me lo has dejado tan bien que sólo he tenido que coger la espada y golpearle.

Si el mago antes ya tenía la autoestima alta, ahora su cara hace alarde de copiosa felicidad, como si se encontrase pacíficamente en el Edén, y adquiere una pose de “por fin me conceden el reconocimiento y respeto que merezco”.

En todo caso, me divierte verlo así, y entre Lorian y yo; Ronan y Nasti, nos lanzamos cómplices miradas burlonas.

- Pero a fin de cuentas, le he matado yo -le provoco ahora -Como tú me decías cuando me convencías para que luchase a tu lado: “Tú también debes estar ansioso de venganza, pues la Bestia te ha hecho sufrir aún más que a mí.”

EPÍLOGO

En ese momento el suelo comienza a retumbar, en lo que nos parecen las fuertes pisadas de un regimiento. Quizá Rudolph conozca la misteriosa razón de estos temblores, pues enseguida ordena que le busquemos su caballo (esta demasiado acostumbrado a ser el centro de atención), el cual huyó durante la guerra, concretamente cuando el hechicero fue empujado de su lomo por las ondas expansivas del maleficio de Rodolfo.

Entonces, diviso en el horizonte a la tropa de Rudolph. Los trescientos supervivientes, al principio todos agrupados en un mismo punto, se empiezan a dividir ahora, y blanden sus armas como si no supieran que Rodolfo ya está muerto.

-¡Rudolph ¿Qué les pasa a estos? La Bestia ya ha muerto! -le interroga Lorian, sabiendo que él tiene la respuesta.

El hechicero continúa a lo suyo, escudriñando la lejanía por si ve a su caballo.

- Está bien, tendremos que ir a alertarles –anuncio.

Rudolph sigue ignorándonos, y cuando me pongo en camino es cuando reacciona.

- ¡Quieto Leyden, parece mentira que te lo tenga que explicar todo! ¡Me están buscando a mí! ¡¿Recuerdas que por mi culpa fueron transformados en Bestias por no alertarles respecto a lo del Libro y además han muerto quinientos de los suyos?! -pregunta el mago, nervioso, sin saber cómo salir del problema sin ser capturado.

-¿Y qué sugieres que hagamos? -pregunto.

- No estaría mal entregarle -propone Ronan, hostigándole.

- ¡Que sí, pero mejor cállate! -le contesta Rudolph, molesto por su impertinencia hacia él y por si nos da por considerar la sugerencia.

Uno de los soldados nos ve y corre hacia nosotros.

-¿Sabéis qué deberíamos hacer? Escondernos -aviso, y cuando los demás se dan cuenta corremos a camuflarnos tras unos helechos.

-¡Son demasiados, no se cansarán de buscar por aquí, pues saben que no hemos podido ir muy lejos, y terminarán encontrándome! ¡Tenéis que ayudarme, esos lunáticos pueden hacerme cualquier cosa si se apoderan de mí!

- Tranquilo Rudolph, aunque te resulte difícil de creer, no todo el mundo te persigue con el fin de torturarte -le dice Lorian, por un lado para calmarle; aunque por el otro esconde un sentido sarcástico.

- Un momento. Si te cogiesen no van a ensañarse mucho contigo por el simple hecho de que les engañases y fuesen transformados en monstruos por ello…además de las muertes.

-¿¡Y qué más quieres!? –se digna Rudolph a responder sólo por esta vez, impasible.

- A fin de cuentas han vuelto a ser humanos cuando Rodolfo pasó a ser historia –continúa Nasti –Y respecto a las muertes, ellos ya debería saber que toda guerra tiene sus consecuencias.

- Tiene razón, debe de haber una razón más fuerte que explique la conducta de los aldeanos ¡¿Qué nos estás ocultando?! -cuestiono.

Rudolph ignora mi pregunta. Le repito el interrogatorio esta vez zarandeándole por los hombros.

-¿Te he dado algún pretexto para que desconfíes de mí? -me observa con aires de “qué injusta descortesía, cómo alguien puede ser tan poco diplomático” -Por favor, Leyden, suéltame ya y controla tu estúpida ansia desmedida, que te van oír los vigilantes.

Indignado, pongo los ojos en blanco ante este desafío, que no puedo ganar. Es muy sencillo, no tiene ninguna intención de resolver mis dudas, y las alternativas son dos: o le ayudo sin más o le abandono y me voy. Y como sabe que por la segunda no voy a optar, y por lo tanto él no va a salir perjudicado; hace conmigo lo que quiere.

-¿Alguno de vosotros no ha dejado a su caballo durante la guerra, y me lo puede prestar? -pregunta el hechicero.

- Yo tuve que saltar -respondo.

Nadie más contesta.
-¡Oooh... noooo... ¿Y qué voy a hacer ahora?! -dice mientras se golpea la cabeza él mismo contra una roca de su mismo tamaño que tiene detrás. Parece que este es uno de sus hábitos favoritos cuando se halla angustiado; lo que tiende a hacer cuando en breve va a cometerse alguna clase de atrocidad contra él o le va a suceder algo malo.
- Esta bien Rudolph... puedes quedarte con mi corcel, lo dejé atado a un árbol cuando me escapé de la batalla -dice Lorian.
Rudolph le sonríe a ésta.
- Estupendo. Os ordenaría que os hicierais perseguir por los aldeanos para que yo pudiese escapar sin ninguno de esos ingratos estorbándome, el problema es que sólo corren tras de mí.
- Y otro inconveniente sería que nosotros nos negaríamos a hacer tal disparate para que tú te vayas cabalgando felizmente. -comento.
Como ya me esperaba, el mago me ignora; esto es lo que suele hacer cuando oye algo que no le agrada demasiado. Pero me basta con saber que mis frases le molestan y los demás sonríen y asienten.
- Muy bien, ahí va el plan. En cuanto dejen de desfilar los soldados, corremos hasta el caballo de Lorian.
-¡Qué ingenioso! -suelta Ronan irónicamente.
Y lleva razón, pero no hay nada mejor, y lo ponemos en práctica en cuanto disponemos de la oportunidad.
Corremos juntos por la explanada, al mismo tiempo que oímos a nuestras espaldas los gruñidos y blasfemias de los aldeanos, que continúan sin dar con nosotros. Llegamos por fin hasta el corcel de Lorian.
Rudolph les da la mano a Nasti y Ronan como despedida.
- Espero no volver a veros en muuuucho tiempo -les dice sonriendo, aunque su mirada me dice que realmente eso es lo que espera.
- Hasta pronto -nos suelta a Lorian y a mí, abrazándonos brevemente.
-¿Nos volveremos a encontrar, Rudolph? -pregunto.
- Oh... por favor... Leyden, interpreta mis palabras. Por cierto Lorian... acabo de reconsiderar el hecho de que no me entregaras la llave. Ya no importa.
En ese momento uno de los luchadores nos ve y alerta a los demás, por lo que inician el asedio.
-¡Tengo que irme ya, y más os valdría correr, no vaya a ser que al no poder cogerme a mí tras los propios minutos de persecución se decanten por vosotros!
Y tras esta última advertencia, parte al galope.
En ese momento se pasa por mi cabeza el motivo del acoso del pueblo al hechicero.
-¡**RUDOLPH, CONTÉSTAME ¿TE ESTAN PERSIGUIENDO PORQUE HABÍAS CAMBIADO SUS PERSONALIDADES CON EL CETRO, VERDAD; PARA QUE TE ALABASEN Y CREYESEN, FORMANDO ASÍ TU EJÉRCITO PARA TU DESAFÍO CONTRA RODOLFO; Y LOS EMBRUJASTE DE FORMA QUE AL SER DERROTADO ÉSTE, SE ROMPIESE TAMBIÉN EL HECHIZO**?! ¡**RESPONDE! ¡¿TE PERSIGUEN POR HABER ESTADO CONTROLANDO SUS MENTES**?! -interrogo vociferando, pero a pesar de que me ha tenido que oír porque aún no está muy lejos, ni siquiera se da la vuelta para contestarme.
Obedecemos al mago y corremos para salir de este caótico lugar, mientras una lluvia de cuchillos y lanzas vuelan amenazantes, casi rozando el cuerpo de Rudolph; tal y como este afirmaba, corren tras él, a nosotros nos dejarán en paz en un principio.
Nos ponemos en marcha los cuatro sin tener aún decidido nuestro destino, pues a Laukar –el pueblo donde conocí a Lorian- no podemos regresar, ya que fue medio arrasado; y los pocos habitantes de ese pueblo que no han muerto en la guerra del lado de Rodolfo -todos ellos asesinados por el ejército de Rudolph -se han quedado a vivir en Cíoblen. Y nosotros no podríamos quedarnos con ellos, pues al haber ayudado a Rudolph a escapar no somos bien recibidos.

Pero yo soy feliz por primera vez a pesar de todos esos inconvenientes, y es que por fin soy libre; sin contar con que voy caminando junto a Lorian en silencio, cogidos de la mano, transmitiendo a través del tacto nuestros sentimientos y emociones...

Febrero del 2004 - Septiembre del 2004

Contacto: Eldesequilibradohechiceromorboso@hotmail.com

www.ElDesequilibradoHechiceroMorboso.tk

